

UAM

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVA LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECA

CLARETIE

EL SR
MINISTRO

1

PQ2207

.C6

M68-

v.1



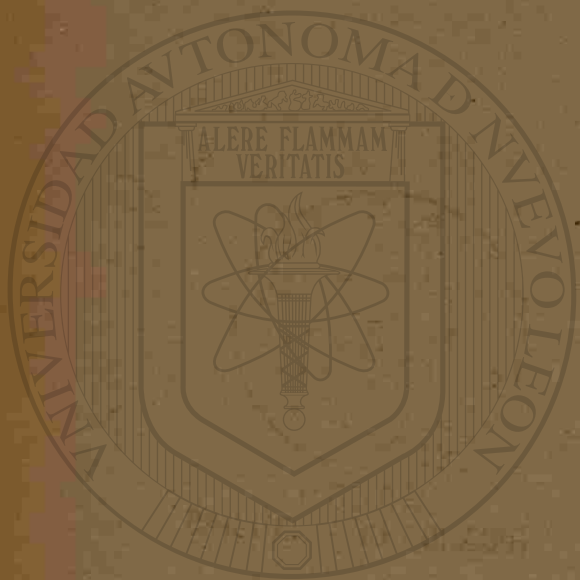
1020026185



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





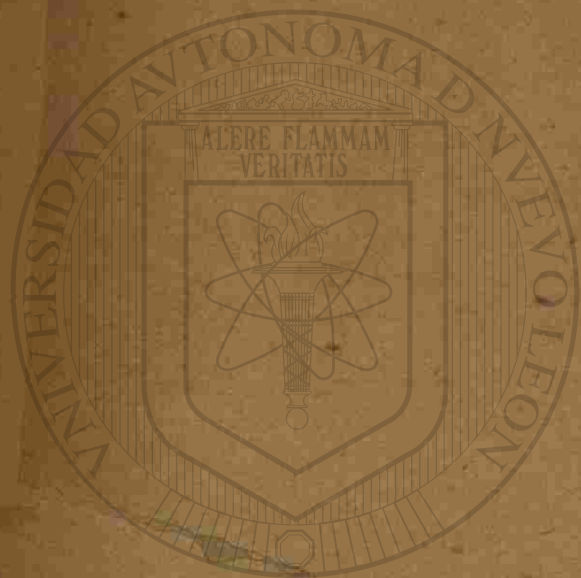
Núm. Clas. N
Núm. Autor C 57114
Núm. Adq. 2 9833
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificac. _____
Catálogo 67

EL SEÑOR MINISTRO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

29833



EL
SEÑOR MINISTRO

NOVELA PARISIENSE

POR JULIO CLARETIE

Traducida de la 67.ª edición francesa.

POB
ANGEL DE LUQUE

TOMO PRIMERO



098363

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID
EL COSMOS EDITORIAL
ARCO DE SANTA MARÍA, 4. BAJO

1987

29833

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE LUIS"
1525 MONTEARREY, MEXICO

R 2207
C 6
H 68
41



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depó-
sito que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONDO REYES
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID, 1887. — EST. TIP. « SUCESORES DE RIVADENEIRA »,
Paseo de San Vicente, núm. 50.

A Alfonso Daudet

Mi querido amigo:

Hay en el aire, de las ideas que flotan, algo así como perfume de flores. Hace ya años que venía reuniendo notas para este libro que quiero dedicarte.

Tú decías allá en aquellos deliciosos prólogos tuyos, que no trabajas más que del natural. Yo creo que todos hacemos lo mismo, todos los que somos de esta generación que vive esta vida moderna de la cual has sabido tú extraer la esencia después de un análisis exquisito.

¿Qué he querido yo hacer esta vez? Lo que todos procuramos al mismo tiempo:oger de pasada esta época agitada, estas costumbres nuevas, esta sociedad que continúa la confusión de antes del diluvio, esta gente febril y siempre en escena, esta feria de apetitos, esta rifa del placer que nos entristece, un poco, nos dañerte, mucho y nos permite, a nosotros, los novelistas, simples candidatos a la verdad, darnos algunas veces de los candidatos a una Cartera.

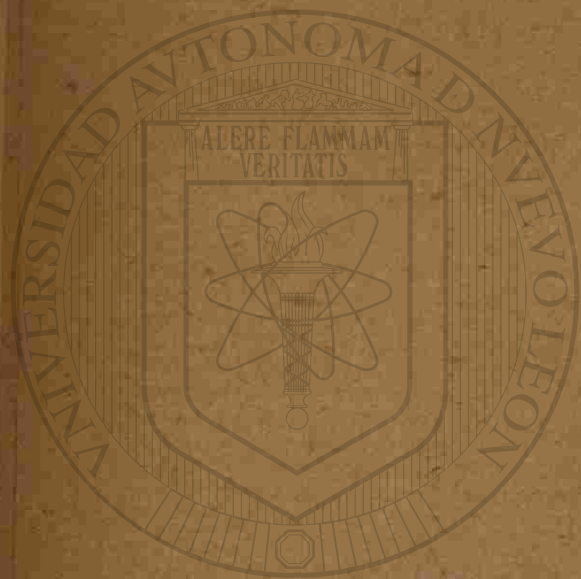
Este libro, es verdad, lo he visto suceder, si así puede decirse, como espectador para quien todo es interesante, y quiero tener el gusto, amigo y compañero en fatigas, de escribir tu aplaudido nombre en su primera página como prueba de antigua amistad y de compañerismo cariñoso.

Tu admirador,

JULIO CLARETIE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"FONDO REYES"
1525 MONTERREY, MEXICO



EL SEÑOR MINISTRO.

I.

Acababa de concluir el tercer acto de *La Africana*. El Ministro salió del palco del director del teatro de la Ópera, y dijo sonriendo, como hombre que desea desembarazarse del peso de los negocios:

—Vamos al saloncillo; ¿queréis, Granet?

—Vamos al saloncillo, señor Ministro.

Era preciso atravesar el inmenso escenario, invadido por los tramoyistas, que maniobraban con las decoraciones como los marineros tripulan un buque; y puestos de corbata blanca, coquetones, sin abrigo, con el clac en la cabeza, varios abondos de frac iban y venían, cruzaban el escenario, sorteando los trastos y las cuerdas de las decoraciones, y se dirigían apresuradamente hacia el corredor anchuroso que conduce al saloncillo del cuerpo de baile.

Salían de todas partes, de las butacas y de los palcos, y muchos de ellos, tarareando la balada de Nelusko, franqueaban presurosos, y como acostumbrados á hacerlo de continuo, la especie de antesala que del foyer del teatro conduce al escenario. Un criado, de frac y corbata blanca también, sentado delante de una mesa, iba apuntando los nombres de los que entraban, en un pliego de papel dividido en dos columnas, al principio de una de las cuales se leía *Caballeros*, y *Médico* en el comienzo de la otra. El criado se levantaba de vez en cuando para saludar respetuosamente á los personajes que conocía.

—¿Has visto pasar al señor de Vaudrey, Luis?— preguntó un hombre, joven todavía, con el monoculo en un ojo, y que andando por aquellos corredores parecía encontrarse como en su casa.

—El señor Ministro está en el palco del señor director— contestó el criado cortésmente.

—¡Gracias, Luis!

Y en tanto que por la estrecha escalerilla el abonado entraba en el escenario, el criado, con su letra cursiva de escribiente de una oficina, puso en el pliego de papel:

Señor Guy de Lissac.

El señor Vaudrey, el ministro á quien buscaba

Lissac, había cogido del brazo á Granet, su acompañante, y contemplaba admirado aquella maquinaria inmensa de la Ópera, puesta en movimiento por un hormiguero de operarios, cosa desconocida para él. Vaudrey mostraba, ante aquel espectáculo, una admiración cándida, ante la cual Granet, amigo suyo y compañero en las Cortes, sonreía bajo su retorcido bigote.

—¡Me parece esto más curioso que la misma función!—decía el Ministro.

El tablado y los bastidores formaban grandes manchas de sombra, y el escenario entero, inmenso, parecía una gran playa de arena. Vaudrey levantaba la cabeza para ver, allá arriba, las filas simétricas de bambalinas, iluminadas y semejantes á enormes mecheros de gas, paralelos unos á otros. Un gran telón de fondo representaba un paisaje indio lleno de sol, y en el enorme espacio que quedaba entre el telón de boca y el de fondo, manchas negras parecían danzar sobre las tablas amarillentas, siluetas extrañas, determinadas por los visitantes que se destacaban vestidos de frac, como si fueran sombras chinescas.

—Todo esto es raro—dijo el Ministro;—pero vamos al saloncillo. ¿Lo conocéis, Granet?

—Soy parisiense—contestó el diputado sin sub-

rayar mucho la frase; pero su sonrisita semibur-lona daba á entender á Sulpicio Vaudrey que su tratamiento de excelencia, nuevecito aún, trascendía á provinciano.

Sulpicio, un tanto vacilante, cruzaba el inmenso escenario, en medio del movimiento y estrépito propios de un cambio de decoración, que se parece mucho al zafarrancho de combate en un navío de tres puentes, y la desaparición rápida del enorme buque de *La Africana*, aquel cambio metódico de una decoración, hecho por una nube de operarios vestidos con blusas azules, gritando, empujando delante de sí, ó llevándose á cuevas pedazos de palos, trozos de escalas, haciendo desaparecer por entre bastidores ó por escotillón aquel armazón de una obra de arte, el espectáculo de un hormiguero humano, deshaciendo una decoración gigantesca en la inmensidad de aquel espacio cuadrado que tiene algo de catedral y algo de fábrica, dejaba estupefacto al Ministro, que se detenía asombrado de vez en cuando, de espaldas al telón de boca y rozando la tela de éste con los faldones de su frac.

De un lado y otro de la escena, desde los palcos colocados dentro del escenario, lo miraban con los gemelos, y aquí y allí se oía un murmullo que

llegaba á él como el susurro de la brisa, y el sentido del cual adivinaba.

—¡ Es el nuevo Ministro de la Gobernación!

—¡ Ah! ¡ bah! ¡ el señor Vaudrey!

— Señor Vaudrey.

Y Vaudrey se erguía ante los grandes ojos redondos y sin expresión de aquellos gemelos de teatro, en tanto que Granet, sonriendo, decía á uno que tenía al lado, al maestro de coros, de pie junto á él y también vestido de frac:

—¡ Se conoce que es la primera vez que viene aquí!

¡ Y sí! ¡ Verdaderamente era la primera vez que el nuevo Ministro ponía los pies en el escenario de la Ópera! Sentía curiosidades de jovenzuelo y apetitos y deseos de colegial. ¡ Qué bien había hecho no llevando á la señora de Vaudrey, que estaba un poco indispueta! Aquella rápida ojeada, apresuradamente dirigida á un mundo ignorado, le hacía el efecto de una escapatoria. Tenía su sal y pimienta aquella visita.

Detrás del telón de fondo, músicos en traje de budhistas, con los anteojos puestos sobre la nariz para ver mejor el papel, paseaban con aire fatigado con sus instrumentos en la mano. Indios con las mejillas embadurnadas, con las piernas me-

tidas en sus calzones de punto color de carne, bostezaban aburridos, esperando la hora de salir á escena. Había guerreros que dormían sobre bancos de madera, con la boca abierta y el casco echado sobre las narices para que les sirviese de pantalla. Otros, sirviéndose de sus lanzas como si fueran bastones, habían puesto el casco á sus pies para estar más cómodos y apoyar mejor la cabeza contra la pared cuando cerraran los ojos.

Chicuelas con faldillas cortas saltaban de un lado á otro, tarareando trozos de ópera. Coristas cruzaban las piernas, ó agachadas, arreglaban, dejando ver los pechos al inclinarse, las cintas de sus zapatos color de rosa. Había algunas con una especie de casco sianés, con adornos dorados en la cabeza, que se entretenían en hacer chocar unas con otras sus plateadas espadas. Mocetones con barbas postizas, vestidos de gran sacerdote, con trajes talares blancos á rayas encarnadas, les codeaban sin decir *jagua va!* al pasar. Un portero se paseaba, vestido de librea negra, con una cadena al cuello, serio y grave, por entre aquellas muchachas bonitas y desvergonzadas.

Allá en el fondo, y dándole acceso un gran arco adornado con colgaduras de terciopelo gris, precedido de algunos escalones alfombrados, donde hom-

bres vestidos de frac charlaban con las bailarinas, Vaudrey veía aquel gran salón, deslumbrador, aquellos grupos de mujeres medio desnudas, entre las cuales los hombres parecían escarabajos posados sobre las flores de un rosal; todo reflejado por el inmenso espejo que se halla colocado al fondo del salón. Poco á poco, al entrar en él, distinguía debajo de los cuadros que representaban bailes antiguos ó retratos de la Camargo ó de Noverre, algo como un bosque de faldas de gasa, de hombros blancos, de piernas color de rosa, con aquellas eternas notas sombrías de los fracs negros, que manchaban aquí y allá los colores claros, como si fuesen manchas de tinta caídas en un traje de baile.

Habían hablado mucho á Sulpicio Vaudrey de aquel saloncillo de las bailarinas, y experimentó una brusca decepción. El exceso de luz que deslumbraba, hacía resaltar con mayor brutalidad lo viejo de las pinturas y aquellas mujeres bonitas, vestidas de tonelete, con los brazos al aire, sonrientes, apoyando uno sobre otro sus pies calzados con zapatos blancos, parecían sobre aquel tablado formando cuesta, que se agitaban en un medio polvoriento, falso y gastado.

—¿Y no es más que esto?—dijo el Ministro casi involuntariamente.

—¡Cómo!— contestó Granet.—¡Sois muy descontentadizo!

Entre todas aquellas muchachas había habido un movimiento de curiosidad y de coquetería á la vez, cuando el Ministro entró. Lo habían visto en el palco de la dirección, y sabían que entraría en el escenario, porque todos entran. Señalaban á Sulpicio, lo miraban mucho, y sentados en los divanes, algunos jóvenes correctos, calvos, rodeados, tal vez casualmente, por bailarinas que reían, procuraban disimularse, escondiéndose tras de las ahuecadas faldas de sus vecinas, y bajaban la cabeza, dejando ver sus calvas, como una mujer cuando no quiere ver á alguien se oculta á medias metiendo la nariz en el ramo de flores que lleva en la mano.

El Ministro, al advertir este manejo, había dejado escapar una sonrisilla burlona, porque vió á varios subgobernadores llegados de Versalles, de Chartres ó de otras provincias cercanas, que por lo visto administraban el país desde el fondo del saloncillo de las bailarinas. También algunos funcionarios del Ministerio de Bellas Artes se entretenían en estudiar allí estética durante los entreactos.

Todos los partidos fraternizaban en aquel sitio

en irónica promiscuidad, y en voz baja Sulpicio Vaudrey se lo hizo observar á Granet; los antiguos amigos del Imperio, con sus bigotes reforcidos, el cabello canoso, peinado hacia delante como Napoleón, y con la barba metida en almidonados cuellos altos, se mezclaban con los elegantes de la República, de ojo avizor, de patillitas cortas, rubias ó negras, bien peinados, sorprendidos de verse en aquel sitio y coqueteando como bisoños pervertidos, pero aún llenos de vacilaciones y menos atrevidos que aquellos otros gomosos más antiguos que ellos, que estaban allí en su elemento como buenos soldados viejos.

—¡Los quintos y los retirados!— dijo Vaudrey en voz baja.

—Tenéis ojo de parisiense, señor Ministro— contestó Granet.

—Es que hay parisienses en provincias también, mi querido Granet— replicó Sulpicio, cuyo color se animaba con la sangre agitada por una emoción singular de alegría.

—¡Ah! señor Ministro!— dijo un hombre gordo, sonriente, con el pelo y las patillas completamente blancas.—¡Vos aquí! ¿Qué casualidad.....?

Se acercaba saludando, pero sin humildad, antes bien con esa familiaridad que da siempre el

tidas en sus calzones de punto color de carne, bostezaban aburridos, esperando la hora de salir á escena. Había guerreros que dormían sobre bancos de madera, con la boca abierta y el casco echado sobre las narices para que les sirviese de pantalla. Otros, sirviéndose de sus lanzas como si fueran bastones, habían puesto el casco á sus pies para estar más cómodos y apoyar mejor la cabeza contra la pared cuando cerraran los ojos.

Chicuelas con faldillas cortas saltaban de un lado á otro, tarareando trozos de ópera. Coristas cruzaban las piernas, ó agachadas, arreglaban, dejando ver los pechos al inclinarse, las cintas de sus zapatos color de rosa. Había algunas con una especie de casco sianés, con adornos dorados en la cabeza, que se entretenían en hacer chocar unas con otras sus plateadas espadas. Mocetones con barbas postizas, vestidos de gran sacerdote, con trajes talarés blancos á rayas eucarnadas, les codeaban sin decir *¡agua va!* al pasar. Un portero se paseaba, vestido de librea negra, con una cadena al cuello, serio y grave, por entre aquellas muchachas bonitas y desvergonzadas.

Allá en el fondo, y dándole acceso un gran arco adornado con colgaduras de terciopelo gris, precedido de algunos escalones alfombrados, donde hom-

bres vestidos de frac charlaban con las bailarinas, Vaudrey veía aquel gran salón, deslumbrador, aquellos grupos de mujeres medio desnudas, entre las cuales los hombres parecían escarabajos posados sobre las flores de un rosal; todo reflejado por el inmenso espejo que se halla colocado al fondo del salón. Poco á poco, al entrar en él, distinguía debajo de los cuadros que representaban bailes antiguos ó retratos de la Camargo ó de Noverre, algo como un bosque de faldas de gasa, de hombros blancos, de piernas color de rosa, con aquellas eternas notas sombrías de los fraes negros, que manchaban aquí y allá los colores claros, como si fuesen manchas de tinta caídas en un traje de baile.

Habían hablado mucho á Sulpicio Vaudrey de aquel saloncillo de las bailarinas, y experimentó una brusca decepción. El exceso de luz que deslumbraba, hacía resaltar con mayor brutalidad lo viejo de las pinturas y aquellas mujeres bonitas, vestidas de tonelete, con los brazos al aire, sonrientes, apoyando uno sobre otro sus pies calzados con zapatos blancos, parecían sobre aquel tablado formando cuesta, que se agitaban en un medio polvoriento, falso y gastado.

—¿Y no es más que esto?—dijo el Ministro casi involuntariamente.

— ¡Cómo! — contestó Granet. — ¡Sois muy descontentadizo!

Entre todas aquellas muchachas había habido un movimiento de curiosidad y de coquetería á la vez, cuando el Ministro entró. Lo habían visto en el palco de la dirección, y sabían que entraría en el escenario, porque todos entran. Señalaban á Sulpicio, lo miraban mucho, y sentados en los divanes, algunos jóvenes correctos, calvos, rodeados, tal vez casualmente, por bailarinas que reían, procuraban disimularse, escondiéndose tras de las ahuecadas faldas de sus vecinas, y bajaban la cabeza, dejando ver sus calvas, como una mujer cuando no quiere ver á alguien se oculta á medias metiendo la nariz en el ramo de flores que lleva en la mano.

El Ministro, al advertir este manejo, había dejado escapar una sonrisilla burlona, porque vió á varios subgobernadores llegados de Versalles, de Chartres ó de otras provincias cercanas, que por lo visto administraban el país desde el fondo del saloncillo de las bailarinas. También algunos funcionarios del Ministerio de Bellas Artes se entretenían en estudiar allí estética durante los entre-actos.

Todos los partidos fraternizaban en aquel sitio

en irónica promiscuidad, y en voz baja Sulpicio Vaudrey se lo hizo observar á Granet; los antiguos amigos del Imperio, con sus bigotes retorcidos, el cabello canoso, peinado hacia delante como Napoleón, y con la barba metida en almidonados cuellos altos, se mezclaban con los elegantes de la República, de ojo avizor, de patillitas cortas, rubias ó negras, bien peinados, sorprendidos de verse en aquel sitio y coqueteando como bisoños pervertidos, pero aún llenos de vacilaciones y menos atrevidos que aquellos otros gomosos más antiguos que ellos, que estaban allí en su elemento como buenos soldados viejos.

— ¡Los quintos y los retirados! — dijo Vaudrey en voz baja.

— Tenéis ojo de parisiense, señor Ministro — contestó Granet.

— Es que hay parisienses en provincias también, mi querido Granet — replicó Sulpicio, cuyo color se animaba con la sangre agitada por una emoción singular de alegría.

— ¡Ah! señor Ministro! — dijo un hombre gordo, sonriente, con el pelo y las patillas completamente blancas. — ¡Vos aquí! ¿Qué casualidad.....?

Se acercaba saludando, pero sin humildad, antes bien con esa familiaridad que da siempre el

dinero. Gordo y rico, con buena salud y fuerte, lo mismo á los sesenta años que cuando tenía cuarenta, Molina, que así se llamaba el personaje, pasaba las tardes en Bolsa y las noches en el saloncillo de las bailarinas de la Ópera.

Tenia influencia en el teatro, y mucha con las bailarinas, influencia algo paternal, porque sus cabellos blancos le daban derecho á ser respetado y su dinero el derecho de no respetar. Salido de muy abajo, llegado muy arriba, el gran Molina, concurrente asiduo á la Bolsa y á la Ópera, se daba el gusto de saborear primores, como hombre que desea apaciguar el hambre, porque no siempre ha comido bien. Cuadros renombrados, mujeres á la moda, estatuas de mármol y estatuas de carne; de todo eso necesitaba. Coleccionaba, sin gusto alguno, pinturas caras y objetos raros, y compraba sin amor las muchachas que hacían ruido. Si había necesidad las inventaba también, complaciéndose en lucir en su carruaje, alrededor del Lago, ó en las carreras de caballos á alguna principianta del vicio, y en contemplar en seguida el efecto y el estrépito que causaba en torno de ella, ambicionada, codiciada, sólo por haber sido la querida del gran Molina. Allá en sus tiempos había vendido en Marsella ropa vieja á los piemonteses y á los

marineros del puerto, en el barrio de los judíos. Y ahora sentía gozo inefable viendo á los parisienses del boulevard ó de los círculos aristocráticos comprando como reliquias del sentimiento los deshechos de sus amores.

— ¿Vos en el saloncillo de las bailarinas, señor Ministro? — repitió el bolsista. — ¡Ah! os aseguro que se lo contaré á la señora de Vaudrey.

Sulpicio sonrió con cierta extrañeza al ver el efecto que producía el nombre de su mujer pronunciado en aquel sitio. Parecíale que hablando de ella la mezclaban á un medio ambiente extraño, que no era el suyo. La misma impresión había experimentado pocos días antes cuando á propósito de su entrada en el Ministerio los periódicos relataron muy al pormenor su casamiento, describieron su casa ó hicieron el retrato á la pluma de aquella Adriana, su esposa, que era la pasión de su vida.

— Después de todo — añadió Molina — la verdad es que la señora de Vaudrey no tendrá más remedio que acostumbrarse. La Ópera ¡ahí es nada! ;Pues si ella forma parte de la política! A veces los grandes problemas ministeriales se resuelven entre bastidores.

Y el bolsista reía á carcajadas.

En seguida se puso á explicar á Vaudrey todos

los pequeños misterios del escenario, como hombre hecho á vivir eternamente en aquella pequeña provincia parisiense, y á veces ingeniosamente, con un gesto, con una palabra sola, cuando más con una frase gráfica, hizo al Ministro la rápida biografía de cada una de aquellas muchachas que charlaban, reían ó pasaban casi sin tocar el suelo con sus piececitos de color de rosa.

Sulpicio se asombraba de todo. Ni siquiera se tomaba el trabajo de disimular sus sorpresas. Evidentemente era un novato.

—¡Ah! señor Ministro!—decía Molina entusiasmado del efecto que causaba como *cicerone*.—¡Es necesario haber vivido aquí! ¡Preciso será que hagáis esta vida también! No hay nada más divertido. Este es un país aparte. Se ve crecer á las muchachas bonitas como si fueran espárragos. Se acostumbra uno á ver dando saltos en torno suyo á una chicleta flacucha que saluda como un pilluelo y roe nueces como un ratón. Se va uno á hacer por ahí un viaje de tres meses, á baños por ejemplo, y á la vuelta, ¡era! transformación completa. La crisálida convertida en mariposa. Ya no encuentra uno á la chicleta, sino una mujer. Sus ojos burlescos lo miran á uno con expresión extraña que turba. ¡Seis meses antes tenía

uno tentaciones de comprar dulces á chiquillas á quienes se ofrece sencillamente un carruaje ó una casa! Y de generación en generación se asiste á la movilización de un sin fin de jóvenes reclutas que hacen aquí sus primeras armas, pasan luego á la guardia veterana, se hacen después construir un cuartel de inválidos para ellas solas y llegan muy lejos de un salto cuando no se lastiman la rodilla.

—¿Lastimarse la rodilla?—dijo el Ministro.

—Frase especial que no se encuentra en el *Diccionario de Economía política* de Mauricio Bloch, señor Ministro; quiero decir tener mala suerte.... ¡Lastimarse la rodilla es una situación muy interesante! Pero á veces eso corta no las piernas sino la carrera.

—¿Y se lastima uno la rodilla con frecuencia en la Ópera?

—¡Ah! señor Ministro, ¿qué queréis hacerle? ¡Hay tantas caídas en este oficio de hacer piruetas! ¡Pasa lo mismo que en la política!....

Y el gran Molina se rió la gracia, y colocándose en las narices, chatas y partidas en dos como las de los perros dogos, unos elegantes quevedos, volvióse hacia la puerta y exclamó con acento de curiosidad:

—¡Hola! ¿María Launay? ¿Qué lleva en la mano? Ligera como un pájaro, vestida de bailarina india, una muchacha de diez y seis ó diez y siete años, pero ya mujer hecha y derecha, con grandes deseos apenas disimulados en sus grandes ojos azules, entraba en el saloncillo con un pliego de papel grande en la mano.

Sacudió como si la molestase el gran collar de perlas falsas que danzaba en su cuello muy fino y caía sobre su seno aun no del todo desarrollado, y buscando con la vista á alguien en medio del bullicioso grupo de bailarinas, gritó desde lejos á una morena, metida en carnes, que reía á carcajadas en un rincón, rodeada de muchachos vestidos de frac y corbata blanca:

—¡Eh! ¡Ana! ¿no te has suscrito?

La morena acudió presurosa escapándose del grupo de galanteadores que la acosaba, y dando saltitos llegó hasta el sitio donde se hallaba María Launay que le entregó el pliego de papel y un elegante lapicero de aluminium.

—¿Qué diablos es eso?—preguntó Molina.

—¡Vamos á verlo!—dijo Granet.

—¿No será una indiscreción?—objetó el señor Vandrey, medio en serio, medio en broma.

El bolsista, que se hallaba ya al lado de las dos

muchachas, preguntó á la rubia lo que contenía aquel papel, en el cual la otra graciosa bailarina deletraba algunos apellidos.

María Launay, preciosísima con sus hermosos cabellos rubios hechos tirabuzones, sonrió como una niña con cierta timidez ante la atrevida sonrisa del hombre gordo, y paseando la mirada de sus ojos azules, de una pureza virginal, sobre Sulpicio y Granet que se hallaban de pie al lado de Molina:

—¿Esto?.....—dijo—Es la suscripción para la señorita Legrand.

—¡Toma, es verdad!—contestó Molina.—¿Vais á regalarle una estatuilla?

—A propósito de su retirada del teatro. Sí, todos los de la Ópera se han suscrito y algunos abonados también. ¡Mirad!

Y María Launay quitó con presteza á su amiga el pliego de papel donde multitud de nombres, escritos unos con lapiz, otros con tinta, mostraban un aspecto singular de palotes de chiquillo ó de patitas de mosca elegantes ó de fantasías ortográficas en extraña promiscuidad. Molina se echó á reír repasando la lista al ver junto á los nombres de bailarinas y de coristas los *de* de algunos aristocráticos abonados.

—¡Ah, señor Ministro! ¡Esto es monumental! Mirad, mirad: *Amelia Dunois*, 2 francos.—*Juana Garnot*, 5 francos.—*Bel-Enfant (Carlos)*, 1 franco 50 céntimos.—*Warnier 1.º*, 2 francos.—*Warnier 2.º*, 2 francos.—*Gigonnet*, 4 francos.—*El Barón Humann*, 100 francos.—¡El barón!..... ¡Antiguo gobernador!..... ¡Humann!, suscribiendo con *Bel-Enfant* y *Gigonnet!* Humann, poniendo su firma al pie de este autógrafa: *Me SusCrivo por cinco francos.* ¡Si lo publicase un periódico nadie creería que era verdad! ¿Hay por ahí algún periodista? ¡He aquí una bonita gacetilla, asunto para un suelto!

Grauet, con los ojos tiernos y retorciéndose el bigote, examinaba fijamente á María Launay, mientras que Ana, la otra muchacha, confusa ante la estrepitosa risa del famoso Molina, juguetaba con el lapicero de aluminio y miraba á María como diciendo:—¡Te aseguro que no me atrevo á escribir delante de esta gente!

—Préstadme el lápiz, hija mía—le dijo Molina.

Ella se lo alargó con la misma timidez.

—Donde figura el Barón, bien puede figurar Molina el bolsista—dijo el viejo.

Dió vueltas al tornillo del lapicero para sacar

la punta, y poniendo con la mayor frescura su pie calzado de bota de doble suela en uno de los divanes de terciopelo, escribió rápidamente colocando el papel sobre su rodilla como hombre acostumbrado á garabatear órdenes en la Bolsa.

—¡Salomón Molina, 500 francos!

—¡Ah! señor Molina—dijo María Launay después de leer el renglón.—¡Qué generoso sois! ¡Gracias, gracias! ¡Como todo el mundo hubiese estado así de espléndido, podríamos regalar á la señorita Legrand una estatua del *Baile* hecha de oro!

—Cuando queráis el grupo de Curpeaux para vos solita, hija mía, dijo Molina, podéis ir á comprarlo en un simón y..... y..... te lo llevarás en un carretela propia que estoy dispuesto á regalarte.

La muchacha, á pesar de la capa de polvos de arroz que la cubría las mejillas, se puso colorada como una amapola, y sus elegantes juveniles hombros tiñéronse de un color sonrosado que daba mayor encanto á sus gracias infantiles.

Vaudrey, en aquel medio embriagador, que poco á poco iba gustándole, sentíase lleno de tentaciones y extrañamente perturbado. Pasábasele or delante de los ojos visiones de otros tiempos,

fantasmas con faldas de colores claros, espectros de paisajes primaverales con bocanadas de juventud, que oían á la hierba verde, á las lilas de Meudon, á las violetas de Ville d' Avray, á las escapatorias de estudiante. Aquellas faldetas de gasas le recordaban los vestidos de percal que correteaban á la sombra de los castaños; aquellas muchachas del cuerpo de baile le parecían las modistillas que él había conocido cuando tenía veinte años.

A su vez alargó la mano hacia el pliego de papel donde Molina había escrito su nombre, y dijo á María Launay:

— Ahora yo, señorita.

Grauet se sonreía.

— Vamos, vamos — dijo. — ¿Váis á poner debajo de la firma de Gigonnet, la del Ministro de la Gobernación?

— ¡Ah! ¡diablos! ¡Pues es verdad! — dijo Vaudrey riendo.... — Creedme ó no; pero ¡maldito si me acordaba de que soy Ministro!

— Eso es como cuando á mí dieron la cruz — contestó Molina. — No quería tomar mi abrigo de manos de los acomodadores en el guarda-ropa porque veía la cinta de la cruz en el ojal y me parecía que no era mío. En cambio ahora está uno

tan acostumbrado á la condecoración, que me extraña no vérmela en la camiseta interior.

Vaudrey dejó sorprendida á María Launay y siguió escuchando al gran Molina, que continuaba haciendo la crónica del cuerpo de baile.

— ¡Ah! ¡Si el señor Ministro tuviese tiempo! ¡Vería las cosas más extrañas del mundo! Había entre los bailarines un marmolista que de día se dedicaba á la venta de lápidas mortuorias y otros objetos fúnebres, y que por las noches bailaba que se las pelaba sonriendo y enseñando los dientes al público. Andaba siempre á caza de muertos de la compañía de la Ópera ó de sus amigos para proponerles la adquisición de una lápida barata, y aprovechaba para ello los momentos que le quedaban libres entre una escena y otra á la hora del ensayo. Un día, Molina había presenciado el ensayo de un baile nuevo. Era cosa de no creerlo á no verlo. Vió entre los danzarines un muchacho dependiente de una casa de comercio, que había hecho una escapatoria para poder asistir, que por las noches bailaba y de día se dedicaba á la cobranza de recibos. También le llamó la atención una joven que ensayaba con vestido de luto. Cuando preguntó Molina le dijeron que la infeliz acababa de perder á su madre aquella mañana

nísima. ¡Oh! ¡Este gran edificio de la Ópera os aseguro que es el país de las antítesis!

Si el bolsista hubiera estado relatando al Ministro anécdotas é incidentes de un viaje á Persia, Vaudrey no lo hubiese escuchado, ni con más gusto, ni con más sorpresa. Todo aquello era un mundo nuevo, ignorado, lleno de atractivos y de tentaciones para aquel hombre, joven todavía, laborioso, que había llegado á la meta á fuerza de trabajo y que no conocía de París más que lo que había entrevisto durante sus años de estudiante de Derecho: el parterre de la Comedia francesa, las galerías del Luxemburgo y del Louvre, las bibliotecas, los archivos, los bailes cursis y el salón de la Ópera, alguna que otra noche de baile de máscaras. ¿Y qué más?..... Nada. Eso era todo lo que conocía de la vida parisiense.

El grande hombre provinciano llegaba de Grenoble con el apetito de París. Y ahora se encontraba lanzado de pronto en el escenario de la Ópera, siendo objeto de todas las miradas, de la curiosidad general y sintiéndose casi intimidado al ver en medio de aquel inmenso salón, que por tradición se llamaba el saloncillo, en medio de los deshonestos escotes de las bailarinas, su propia imagen reflejada en aquellos espejos iluminados profusamente.

Y todos lo contemplaban, lo estudiaban, evitaban tropezar con él por temor y daban vueltas, sin embargo, en torno suyo, por interés. ¡El nuevo ministro! ¡El jefe de todo aquel numerosísimo personal de gobernadores y subgobernadores, muchos de los cuales se veían allí sentados en los divanes de terciopelo de aquel saloncillo!

Todas esas miradas, todos esos cuchicheos de mujer, aquellos fruncimientos de cejas del adversario, aquellos exagerados saludos del adulator, hacían experimentar á Vaudrey cierto malestar, cuando de pronto vió encaminarse hacia él, buscándolo evidentemente, á Guy de Lissac, quien al verlo, se dirigió á donde él estaba y lo saludó, con visible intimidad, no exenta sin embargo de una voluntaria y correctísima reserva.

Pronto Sulpicio dió al traste con aquella reserva. Salió al encuentro de Guy, le cogió la mano y le dijo alegremente:

—¡Gracias á Dios, hombre! ¡Sabes que esperaba tu visita! ¡Eres el único amigo mío íntimo que aun no me había felicitado!

—Eso consiste, mi querido ministro—respondió Lissac con el mismo tono cariñoso—en que no me parece que el ser ministro constituye una felicidad tan grande que merezca que los amigos

se le echen á uno al cuello gritándole: «¡Bravo! ¡has subido al Capitolio!» Pero el Capitolio no me parece cosa tan buena que merezca echar las campanas al vuelo. Me alegro, si tú te alegras y te felicito si tú aceptas la enhorabuena. Eso es.

—Tú y mi querido Ramel—dijo Sulpicio—sois los dos seres más originales que conozco.

—Con la diferencia de que Ramel es un puritano, un antiguo, un mármol, y yo soy un paseante en corte y un escéptico. ¡Tu querido Ramel es una figura de bronce, y tu amigo Lissac una figurita de doublé fino! Buena prueba de ello es que ando buscándote para pedirte ya un favor.

—¿Cuál, mi querido Guy?—exclamó Vaudrey con brusca expresión de alegría.—¡Todo lo que tú quieras!

—Estoy en el palco de la señora de Marsy. ¿No conoces á la señora de Marsy? Te ha aplaudido mucho desde la tribuna del Congreso y ha hecho votos en favor de tu subida al ministerio. Te acaba de ver en el palco de la Dirección y me ha rogado que te presente á ella ó que la presente á tí, porque no sé si esto de tratarse de un excelentísimo señor ministro variará la costumbre.

—¿La señora de Marsy?—dijo Vaudrey.—¿No es la viuda de un pintor? ¿No da reuniones políticas?

—Eso es, reuniones nuevas para hacer la competencia á las de la señora de Evan! ¡República ateniense! ¿Eso no te desagradará?

—Al contrario. No fundaremos la República sino con la ayuda de las mujeres.

—¡Vamos—dijo Lissac riendo—la política y los honores no te han hecho variar!

—¿A mí, querido? No chico; con veinte años más y bastante pelo menos, soy el mismo que en 1860.

—¡Hotel Racine! ¡Calle de Racine!—dijo Lissac.—Entonces soñaba yo con ser un Musset, y, ¿qué he logrado ser? Nada; un espectador, un aficionado, un parisiense, un transeunte; nada. Tú, en cambio, no soñabas si no en ser un Barnave, un Verguiaud ó un Barbaroux, y hete aquí que has llegado.

—¡Llegado!—dijo Vaudrey.

Trató de mover la cabeza modestamente como si aquella palabra no hubiese halagado su amor propio; pero había en su mirada una alegría tan cándida, tal necesidad de dejarla ver, que no pudo menos de sonreír al ver que aquel compañero de su juventud hacía constar su triunfo. Los jueces más severos son siempre aquéllos que os han oído formular las ilusiones primeras; y cuando al fin

se conquista un porvenir, les parece á veces que se lo habéis robado á ellos. ¡A lo menos Lissac no era envidioso!

— ¡Vamos á ver á la señora de Marsy, mi querido Guy! — dijo Sulpicio. — Tanto más cuanto que si se parece al último retrato suyo, que vi expuesto en el salón el año pasado, debe ser encantadora.

El ministro se alejó del brazo de Lissac, después de haber dirigido una última mirada al saloncillo donde las bailarinas seguían charlando, riendo y bromeando entre sus adoradores y donde los jóvenes subgobernadores seguían ocultando la cara tras el disco de sus sombreros blancos.

Granet, para despedirse del Ministro, se separó con Molina del lado de María Launay, que sonreía con candidez, porque el bolsista le había dicho, acariciándole las mejillas con sus enormes dedos, una porción de galanterías de un color subidísimo.

— Señor Ministro — dijo el banquero, acariciando á Vaudrey con la vista y dirigiéndole una mirada llena de malicia; — ¡ya sabéis! si se presenta ocasión me tendréis siempre á vuestras órdenes.

— Hasta mañana, en la comisión de reformas arancelarias, señor Ministro — dijo Granet.

De todas partes lo saludaban, y Vaudrey contestaba y se alejaba con el ademán y la fisonomía amables que le eran peculiares.

Para volver al palco Sulpicio tenía que atravesar el escenario. La decoración del cuarto acto estaba ya puesta. Perspectivas de templos budhistas aparecían, destacando sobre el fondo de un cielo azul, su extraña arquitectura, sus estatuas colosales. Un resplandor de un sueño de las *Mil y una noches*, proyectado por una luz eléctrica, iluminaba el anchuroso escenario con resplandor fantástico, claro y suave como un rayo de luna, y Sulpicio sonreía al atravesar aquel espacio, semejante á las tranquilas aguas de un lago donde se destacaba enérgicamente su sombra. Parecía que aquella iluminación eléctrica, apoteosis fantástica, era algo así como la aureola de su triunfo político.

En el momento en que salía del saloncillo de las bailarinas, Sulpicio tropezó con un hombre de aspecto muy grave, con el frac abrochado, casi calvo, con algunos mechones de cabello gris rodeando unas orejas gordas y grandes, con las mejillas y la calva coloradas, el cual penetraba como quien busca á alguien, mirando á todas partes, en aquel salón lleno de perfumes y de luz.

Sulpicio lo miró involuntariamente y no pudo menos de exclamar con alegría al reconocer en él al hombre que había reemplazado en el ministerio, un protestante, un hugonote, que era padre de cinco ó seis hijas, solemne siempre en su aspecto y moral como los capítulos de la Biblia:

—¡Hola, señor Picherau!

El otro sacudió la calva color de manteca como si acabara de recibir en ella un badilazo, y de colorado que estaba se puso carmesí al ver á Sulpicio, su sucesor en el ministerio, que le alargaba con amabilidad y galantería las dos manos correctamente enguantadas.

Guy de Lissac había cesado de reir.

Los dos excelentísimos señores se encontraban uno enfrente del otro al pie de la escalera del saloncillo entre las coristas, bailarinas y comparsas: dos excelencias, una sonriente, otra muy grave, expuestas á las miradas curiosas y un si es no es burlonas de toda aquella gente.

—¡Hola! os he cogido, carísimo colega—dijo Sulpicio divirtiéndose al ver á Picherau turbado, metido como un cuakero dentro del abrochado frac y con los ojillos saltones detrás de los cristales de sus gafas, tan tristón como un sacristán cogido en falta.

—¿A mí?—balbuceó Picherau ¿A mí?.... Querido ministro venía.... venía.... precisamente buscándoos á vos.

—¿Aquí?—dijo Vaudrey.

—¡Aquí!

—¿De veras?

—Tenía que hablaros.... si.... quería hablaros.

El pobre Picherau se estiraba maquinalmente el chaleco, y adoptando cierto aire más marcado aún de solemnidad dijo:

—Quería hablaros.... de algo muy importante.... de la cuestión de las comunidades protestantes.

Sulpicio contuvo á duras penas la carcajada.

Picherau, que parecía un pastor calvinista, lanzaba por encima de los cristales de sus gafas miradas llenas de fósforo, hacia el salón donde María Launay estaba riendo las gracias del famoso Molina. Algunos reporters, creyendo que iban á encontrar allí asunto para algún suelto de sus periódicos, revoloteaban en torno de los dos ministros, el de hoy y el de ayer, y trataban de pescar al vuelo algún retazo de su conversación.

Guy de Lissac se divertía con el aire consternado de Picherau, que se frotaba las manos, seguía en el mismo sitio, y que procuraba disimular su tur-

bación, dejando adivinar en su sonrisita sarcástica todo el placer que hubiese tenido en estrangular á su interlocutor.

—Y bien, mi querido compañero, hablaremos en otro sitio de vuestras comunidades. ¡Me parece que no es éste lugar á propósito! *Non est his locus.* ¡Hasta la vista!

—Hasta la vista, mi querido ministro—respondió Picherau, esforzándose por aparecer amable.

Vaudrey se llevó del brazo á Lissac, murmurando á la par que sonreía burlonamente:

—¡Vaya, vaya.... con el cuáker! ¡Ha entregado la cartera de Gobernación, pero se ha quedado con el llavín del escenario!

—Parece—respondió Guy, que esta puertecilla de comunicación es el consuelo de los caídos. ¡Los ojos azules de María Launay son siempre una medicina agradable!

—¿Si tendría razón el famoso Molina? ¿Si para los ministros la dimisión sería el golpe en la rodilla de que antes me hablaba?—dijo Vaudrey alegremente.

Y se reía con buen humor al recordar la actitud irritada, humilde, desconfiada y embarazosa de aquel doctrinario de Picherau que iba á consolar al saloncillo de las bailarinas, en tanto que

sus cinco ó seis hijas leían honestamente novelas inglesas y hacían música, en su casa, dirigidas por su institutriz, vieja estirada que no se quitaba jamás las gafas verdes.

—¡Bah!—añadió Vaudrey con la misma alegría, no es caer mal caer en brazos de las bailarinas.

II.

La señora de Marsy estaba esperando que Guy de Lissac volviese del escenario. Desde que viera á Vaudrey allí, delante de ella sentía una comezón terrible de conquistarlo para sus reuniones, para sus salones, que acababan de abrir sus puertas. La señora de Marsy sentíase picada de esa tarántula que da á la vida moderna el movimiento de una persona atacada del baile de San Víctor. Viuda, rica, joven todavía, muy halagada, empeñábase en figurar en sociedad por pasatiempo. Era una de esas mujeres que constantemente parecen estar expuestas ante las cuartillas de los noticieros como ante el objetivo de una máquina fotográfica. De la verdadera intimidad de su vida en realidad nadie sabía gran cosa. Pero el color de

bación, dejando adivinar en su sonrisita sarcástica todo el placer que hubiese tenido en estrangular á su interlocutor.

—Y bien, mi querido compañero, hablaremos en otro sitio de vuestras comunidades. ¡Me parece que no es éste lugar á propósito! *Non est his locus.* ¡Hasta la vista!

—Hasta la vista, mi querido ministro—respondió Picherau, esforzándose por aparecer amable.

Vaudrey se llevó del brazo á Lissac, murmurando á la par que sonreía burlonamente:

—¡Vaya, vaya.... con el cuáker! ¡Ha entregado la cartera de Gobernación, pero se ha quedado con el llavín del escenario!

—Parece—respondió Guy, que esta puertecilla de comunicación es el consuelo de los caídos. ¡Los ojos azules de María Launay son siempre una medicina agradable!

—¿Si tendría razón el famoso Molina? ¿Si para los ministros la dimisión sería el golpe en la rodilla de que antes me hablaba?—dijo Vaudrey alegremente.

Y se reía con buen humor al recordar la actitud irritada, humilde, desconfiada y embarazosa de aquel doctrinario de Picherau que iba á consolar al saloncillo de las bailarinas, en tanto que

sus cinco ó seis hijas leían honestamente novelas inglesas y hacían música, en su casa, dirigidas por su institutriz, vieja estirada que no se quitaba jamás las gafas verdes.

—¡Bah!—añadió Vaudrey con la misma alegría, no es caer mal caer en brazos de las bailarinas.

II.

La señora de Marsy estaba esperando que Guy de Lissac volviese del escenario. Desde que viera á Vaudrey allí, delante de ella sentía una comezón terrible de conquistarlo para sus reuniones, para sus salones, que acababan de abrir sus puertas. La señora de Marsy sentíase picada de esa tarántula que da á la vida moderna el movimiento de una persona atacada del baile de San Víctor. Viuda, rica, joven todavía, muy halagada, empeñábase en figurar en sociedad por pasatiempo. Era una de esas mujeres que constantemente parecen estar expuestas ante las cuartillas de los noticieros como ante el objetivo de una máquina fotográfica. De la verdadera intimidad de su vida en realidad nadie sabía gran cosa. Pero el color de

sus cabellos, el color de sus ojos, el corte de sus trajes, el nombre de sus modistas, el *menú* de sus comidas, el programa de sus conciertos, la lista de sus convidados, los frequentadores de sus salones, las señas de su hotel, todo esto lo sabía todo el mundo, y Sabina Marsy era diariamente traída á colación por los cronistas que la retrataban, la vestían y la desnudaban viva, en casi todos sus artículos.

Murmurábase en voz baja más bien que se relataba en público una porción de anécdotas románticas á propósito de Sabina Marsy. Decíase que antes de enviudar había dado mala vida á su marido Felipe Marsy, autor del cuadro *La Caridad*, que era admirado en el Luxemburgo, entre una ninfa de Henner y un retrato de mujer firmado por Carlos Durán. Bonita, de carácter independiente, bastante rica después de haber vendido el lujoso estudio de Felipe Marsy, los objetos del cual habían sido disputados en la subasta por los aficionados á la pintura que pagaron sumas fabulosas por cada uno de aquéllos, Sabina, una vez transcurrido el tiempo de luto, abrió sus salones.

Allí estaba sola, rodeada de sus amigos, sin excitar celos entre sus adoradores, cuyos homenajes recibía con una perfecta regularidad de humor,

como si estuviese cansada y deseosa de tener una corte, pero no un favorito. Era madre de un muchacho que crecía allá en el colegio; pero casi nunca se veía en el hotel del *boulevard* Malesherbes, á aquel adolescente, pálido y endeble, que, vestido con su uniforme de colegial, subía furtivamente la escalera de casa de su madre, le hacía una visita como si fuese una extraña y se escapaba en seguida, reuniéndose en la esquina de la calle con una anciana que lo estaba esperando, que cogiéndolo del brazo se le llevaba apresuradamente y que era la madre del pintor Marsy.

La abuela educaba al nieto, es decir, ella, y un buen muchacho llamado Francisco Charrière, un escultor que según decía habíase estropeado su vida desde el punto de vista artístico, pero que ganaba dinero trabajando para los fabricantes de la calle de San Luis. Charrière servía de tutor y de maestro al hijo de su antiguo compañero Marsy. Era una promesa hecha al amigo querido en su lecho de muerte.

Ya en París nadie se acordaba de la vida ni de la muerte de Felipe Marsy. Todos esos recuerdos se apagaron más tarde ó más temprano entre el estruendo continuo de la vida parisiense. En torno del nombre de Sabina no quedaba más que una

especie de murmullo halagador impregnado de recuerdos misteriosos, y el atractivo especial de una ama de casa que da á sus salones ese encanto particular y ese perfume propio de una agradable hospitalidad. Asistíase á ellos de frac y corbata blanca, pero reinaba siempre allí una confianza extraordinaria.

Hacia poco tiempo que se hablaba de aquellas agradables reuniones de confianza dadas por Sabina Marsy, sitio donde se daba cita la gente de buen tono y donde se encontraba á todo el mundo como en los corredores de un teatro en noche de estreno, ó como en la acera del boulevard; unas reuniones muy concurridas que hacían la competencia á las casi oficiales y muy consideradas de la señora de Evan, ó á las reuniones más tranquilas, serias y un tanto puritanas de la aristocrática colonia alsaciana.

Había necesitado Sabina mucho tacto, mucha fuerza de voluntad, mucha persistencia en sus deseos para realizar aquella tarea más difícil para ella que para cualquiera otra, porque no tenía relaciones entre la gente política y los altos funcionarios. Sus relaciones estaban casi completamente entre los artistas. Pero algunos pintores afamados y á la moda habían presentado en su casa á al-

gunos atenienses de la política, aficionados al arte, gente de trato exquisito y de amena conversación, que declaraban, como Vaudrey, que la República sólo podría subsistir con el auxilio de las mujeres, que las mujeres habían creado el partido orleanista; y esos políticos elegantes y discretos pusieron de moda los salones que la señora de Marsy abría tan hospitalariamente.

Es verdad que en París es cosa fácil tener buenas reuniones siempre que se hallen complementadas por una buena cocina. Algunas tarjetas satinadas, litografiadas por Stern y puestas en el correo con sobres dirigidos á personas de viso, atraen con una facilidad que desconcierta, una nube de visitantes que revolotean alrededor de un *buffet* bien servido como las moscas en torno de un panal de miel.

París es un pueblo de convidados.

Y además ¡la señora de Marsy era tan encantadora! Andaba siempre á caza de toda reputación nueva como el cazador en pos de la res que quiere matar. Leía, como quien cumple un deber, las disposiciones del *Periódico oficial* y la reseña de las sesiones parlamentarias para adivinar en el orador de hoy al ministro de mañana. Informábase por adelantado del pintor ó del escul-

tor que iba á ser agraciado con la medalla de Honor en la Exposición, á fin de ser la primera en invitarlo á los salones y hacer ver que lo había descubierto y adivinado. En punto á literatura protegía la escena moderna y la amaba por el ruido que hacía. Acariciaba el propósito de dar á sus reuniones cierto carácter literario á la par que cierto color político: artistas y hombres de Estado confundidos.

Llevaba algunos días organizando una velada en la cual pensaba dar á sus amigos una verdadera sorpresa. Habíanle hablado de las representaciones japonesas que se daban en otras casas y estaba empeñada en dar á todo trance una velada exótica. La casualidad hacía que precisamente un amigo de Guy de Lissac, el Sr. D. José de Rosas, un opulento aristócrata que había congecido en otros tiempos, acabara de llegar á París después de un viaje alrededor del mundo. ¡Qué buena suerte! Si el señor de Rosas accedía á ello, Sabina podría anunciar á sus amigos una *soirée* llena de atractivos; el relato del viaje de un hombre como el señor de Rosas era un verdadero primor.

—La Condesa de Harville da *matinées* literarias, decía Sabina febrilmente; la señora de

Evans da en su casa lecturas de poemas y tragedias. Pues yo tendré también quien lea y quien dé conferencias puesto que ésa es la moda.

Y como si la mujer quiere que uno se tire por un tajo no hay más remedio que pedir á Dios que sea bajo, el señor de Rosas se decidió, accediendo también á las instancias de Guy de Lissac, á relatar á un público parisiense sus aventuras de viajero atrevidísimo y caprichoso. Ya habían circulado las invitaciones.

La señora de Marsy había obtenido de tres Ministros la promesa de que asistirían á la función, y así lo anunció á sus amigos. Había conseguido —¡oh triunfo inesperado!— hasta que asistiese el señor Picherau, ese puritano protestante de quien hablaban mucho los periódicos todos los días; y hete aquí que bruscamente, estúpidamente surgía una crisis ministerial cuando menos se pensaba, una crisis por todos conceptos inútil é inoportuna. Granet interpeló al Ministerio Picherau para ser Ministro y Picherau caía sin que Granet lograra ocupar su puesto. De prisa y corriendo se formó un Gabinete Collard con Sulpicio Vandrey en Gobernación para sustituir á Picherau. ¡Y con éste cayeron todos los Ministros que tenían prometido asistir á la reunión de la de Marsy!

—¡Ese es un Gobierno de monigotes!—exclamaba Sabina furiosa.

—¡Un Ministerio de figuras de cartón!—respondía Guy de Lissac.

¡La vinda de Marsy se hallaba consternada! ¡Ese pícaro de Granet! ¡Podía haber esperado ocho días más para hacer la dichosa interpelación! ¡No debía haber caído el Ministerio hasta después de su *soirée*! ¡Vaya una prisa que tenía Granet por ser Ministro! ¡Ah, no se había ella equivocado nunca al juzgarlo! ¡Un ambicioso vulgar! ¡Triunfaba, ó más bien creía triunfar, y en cambio ella se veía ahora de repente sin ningún Ministro que presentar á sus convidados! ¡No se lo perdonaría jamás!

No conocía á ninguno de los Ministros nuevos. Una vez había hablado con el Presidente del Consejo, Collard; un abogado de Nantes que en un baile al pasar por su lado le rompió sin querer el encaje del vestido. Estuvo muy galante al presentarla sus excusas; pero aquello no era por cierto intimidad bastante para que la señora de Marsy le disparase á boca de jarro una invitación para sus salones.

Su amiga íntima, la bellísima señora de Gerson, que le ayudaba á hacer los honores de la casa

en tanto le llegaba á ella la vez de dar reuniones y de arrebatarle sus convidados, le repetía en vano que de todos modos Picherau no dejaría de asistir, puesto que lo había prometido y era un hombre formal, y de cuya palabra podía uno fiarse. Indudablemente le acompañarían sus amigos de Instrucción pública y Bellas Artes, pero la verdad es que Picherau ya no le importaba á Sabina. ¡Ex-Ministros! ¡Tendría cuantos quisiera! Pero no se trataba de eso, no quería que fuesen á llamar á sus salones el *Cuartel de Inválidos*, como llamaban á los de una rival suya. ¡No, no por cierto; no lo consentiría de ningún modo!

¡El muy majadero de Granet! ¡Venir así á dar en tierra con los planes de Sabina!

Y la vinda de Marsy, desde el palco donde la señora de Gerson mostraba su hermosa cabecita de morena al lado de la rubia belleza de Sabina, había escuchado fastidiada, triste y abatida los primeros actos de *La Africana*, en tanto que Gerson hablaba en voz baja con Guy de Lissac, quien compartía con él la hospitalidad del palco, cuando al final del segundo acto apareció en la platea proscenio de la Dirección el rostro sonriente y agradable de Sulpicio Vaudrey junto á los retorcidos bigotes de Granet.

—¡Toma!—dijo Lissac—¡Pues si está allí Vaudrey!....

La viuda de Marsy, que lo había visto antes que él, dirigió los gemelos al nuevo ministro, cuya barba rubia, cuidadosamente peinada, aparecía elegante encima de su correctísima corbata blanca, y cuyo sedoso bigote retorcíase un tanto sobre sus mejillas con cierto aire victorioso. Sabina veía la cabeza muy agradable del ministro agitarse en la penumbra de la platea y aparecer para mirar á la sala sobre el reborde del palco forrado de terciopelo grana, y veía en lo alto del cráneo de aquel hombre, de cuarenta años escasos y de aspecto muy joven, una ligera tonsura en medio de cabellos rubios aún abundantes por los lados.

—¡Ah!—dijo Sabina—¡yo creía que era moreno!

—No, no—dijo Lissac—desde chico fué siempre muy rubio. ¡Lo recuerdo desde que estábamos juntos en el colegio!

La viuda de Marsy se volvió bruscamente hacia su amigo, como tocada por una chispa eléctrica, y mostró á Guy un busto encantador que sonreía sobre los hombros más hermosos del mundo.

—¿Cómo? ¿Conocéis tan íntimamente al ministro?

—¡Es imposible tener más intimidad!

—Pues entonces os pido un favor, mi querido Lissac ¡No, no os lo pido, os impongo una obligación!

La señora de Gerson sonreía con cierto airecillo burlón.

—Me figuro cuál—dijo.

—Y yo también—añadió Lissac.—¿Queréis que os presente al nuevo ministro de la Gobernación?.... ¡Vaya, tendréis algún candidato para Gobernador!

—No por cierto. Lo que tengo es necesidad de reemplazar á Picherau. ¡Ah! querido Lissac, mi querido Lissac, añadió con voz adorablemente dulce, cruzando con monadas de niña sus manitas enguantadas, como cuando una chiquilla pide un juguete, decidid al señor Vaudrey á aceptar la invitación que le haréis en nombre mío, y seréis un muchacho excelente, ¿ois Lissac? ¡un muchacho delicioso!

Guy, que ya se había puesto de pie, hizo de un capirotazo saltar ruidosamente la copa de su clac, y abrió la puerta del palco, diciendo á Sabina:

—¡Observad que no pongo ninguna condición á cambio de lo que me pedís!

La joven se echó á reír.

—¡Eso es muy discreto—dijo—porque os doy

mi palabra de honor de que en este momento las aceptaría todas!

—¡Selika es de hielo comparada con vos!— contestó Lissac, desapareciendo por la puerta entreabierta—Dentro de diez minutos os traigo á vuestro ministro.

Sabina esperaba con agitación verdaderamente nerviosa. El telón acababa de caer al final del tercer acto; la platea del director estaba desocupada; Guy, sin duda, se había reunido ya con Vaudrey; ni el ministro ni su amigo aparecían por ninguna parte. Llamaron á la puerta del palco. El señor Gerson, que fatigado como un hombre á quien abrumba el peso de las reuniones y los bailes, dormitaba en un rincón, se había levanto para abrir. Pero era un pintor, un amigo antiguo de Felipe Marsy, que iba á suplicar á Sabina que visitase su estudio para ver el cuadro que estaba preparando para la próxima Exposición. Sabina lo recibió lo mejor que pudo y le prometió su visita con aire indiferente y preocupado. La joven, impaciente, se daba golpecitos en la mano con el abanico, oyendo á la orquesta preludiar la introducción al cuarto acto.

¡Vamos! ¡Lissac no había sido afortunado sin duda!....

De pronto, en el cuadro luminoso que formaba la puerta del palco abierta de par en par, apareció la elegante silueta de Guy, que desapareció en seguida para dar paso á un hombre de sonrisa amable, á quien miraban atentamente muchos espectadores que iban detrás de él, y el cual entró saludando cuando Lissac hubo dicho á Sabina:

—¡Permitidme que os presente al señor ministro de la Gobernación!

Sabina, resplandeciente de gozo, no había distinguido á nadie en el grupo de fracs negros de donde se destacó Sulpicio Vaudrey para entrar en el palco. ¡No veía más que á él!

Levantóse, retirando instintivamente su silla, y al entrar el ministro, Sabina á un lado y al otro los señores de Gerson, pusiéronse de pie y se inclinaron para saludarlo: Sabina victoriosa, la señora de Gerson curiosa y su marido halagado, aunque siempre medio dormido.

Vaudrey tomó asiento al lado de Sabina con la amable desenvoltura de un hombre que gusta de aparecer agradable, y aquella visita hecha, á ruegos de un amigo, á una mujer hermosa, adulada, conocida, parecióle la consecuencia natural de aquel éxito de conquistador de nueva posición que lo halagaba hacía unos días.

Cándidamente y por instinto iba á todas partes donde había algún incienso que respirar; pareciale estar nadando por aguas deliciosas; todo le halagaba; no hubiese querido tener que negar nada á nadie y se le antojaba la cosa más natural del mundo que una mujer á la moda, como lo era Sabina, quisiera felicitarle, así como él, sin conocerla, estaba deseoso de darle las gracias por sus felicitaciones. Las galanterías acudían á sus labios con la misma naturalidad que los cumplimientos le entraban por los oídos.

Sentíase también allí en una atmósfera de simpatía y admiración; aquellas dos mujeres jóvenes y bonitas que le sonreían con amable gratitud y aquella Sabina le parecían encantadoras, sobre todo cuando esta última con esa gracia exquisita de las parisienses, le dijo:

—No sé cómo agradecer á mi amigo el señor de Lissac que os haya decidido á venir á oír el ruego de una pretendiente.

—¿Una pretendiente, señora? —contestó el Ministro con un tono que parecía estar ya accediendo á la petición anunciada.

—¡Dios mío, señor Ministro, se trata de consentir en honrar con vuestra presencia una reunión de confianza, que esta vez será muy curiosa!

—¿Una reunión? —preguntó Vaudrey sin dejar de sonreír.

—¿No os ha dicho el señor de Lissac lo que esperaba de vos?

—Lissac y yo somos amigos demasiado buenos y demasiado antiguos para que él me privase del placer de oír de vuestros propios labios, señora, lo que puedo tener la fortuna de poder hacer en obsequio vuestro.

Sabina sonrió al oír aquella frase un tanto rebuscada, pero dicha con extraordinaria amabilidad y galantería.

¿Por qué decía la gente que Vaudrey era un provinciano bueno para amigo y malísimo para enemigo? Al contrario: ¡el señor Vaudrey era delicioso!

—Pues bien, señor Ministro; el señor de Rosas tiene la bondad de venir á mi casa el sábado próximo, á dar una conferencia familiar sobre su viaje al rededor del mundo. Y estoy segura que se alegrará mucho de contar entre sus oyentes....

Sulpicio la interrumpió para cortar el cumplimiento que esperaba y que quiso evitar por aparecer modesto.

Conocía al señor de Rosas. Había leído, hechas por aquel aristócrata literario, varias traducciones

de poetas persas, editadas elegantemente, y de las cuales había sido tirado escaso número de ejemplares sólo para los amigos íntimos. Había tropezado con él en otro tiempo en las sesiones de cierta Asociación científica, y sabía que el señor de Rosas era un hombre ilustrado y agradabilísimo á quien tendría mucho gusto en volver á ver. Un héroe de novela, erudito como un benedictino. ¡Y muy agradable y de mucho talento! Algo así como un Cid Campeador que se hubiese hecho parisiense después de viajar por el Asia menor.

Esta semblanza de Rosas era muy ingeniosa, y Sabina iba aprobándola con un movimiento de cabeza á cada nuevo detalle, como si lo aplaudiera. Vaudrey sentía placer en hablar, en mostrarse ingenioso, en contestar con sonrisas á las sonrisas de sus interlocutoras. Veía por la abertura de aquel palco, donde se destacaban las siluetas de aquellas dos mujeres bellísimas, una rubia y otra morena, la inmensa sala del teatro, roja, luminosa, dorada, bronceada, llena de cabezas. Y de aquella muchedumbre elegantísima, de aquellos palcos donde aparecían escotes deliciosos de mujer, brazos cubiertos hasta el codo por los guantes, flores en los peinados, resplandores que se escapaban de las

facetas de los brillantes, pareciale, como poco antes, que arrancaban cierta embriaguez, cierto olor delicioso, perfume de mujer en la feliz irradiación de una luz de Sol naciente.

En el escenario, sirviendo de marco al baile donde danzaban, alumbrados por la luz eléctrica, las faldas cortas y ahuecadas y los pies de color de rosa que un momento antes había visto de cerca, resplandecían los brillantes cascos y las relucientes armas de coristas y comparsas. Un encanto extraordinario envolvía aquellos esplendores de teatro y el lujo de la ópera contemplado así desde el fondo de un palco, seguía pareciéndole el esplendor de una eterna apoteosis, algo así como una fiesta magnífica celebrada en honor de su entrada en el Ministerio.

Entonces, con la cándida franqueza de su alegría y satisfacción, sin darse tono, hablando con aquellas mujeres, con Guy, con Gerson, como si hablase consigo mismo, daba rienda suelta á sus alegrías, á sus proyectos, á sus ilusiones. Y á los parabienes que le dirigía Sabina, contestaba con la teoría del desinterés.

— Es decir, señor Ministro — contestó la viuda — que pensáis hacer grandes cosas.

Y él sonriendo, con la mirada vagando en la

contemplación de aquella decoración digna de las *Mil y una noches*, contestaba:

— En verdad, señora, no he aceptado la cartera más que como un deber y como un medio de hacer el bien. Quisiera ser justo y bueno. ¡ Quisiera sacar del fondo de la obscuridad á algún desconocido para colocarlo en primera fila y reparar las iniquidades de la suerte adversa!.... Si no hemos de hacer nada mejor que nuestros antecesores no vale la pena de haberlos derribado.

— ¡ Ah, diablos! — dijo Lissac, en tanto que la señora de Marsy aprobaba con la sonrisa y con el gesto: — tú y tus compañeros estáis en la luna de miel del Ministerio.

— Procuraremos hacerla durar mucho tiempo — contestó Sulpicio riendo. — Yo creo que en un Ministerio, lo mismo que en un matrimonio, la luna de miel no llega sino por culpa de los mismos esposos.

— ¡ Listo ha de ser quien sepa por qué vienen las lunas de hiel! — replicó Guy.

Involuntariamente el pensamiento de Vaudrey volaba hacia Adriana, hacia aquella mujer joven y bonita que era su esposa y que en aquel instante estaba esperándolo en las suntuosas habitaciones del Ministerio, donde acababan de instalarse, como si fueran las habitaciones de una fonda.

Tenía prisa por ir á reunirse con ella, por contarle todo lo que había hecho aquella noche, por decirselo todo, hasta su visita al escenario, y sin embargo permanecía allí sin atreverse á despedirse de la señora de Marsy, la cual por instinto adivinaba en la decadencia en que iba entrando la conversación, que deseaba marcharse.

— Espero el dúo de este acto, y me voy — dijo á Guy.

Vaudrey no dijo nada, pero esperó á que Sabina se levantase y se pusiera el abrigo, y le ofreció el brazo para llevarla hasta su carruaje.

La gente se agolpaba en los corredores para ver pasar al Ministro. En las escaleras y en los pasillos le saludaban muchos desconocidos y á Vaudrey le parecía verse rodeado de generales simpatías. Lissac iba detrás de él dando el brazo á la señora de Gerson, cuyo marido aburrido suspiraba, pensando en las horas de sueño que había perdido.

En medio del frío de una cruda noche de Enero, Sulpicio, envuelto en su abrigo de pieles, esperaba sin soltar el brazo de Sabina, la llegada del carruaje de la viuda, que se acercaba escoltado por otro coche: el del ministro.

Sulpicio miraba á la avenida de la Opera, llena de lucecillas vi vísimas, y á la claridad azulada de

aparato Jablockoff que la envuelve por completo, y hallaba allí algo de esa halagadora iluminación de apoteosis que un momento antes lo escoltaba en el escenario de la Opera.

—¡Una especie de aureola expresamente hecha para él!

Vaudrey acompañó á Sabina hasta el estribo de su carruaje.

La viuda de Marsy le preguntó:

—¿Me hará la señora de Vaudrey el honor de acompañarnos? Mañana mismo me tomaré la libertad de ir á visitarla para suplicárselo.

El ministro saludó con aire complaciente.

Sabina le dió otra vez las gracias, dirigiéndole una encantadora sonrisa. Su diminuta mano enguantada levantó el cristal de la ventanilla, y el carruaje, cuyos caballos piafaban impacientes, se puso en marcha.

—¡Adios!—dijo Lissac á Vaudrey.

—¿No quieres que te lleve en coche?

—Gracias; estoy á dos pasos de la calle de Anmale.

Vaudrey se volvi6 á la señora de Gerson, que se inclinaba, en tanto que su marido saludaba humildemente.

—¿Queréis que os deje en vuestra casa?

—Mil gracias, señor ministro; pero tenemos aquí el carruaje.

—Adios, chico—dijo Vaudrey á Lissac;—y ven á almorzar conmigo.

—¡Con mucho gusto!

—¡Al ministerio!—gritó Sulpicio al cochero, subiendo á su carruaje.

Y se extendió en el asiento con profunda voluptuosidad, como si experimentase imperiosa necesidad de estar solo. Todas las imágenes de aquella velada le danzaban en la cabeza. Aun llevaba en la nariz el turbador perfume del saloncillo de baile, y en la imaginación el recuerdo de los incendiarios ojos de aquella bailarina. Y las miradas, los saludos, las sonrisas de mujer; la voz acariciadora de Sabina; los blanquísimos dientes de la señora de Gerson; y este vocablo alegre, claro como un toque de clarín, entusiástico como una marcha triunfal: *¡Llegado!* Todos esos recuerdos acudían á su mente en tropel.

—¡Sí, has llegado!—se decía, repitiendo las palabras de Guy.

¡Llegado! ¡Y era verdad!

¡Ministro! ¡Parecía imposible! ¡Mandaba en todo ese mundo de agentes y funcionarios altos y bajos! ¡Movía él solo toda la maquinaria administra-

tiva! ¡El, el abogadillo de Grenoble que diez años antes apenas si soñaba con ser, cuando más, una gloria de la provincia de Isere!

Toda aquella gente que veía en la penumbra de los iluminados boulevares comprando periódicos, iban á leer su nombre y el relato de sus más pequeños hechos y de sus gestos más insignificantes!

«El Sr. Vaudrey se ha instalado definitivamente en el palacio de la Plaza Beauvau.»—«El Sr. Vaudrey ha recibido esta mañana á los jefes de sección y á todo el personal de su ministerio.»—«El Sr. Vaudrey, ayudado por el Subsecretario de Gobernación, Sr. Jacquier, estudia activamente una próxima combinación de Gobernadores.»—«El Sr. Vaudrey proyecta importantes reformas.»—«El Sr. Vaudrey.....» ¡En todas partes, en todos los periódicos lo mismo: ¡El Sr. Vaudrey! ¡El señor ministro de la Gobernación! ¡El! ¡su nombre! ¡sus palabras! ¡sus proyectos! ¡sus actos!

¡Llegado! Sí, eso es; ¡había llegado!

Jamás, aun en los momentos de acariciar las ilusiones más enloquecedoras, había llegado á soñar una carrera tan rápida, un brillar tan grande de esa estrella que á veces buscaba en el fondo del cielo con supersticiones de ambicioso! ¡Había llegado! ¡había llegado!

¡Ahora, ahora verían su valer! Ciertamente que antes del instante actual, allá en su pueblo, en sus discursos en el foro y luego cuando la guerra y durante el período electoral de 1871, y especialmente después, en Versalles, durante las apasionadas campañas políticas, en la tribuna del Parlamento ó en las comisiones y subcomisiones parlamentarias, había hecho sus pruebas, mostrado sus condiciones de orador notable y de estadista; pero la piedra de toque de los hombres es el poder. Fuera ya de la semiobscuridad en que vivía, á la luz del sol que se levantaba, iba por fin á demostrar lo que era y lo que podía. ¡Poder! ¡mandar! ¡crear! ¡comunicar su pensamiento á toda una nación! ¡Haber llegado! ¡Llegado! ¡Llegado! ¡Los mejores sueños de Sulpicio veíanse realizados!

Y en tanto que su coche de ministro lo llevaba al galope de sus caballos hacia la Plaza Beauvau, Sabina, envuelta en su elegante abrigo, se decía perfectamente indiferente por el hombre, pero entusiasmada por haber conquistado al ministro para sus salones:

—¡Es un cándido ese Vaudrey; pero muy agradable y muy simpático!

La verja de la Plaza Beauvau se abrió para que pasase el carruaje del señor ministro. La arena

crujió bajo las ruedas del coche, y éste se detuvo á la izquierda, al pié de la escalinata que conducía á las habitaciones particulares de su excelencia.

Sulpicio se apeó. La puerta de entrada se abrió sin que él tuviera necesidad de llamar. Dos criados de frac y corbata blanca esperaban en la antesala la llegada del señor ministro.

Sulpicio subió rápidamente la anchurosa escalera de piedra que conducía á sus habitaciones; dejó en la antesala el abrigo en manos de un ayuda de cámara, y entró gozoso en un saloncito, en el cual, bajo la pantalla de una lámpara elegante, la señora de Vaudrey, lo esperaba leyendo; y al verle, dirigióse hácia él aquella preciosa cabecita, fresca, joven, sonrosada, con ojos azules; al ver aquella mujer que le sonreía, al oír aquella dulcísima voz un poco tímida que le preguntaba con cierto acento de inquietud: «¿Qué tal?» cogió entre sus dos manos amorosas aquella frente tersa y blanca, y depositó en ella un largo beso apasionado y algo calenturiento.

—¡Pues me he divertido mucho, queridísima Adriana! Toda esta simpatía que me rodea, toda esta gozosa impresión que parece haber producido el nuevo ministerio, hasta el gesto de Picherau, á quien me he encontrado, todo eso me divierte, me

agrada y me da miedo también. ¡Ministro! ¿No sabes en lo que pienso ahora que ya he llegado?

—¿En qué piensas?—dijo la joven, con las manos cruzadas y fijando una mirada dulce y confiada en los febriles ojos de Sulpicio.

—¿En qué?..... Me digo que no basta ser ministro, sino que es necesario ser un gran ministro! ¿Oyes, Adriana? ¡Un gran ministro!

Y había cogido las manos de Adriana entre las suyas, y la joven envolvía en una mirada de apasionada admiración á aquel muchacho delirante de esperanza que le decía: «¡Quiero ser un grande hombre!»

No soñaba ella con toda esa gloria cuando en otro tiempo sentía temblar en su mano los dedos de su prometido, y cuando Sulpicio, sólo él, murmuraba al oído el mismo pensamiento sintetizado por estas palabras que le henchían el corazón de gozo:

—¡Te amo, Adriana mía! ¡Te amo, y te amaré siempre! ¡siempre!

III.

Sulpicio Vaudrey se había casado con Adriana por amor. Ella le llevaba á su salida del convento

crujió bajo las ruedas del coche, y éste se detuvo á la izquierda, al pié de la escalinata que conducía á las habitaciones particulares de su excelencia.

Sulpicio se apeó. La puerta de entrada se abrió sin que él tuviera necesidad de llamar. Dos criados de frac y corbata blanca esperaban en la antesala la llegada del señor ministro.

Sulpicio subió rápidamente la anchurosa escalera de piedra que conducía á sus habitaciones; dejó en la antesala el abrigo en manos de un ayuda de cámara, y entró gozoso en un saloncito, en el cual, bajo la pantalla de una lámpara elegante, la señora de Vaudrey, lo esperaba leyendo; y al verle, dirigióse hácia él aquella preciosa cabecita, fresca, joven, sonrosada, con ojos azules; al ver aquella mujer que le sonreía, al oír aquella dulcísima voz un poco tímida que le preguntaba con cierto acento de inquietud: «¿Qué tal?» cogió entre sus dos manos amorosas aquella frente tersa y blanca, y depositó en ella un largo beso apasionado y algo calenturiento.

—¡Pues me he divertido mucho, queridísima Adriana! Toda esta simpatía que me rodea, toda esta gozosa impresión que parece haber producido el nuevo ministerio, hasta el gesto de Picherau, á quien me he encontrado, todo eso me divierte, me

agrada y me da miedo también. ¡Ministro! ¿No sabes en lo que pienso ahora que ya he llegado?

—¿En qué piensas?—dijo la joven, con las manos cruzadas y fijando una mirada dulce y confiada en los febriles ojos de Sulpicio.

—¿En qué?..... Me digo que no basta ser ministro, sino que es necesario ser un gran ministro! ¿Oyes, Adriana? ¡Un gran ministro!

Y había cogido las manos de Adriana entre las suyas, y la joven envolvía en una mirada de apasionada admiración á aquel muchacho delirante de esperanza que le decía: «¡Quiero ser un grande hombre!»

No soñaba ella con toda esa gloria cuando en otro tiempo sentía temblar en su mano los dedos de su prometido, y cuando Sulpicio, sólo él, murmuraba al oído el mismo pensamiento sintetizado por estas palabras que le henchían el corazón de gozo:

—¡Te amo, Adriana mía! ¡Te amo, y te amaré siempre! ¡siempre!

III.

Sulpicio Vaudrey se había casado con Adriana por amor. Ella le llevaba á su salida del convento

de Grenoble todas las gratas ignorancias de la niña y los apasionamientos innatos en la mujer. Era huérfana y tenía una fortuna envidiable. Pero aun cuando Sulpicio no era muy rico, jamás había pensado en la dote de aquella muchacha al pedir la mano de Adriana al doctor Reboux, tutor de la señorita de Gerard. Habíase encontrado con ella en algunas reuniones en Grenoble á donde ella se presentaba, tímida, algo turbada, silenciosa y paseando de una á otra parte su dulcísima mirada un si es ó no es interrogadora.

Rápidas conversaciones entabladas por casualidad, piezas de música escuchadas á su lado, las frivolidades de las relaciones sociales eran lo único que habían aproximado á Sulpicio y Adriana; pero al ver á aquella preciosa rubia, de aire buenísimo y de infantil timidez que llevaba algo de melancólico y reflexivo en su confiada sonrisa de aquella niña de diez y ocho años, lo conquistaron por completo. Era libre, estaba solo en el mundo, porque ya por entonces habíase quedado sin la única persona á quien amara, su madre, de quien era dos veces hijo, hijo por la carne y por el alma, por la leche derramada de su seno y por las sabias enseñanzas transmitidas á su espíritu.

De su padre no había conocido más que un ros-

tro meditabundo y agradable, un retrato de joven, triste, vestido con la negra toga del abogado y delante del cual, siendo muy pequeño había aprendido á decir con el respeto con que hubiese dicho una oración: *papá*. Aislado en la ciudad de Grenoble, por la cual había dejado su pueblo de San Lorenzo del Puente, experimentó al conocer á Adriana una especie de melancolía profunda y la necesidad de fijar su destino para el porvenir.

Tenía treinta y cuatro años. Excepción hecha de los años de estudiante pasados en París, en el torbellino del barrio latino, había vivido siempre en provincias, en su Delfinado. Había ido creciendo en un caserón viejo de San Lorenzo, cada rincón del cual traía á su memoria un carísimo recuerdo de su infancia ó de su juventud; el salón grande blanco amueblado á la moda de Luis XVI que caía á la terraza de la casa; los retratos de abuelos que no había conocido, abogados de peluca empolvada vestidos con el traje negro de los hombres de aquella época pasada, gordos y sonrosados dejando reposar la carnosa barba sobre el elevado cuello rodeado de una corbata blanca, hecha con más tela de la que se necesita para una sábana; viejas de fisonomía simpática con peinados estupendos y vestidas de telas rameadas, que parecían

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD

"ALFONSO REBOUX"

1625-MONTERREY, MEXICO

sonreír y coquetear aún en el óvalo de los cuadros de madera que rodeaban sus retratos, y libros viejos encuadernados á la usanza antigua, durmiendo en la inmensa librería de cristales ó colocados sobre consolas viejísimas debajo de trofeos hechos con escopetas y aparejos de caza.

En aquella morada, en la cual pensaba ahora tan á menudo, estaba todo su pasado conservando en sí algo de la pasada poesía, embalsamada por los recuerdos de aquellos alegres días de su infancia.

Con frecuencia veía con los ojos de la imaginación todo aquello: la gran cocina baja donde pasaban las veladas contando cuentos ó la alcoba con sus cortinones de seda descolorida, donde dormía, allá arriba en el piso alto, á veces con mucho miedo, completamente solo, junto á la desocupada alcoba de su padre, y la luna que á través de los enormes árboles de la huerta penetraba por las ventanas y proyectaba en la pared de enfrente caprichosas labores que parecían encajes y los ruidos que á Sulpicio se le antojaban producidos por aquella pícara bruja de la cual la vieja Catalina, la cocinera, hablaba con terror en la cocina baja antes de ir á acostarse.

Allí iba todos los años á pasar las vacaciones

porque su madre había tenido el valor de separarse de él y de meterlo, como lo hubiera metido en agua fría un día de invierno, en un colegio de Grenoble, de donde al pobrecillo, decía su madre, lo enviaban siempre á San Lorenzo muy flaco y muy descolorido.

¡Por eso ella quería devolverlo gordo y colorado al colegio para que se avergonzase el despennero!

Y aquellos encantadores recuerdos, los días de sol pasados en la montaña, las expediciones á la Gran Cartuja, el murmullo de los arroyos corriendo por entre las rocas, los descansos á la sombra de árboles seculares en medio del silencio profundo y del calor abrasador de la naturaleza adormecida, las lecturas sobre la fresca hierba de los prados, interrumpidas á veces por él, para soñar despierto y ver pasar por cima de su cabeza las cenicientas nubecillas que se borraban poco á poco y desvanecíanse después como si fueran humo. ¡Qué hermosos eran aquellos días lentos, indecisos, poblados de ilusiones, acompañados por el ruido de un torrente que se precipitaba por entre los guijarros como si fuera una canción alegre ó el dulce runrun de una nodriza!

Sulpicio no sabía entonces á donde iría ni lo que haría, ni lo que llegaría á ser; pero sentía en

el alma una esperanza vasta y clara como aquel cielo azul, y apetitos de engrandecimiento, de amor y de poesía..... Preguntábase si sería misionero ó tribuno, parecíale que su corazón era bastante grande para encerrar un mundo, y á medida que crecía formulábase también á sí mismo esta pregunta temible: «¿Seré amado alguna vez?»

¡Ser amado! ¡Qué ilusión!

Cuando hacía en el colegio esta pregunta, Guy de Lissac, su compañero inseparable, hijo de un hidalgo de Grenoble, le contestaba:

—¡Caramba! ¡todos son amados en este mundo! ¡Y algunos hay que hasta lo son demasiado!.....

Sulpicio conservaba de aquella antigua educación patriarcal un miedo de puritano, dulcificado sin embargo por los mimos de su madre que eran una especie de poético perfume que conservó toda su vida.

Aun en sus momentos de lucha, en pleno París, en la batalla política, volvía con el pensamiento á la morada abandonada de San Lorenzo del Puente, y veía el sillón desocupado donde se sentaba su padre cuyos besos no había conocido jamás y oía por todas partes la voz de su madre, evocando así á un mismo tiempo los sitios y las personas! Y diputado ó ministro, cuando pensaba

en el tiempo pasado y reciente, Sulpicio visitaba á menudo con la imaginación aquel rincón del campo que le parecía tan bueno, tan dulce, tan tranquilo en medio del eucalmado silencio de la provincia, lejos, muy lejos del ruido, del estruendo constante y vertiginoso de París.

Los labradores del Delfinado no piensan, por lo general, más que en hacer agricultores á sus hijos; los envían á estudiar al colegio, después á empezar sus estudios de Derecho ó de Medicina, pero se complacen en verles volver, sin concluirlos, al pueblo natal, á la granja, y hacer que dejen allí el Código y los libros de Patología y que no piensen más que en hacer la vida de labradores ó campesinos. Buenos muchachos, bien formados, con los hombros ensanchados por la gimnástica diaria, los músculos endurecidos por las expediciones á la montaña, alegres, vividores, dedicados á cazar y á beber por las orillas del Isere, y más preocupados de las cosechas del año que de los seductores murmullos del viento entre las hojas de los álamos que pueblan las orillas del río.

Sulpicio tenía un tío viejo, el bueno del señor Vaudrey, que propuso á su cañada cederlo todo, campos y granjas, trigos y viñas—una verdadera fortuna—á condición de que su sobrino Sulpicio

consintiera en ser su yerno. Sulpicio rehusó, porque no quería casarse por el interés.

—¡Bobadas!—decía su tío.—¡Sensiblerías! ¡Lo que es si se entrega á esas cosas, el hijo de mi hermano no llegará lejos, porque por ahí no se va á ninguna parte!

—¡Esa es vuestra opinión, cuñado mío! Lo que mi pobre Raimundo no pudo ser, porque le faltó tiempo, lo será su hijo: un abogado famoso, elocuentísimo y honrado.

—Bueno, bueno—repetía el tío;—pero no será dueño de mi hija.

Y en efecto, Sulpicio, después de haber estudiado en París, volvió á Grenoble á vivir con su madre, á la cual arrancó del vetusto caserón de San Lázaro, é inscripto en el Colegio de abogados de la ciudad, llamó la atención pública desde los primeros discursos que pronunció en el foro. Hacía del arte de la oratoria, no un oficio, sino un sacerdocio, y todo el mundo extrañaba que no se hubiese quedado en París.

¿Por qué? Teniale cariño á su provincia, á las orillas del Isere, á la saludable poesía del *Desierto* de la Cartuja y á las nieves perpetuas del Gran-Sou. Un hombre de talento podía hacerse lugar en cualquier parte, y además se había impuesto vo-

luntariamente el deber de no abandonar el rincón de su tierra y hacer oír en él su elocuente palabra, consagrándose á la propaganda de la libertad y de las ideas modernas. Con el espíritu abierto á todas las manifestaciones ardientemente generosas del pensamiento humano, Sulpicio había recibido de su madre escritos y libros de su padre y tomos de aquella *Enciclopedia* que Raimundo Vandrey llenara de notas y reflexiones; y todo ello había venido á ser la tradición, y algo así como el bautismo de la libertad. Había hecho una vida febril en el pasado de ochenta años antes, leyendo la *Gaceta Nacional* de los tiempos de prueba, y los discursos, ardientes aún como la lava de un volcán, de los Mirabeau, y los Barnave, y los Condorcet, hijos de Grenoble, á quienes encontraba en aquellas páginas, y los cuales parecían comunicar su calor á sus manos y á su mirada. Así es que su cabeza veíase poblada de grandes sueños de libertad proclamada desde lo alto de la tribuna, y el corazón se le saltaba del pecho. Parecíale ver á las multitudes batiendo palmas para aplaudirle, banderas tricolores ondeando á la dorada luz de un sol esplendoroso, cortejos y desfiles de verdades proclamadas entusiásticamente y aclamadas con locura.....

Su madre sonreía ante aquellos entusiasmos, y no trataba siquiera de calmarlos. La edad se llevaría muchos de ellos, demasiados acaso, como un vendabal de Octubre se lleva las hojas de los árboles.

Y además, aquellas esperanzas, aquellos sueños, aquellas visiones eran compartidas por la buena señora en recuerdo de su Raimundo, que ya no vivía, el cual había adorado las mismas cosas que tanto amaba su Sulpicio.

La catástrofe de la guerra y el derrumbamiento del Imperio hallaron á Sulpicio Vaudrey siendo muy popular en Grenoble y querido de todos: del pueblo, que sabía cuán generoso era, de la clase media, que comprendía su talento; y los sufragios emitidos en Febrero de aquel año memorable llevaronle á la Asamblea Nacional, reunida en Burdeos.

Su madre vivió bastante para presenciar aquel halagüeño comienzo de un porvenir brillantísimo.

¡ Con cuánta emoción recordaba en la actualidad Sulpicio Vaudrey aquel domingo de Febrero, de un Febrero frío y lluvioso, en que volvía en carruaje cerrado, con un amigo suyo, de su expedición electoral! El día antes había hablado en una taberna, á campesinos que lo escuchaban con la

boca abierta, algo desconfiados aún, y que examinaban al candidato como hubiesen podido probar una res en la feria, los cuales poco á poco ganados por el entusiasmo, lo aplaudieron, y después lo aguardaron á la salida para estrecharle afectuosamente la mano diciéndole: «¡ Sois nuestro hombre! »

Aquella mañana llegó á Grenoble bajo una copiosa lluvia, después de haber pasado por multitud de pueblecillos donde, puestos en las esquinas los carteles electorales, medio despegados por el agua, mostraban á todos su nombre y el de sus amigos.

Había á las puertas de las casas-ayuntamiento algunos grupos de gente pacífica, algún gendarme que paseaba lentamente sobre la alfombra formada sobre el barro por las papeletas electorales tiradas al suelo. Pero nada más. Nada de fiebre. Ni siquiera un latido más precipitado que otro en el pulso de aquellos hombres que con sus votos iban á decidir tal vez de la suerte del país. Sulpicio no podía menos de asombrarse ante tanta calma, pensando que no sólo allí, sino en toda Francia, estaba sucediendo lo mismo á la misma hora, y que aquella era una batalla decisiva, no ya para él, sino para su patria.

¡Con cuánta ansiedad asistió aquella tarde al escrutinio general en el Palacio de Justicia, lleno de gente y de ruido! Con terribles latidos en el corazón, Sulpicio veía cómo iban engrosando las cifras de los votos acumulados á su nombre. Partes y peatones llegaban de los pueblos todos del distrito agitando un pliego de papel, y Sulpicio oía salir de todas las bocas este mismo grito:

— ¡Vandrey es el que triunfa!

Y la gente gritaba ¡bravo! y batía palmas, y rodeaba á Sulpicio. Ya se sentía como arrastrado hácia un mundo nuevo, como arrastrado por las olas de un poderoso mar.

Un amigo lo cogía del brazo, y llevándosele á un rincón de la sala, le decía con rapidez:

— Ya sabéis que no os pediré gran cosa, ó por mejor decir, que no os pediré nada. Cuento nada más que con una comisioncilla. La cosa es bien fácil, ¿eh?

Y Sulpicio entregado completamente á la emoción de aquel bautismo de popularidad, experimentaba cierta cólera contra el importuno pretendiente que en el triunfo de una causa sacrosanta no veía más que el medio de conseguir un objeto mezquino. El diputado—porque la cosa estaba ya bien resuelta, toda vez que cada colegio añadía

unos cuantos votos á su candidatura — el diputado sentía cierta repugnancia.

La muchedumbre lo acompañó aquella noche hasta su propia casa entre aclamaciones entusiasmadas de triunfo.

En medio de su alegría inmensa, Sulpicio experimentaba, sin embargo, la ansiedad del deber que tenía que cumplir: ¡firmar la paz! ¡Y qué paz! ¡ay! Le sería necesario poner su nombre al pie del tratado que consagraba el desmembramiento de la patria. Durante gran parte de la noche estuvo pensando en ello, con la frente apoyada en la helada vidriera del balcón de su alcoba.

Se acostó tarde y se levantó al amanecer de un fríasimo día de Febrero, sin haber podido dormir.

Miró al otro lado de la calle, al jardín de un convento que allí había, con sus enrejadas ventanas y con sus árboles desnudos que tantas veces contemplara antes de entonces. Algunas monjas vestidas de negro pasaban lentamente por aquel horizonte tranquilo y frío, que durante años y años había sido su horizonte. Ya no veía continuamente aquel rincón de tierra que le era familiar, aquel jardín triste, pero cuya claustral poesía le agradaba.

Ahora era París lo que le aguardaba; París lle-

no de fiebre, con su pesada atmósfera caldeada de cólera patriótica. Hasta el pavimento de las calles debía quemar. Sulpicio sentía anhelo vehemente de verse allí, de pasar con la cabeza alta por delante de aquellos suntuosos edificios, frente á los cuales, siendo joven y estudiante, había soñado tanto y había hecho tantos castillos en el aire. Pero más de una vez echaría de menos su jardín del convento, el parterre familiar, el gran silencio en que se abismaba allí, trabajando con la ventana abierta, ya con el vuelo de un pájaro que pasaba por delante de él, casi rozándole con sus alas, ya con el vago murmullo de los cantos monjiles que subían hasta su ventana como el lejano eco de una plegaria.

Durante los años subsiguientes, entre dos legislaturas de la Asamblea, se casó con la señorita de Gerard. El doctor Reboux, satisfecho de entregar la mano de su pupila á un hombre de tan brillante porvenir como Vaudrey, no titubeó mucho. Adriana gustaba á Sulpicio, y la joven considerábase dichosa al verse elegida por aquel hombre, joven también, elegante y bueno, con quien todos en Grenoble estaban locos. Sus propios adversarios inclusive.

Con los ojos negros y brillantes, con un rostro

delgado y simpático, con la barba rubia cuidadosamente partida, la frente erguida y surcada por una arruga prematura entre las dos cejas, que daba á su mirada viva cierto carácter contemplativo, Sulpicio estaba verdaderamente seductor. No era ni un buen mozo, ni un chico guapo, sino un hombre amable, seductor, muy fino, que hablaba bien, persuasivo, entusiasta, despierto, que de todo sabía y lo daba á entender sin pedantería, siendo, por lo tanto, bien capaz de inspirar á cualquier muchacha una verdadera pasión. Así es que Adriana se casó con tanta alegría como amor había él sentido al pedir la mano de la joven.

¡Toda la poesía de su juventud dedicóse á aquel hombre en plena lucha, que olvidaba en el idilio de su hogar, las tempestades de Versalles, las inquietudes políticas, los temores por el porvenir de la patria, los desengaños del presente, aquella vida del Parlamento que lo ocupaba completamente, sin dejarlo pensar más que en sus trabajos, en sus discusiones y en sus deberes!

A menudo Vaudrey pensaba, como se piensa en una jornada de descanso, en aquella mañana de estío en que había conducido á Adriana á la iglesia; recordaba la casa llena de ruido, de parientes en traje de fiesta, de amigos, y el piafar de los

caballos uncidos á un carruaje que los esperaba, y la gente de la vecindad asomada á los balcones, y los chiquillos aguardándolos en la calle, y todo el alegre estruendo de aquel día feliz. Hubo algo como la irrupción de un sol esplendoroso cuando Adriana entró vestida completamente de blanco en el gran salón donde los retratos antiguos de sus abuelos parecían sonreír al verla.

Tenia, bajo la corona de azahar, traída de París, el aire dichoso, dulcemente turbado de una profesa envuelta en su blanco velo. Sulpicio la encontraba arrebatadora. ¡Habíase ella acercado á su prometido, tan ruborosa y enamorada para alargarle sus dos manitas enguantadas de blanco! Él un poco aburrido de verse entre toda aquella gente que lo rodeaba, mirábase involuntariamente á un espejo que tenía enfrente y se encontraba un poco raro, lamentando ver sus cabellos tan bien peinados. ¡Cuánto, cuánto se habían reído los dos después, con emoción siempre nueva cada vez que traían á la memoria aquellos recuerdos deliciosos!

En medio de aquella inmensa alegría, Sulpicio sólo echaba de menos á su madre que no estaba allí, cuando delante del anciano sacerdote que había enseñado el catecismo á Adriana, acercóse él, sujetando el cirio que le pesaba un poco, y cogió

con cierta torpeza la patena que le alargaba el cura, verdadero acontecimiento para Grenoble, que veía al jefe del partido liberal de la provincia, al primer diputado de las últimas elecciones, casándose en la iglesia como un vecino pacífico y creyente á machamartillo! Y el órgano tocaba con vibraciones enternecedoras unos villancicos dulces, misteriosos, conmovedores, como si fuesen un canto de aleluya que arrancase del fondo de los siglos.... La luz caía á través de los cristales de colores, sobre Adriana arrodillada, con su frente de niña apoyada en sus enguantadas manos, y los rayos de sol besaban sus cabellos rubios, su talle encerrado en el raso del traje y la larga cola de su vestido de novia.

De aquella ceremonia conmovedora que llenaba la iglesia, Sulpicio sacó una impresión deliciosa; el perfume de las flores, las caricias de la luz, los acordes del órgano, y dentro de él y en torno suyo embriagueces de amor que cantaban poemas de felicidad.

¡Qué remoto estaba ya todo eso! Cerca de seis años habían pasado desde aquel día, seis años de luchas constantes en que Vaudrey combatía valerosamente, defendía sus ideas de libertad con calorosa elocuencia, disputaba el terreno, ganábalo pasó á

paso, trabajando mucho, viviendo en París como si estuviese en su pueblo, con los libros transportados allí, á la casita que habitaba en la Calzada de Autin, muy cerca de la estación donde todas las mañanas tomaba el tren con el disgusto de dejar á su Adriana, Adriana á quien se reunía todas las tardes con alegría, cuando las reuniones políticas, las sesiones prolongadas no le ocupaban sus noches que, á decir verdad, eran los únicos momentos en que vivía.

Adriana salía poco, no se exhibía, y huyendo del ruido y la agitación de los paseos, vivía en París como en Grenoble en un gran aislamiento, sin más cuidado ni preocupación que la existencia de su marido sus trabajos y sus discursos que él preparaba con laboriosidad y valor. Él velaba hasta muy tarde hojeando libros, resúmenes de leyes y antiguos anales parlamentarios.

Ella á veces se alarmaba ante el verdadero encarnizamiento con que su Sulpicio trabajaba.

Hubiese querido tomar en ello parte y se entristecía viendo que no podía ayudarle, escribir lo que él le dictase y buscar los pasajes de los libros que necesitaba. Experimentaba profundo terror cada vez que Vaudrey tenía que hablar en la Cámara. No osaba ir á oírlo, y sabiendo que iba á

usar de la palabra no podía, sin embargo, quedarse en su casa. Ansiosa subía á una tribuna y temblaba y se sentía próxima á desfallecer cuando en medio de un silencio que se le antojaba de mal agüero oía decir al presidente: *El Sr. Vaudrey tiene la palabra.*

La voz de Sulpicio al llegar á ella le parecía cambiada, y creía que el miedo la ahogaba en su garganta. No se atrevía á mirarlo. Se le figuraba que reían, que hacían ruido, que la gente tosía, que nadie escuchaba. ¿Por qué había ido? Ya no volvería más. Luego de pronto una tempestad de aplausos subía hasta ella como expresión de profunda simpatía, y entonces erguía un poco y apoyada en el antepecho de la tribuna, en medio de aquel mar de cabezas, distinguía, allá en éxtasis, dominando la inmensa sala, á Sulpicio, en pie, con los brazos cruzados ó las manos apoyadas en el pupitre, en aquella especie de púlpito colocado debajo del sillón presidencial, á Sulpicio irguiendo la rubia varonil cabeza y lanzando sus palabras, su voluntad y su fe envueltas en períodos de arrebatadora elocuencia. Entonces sentíase tranquila, alegre, loca de felicidad y orgullosa de aquel hombre cuyo apellido llevaba.

Entonces experimentaba ardiente deseo de decir

á todos que era suyo, que lo adoraba, que era su orgullo como ella era la felicidad y la alegría de él. Experimentaba ardiente deseo de estrecharlo en sus brazos, de colgarse á su cuello y decirle delante de todo aquel público: ¡Te amo, te adoro!

Pero conservaba su ternura para su querido hogar á fin de calmar á aquel entusiasta á veces desesperado, á aquel nervioso á quien todo sobreexcitaba, á aquel grande hombre, del cual decían en Grenoble que para ella no era más que un niño grande para quien Adriana guardaba los mimos de una chiquilla enamorada y los cuidados delicados de una madre.

Vandrey, ambicioso, más de otras cosas que del poder, que gastaba su vida en las batallas parlamentarias, veía pasar el tiempo, volar los días, sin tener la sensación de un progreso, de un paso de avance hacia sus ideales. Después de la guerra, para él, como para todos los de su generación, los años habían pasado con una rapidez vertiginosa y de pronto, bruscamente, después de haberse hasta cierto punto dormido, diciéndose siempre que un hombre de treinta años tiene delante de sí mucho porvenir, despertaba brutalmente, muy asombrado de haber llegado á los cuarenta.

¡Cuarenta años! Sulpicio experimentó cierta in-

voluntaria melancolía al cambiar de decena, y á pesar de la posición que se había conquistado en su partido, entre el grupo de sus amigos, soñó con ser más aún, cansado de desempeñar papeles secundarios y ávido de figurar en primer término.

Materialmente, en el encantador hogar que formaba con Adriana era dichoso. Ella lo apaciguaba, traía sus entusiasmos á la realidad, asustábase á veces de sus desfallecimientos y de sus explosiones de cólera y más todavía de sus ilusiones sobre los hombres y sobre las cosas.

Sulpicio le reprochaba á veces que cortara las alas á sus sueños.

—¿Yo?—decía ella:—¡á lo que se las corto son á tus molinos de viento! ¡Qué Quijote eres!

Y Vandrey sonreía y la miraba, fijando la vista en los hermosos ojos azules de aquella niña tímida y ella se ponía colorada como si se avergonzase de haber mostrado ingenio.

No quería ser más que la amiga leal de aquel hombre á quien consideraba superior á ella, y por el solo instinto de su amor, ignorante de las intrigas políticas, era, sin embargo, la mejor consejera y la más previsora, sin que hubiese para Adriana dicha mayor que la de ser escuchada por Vandrey.

— ¡Te amo tanto! — le decía con la profundidad de abandono de un pobre ser que no tiene en el mundo más que un afecto, un pretexto para amar.

El no veía de esta vida más que la penumbra; su juventud inutilizada, sus esperanzas maltrechas, sus temores, el disgusto que á veces le inspiraban los eternos sinsabores políticos.

Aunque se veía querido y mimado parecía que le faltaba algo á su vida. Descaba tener un hijo, un hijo á quien educar, un deber íntimo que cumplir ya que la situación política no le daba un deber cívico que llenar. ¡Ah! Sí, un hijo, un ser querido, una frente que besar, un alma que formar á imagen y semejanza de la suya, un niño que no conociese de la vida las intrigas y pesares que había tenido que soportar la generación de su padre. Tal vez un hijo era lo único que le faltaba. Pero evidentemente le faltaba algo.

Y sin embargo soureía siempre, enamorado de aquella joven de veinticinco años, delgada, endeble, con sustos y candideces de niña, acostumbrada á la soledad silenciosa de la casa de su tutor, y que en París, en el despacho de su marido, arreglando sus libros, sus legajos, los proyectos de ley, los dictámenes, trataba de envolver dulcemente á su querido Sulpicio en la comfortable feli-

cidad de su honrado hogar de la clase media, saboreada como si fuese riquísimo licor al amor de la lumbre.

Luego, un día, de pronto, en aquella casa cayó bruscamente como una bomba la noticia de un cambio radicalísimo de la política.

Sulpicio llegó una tarde nervioso, inquieto y alegre á la par.

Se hablaba de él para formar parte de una combinación ministerial. Su último discurso sobre política interior lo había puesto de relieve más que nunca, y hasta se aseguraba que había contribuido poderosamente á la favorable solución de una crisis temible.

¡Ministro! ¡Podía ser ministro de la noche á la mañana! Su política triunfaba.

El señor Collard, un abogado de Nantes, á quien todo el mundo indicaba para futuro presidente del nuevo Ministerio, era muy su amigo político. Y en efecto, se trataba de confiar á Sulpicio Vaudrey una de las carteras más importantes, una *gran cartera*, como se suele llamar á la de Gobernación ó á la de Estado, puesto que hemos convenido en que la de Instrucción pública, que tiene á su cargo el alma de los pueblos, ó la de Agricultura y Comercio, que son las encargadas de alimentarlos,

sean *carteras secundarias*, y por decirlo así, de entrada.

Sulpicio relataba todo esto á su Adriana, de sobremesa, después de haber comido maquinalmente y sin apetito.

El grupo de sus amigos políticos celebraba una reunión á las ocho. Eran las siete y necesitaba apresurarse.

Adriana lo encontraba muy pálido y experimentaba una sensación extraña, alegre ciertamente, pero no exenta, sin embargo, de inexplicable inquietud. La política le arrebatava con tanta frecuencia y por tanto tiempo á su marido, la condenaba á vivir en tal soledad, que la pobrecilla se preguntaba si no se vería en lo sucesivo más abandonada aún. Pero todas sus preocupaciones desaparecían ante la evidente satisfacción de Sulpicio. Tenía fiebre, fiebre de impaciencia. Parecía que jamás se había visto en un momento más crítico de su vida.

El timbre de la puerta de la calle, lanzando de pronto el eco agudo de su sonido en medio del silencio que reinaba en el comedor, le hizo estremecer.

Un criado abrió la puerta del comedor y entregó á Vaudrey una carta que llevaba en un pico del

sobre estas dos palabras subrayadas: *Muy urgente*.

Sulpicio conoció la letra.

Era Collard quien le escribía.

Adriana vió que su marido se puso muy colorado al leer aquella carta, que Sulpicio le entregó en seguida con una mirada de inefable gozo.

—¡Esto es hecho! ¡Lee!

Adriana estaba muy pálida.

Collard anunciaba á su *compañero* que la combinación ministerial de que él era jefe había triunfado. El presidente esperaba en el palacio del Eliseo á los nuevos ministros. Ofrecía á Vaudrey la cartera de Gobernación.

—¡Ministro!—dijo Adriana muy contenta también.

Vaudrey se levantó sin soltar la servilleta que maquinalmente llevaba en la mano, en tanto que parecía buscar algo, un si es no es turbado.

—Mi sombrero—dijo.—Mi abrigo, un coche.

Adriana, con las manos cruzadas, sumida en verdadera admiración, lo miraba como si de pronto hubiese debido transformarse por completo. Todo su ser respiraba entera satisfacción. Besó á Adriana con cierta especie de locura dos veces, cuatro, diez, y salió bajando luego la escalera con la ligereza de un enamorado que se dirige á una cita de amor.

Aun duraba esa luna de miel de la política en el momento en que Vaudrey, entusiasmado, viéndolo todo de color de rosa, paseaba su curiosidad por el saloncillo de las bailarinas, donde lo hemos conocido. Entraba en el poder con todos los buenos propósitos de la fe absoluta. Parecía que iba á salvar al mundo, á regenerar la administración y á cortar para siempre los abusos.

— Es difícil ser ministro—decía sonriendo—pero es muy fácil ser un buen ministro. Basta con querer serlo.

—Y poder serlo—le respondía su amigo Granet en tono un tanto irónico.

¿Cómo poder serlo? Pues si era la cosa más sencilla del mundo, puesto que Vaudrey tenía en sus manos las riendas del Estado..... ¡Si los demás habían defraudado las esperanzas de sus amigos era por no haberse atrevido, por no haber querido hacer las cosas!

¡Ahora verían lo que él hacía! Y no mañana, ni dentro de un mes, sino en seguida.

Entraba osadamente como un amable despota en aquel ministerio, donde quería reformarlo todo, estudiarlo, rehacerlo; y acometido del celo febril y apasionado de los neófitos, tropezó, con cierta sorpresa suya, desde los primeros momentos, con obs-

táculos rutinarios, con los asombros de la ignorancia, con las aceradas durezas de los engranajes de esa máquina inmensa que se llama la Administración.

—¡Bah! ya conseguiría su objeto. Era cuestión de tener un poco de paciencia. Después de todo le sobraría tiempo.

—¿Tiempo? ¡ya!—replicaba Granet eternamente burlón.

Esa aurora de poder que suavemente teñía con colores sonrosados las ambiciones de Sulpicio, Adriana, muy sorprendida, sentía que se reflejaba en ella también. Compartía, sin orgullo alguno, el triunfo de Vaudrey, y á pesar de lo grande que era su amor profundo á las intimidades de la vida del hogar, resignábase, sin embargo, á hacer un poco más de viso, como se suele decir, *exhibirse*, como decía Sulpicio; y en la atmósfera de triunfo y de adulaciones que llegaba hasta ella, esa necesidad no era más que una satisfacción nueva que le captaba el agradecimiento y aprobación de su marido.

Cuando entraba en un salón, producía una explosión de simpatías, un murmullo cariñoso, una amable curiosidad. Las mujeres la miraban y los hombres formaban corro en torno suyo.

- ¡La señora de Vaudrey!
 — ¡La mujer del ministro!
 — ¡Encantadora!
 — ¡Muy joven!
 — ¡Tiene el aire un poquillo provinciano!
 — ¡Pero, por lo mismo es más seductora!
 — ¡Es verdad! ¡Y fresca como una rosa!

Ella procuraba hacerse perdonar, por medio de una modestia sonriente y muy sincera, la situación envidiable que la casualidad había proporcionado repentinamente. Decíase de ella que recibía un cumplido ó una galantería como una colegiala recibe un premio, con gran timidez.

Le perdonaban que tuviese las mejillas un poco coloradas, porque en cambio sus manos eran blanquísimas y de una corrección exquisita. Ya no le parecía tan lugareña. Las gentes ingeniosas la llamaban la bella provinciana.

— ¡En una palabra; un gran éxito!—decían los cronistas de salones, asimilando la entrada en sociedad de una dama distinguida, al debut de una actriz en un teatro.

La joven se sentía satisfecha, más que por nada, porque veía el contento y la dicha de su marido. Ella no tenía ninguna de las vanidades del poder. Sola, la mayor parte del tiempo, en las grandes ha-

bitaciones del ministerio, fastuosas y desiertas, elegantemente amuebladas, aunque con lujo vulgar y de no muy exquisito gusto, á menudo echaba de menos su elegante casita de la calzada de Antin, donde á veces—aunque pocas—iba á hacer una visita á aquellas deliciosas soledades de los primeros meses de su matrimonio; y echaba de menos tambien los tranquilos coloquios de amor en Grenoble, las largas conversaciones, el cambio de pensamientos, de esperanzas y de recuerdos—¡sí, recuerdos!—y á veces decía á Sulpicio, loca de alegría y entusiasmo, al ver que había llegado á la meta:

— ¡Sabes dónde me parece que vivo aquí? En una fonda.

— Y tienes razón—contestaba alegremente Vaudrey;—estamos en la fonda, pero es la fonda donde se aloja la voluntad de Francia.

— Ya comprenderás, Sulpicio mío, que si tú estás contento....

— ¡Muy contento! Ahora es cuando yo podré demostrar lo que valgo, poco ó mucho. Ya verás, Adriana de mi vida, ya verás lo que he hecho y lo que soy dentro de un año.

¡Dentro de un año!

IV.

Guy de Lissac habitaba en la calle de Aumale un pequeño pabellón, que formaba un hotelito, en el fondo de un jardín. Había dado para que le arreglasen aquel nido de soltero—nido donde las criadoras se sucedían rápidamente—había dado carta blanca á uno de esos tapiceros que se piutan solos para la cosa.

Lissac, que tenía bastante buen gusto para descubrir una á una pepitas de oro, desde el punto de vista artístico, en el arroyo de París, había creído muy cómodo despertarse una mañana en un hotelito lleno de elegantes y curiosos objetos japoneses, de cortinajes chinos de seda, de tapices, de cuadros del Renacimiento y de figuritas de *terracotta*, retorciéndose sobre sus pedestales con coquetería. El tapicero tenía buen gusto, y Lissac mucho dinero. Los *bibelots* de todas clases eran auténticos. El aspecto coquetón de la morada, por todo extremo seductor. Cierto que en aquella casa de soltero faltaba algo personal, característico, la huella de un gusto determinado, de una afición á una época ó á una cosa: cuadros ó libros de un gé-

nero. En medio de aquella multitud de rarezas y curiosidades disparatadas, donde los caprichos de ébano y marfil se mezclaban confusamente á los broncees de Barye ó á las figurillas de Sajonia, faltaba para dar á la colección la huella de una afición particular, algo así como una nota predilecta. Aquella morada de un muchacho á la moda, con su cama de madera blanca, adornada con un dosel Luis XV y pájaros tallados en las molduras de las cabeceras, parecido al lecho de la reina en Trianon, recordaba vagamente la casa de una mujer elegante.

Gracias á que Guy había hecho colocar algunas panoplias en las que se veían sables de Sarmurain, crises malayos, puñales de Oriente, metidos en sus vainas de terciopelo, y sobre el fondo verde de los tapices de la antesala, otra panoplia con finisimas espadas de combate, con guarnición de acero, alternando simétricamente con dagas escocesas con empuñadura de plata; todo lo cual daba aspecto varonil al hotelito del rico paseante en corte, perfumado de Ylang-ylang como la casa de una mujer guapa, joven y á la moda.

Guy vivía en París alegremente, dejando que Vaudrey, su amigo querido, su antiguo compañe-

ro de colegio en Grenoble, persiguiera los goces de la política y saborease, como decía Lissac con ese tono de burla y chacota que es el tono habitual de la conversación parisiense, *las dulzuras del poder*; para él lo que había de tentador en París era París mismo. Sus placeres, sus estrenos, sus sorpresas, sus aventuras, sus mujeres, ese humillo de escándalo y ese perfume de refinada corrupción, que era como el olor propio de su tiempo y de su medio ambiente.

Había gastado sin sentirlo y sin lamentarlo después, dos fortunas considerables; había probado á ser periodista; había ensayado operaciones financieras; había ganado dinero en la Bolsa para perderlo en los casinos; conocía á todo el mundo y era de todos conocido; siempre sonriente, adorada por las mujeres de vida alegre, temido de los hombres, bien emparentado, noble de verdad, había podido cruzar, sin mancharse en ninguna, todas las bohemias, encontrando siempre algún tío de quien no se acordaba, ó algún amigo complaciente, para saldar á tiempo sus deudas de juego, ó para resolver honrosamente sus cuestiones personales; en la actualidad, con dinero y viviendo bien, con el corazón bien dispuesto y el estómago capaz de resistir á todos los excesos imaginables, alegre,

sin odio á la vida, que le parecía tiempo de presidio que era necesario pasar lo menos mal posible; parisiense hasta la médula de los huesos, y más que parisiense provinciano aclimatado en París é impregnado de *parisina* como algunos enfermos lo están de morfina; juzgando á los hombres con arreglo á su talento, las acciones según sus resultados, y á las mujeres por el estado de sus guantes; endiabladamente escéptico; la lengua larga y el carácter indulgente; joven á pesar de sus cuarenta años, y hasta pretendiendo que ésa es la mejor edad del hombre—la edad de la fortuna y de las buenas fortunas—vivía y tomaba los tiempos y las cosas como son, pensando prudentemente que un día de nieve ó de lluvia no dura más que un día de sol, y que después de todo una mala noche pasa pronto.

Lissac había pasado parte de la noche anterior, después de separarse de Vaudrey; en la Plaza Vendôme, en su círculo. Había jugado y había ganado. Quedóse dormido leyendo una novela de moda, obra de escrupulosa observación, pero que destilaba fastidio, y despertó bastante tarde, con la cabeza algo cargada. Los techos de las casas de enfrente á su hotel estaban cubiertos de nieve, y desaparecían bajo aquella inmensa capa blan-

ca medio confundida con el fondo del cielo gris claro.

—¡Mal tiempo! Mejor—pensó Lissac;—así no vendrán visitas.

—No recibo á nadie—añadió luego dirigiéndose á su criado. Con este tiempo no puede venir nadie como no sea á pedir dinero prestado.

Estaba acabando de almorzar un huevo pasado por agua, en el cual metía una elegante cucharilla rusa, de plata, en tanto que el té humeaba en una preciosa tetera, de plata también, adornada con dibujos japoneses, cuando á pesar de la orden que había dado, el criado le entró una hoja de cartera donde habían escrito un nombre con lápiz.

—No viene á pedir dinero, señorito.

Guy cogió el papel desdeñosamente, creyendo, á pesar de la opinión de su ayuda de cámara, que iba á tropezar con el nombre de algún pobrete importuno que ni siquiera tenía dinero para hacerse tarjetas, y poniéndose el lente deletreó lo escrito en el pedacillo de papel, y después de haber dejado escapar un ¡hola! ¡hola! y un ¡caramba! lleno de extrañeza, dijo levantándose:

—¡Que entre!

Tiró sobre una silla la servilleta adamascada, é instintivamente se miró al espejo, como hace una

coqueta antes de la cita, se arregló su batín de franela y se hizo el lazo de la corbata, que medio ocultaba el cuello de seda de su camisa de mañana.

En el momento en que estaba mirando cómo caían sobre sus elegantes zapatillas morunas los pliegues de su ancho pantalón de franela, una mujer levantaba el cortinón de seda bordado que había en la puerta del comedor, mirando al joven y diciendo con voz clara, mientras sonreía graciosamente dejando ver unos dientes blanquísimos:

—¡Buenos días, Guy!

Lissac se dirigió á ella con las dos manos extendidas.

La joven dejó caer el cortinón de seda y después de un instante de tenerlas en el aire, puso sus dos manos diminutas, calzadas con guantes de piel de Suecia, en las de Guy, y miró á éste fijamente, sonriendo.

Él parecía un poco sorprendido y la contemplaba como quien estudia á alguien ó algo que no se ha visto en mucho tiempo; y la joven levantaba la cabeza con cierta graciosa desfachatez, enseñando la cara como si se prestase gustosa al examen.

—¿No me esperabais? ¿eh?—dijo luego de un instante.

— Confieso....

— Bien se puede apostar á que no pensabais ciertamente en mí.

Guy quiso inclinarse y depositar por toda respuesta un beso en la punta de aquellos dedos, pero reflexionó que desde que no la veía la raya de sus cabellos castaños se habían aclarado endiabladamente, y permaneció de pie é inmóvil mientras contestaba con la fatuidad de un muchacho guapo:

— Os equivocáis, porque pienso en vos con muchísima frecuencia.

Ella, con una mirada en rededor, había examinado los muebles del comedor, los cuadros, los dibujos y los objetos del aparador, y sentándose y poniendo los piecitos uno encima de otro y muy cerca del fuego que ardía en la chimenea, dijo:

— ¡Qué bien alojado estáis! Es verdad que yo sé que siempre habéis tenido muy buen gusto, mi querido Guy.

— No lo tengo tan bueno como antes, mi querida Mariana — dijo dando á estas palabras el tono de una galantería.

Mariana se echó á reir y se encogió de hombros.

— ¿Me encontráis muy variada? — preguntó bruscamente.

— Sí, rejuvenecida.

— No lo creo.

— Palabra de honor. Tenéis todo el aspecto de una colegiala.

— ¿De qué clase, Dios mío? — dijo Mariana con una de sus alegres carcajadas que esta vez era un poco nerviosa.

Él seguía mirándola con curiosidad.

El fuego de la chimenea despedía alegres llamaradas que, reflejando en aquella mujer, encontraban su tez pálida y daban á sus ojos, no muy grandes, pero expresivos y vivísimos, un aspecto singular. Ella medio volvía hacia él su elegante busto, mostrándole la nariz un poco remangada, pequeña y graciosa, la boca grande, pero de una sensualidad irritante, que atraía como irresistible imán y algo contraída por una sonrisita que, tanto parecía un signo de desafío, como de invitación amorosa.

Había dejado caer sobre el espaldar de la butaca un abrigo de pieles bastante usado, y de su robusto cuerpo, metido en un vestido que dibujaba admirablemente sus encantadoras formas, salía la nuca blanquísima de reflejos dorados, medio oculta bajo una mata abundantísima de cabellos de un rubio obscuro muy pronunciado.

Habíase quitado los guantes de piel de Sue-

cia, que retorcia maquinalmente entre sus dedos.

Existía en ella una extraordinaria elegancia natural, una delicadeza de aspecto que contrastaba un poco con el traje, no en muy buen uso, y Guy, que estaba muy acostumbrado á darse cuenta en seguida de la situación material de las gentes que trataba, adivinó algún apuro en aquella mujer á quien cuatro ó cinco años antes había conocido encantadora, en medio del ensordecedor estruendo de una vida de locura, de artificio, de un lujo pasajero, apagado ahora como si hubiese sido en efecto un castillo de fuegos artificiales.

¡Mariana Kayser!

De todas las mujeres que había conocido, aquella era ciertamente la que más había amado con amor absoluto, sin reflexión, febril, lleno de locuras. Mariana no era una mujerzuela, era una refractaria, una mujer libre por carácter, sublevada contra la sociedad, hartó pobre para casarse, demasiado altiva para convertirse en cortesana, y demasiado levantisca para aceptar con resignación lo humilde de su destino.

Huérfana, educada por un tío suyo, Simón Kayser, un pintor solemne, por decirlo así, que no se preocupaba de nada ni de nadie más que de su arte y de la moralidad, de la dignidad, de la

superioridad de su arte, y el cual, á la sombra de su propia conciencia, había dejado que se desarrollara libremente, como el veneno en las plantas, la perversidad y el anhelar constante y loco de su sobrina; al lado de ese hombre, en la atmósfera viciada de un hogar de solterón desordenado, Mariana había vivido siempre con los apuros propios de la joven mal acomodada y pobre, cuyos instantos todos la llevaban invenciblemente al lujo y á la suntuosidad.

Había crecido en medio de la extraña promiscuidad de los *modelos* y de los compañeros de taller y como envuelta en el humo de las paradojas y de las pipas. Cuando pequeña, divertía como si fuera un juguete, á aquel pintor sin talento, que la dejaba correr y saltar sobre los divanes del estudio como si fuera un gato que sirviese para encenderle la estufa y para cargarle la pipa.

En el estudio del pintor había algunos libros. Ella los leía todos, sin elegir, ávidamente, mirando con curiosidad las imágenes donde se cambiaban besos sensuales detrás de una cortina ó las faldas remangadas de alguna damisela que enseñaba el pie ó algo más. Había sido mujer muy pronto, sin que Kayser advirtiese que podía comprender las cosas y juzgar de ellas.

Aquel pobre fanático, entregado por completo á composiciones místicas en las cuales la pintura se convertía en una nebulosa, según él aseguraba, filosófica y demostrativa; aquel pensador cuyo pincel pintaba enigmas como hubiese podido pintar letreros para una tienda, no se acordaba de que tenía á su lado una criatura que crecía, apasionada á su vez por ilusiones quiméricas, atraída por el abismo; pero buscando no el lado misterioso de las nubes, si no lo desconocido de la vida, el secreto de las visiones que la turbaban y de las embriagadoras tentaciones que la ponían calenturienta.

Si alguna vez, bajando de su nebulosa, hubiese tocado tierra, el tío Kayser habría podido hallar en el fondo de la mirada de Mariana, un ardor febril, y en sus gestos algo de calenturiento y de impaciente.

Pero aquel hombre rubio y gordo que hablaba siempre alto acariciándose el abdomen, de la moralidad artística, de la dignidad estética, de la necesidad de levantar el nivel del arte, de darle una misión, un objetivo, un ideal, hacerlo *educador, moralizador*, no se preocupaba de semejantes cosas, y dejaba vagar como un perrillo criado en el estudio á aquella criatura por instinto viciosa;

aburrída, febril y apasionada, que llevaba su apellido.

Aislada y olvidada, la joven, permanecía á veces horas y días enteros encorvada sobre un libro, pálida, con los labios secos, con ojos animados por llamaradas de deseo, con los dedos metidos entre el pelo, ó bien asomada á una ventana y persiguiendo distraída una visión cualquiera allá en el fondo de las nubes.

El estudio caía á una calle silenciosa y triste de donde no salían más ruidos que el de algunos pasos lentos y fatigados. Ahogábase uno detrás de aquellos cristales, y, para Mariana, el único horizonte para su mirada era una fachada de piedra, donde se estrellaba su pensamiento como se hubieran estrellado las alas de un pajarillo.

¡Ah! ¡Huir, escaparse al egoísmo solemne, á las teorías de Simón Kayser y vivir la ardiente vida de las que son libres, amadas, ricas, felices!

Mariana crecía acariciando siempre esa ilusión.

Tenía eternamente delante de sus ojos, como delante de su vida, aquella pared oscura, agujereada de ventanas que era la fachada de la casa que había enfrente del estudio del pintor, la cual tenía eternamente todas las ventanas cerradas, ya

fuese, en verano, por la ausencia de los vecinos que se iban á veranear, ya fuese, en invierno, á causa de la inclemencia del tiempo.

Así es que Mariana experimentaba continuamente, en el fondo del alma, el vacío amargo de las melancolías parisienses, la tristeza penetrante de los aislamientos absolutos, y ensueños irrealizables y dolorosos por lo tanto.

Así iba creciendo, con el cuerpo y el alma aprisionados en aquella casa de donde no salía sino para dar una vuelta por las galerías del Louvre, del brazo de su tío, que inevitablemente, delante de los mismos cuadros, pronunciaba siempre con voz ampulosa los mismos discursos, y se enfadaba ó se extasiaba, según que los cuadros de los maestros encajaban ó no en su *manera*, en su *sistema*, en su *fe*. Y era de ver la actitud que adoptaba para pronunciar estas palabras solemnes: *¡Mi-sis-te-ma!*

Mariana sabía por anticipado todo lo que iba á decir: ¿Los Flamencos? Pintorcillos de tres al cuarto, sin ideal, sin trascendencia. — ¿Y Ticiano? ¡Bah! ¡Mira ese Ticiano! ¿Dónde está el *pensamiento* en Ticiano? ¡un vendedor de carne fresca! ¡un carnicero! ¡un pintor de cortesanas! ¡Vaya una *moralidad* la suya! ¡El arte debía tener cierta majestad,

cierta dignidad, cierta virginidad, cierta idealidad!

¡Ah! esas palabras terminadas en *dad*, solemnes, ampulosas, pedantescas, sonaban hueco y penetraban en los oídos de Mariana como inyecciones dolorosas.

Siempre sacaba de sus visitas al Museo la impresión sombría de un paseo por el cementerio. Volvía á su casa con dolores de cabeza abrumadores y con una violenta y sorda cólera contra su suerte. Prefería el estudio de su tío con divanes deslustrados, con sus tapices que se defilachaban y que mostraban los agujeros hechos en ellos por los ratones. Allí, por lo menos, estaba sola, frente á frente consigo misma, roída por un temor cobarde, el temor al porvenir; allí al menos, aquella muchacha que lo había leído todo, comprendido todo, oído y visto todo, mancillada por las bromas de mal gusto del estudio de Kayser que á veces, y á pesar de las sacrosantas discusiones estéticas, más parecía un burdel que otra cosa; aquella virgen de cuerpo que no conservaba ni una sola de las virginidades del espíritu, podía replegarse sobre sí misma y preguntarse á dónde iba con aquella vida, en medio de su soledad y de su estrechez.

Carecía de dote porque su padre no había de-

jado nada. Kayser, no sólo era pobre, sino que tenía deudas. Carecía de oficio. Eso de andar por ahí dando lecciones de piano, suponiendo que las encontrase, le parecía á Mariana que era condenarse á cierta especie de servidumbre de honor. ¡Que lo hicieran los que tuviesen pretensiones á ganar algún día el premio Montyon! ¡Pero ella, jamás!

¡Ay! ¡cuántas angustias! ¿Cuál sería el final de semejante vida? ¿El matrimonio? Pero ¿quién la había de querer? ¿Uno de esos pintores sin talento que paseaban por el estudio de Simón Kayser sus teorías despreciativas y sus botas agujereadas? ¿Caer de una bohemia en otra, de la escasez en la miseria? ¿Ser la esposa de uno de aquéllos pensadores desaliñados y sucios? Todo su ser se sublevaba sólo de pensarlo. Y por las entreabiertas vidrieras del estudio iban á ella bocanadas caldeadas, ardores de savia vivificadora que le producían desvanecimientos y fiebres. Con los ojos cerrados, tendida en un diván de terciopelo raído, con su hermosísimo cuerpo acariciado por la blanda brisa, soñaba despierta, y soñaba y soñaba....

El despertar fué una locura, una calaverada, una fuga.

Había pasado por el estudio de la calle de Navarino un hombre más atrevido que los demás, un pintor que, en el cotidiano contacto, encendió su amor en la extraña llama de sus impúdicos ojos de virgen. Todo fué dicho con una mirada.

El encuentro con un desalmado decidió del destino de aquella muchacha. Cayó, no por ignorancia, ni por curiosidad, sino por rabia y por afán de desafiar á la suerte. Puesto que era una desdichada, aislada, sin padre, ni madre, ni familia, sin apoyo, sin amor, se decidía á sacudir el yugo de una vez y definitivamente. ¡Se sublevaba en toda regla...! y huyó con aquel hombre.

Era un muchacho guapo, sediento de placeres, que paseó orgullosamente su conquista, lanzó á Mariana en el montón de las queridas vulgares, y hubiese hecho de ella una prostituta, si la inteligencia superior, la voluntad y el disgusto mismo de aquella insensata no hubieran dominado, á la par que á su primer amante, el medio ambiente desastroso á que la impulsaba.

Kayser al saber la fuga de su sobrina no experimentó más que asombro. ¿Cómo no había sospechado jamás lo que se agitaba en aquella cabeza? Nadie conoce á las malditas mujeres, ni siquiera el mismo que las hace. Su propio padre no

hubiese sospechado nada, con que mucho menos un tío. Y después de estas reflexiones volvió á sus ilusiones de superioridad del arte.

— Además, después de todo — añadía el pintor — Mariana se había sometido á la ley natural. Para todos, libertad completa; ésta era otra de las teorías de Simón Kayser. Puesto que Mariana era mayor de edad, podía disponer á su antojo de su suerte, sometiéndose á una sanción severa de su conducta. Cuando *haya sondado toda la profundidad del abismo* — y Kayser decía esto fumando tranquilamente — ya volverá. El tío Kayser tendría siempre para ella un sitio en lo que él llamaba su hogar.

Y luego, Kayser se consolaba de la aventura con la santidad del arte, única que reconocía. Sobre este punto nada de transacciones. ¿Qué importaba al mundo que cayese en el fango una muchacha, aunque fuera su propia sobrina? La moral pública no padecía por eso. ¡Ah! pero si él mostrara al público un cuadro inmoral, ello sería harina de otro costal. La dignidad, la gravedad, la pureza del arte, muy bien. Pero ¡una mujer! ¡Bah! ¡Una mujer!

Y ya no se le volvió á oír hablar de su sobrina, ni volvió á pensar en lo que sería de Mariana.

En aquella vida de azares, que no era enteramente la de la cortesana, sino la de una mujer despreocupada que se venga de la sociedad, Mariana había encontrado á Guy de Lissac y lo había amado todo lo que ella podía amar. Guy le divertía. Con él hablaba de todo, se entregaba, hacía proyectos. ¿Por qué habían de separarse jamás? Se adoraban. Guy era rico ó vivía como si lo fuese. Mariana era una querida exquisita, de talento, que tenía diez mujeres en una. Guy estaba loco por ella, y cada día iba estando más apasionado. Mariana le repetía á menudo con sincera y profunda buena fe, que hasta que lo conoció no había amado á nadie.

¿Y su primer amante? Ni siquiera recordaba su nombre.

No tenían razón ninguna para no vivir eternamente unidos, haciendo vida comun, felices, atraídos por las mismas fantasías, excitados por los mismos gustos. ¿Por qué habían de separarse?

Y precisamente por esto mismo se deshizo Guy de aquella muchacha deliciosa. Tuvo miedo. No le veía el fin á aquella unión. La enamorada joven que lo seducía, iba camino de convertirse en otra cosa: en *cadena*. A veces llegaba á preguntarse seriamente si no acabaría por casarse con Maria-

na, cuyas aventuras conocía y que, sin embargo, lo embriagaba hasta el punto de hacerle olvidar su pasado.

El tío Kayser, dedicado por completo á la *dignidad del arte* y ocupado en pintar una alegoría titulada *La familia moderna* — una página de arte puro, místico, social, regenerador — había olvidado decididamente á su sobrina. Lissac experimentaba á veces el deseo de devolvérsela, porque sufría con la idea de entregar á Mariana á otro hombre. Pero, en fin, su miedo al matrimonio pudo más que sus celos. Guy rompió aquellos amores violentamente. Sintióse enfermo, se metió en la cama, y cuando vió que Mariana fué á su casa y le dijo con amorosa pasión:

— ¡Ahora ya no me separo de tí! ¡Estás en peligro y vengo á salvarte!

Guy sintióse perdido. Tuvo la percepción rápida, violenta como un puñetazo, de que si dejaba que aquella mujer se instalase en su cama, acababa su libertad por siempre. Aquel parisiense erigía en máxima el dicho de que un hombre debe estar siempre en *disponibilidad*. Tenía horror á ese medio casamiento vergonzoso, bautizado con una palabra de *argot*: el arrimo. Prefirió exponer su vida á perder su libertad, y durante una pe-

queña ausencia de su enfermera, que apenas se separaba de la cabecera de su cama, metió en una maleta alguna ropa, se metió él, tiritando de fiebre, en un carruaje, y dando diente con diente, sintiendo el frío intensísimo de una calentura espantosa, hizo que el coche lo llevase á la estación del ferrocarril y huyó á Italia.

Mariana experimentó un pesar profundo al saber la huida. Era una esperanza que se le escapaba. Amaba realmente á Guy y creía tenerlo verdaderamente *cogido*. ¡Huía de ella! ¿A dónde? Por un momento tuvo la tentación de seguirlo, cuando recibió carta suya. Pero adivinaba que Guy, decidido á abandonarla, se servía de un amigo para que echase al correo aquellas cartas en puntos donde él no estaba ya.

Representar el papel grotesco de una mujer en persecución de su amante era ridículo. Se quedó en París; y disgustada, en un momento de desesperación, como si estuviese viuda, tomó un día el camino de la calle de Navarino, volvió al redil y encontró á su tío Simón tan tranquilo como siempre y casi terminando ya el famoso cuadro de *La familia moderna*.

—Creo que esto es lo mejor y lo más moral que he hecho — le dijo Kayser señalando á su obra. —

En arte, la moral ante todo, hija mía. Ahora siéntate y cuéntame tus cosas.

Hacia cinco años—cinco años muy cumplidos—que Lissac no veía á Mariana. Su amor habíase ido poco á poco convirtiendo en amistad, por cartas. Mariana escribía y Guy le contestaba. Todos los reproches y todas las quejas y todas las excusas fueron y vinieron por el correo, y á pesar de esta correspondencia, ni uno ni otro habían buscado la ocasión, ni sentido la necesidad de volver á verse. Capricho muerto. Sin embargo ¡se habían amado tanto!....

Y de pronto, bruscamente, una mañana, con aquel frío intenso, Mariana, tiritando, llegaba á la casa nueva, cuando menos la esperaban y se sentaba á calentarse sus diminutos piececitos.

Guy estaba algo sorprendido.

Contemplaba con curiosidad, no enteramente exenta de turbación, á aquella mujer á quien había amado, amado realmente. Procuraba encontrar de nuevo en el fondo de aquellos ojos garzos, brillantes y burlones, la llama de los apasionamientos de otro tiempo, apagadas ahora sin que quedase siquiera un pedacillo de ascua. ¡Y pensar que se hubiese jugado la vida por esa mujer; que le hubiera sacrificado su apellido; que se había

arrancado de ella por virtud de un esfuerzo sobrehumano; que para separarse de su lado se había destrozado el corazón; que había huido marchándose á Italia, con locos apetitos de soledad y de olvido! Sí; porque Mariana fué el primer amor verdadero de aquel parisiense escéptico, burlón y hastiado, y ahora trataba de experimentar, mirando á la joven, alguna de aquellas pasadas sensaciones, de aquellos recuerdos que otra vez le hacían cosquillas en el corazón.

Evidentemente Mariana se daba cuenta de lo que pasaba en la cabeza de Guy y sonreía con expresión extraña. Hundida en la butaca, con la espalda bien apoyada en el espaldar del mueble, inclinando graciosamente su delicado cuello, miraba con singular fijeza á Lissac.

Él sentíase objeto de la mirada maliciosa de su antigua querida. Las ventanillas de la nariz de Mariana se agitaban nerviosamente en tanto que con los dedos apoyados en los brazos de la butaca tocaba febrilmente una marcha muy en boga.

Y Guy trataba de evocar, en los contornos de aquel cuerpo admirablemente formado, en aquella mirada medio burlona, medio amorosa, en la agitación de aquellos músculos, algo de los éxtasis

de otros días. Volvía á ver en la sombra de la barba, el sitio donde le gustaba posar sus labios ávidamente, como para saborear un néctar delicioso. Pasaba en él una cosa extraña. Todo lo que había de inagotado en aquellos amores interrumpidos, pero no rotos, se le subía al corazón.

Capricho ó pasión, ello es que Lissac experimentaba todavía, como en los momentos pasados, junto á aquella mujer, la emoción que le comprimía el pecho y le causaba aquella deliciosa sensación que le habían hecho olvidar después una porción de amores fáciles á que se había entregado durante aquellos cinco años.

Un perfume ligero, penetrante y suave se exhalaba de Mariana, y Lissac encontraba en él el olor deleitoso de las horas pasadas al lado de aquella mujer encantadora.

Él no decía palabra, y ella risueña, curiosa, esperaba á que hablase. Tal vez turbada por la muda interrogación de Guy, sacudió bruscamente la cabeza é irguiéndose de pronto preguntó:

—¿Se puede fumar en vuestra casa?

Y abrió una elegante petaquita de piel de Rusia con iniciales de plata.

—¡No faltaba más!—contestó Guy, encendiendo la esponjilla impregnada de alcohol que había

sobre una copa de plata y presentándosela á Mariana.

Ella cogió rápidamente con el filo de los dientes la punta del papelillo que acababa de hacer con sus finísimos dedos, y lo encendió. El reflejo de la llama del alcohol daba más animación á sus ojos y coloreaba ligeramente sus pálidas mejillas que Guy contemplaba con singular emoción.

—Es una invención rara ésta—dijo devolviéndole la esponjilla donde se veía una lengüeta de fuego azulado.

Él la apagó, dejándose llevar por el turbador encanto de sus recuerdos y mirando á Mariana medio envuelta en una nube de humo de tabaco.

—¿No sabéis una cosa?—dijo—y es que más de una vez—palabra de honor—al volver una esquina, en un encuentro casual, mi corazón de parisiense empedernido, ha latido al hallar en la coquetería de un peinado, ó en el perfil de una mujer hermosa, algo vuestro, algo que se parecía á vos.

¡Esos sombreritos adornados con plumas que ahora llevan todas, los pusisteis vos de moda, haciéndolos antes que nadie sobre vuestros preciosos cabellos! Siempre que veía una que llevaba un sombrero así, la seguía. Y os doy mi palabra de

que no era por ella. La desconocida caminaba delante de mí, golpeando la acera con el alto tacón de su bota y yo seguía detrás de ella, con la ilusión de que me llevaría á algún sitio donde iba á encontrar un pedacito de cielo. Por esas calles de Dios se pasean así fantasmas de mujeres enamoradas en pleno día, y os aseguro que no soy yo el único que haya experimentado la angustia y los latidos de corazón de que os hablo. A veces me ha ocurrido en esos momentos sentirme los ojos húmedos; pero si era en invierno atribuía las lágrimas al frío nada más. ¿Era en efecto el frío lo que movía mis párpados, Mariana? Decídmelo.

Mariana se echó á reír.

—Pero eso es un verdadero idilio, mi querido Guy—dijo luego, mirando á Lissac.

—Melancolía y nada más.

—Elegía, digámoslo así. ¿Y esas neuralgias os han acometido de tarde en tarde? Un poco de valeriana ó de quinina en píldoras, es remedio magnífico para ellas.

—Os burláis de mí.

—No—dijo ella;—pero era muy sencillo, puesto que mi recuerdo os inspiraba tanta poesía y os hacía dar largos paseos detrás de las mujeres que llevaban sombreros adornados con pluma, era

bien poco difícil, digo, no haber tomado el tren para Milán y no huir de mí como se huye de un acreedor.

Guy á su vez se sonrió.

—¡Ah! es que..... sí, es que os amaba demasiado.

—Ya, ya conozco ese sistema—exclamó Mariana con un acento que contrastaba con su elegancia, con el tono de una modelo de pintor.—Es una galantería que no cuele. ¿Entendéis?

—Tal vez fui un tonto—dijo Lissac—¿qué le hemos de hacer!

—No lo dudéis, amigo mío. Siempre es una tontería privarse de una mujer que os adora. ¡Os aseguro que esos fenómenos no abundan!

—Os acordáis, entonces, mi querida Mariana—dijo Guy,—de aquellos tiempos en que respaldabais un retrato destinado á alguien que os amaba mucho con estas palabras: «Al que idolatro como á nadie en el mundo.»

—Sí—contestó Mariana, echando un poco de humo hacia el techo.—Esas cosas no se olvidan nunca por poco sincero que se sea al escribirlas.

—¿Y vos lo erais?

—¡Palabra de caballero!—contestó ella riendo.

—Sin embargo, me han asegurado después que antes que á ese habíais amado á otro.

—Es posible—respondió Mariana con repenti-

na amargura;—pero en la vida que he hecho, me han comprado tantas veces, que no es extraño haya tomado en ocasiones por amor, lo que no era más que el placer de entregarme sin venderme.

Y había dejado escapar en estas palabras lanzadas con tono breve, que silbaron como una flecha al cruzar el aire, tal sufrimiento, tanta rabia y tanta amargura, que Lissac se estremeció.

Aquel parisiense hasta la médula de los huesos, experimentaba un sentimiento verdaderamente curioso é inesperado, y aquella mujer con la nuca apoyada en el espaldar de la butaca, le parecía una criatura nueva, desconocida, que había ido allí para tentarlo.

Seguía en el abandono de aquella lánguida postura y los contornos de aquel cuerpo elegante, las curvas del busto, las caricias del vestido pegado á las exquisitas caderas, y el regreso inesperado de la amiga desaparecida, de la querida olvidada, tomaron, de repente, para él todo el carácter picante de un capricho ó de una aventura. Y además aquella nota amarga lanzada entre el torbellino de frases triviales, excitaba su curiosidad y despertaba todo lo que acaso había de latente aún en una pasión cuyo desenvolvimiento había sido interrumpido con violencia, cinco años antes.

Habíase sentado al lado de Mariana, buscando con la vista los ojos garzos de la joven y tratando de coger entre sus manos una mano blanca que hufa de las suyas apresuradamente. Ya ponía, en el movimiento comenzado con sus brazos, algo así como la caricia de un abrazo.

De pronto Mariana lo miró cara á cara fijamente y le dijo con un tono que indicaba bien á las claras que el pasado se negaba á abrir nueva cuenta corriente al porvenir.

—¡Hola! ¡hola! ¿Vais ahora á hacerme la corte, amigo mío?

Lissac sonreía.

—¡Bah!—continuó ella.—¡Dejadme en paz! ¡Esa es una novela que habéis hojeado demasiado para que resulte ahora soportable!

—¡La novela de mi vida!—dijo Lissac en voz baja, acercando los labios á la oreja de Mariana.

—Razón de más para no volver á leerla. La verdad es que hay libros que no se leen más que una sola vez. ¡Y tal vez por lo mismo no se olvidan nunca!

Levantóse de pronto, tiró con movimiento nervioso la punta de su cigarrillo á la lumbre de la chimenea, y poniendo la vista en los ojos asombrados de Lissac dijo con firme acento:

—¡Ah! Está muy lejos aquello que vos llamabais riendo— ¡confieso que los dos nos reíamos mucho!— los *caprichos de Mariana*. ¿Sabéis lo que me sucede, mi querido Guy? ¿Sabéis lo que es la loca que fué vuestra querida? Pues, una mujer aburrísimas, profunda y sombríamente aburrída. Bostezo horriblemente. Los días se me antojan interminables, las gentes me parecen estúpidas, los libros se me figuran insustanciales, los tontos me hacen el efecto de idiotas y los hombres de talento el de tontos. Es una enfermedad negra si queréis, ó mejor dicho, es una enfermedad gris, el odio de lo incolore, el cansancio de lo vulgar, la sed de lo imposible. Una sed que, dicho sea de pasada, no se puede satisfacer. El manantial de agua fresca que deba satisfacerla no ha brotado aún.

Hablaba con tono seco, agrio y con una sonrisa nerviosa y forzada.

Había encendido otro cigarrillo y de cuando en cuando dejaba escapar por entre sus carnosos labios bocanadas de humo, ó con la punta del dedo meñique quitaba nerviosamente la ceniza del cigarro, dejándola caer en la chimenea.

Contenido, interesado, sin pensar ya en el capricho que sintiera un momento antes, Guy le miraba moviendo la cabeza como un médico que

encuentra á un cliente mucho más enfermo de lo que él supone y de lo que quisiera confesar.

—¿Sois muy desgraciada, Mariana?— preguntó.

—¿Yo? ¡Bah! ¡Cansada, aburrída, hastiada, sí! ¡Desgraciada, no! Porque al fin y al cabo la desgracia tiene algo de grande. Puede uno luchar con ella. Es la tempestad; pero la lluvia, la eterna lluvia menudita, la lluvia *calabobos*, incesante que todo lo mancha de fango. ¡Ah! ¡lo que es esa os aseguro que es inaguantable, abrumadora! ¡Y en mi vida llueve y llueve sin cesar terriblemente!

Y estiraba los dos brazos, dando un bostezo que parecía no concluir nunca y que dejaba ver á Lisac el anonadamiento estúpido de una decepción inmensa y de una caída sin esperanza de regeneración.

—¿La vida? ¿la vida mía? ¡La rueda de un molino andando siempre del mismo modo! Una perpetua renovación de amores sin alegrías ni goces, y de borracheras sin sed. ¿Comprendéis? Una mujer de verdad haciendo la vida de una prostituta! ¡Un alma que es mía, un espíritu mío, una inteligencia mía, metidos en un cuerpo que entrego á los demás.... mejor dicho, que he entregado, gracias á Dios! ¡Porque ahora me he propuesto no hacerlo más y no tengo amante ni quiero! Quiero

ser mi propia querida y no la querida de cualquiera. Sólo tengo un placer....

—¿Cuál?—preguntó Guy, á quien esta desesperación, esos gritos de sufrimiento, ese dolor, involuntariamente manifestado, turbaban profundamente y le hacían dar tumbos de la duda á la compasión.

—El único placer que tengo consiste—dijo Mariana—en ir á encerrarme sola en una casita que he alquilado al final de una callejuela ignorada, cerca del Jardín de Plantas, y á donde he llevado lo que me queda, siquiera en ruinas, de mi vida pasada: libros, juguetes, retratos, ¿qué sé yo? Y mi voluptuosidad consiste en pensar que allí nadie me conoce, que ignoran cómo me llamo, de dónde vengo y á dónde voy, lo que hago, lo que pienso, lo que odio, todo, todo, en una palabra. Allí me encierro, me tiendo en una butaca y me digo que si por casualidad, como sucede algunas veces, me llegase á morir de repente de una congestión, de un aneurisma, nadie sabría quién soy cuando me encontrasen, y que me llevarían al depósito judicial de cadáveres ó á la fosa común, lo mismo me da, sin saber quién era. ¡Ah! os aseguro que esas partidas de placer que yo me permito no son ciertamente muy alegres. Pues si ellas

constituyen mis únicos momentos de dicha, figuraos lo que será el resto de mi vida.

Lissac, conmovido profundamente, sentíase interesado en la suerte de aquella mujer. Puesto que iba á verlo, era que lo necesitaba. Y puesto que no quería continuar las amorosas relaciones que les unieran en otro tiempo, era que se trataba de otro asunto, acerca del cual sentíase poseído de extraordinaria curiosidad.

¿Qué iría á hacer en su casa aquella criatura bellísima y seductora, con el corazón lacerado por las penas y los desengaños, y el carácter agrio y triste que esos mismos desengaños habían determinado? Guy la conocía demasiado, y sabía que no era mujer capaz de hacer aquella visita por el gusto de recordar tiempos pasados ó de hacer confidente de sus penas á Lissac.

Mariana echóse á reír de nuevo después de aquella confidencia sobre sus apetitos de soledad, y sin dejar de mirar á Guy, preguntó de pronto:

—¿Es cierto que sois uno de los concurrentes más asiduos á las reuniones de Sabina Marsy?

—Sí—dijo Lissac.—Aunque me hacen muy poca gracia las reuniones políticas.

—Parece que esas son políticas sin serlo. Y á creer á los periódicos, van á ser ahora cientifi-

cas..... He visto anunciado que el señor de Rosas.....
Y á propósito, mi querido Guy, ¿seguís siendo amigo del señor de Rosas?

Y al pronunciar ese apellido con tono indiferente, Mariana se había acercado á su interlocutor con objeto sin duda de oír mejor su respuesta.

Guy no contestó en seguida, como si estuviera adivinando la intención de Mariana al hablarle de Rosas. Entonces sospechó vagamente que su amigo, el noble español, entraba por algo en aquella visita de su antigua querida.

—Lo trato y lo veo con mucha frecuencia siempre que está en París— dijo al cabo de un momento.

—Pues entonces lo veréis muy pronto, porque llega mañana.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Los periódicos. ¿No leéis periódicos?..... Viene de un viaje á Oriente. La señora de Marsy tiene empeño en hacerle relatar sus aventuras en una *soirée* especial que piensa dar en obsequio suyo. ¡Una verdadera conferencia! ¡Mucho debe haber variado nuestro amigo Rosas! Porque antes era un poquillo salvaje.

—Era tímido, corto de genio, lo cual es una cosa bien distinta. Pero—preguntó Lissac al cabo

de otro instante de silencio — ¿qué tiene que ver Rosas?.....

—Decidme antes que ya sabíais que llegaba mañana.

—Lo sabía por los periódicos, como decís vos. En estos tiempos los periódicos hasta le dan á uno noticias de sus propios amigos.

—Lo importante es que lo supierais, y lo es, porque tengo verdadero empeño en oír al señor de Rosas, por lo cual venía á pedir os que me presentaseis en casa de la vinda de Marsy.

—¡Ah! ¿Es eso?.....—empezó á decir Guy.

—Eso es. Me aburro. Tengo verdadera locura por las cosas de Oriente. ¿Os acordáis del *Desierto de Feliciano David* que tocaba yo al piano en otro tiempo? Quiero oír el relato de ese viaje, y así olvidaré un poco á París.

—Pues lo oiréis, mi querida Mariana. La señora de Marsy me rogó anoche que le presentase á Vandrey. Ahora vos me suplicáis que os presente á ella. Héteme aquí convertido en un verdadero introductor de embajadores. Me alegro mucho, por otra parte, de llevaros á un salón que supongo os ha de parecer menos triste que vuestra casita de cerca del Jardín de Plautas..... Pero ¿lo he soñado yo? Creía que érais amiga de Sabina Marsy.

—Sí; la he encontrado alguna vez por ahí, y siempre me ha parecido muy simpática. Me ha invitado en diferentes ocasiones á ir á su casa, pero yo no me atrevía..... Mi afán de estar sola..... Mi cárcel dé junto al Jardín de Plantas.....

—Y esa casita..... ¿está prohibido, enteramente prohibido, ir á verla?

—No está prohibido, pero es difícil. Yo, por otra parte, no tengo nunca nada oculto para mis amigos, con una condición—dijo Mariana:—la de que han de ser precisamente amigos.....

Y subrayó la palabra.

—¡Nada más que amigos!

—La amistad—objetó Guy—es cosa muy buena, muy dulce, muy..... pero.....

—¿Qué?

—El amor.....

—¡No me habléis de eso! ¡Eso vuela, como las golondrinas! Se va, se escapa á Italia..... y en cambio la amistad.....

La joven extendió su manita pequeña, pero firme y sólida como si fuese de acero.

—Cuando queráis hacerme una visita allí—añadió—iré á recibirlos y os daré las señas. Pero no ha de ser Guy el que vaya, sino el señor de Lissac. ¿Convenimos en ello?

—Sería muy impertinente si os dijera que sí. Mariana se encogió de hombros.

—¿Galanterías? ¡Qué tonto eres; guarda eso para las demás! Conmigo ya hace tiempo que pasó el tiempo de ellas.

Cogió entre sus manos la cara de aquel hombre, que se puso un poco pálido, y dándole un beso en cada mejilla, friamente, pero sin ambages ni repulgos le dijo con tono extraño:

—Bien sabes que te amé de veras. No te quejes ni me pidas ahora lo que no puedo dar.

¡Ay! ¡qué deseos tan ardientes acometieron á Lissac, de volverla á coger entre sus brazos para hallar en ella otra vez á la querida, y de impedir que aquella mujer se fuese á la calle sin ser suya, como en otros tiempos!

Pero Mariana se había puesto rápidamente el abrigo y abrió la puerta con presteza.

—¿Con que está convenido?—dijo.—En casa de la de Marsy.

—En casa de la de Marsy. Haré que os envíen una invitación.

—Y yo vendré á recogerlos aquí. Sí, yo, como si fuese un muchacho. ¡Y vos me presentaréis á Rosas! Veremos si me conoce, si se acuerda todavía de mí.

La joven se echó á reír.

— Me presentaréis también, puesto que ésa es vuestra profesión — añadió sonriendo y enseñando graciosamente sus blanquísimos dientes — me presentaréis también á vuestro amigo íntimo el señor Vandrey. Siempre es bueno conocer á un Ministro.
¡Addio, mio caro!

Antes que Guy diese un paso hacia Mariana, ya ésta había desaparecido, y el cortinón de seda japonés ocultaba tras sus tupidos pliegues la puerta del comedor. Abrióla. La señorita de Kayser estaba ya en la antesala con la mano puesta en el picaporte de la puerta.

— Á las nueve estaré aquí! — dijo desde lejos á Lissac.

Lo saludó con la cabeza, en tanto que el ayuda de cámara se precipitaba para abrir la puerta, y una vez abierta ésta, desapareció la elegante silueta de la joven, que por un momento habíase visto dibujada en la claridad de la escalera.

Guy entró en su cuarto, casi furioso.

Ahora que ya se había ido, él abrió bruscamente el balcón de su gabinete. Parecíale que volaba una nubecilla azulada, la del humo del cigarro de Mariana, y que con ella se iba por el balcón el olor á heno, y envuelto con él el perfume que un instante

antes había contribuido á trastornarlo, con la esperanza de satisfacer un capricho pasajero.

El aire puro del exterior y un rayo de sol penetraron en la habitación. A lo lejos, los tejados cubiertos de nieve se destacaban sobre el fondo claro de un cielo puro, diáfano, primaveral. Alegres nubecillas de vapor llenaban la saneada atmósfera.

Guy respiró con fruición aquel aire purísimo que quitaba el olor á tabaco, mezclado con el perfume de aquella mujer. Parecióle que le quitaban un gran peso de sobre la frente un poco congestionada momentos antes. El viento fresco barrió las huellas de los besos de Mariana.

— ¿Si seré siempre un chiquillo? — se decía para sus adentros. No ha venido por mí, sino por Rosas. ¡Las amigas de nuestros amigos son nuestras queridas! Caramba, y si me descuido reincido, palabra de honor.... ¡No faltaba más!.... Para luego tener que echar otro viaje á Italia.... ¡Y á mi edad! ¡Válgame Dios!

Y sonriendo, cerró el balcón y se metió dentro, porque hacia frío.

V.

En la acera del boulevard Malesherbes, dos agentes de la autoridad, envueltos en sus largos capotes

La joven se echó á reír.

— Me presentaréis también, puesto que ésa es vuestra profesión — añadió sonriendo y enseñando graciosamente sus blanquísimos dientes — me presentaréis también á vuestro amigo íntimo el señor Vandrey. Siempre es bueno conocer á un Ministro.
¡Addio, mio caro!

Antes que Guy diese un paso hacia Mariana, ya ésta había desaparecido, y el cortinón de seda japonés ocultaba tras sus tupidos pliegues la puerta del comedor. Abrióla. La señorita de Kayser estaba ya en la antesala con la mano puesta en el picaporte de la puerta.

— Á las nueve estaré aquí! — dijo desde lejos á Lissac.

Lo saludó con la cabeza, en tanto que el ayuda de cámara se precipitaba para abrir la puerta, y una vez abierta ésta, desapareció la elegante silueta de la joven, que por un momento habíase visto dibujada en la claridad de la escalera.

Guy entró en su cuarto, casi furioso.

Ahora que ya se había ido, él abrió bruscamente el balcón de su gabinete. Parecíale que volaba una nubecilla azulada, la del humo del cigarro de Mariana, y que con ella se iba por el balcón el olor á heno, y envuelto con él el perfume que un instante

antes había contribuido á trastornarlo, con la esperanza de satisfacer un capricho pasajero.

El aire puro del exterior y un rayo de sol penetraron en la habitación. A lo lejos, los tejados cubiertos de nieve se destacaban sobre el fondo claro de un cielo puro, diáfano, primaveral. Alegres nubecillas de vapor llenaban la saneada atmósfera.

Guy respiró con fruición aquel aire purísimo que quitaba el olor á tabaco, mezclado con el perfume de aquella mujer. Parecióle que le quitaban un gran peso de sobre la frente un poco congestionada momentos antes. El viento fresco barrió las huellas de los besos de Mariana.

— ¿Si seré siempre un chiquillo? — se decía para sus adentros. No ha venido por mí, sino por Rosas. ¡Las amigas de nuestros amigos son nuestras queridas! Caramba, y si me descuido reincido, palabra de honor.... ¡No faltaba más!.... Para luego tener que echar otro viaje á Italia.... ¡Y á mi edad! ¡Válgame Dios!

Y sonriendo, cerró el balcón y se metió dentro, porque hacia frío.

V.

En la acera del boulevard Malesherbes, dos agentes de la autoridad, envueltos en sus largos capotes

tes, contenían la multitud que se apiñaba ante la puerta de la elegante casa habitada por la señora viuda de Marsy. Una doble fila de curiosos miraban inmóviles, sin miedo á los apretones y disputas que entre ellos se producían de cuando en cuando; los carruajes que iban entrando en el vestíbulo, se detenían un momento al pie de la alfombrada escalera para dejar mujeres elegantemente vestidas, envueltas en pieles, y daban luego la vuelta por el patio para ir á engrosar la fila de carruajes que iban colocándose en la calle en correcta formación para esperar el final de la *soirée*.

Hacia más de una hora que no dejaban de llegar coches, ni convidados á pie, que tiraban su cigarro al pie de la escalera y subían los escalones desabrochándose el abrigo. Los curiosos se mostraban unos á otros las caras conocidas. Decíase por el barrio que la mayor parte de los ministros habían aceptado la invitación.

Los salones de la señora de Marsy estaban resplandecientes de luz y de lujo. En el guardaróps no había medio de entenderse. Los abrigos de hombre y de señora se amontonaban, atados apresuradamente, y multitud de manos calzadas con guante blanco se extendían, como en el guardaropa de un teatro, para recoger el cartoncillo numerado que

les alargaba respetuosamente un criado de la casa.

—Tenéis el número 113—dijo el señor de Lissac á Mariana, que acababa de entrar, cogida de su brazo y luciendo un elegante vestido de color azul pálido.

Ella sonrió, y se metió en el bolsillo el pedacito de cartón.

—¡Oh! ¡no soy supersticiosa!

Estaba hermosísima. En la antesala, la gente abría paso á aquella mujer bellísima, cuyos cabellos rubios, oscuros, caían sobre su blanca espalda, y que esbelta, aunque metida en carnes, hacía crujir con los movimientos de sus bien formadas caderas, la falda de seda que las comprimía.

Lissac, con el lente en el ojo, llevando cerrado el frac ceremoniosamente, adelantaba hacia el salón principal entre las avidas curiosas de los convidados, que miraban y husmeaban al paso la exquisita gracia de aquella mujer provocadora.

La señora de Marsy estaba en la puerta del salón principal, muy guapa, con un vestido de seda negra, que hacía resaltar su belleza, y alargaba la mano, sonreía, se multiplicaba, en tanto que la señora de Gerson, tan bonita como siempre, le ayudaba á hacer los honores de la casa.

Sabina pareció muy complacida al ver á Ma-

riana. En otro tiempo había experimentado el ascendiente de aquella inteligencia privilegiada, viva, atrevida. No se preocupaba del pasado de Mariana. La sobrina de Kayser era bien recibida en todas partes, y además aquella noche estaba acompañada por su tío que entraba detrás de ella, aunque nadie había reparado en él. Iba charlando con un hombre de sesenta años, de barba blanca y mirada bondadosa que lo escuchaba con benevolencia y cortesía, pensando tal vez en otras cosas muy distintas de las que decía el pintor.

—¡Ay! mi querido Bausell! ¡Cuánto me alegro de veros!—decía con teatral efusión.

—La verdad es que nos vemos poco, querido Kayser. ¿Qué es de vuestra vida?

—¿Yo? ¡trabajando! Y protestando, porque ya sabéis que jamás he transigido..... jamás..... la dignidad del arte.....

Sus voces se perdieron en el estruendo de conversaciones que reinaba en aquel salón, lleno de bote en bote, en tanto que Sabina, cogiendo de la mano á Mariana que entonces soltó el brazo de Lissac, la condujo á un salón más grande, tapizado de rojo, donde se veían arregladas en filas, una porción de sillas delante de un espacio que habían dejado desocupado, y que formaba, gracias

á unos magníficos cortinajes, una especie de escenario donde iba á presentarse sin duda un actor que todos esperaban con impaciencia.

Casi todas aquellas sillas estaban ya ocupadas. Multitud de bellísimos semblantes de mujer lucían allí sus encantos. Todas las miradas se dirigieron á Mariana cuando apareció en el umbral de la puerta acompañada por Sabina, que la condujo hasta una de las sillas desocupadas, muy cerca del escenario improvisado, desde donde el Sr. de Rosas había de hablar.

La señora de Gerson se sentó al lado de Mariana que fijaba su mirada inquisitorial en los ojos de la amiga íntima de la casa, para adivinar el pensamiento de aquella mujer. La señora de Gerson estaba contentísima. ¡Su queridísima Sabina obtenía un triunfo, pero qué triunfo! ¡Allí estaba el Sr. Vaudrey! ¡Y su esposa también! ¡Y el señor Collard, presidente del Consejo! ¡Y Picherau, que al fin y al cabo acababa de ser ministro también!

—¡Es decir, tres ministros, de los cuales uno presidente del Consejo! ¡Sabina está loca de alegría! ¡Completamente loca! Figúraos que la de Hertzfield, la rival de Sabina, cuando más ha temido en sus reuniones á dos ministros.

Y añadía, con el tono confidencial que adoptan siempre los murmuradores, que las reuniones de la de Hertzfield iban muy á menos. Ya no iban allí más que algunos gobernadores. Y gracias. En tanto que los salones de Sabina eran verdadera antesala de la Presidencia del Consejo.

— ¡Si supiérais qué amable es el Sr. de Vaudrey!... Tiene una conversación agradabilísima! ¡Ha comido muy bien y se hizo servir dos veces timbal de macarrones!

Mariana escuchaba con la imaginación muy lejos de allí ansiosa de ver por fin presentarse á su vista el héroe de la fiesta, el Sr. de Rosas.

Guy había adivinado perfectamente: á Rosas y sólo á Rosas era á quien buscaba Mariana en aquellos salones. Quería volver á verlo, volver á hablarle é intentar un plan soberbio. Una idea... Su último capricho. ¿Por qué no?

Mariana se decía que iba á jugar el todo por el todo. Se acordaba muy bien de José de Rosas, á quien en otro tiempo había visto muy frecuentemente con su amigo Guy. Español de París, mucho más parisiense que español, hablando del mismo modo, con una corrección exquisita la lengua clásica, y con una desenvoltura encantadora el *argot* de las calles ó de entre bastidores, gran

aficionado al arte, coleccionador inteligentísimo, escritor á ratos, aunque sólo para sí propio, pródigo por temperamento, simpático en alto grado por su finura exquisita, viajero infatigable que á los treinta años de edad había visto todo el mundo, la India y el Japón, había bebido leche de camella bajo la tienda de los kirghizs y comido dátiles con los hombres de las kabilas, relatando con cierta seductora ironía, aventuras de amor que hubiesen podido parecer fantásticas invenciones de un romántico si él no hubiera atenuado su improbabilidad por el tono con que las contaba, aquel hombre extraordinario era una especie de lord Byron retrasado, que se había curado la enfermedad del romanticismo á fuerza de heridas del alma y de choques contra la realidad de la vida.

Mariana se acordaba sobre todo de una visita que había hecho acompañada por Guy á una casa que el duque tenía en la calle de Laval. Ocupaba allí un vastísimo estudio de pintor, alfombrado de tapices orientales, verdadero amontonamiento de objetos de arte y de panoplias de armas: un lujo asiático, algo así como el depósito de objetos arrancados al serrallo del Sultán turco, después de un asalto. José había obsequiado á Mariana y á Guy con café servido á la turca, y charla que charla

habían fumado riquísimo tabaco de hebra traído de Oriente, que el español, citando á los poetas persas, comparaba galantemente con la abundante cabellera de la señorita de Kayser.

En sus días malos, habíasele ocurrido pensar á menudo en aquel muchacho guapo, rubio, de ojos azules, de mirar profundo y melancólico, con el labio inferior un poco caído como con desdén, y con una elegante barba muy recortada como la de Carlos V que se tendía sobre tapices del Indostan, tarareando como un cantor árabe, alguna canción monótona y lenta como el andar de una caravana por el desierto.

—¿No es verdad—le había dicho Guy—que mi amigo Rosas es muy simpático?

—¡Encantador!

—¡Y con talento! ¡y erudito! ¡y agradable! ¡y archimillonario, lo cual siempre viene bien!

Mariana pensaba muy á menudo en todo lo que un hombre tan extraordinario como aquél, representaba de poder absoluto, de deseos satisfechos, de fantasías, de ilusiones realizadas. Un montón de oro ambulante. ¡Cuántas veces, entre las brumas del recuerdo, había visto aquella sonrisa un tanto altanera, que contraía aquel bigote sedoso y retorcido que se levantaba para enseñar unos dien-

tes blancos, iguales y afilados, como si estuviesen siempre deseosos de morder.

Pero ¿dónde andaba el Duque entonces? ¿Entre las kabilas ó en el país de los mormones? ¿En Haití, en la Groelandia ó en el infierno? Los periódicos habían dicho que estaba organizando una expedición al polo Norte. Tal vez estuviera perdido entre los hielos de los mares polares. Y Mariana sonreía con inexplicables suspiros, hijos de una emoción muy sincera y llenos de egoístas reproches.

Parecía que en más de una ocasión, José le había demostrado cariño. Correctamente, cortésmente, como se habla á la querida de un amigo cuando se es caballero, pero con ciertas reticencias no exentas de amorosa simpatía, habíale dirigido frases que semejaban verdaderas declaraciones apasionadas. Mariana había fingido no comprenderlo, porque entonces amaba á Guy ó creía amarle, que para el caso es lo mismo, y se había contentado con sonreír al oír las galanterías del Duque de Rosas.

Tal vez fui una tonta—se decía.—Pero después de todo él tampoco habría pasado de ahí. ¡Los deberes de la amistad! ¡El espectro de Guy!

Se detenía y pronunciaba esta palabra: ¡José!

Y aquello constituía un consuelo para esa mujer hastiada de la vida. Su pena era haberse conducido bien. Otras tienen remordimientos por una falta; ella tenía remordimientos por haber sido honrada. Pensaba muy á menudo en el Duque de Rosas como su madre Eva debía haber pensado en el paraíso perdido. Si hubiese sido la querida de Rosas se sentía capaz de haber revuelto á París entero.

—Pero en fin.... ¿á quién culpar?.... ¡Qué tonta es una, cuando no se atreve!

Y héte aquí que de pronto, bruscamente, como si un adversario ofreciese el desquite, la casualidad traía de nuevo á París, y en un momento bien crítico de su vida, á aquel José á quien ella no había olvidado, y el cual á su vez quizás se acordase de ella. La cosa era tan inesperada y el auxilio llegaba tan oportunamente, que Mariana, supersticiosa como todos los vencidos en las luchas de la vida, no había de desaprovecharlos, porque le devolvían la fe en sí misma.

Bastaría querer para levantarse de su cama, cogiéndose al brazo del Duque.

Guy y Sabina eran dos auxiliares inconscientes, á quienes encontraba en su camino. Los aprovechaba sirviéndose del uno para llegar hasta la

otra, y de ésta para ir hasta Rosas. Esto no significaba que no siguiera odiando al tonto presuntuoso Guy de Lissac, á quien no le perdonaba que hubiese huído de ella. Pero ¡bah! antes de vengarse de su antiguo amante era preciso utilizarlo. La venganza, después de todo, es cosa difícil, que cansa y que mirada despacio resulta perfectamente inútil.

Ahora la sobrina de Kayser, la querida de Guy, la mujer que se había entregado á uno y que otros habían cogido; que se había vendido, y que otros habían comprado; la que continuaba siendo joven, si no ya por la edad, por la gracia, por aquel encanto de virgen que envolvía su cuerpo prostituido; Mariana se hallaba en aquel momento á dos pasos del hombre que esperaba con la misma impaciencia, que un seductor esperaba á una mujer deseada.

—Si Rosas me amó siquiera un momento—se decía—él volverá á amarme ahora.

En aquel salón hacía un calor sofocante; la gente se ahogaba, pero Mariana tenía interés en no moverse de allí, en aparecer en la primera fila de sillas, expuesta á las primeras miradas del Duque, en cuanto éste se presentase.

Sentía bocanadas irresistibles de calor que le subían á la cabeza en medio de aquella atmósfera pe-

sada, y á veces temía desmayarse, porque ya había perdido la costumbre de asistir á los salones. Pero permanecía en su sitio valerosamente, mirando con ansiedad á la puerta, para ver si se presentaba el viajero, si se mostraba por entre aquellos cortinajes rojos el pálido y simpático semblante del español.

Había á pocos pasos de ella una mujer, rodeada como si fuese una reina, objeto de las miradas curiosas de todos y un poco turbada por lo mismo. Era una mujer joven, de veinticinco años á lo sumo, elegante, bonita, vestida con un traje blanco, rubia, con flores naturales en el cabello, con los ojos de mirar dulce y expresivo, con las mejillas encendidas y en toda ella algo de provinciano, de honrado, de valiente y de resplandeciente á la par, y Mariana oía decir á la señora de Gerson, que hablaba de aquella mujer con todas las que estaban sentadas á su alrededor:

—Es la esposa del ministro.

—¿La señora de Vaudrey?

—Sí.... ¡Muy agradable! ¿No es verdad?

—¡Bonitísima! ¡Fresca!

Luego bajaban un poco la voz.

—¡Demasiado fresca!

—¡Un poquillo cursi!

Una voz de hombre respondía con tono indulgente:

—¡Qué demonio, nada de alíno! ¡Cabellos y colores suyos! ¡Eso es mucho mejor que lo postizo!

Por muy en voz baja que todo esto fuese dicho, Mariana lo oía. Todas las miradas iban poco á poco fijándose en aquella joven que había robado sus encantos al sol que sale. Llevaba el aclamado apellido del nuevo ministro. Hacía su entrada en los salones con él, aceptando de buen grado, pero sin afectación alguna, el pesado fardo de la gloria y de la notoriedad. La timidez de su ligera sonrisa, casi inquieta, parecía pedir á las demás mujeres perdón por su triunfo; y había allí en un grupo de hombres sentados junto al balcón, que rodeaban á dos personajes á quienes un momento antes habían puesto una butaca para que se sentasen, un hombre joven, feliz, respirando alegría, que miraba de vez en cuando, como para enterarse de si su mujer se aburría, hacia el lado donde también estaba Adriana, es decir hacia el lado donde también estaba Mariana.

—¿Dónde está el señor de Vaudrey—preguntó esta á la señora de Gerson.

—¿Él? ¡ahí, enfrente de vos! Á la derecha, al

lado del señor Collard. ¡Os está devorando con los ojos!

—¡Ah! ¡bah!—contestó Mariana sonriendo con frialdad.

Y miró hacia donde le indicaban.

En efecto, ya había reparado en aquel hombre elegante, que desde hacía tiempo la examinaba con persistente atención. Pero ¿quién había de sospechar que fuese el señor Vaudrey? Era muy simpático y agradable. Poco antes, al entrar ella en el salón acompañada por su tío, le había oído decir al pasar una galantería, á que Mariana contestó con una sonrisa.

—¿Y era Vaudrey?

La señorita de Kayser había oído hablar mucho de él y leído sus discursos, y visto más de una vez su retrato en los escaparates de las tiendas. El aspecto gallardo y resuelto de aquel joven, de quien sabía que era un orador elocuentísimo, le gustaba, y debía haberle conocido, porque se parecía mucho á los retratos.

De todas las miradas que se dirigían al ministro, ninguna lo atraía tanto como la de Mariana. Sulpicio había experimentado, un momento antes, el ascendiente y el encanto singular producido por aquella aparición femenina, que cruzaba el salón

bajo el fuego de las miradas de multitud de hombres, que la desnudaban con la vista. En su afición á las definiciones y á los análisis, Vaudrey se había imaginado siempre de aquel modo á la verdadera parisiense, con su ascendiente y su seducción inmediata, penetrante y sutil como una esencia.

Mariana lo miraba y se dejaba mirar, sonriendo.

De pronto sus pálidas mejillas coloreáronse como avivadas por un repentino acceso de fiebre, cuando en medio de un verdadero tumulto producido por la curiosidad, y en medio de un gran ruido de pasos y de voces, el señor de Rosas apareció de repente, con aire un poco tímido, dando el brazo á la señora de Marsy, que lo conducía hacia el improvisado escenario, como si lo fuese presentando á todos.

—¡Ah! ¡por fin, ya está ahí!

—Es el Duque de Rosas, ¿no es verdad?

—Sí, sí; él es....

—¡Qué guapo!

Aquel nombre, pronunciado en voz baja por los labios de varias mujeres, sonaba en los oídos de Mariana como el toque de carga lanzado al viento por todos los clarines de una brigada de caballe-

ría. Parecía que estaba próximo la hora más crítica de su vida entera. En aquel instante tenía en medio de la fiebre de su ardimiento, toda la superstición de un jugador de oficio. Dijo al ver á José, que si éste la veía á ella en el primer momento, era que no la había olvidado y que podía esperarlo todo. ¡Todo!

—Afortunadamente—añadía para su capote—los hombres olvidan con menos facilidad que las mujeres. Por egoísmo ó por arrepentimiento, unos, como Guy, encuentran la belleza de nuestro rostro. Otros lamentan tal vez la ocasión perdida, y el Duque es bastante sentimental para no formar entre estos últimos.

Dijo que era necesario que Rosas la mirase; sí, que la mirase á todo trance; y con el cuerpo inclinado, con la barba apoyada en la enguantada mano, manejando con la otra el abanico con la rapidez y habilidad de una española, lanzó al Duque una mirada, en la cual iba toda su voluntad y todo un mundo de deseos. En la pupila del ojo humano hay indudablemente algo de imán. Rosas, como si hubiese experimentado la sensación material de aquella mirada incendiaria fija en su rostro, después de un saludo correctísimo, elegante, aunque algo brusco, y de levantar la frente para mirar á

aquella colección de mujeres bonitas que iban á ser su auditorio, Rosas miró y vió de repente, como si en la sala no hubiese más que ella á Mariana, que, inmóvil, lo contemplaba en silencio.

Rosas aparecía sobre el fondo rojo del cortinaje con su figura esbelta, regular, el cabello rubio, la cara pálida, destacándose sobre el fondo blanco de la elegante pechera de su camisa, como el retrato de un castellano del tiempo de Felipe II, vestido á la moderna, con una cinta roja en el ojal del frac, como único punto saliente de su elegantísimo traje de sociedad. Pero á pesar del corte moderno de la ropa, el frac negro afectaba, llevado por aquel hombre de ojos azules y melancólicos, con su bigote retorcido, el aspecto del *colete* antiguo, en el cual la cinta roja de la Legión de honor parecía una pequeña cruz de Calatrava puesta sobre el negro terciopelo de un manto antiguo.

Al fijar su mirada en la mirada ardiente de Mariana, la cara melancólica del noble español animóse instintivamente con una sonrisa que terminó en una respetuosa inclinación de cabeza, pero que fué lo bastante para envolver á la joven en una atmósfera caldeada de esperanzas y deseos.

—¡Me ha conocido! ¡En seguida! ¡Vamós; no me había olvidado!

Y como á impulsos del gozo inefable de una victoria importantísima, su rostro exangüe fué animado por inexplicable expresión de extraordinaria alegría. Erguido el elegante busto, solicitando las miradas como si las desafiase, escuchaba con los ojos lanzando chispas, bebiendo las palabras en sus labios, con la nariz dilatada como si aspirase un perfume oriental, el relato que había comenzado el Duque con voz lenta, acariciadora, dulce, pero que poco á poco iba animándose y apasionándose....

Todos escuchaban atentamente á Rosas. En aquel salón no se oía más ruido que el de los abanicos de las señoras. El aristócrata español, sin adoptar el tono presuntuoso de un discurso, sino antes bien hablando familiarmente, como si estuviese haciendo el relato de su viaje sólo para Marianna, narraba sus recuerdos de las orillas del Nilo, las tristezas de las caravanas, describía las noches estrelladas del desierto, los cánticos del conductor de camellos, lentos como plegarias, las melancolías de la soledad, las poesías de aquellas ruinas grandiosas, medio enterradas entre las caldeadas arenas africanas. Á veces citaba, traduciéndola de un canto árabe, apuntado en su cartera, alguna canción, delicada como un soneto, profunda como una sen-

tencia, en la cual las eternas palabras de amor, dulces y turbadoras en todas las lenguas, tomaban cierto carácter de intensa poesía, por efecto de sus languideces semíticas; canciones en que un transeunte, un desconocido, un enamorado, muerto muchos siglos antes, había sembrado como si los sembrase en la arena del desierto, sus alegrías ó sus sollozos, relatando el color de los cabellos de su amada, pidiendo limosna de amor, y prometiendo á mujeres que ya no eran más que fantasmas, trajes color de rosa, y flores que el tiempo no había de marchitar.

Cierto encanto seductor, exquisito é inquietante, se filtraba en la traducción de aquel castellano que, aun hablando en francés correctísimo, conservaba el carácter especial de la poesía de su raza; y siempre, inevitablemente, con profunda melancolía, la poesía de que hablaba iba á parar al amor, al amor sin esperanza, lleno de sufrimientos, á las tristezas de un corazón desgarrado, á los lamentos desesperados de árabes desconocidos y enterrados hacía años y años entre las arenas del Desierto.

El Duque parecía complacerse en citar extensamente aquellos poéticos amores prefiriéndolos á los recuerdos de sus viajes. Su personalidad, sus

propias impresiones, desaparecían ante aquella especie de testamento apasionado, legado por una humanidad á otra.

Mariana se estremecía creyendo adivinar en el Duque el deseo de hablar por ella y con ella solamente. En otro tiempo, en su casa, en presencia de Lissac, José se había expresado en términos parecidos, recostado en su diván árabe.

Sentíase rejuvenecida; parecíale que no habían pasado por ella todos aquellos años, y que estaba en el estudio de la calle de Laval. El salón de Sabina Marsy desaparecía, Rosas le murmuraba palabras al oído, la miraba y la mostraba su amor, a pesar del deseo de ocultarlo por miramientos á Guy.

¡Guy! ¿Y qué era Guy? Mariana no se preocupaba. Solamente el Duque existía para ella, en aquel momento. ¿Acaso Guy había estado mezclado ni un solo instante á sus destinos? Y pensando de este modo envolvía á Rosas en su mirada provocadora é incendiaria.

Sulpicio, á quien ya la joven no miraba, seguía sin apartar la vista de la señorita de Kayser. Encontrábala encantadora. La especie de fluido magnético que exhalaba aquella mujer iba derecha al Ministro, que, abstraído en su contemplación, no

ella ni una sola palabra del relato del Duque, y fijaba su pensamiento en aquella mujer joven y seductora, que á su pesar comparaba con su esposa sentada allí, muy cerca de ella.

Adriana era muy bonita, más bonita aún que Mariana; pero, cosa extraña, jamás le había parecido tan fría como aquella noche al verla sentada, oyendo al Duque, sin moverse y con su eterna sonrisita de mujer tímida.

A Sulpicio le hacía sufrir un poco aquella timidez de Adriana puesta más de relieve por la vehemencia, la graciosa inquietud, la línea serpentina de aquella vecina pálida que apretaba convulsivamente los labios, contraídos por una atrevida sonrisa de constante desafío. Decididamente era el tipo verdadero de la parisiense, con toda su belleza seductora, con esa destilación de vicio atrayente que se escapa hasta de los ojos de algunas mujeres verdaderamente honradas, y al oír algunas palabras sueltas del relato de Rosas— la descripción del preparado casi fantástico de un veneno al uso, entre los habitantes del Indostán— Sulpicio decía para sus adentros que no hay veneno más sutil ni más dulcemente mórbido que la mirada de una mujer al clavarse, por decirlo así, en la carne de un hombre; y sentía sed de

aquel veneno deseado, embriagador, exquisito....

Anhelaba que el Duque terminase su conferencia. ¿Qué le importaban aquellos viajes, aquellas traducciones del árabe, aquella poesía de Oriente ó aquellas descripciones de América? Sentía deseos de saber lo que pensaba una criatura tan deliciosa como Mariana. ¡Ay! ¡Qué hermosa! Había preguntado cómo se llamaba; conocía casualmente á Simón Kayser, porque el pintor le había dedicado en cierta ocasión una *Memoria sobre los medios de moralizar el Arte por el Pensamiento*.

El Ministro experimentaba, oyendo á Rosas, la impresión de aburrimiento que se apoderaba de él algunas veces, cuando en la Cámara un orador se extendía mucho en su discurso á la hora crítica de irse á comer.

No pudo menos de decir en voz baja al Presidente del Consejo que estaba sentado á su lado:

—¿Vamos á pedir la suspensión?

El señor Collard sonrió, pero como buen diplomático, escuchaba atentamente al señor de Rosas, y dijo á su compañero Vaudrey que estaba demasiado bromista.

En verdad el Duque no aburría á nadie más que á Sulpicio. Todos le escuchaban con deleite. Había dentro de aquel hombre sentimental un

burlón escéptico y un joven á la moda dentro de aquel noble español de aspecto sombrío. En su fisonomía algo fría, la más ligera sonrisa aparecía mucho más simpática. Mariana lo encontraba seductor, ó mejor dicho, lo encontraba lo mismo que lo había dejado, fino, delicado y sencillo, á pesar de su sonriente altivez. Cuando concluyó resonó en todos los salones una tempestad de aplausos, porque aplaudían hasta de las habitaciones contiguas, donde todos guardaban profundo silencio para procurar oír algo. Rosas, con ademán gracioso y distinguido, parecía decir que todo aquello que había contado no valía la pena y recibía los aplausos como un hombre de mundo recibe un saludo y no como un tenor ó un cómico acepta una ovación. En seguida procuró abrirse paso por entre los grupos de hombres que se habían formado detrás de él.

—¡Por fin! — dijo Vaudrey casi á media voz.

Era el momento que estaba esperando. ¡Al cabo iba á poder hablar con la señorita de Kayser!

Apresuróse á ofrecer el brazo á Mariana. La rinda de Marsy, rápidamente, había ya confiscado, como era natural, al señor de Rosas, rodeado y seguido por un enjambre de personas deseosas de felicitarle y de estrecharle la mano. A no ser por

esta circunstancia, Mariana se hubiese dirigido á él como pensaba hacer. Pero el brazo de Vaudrey no era de desairar. El nuevo Ministro era el principal personaje de la reunión. Miró á Sulpicio cara á cara, como para pedirle cuentas del afán con que se dirigía á ella, y él, turbado ante aquella muda interrogación un poco burlona, no supo qué decir, en tanto que la joven le sonreía con gracia encantadora.

Pasó satisfecha por medio de una doble fila de personas que saludaban y sonreían. En aquel instante tuvo una especie de loco desvanecimiento. Parecióle que era á ella á quien se dirigían todas aquellas adulaciones. Sentíase nacida para recibir homenajes, y en su interior agradecía profundamente á Sulpicio que la hubiese elegido entre todas aquellas mujeres para hacerla su pareja.

Tiempo tenía de buscar á Rosas. ¿Y quién sabe si sería mejor que la buscara el Duque?

Entretanto cruzaba los salones del brazo del ministro, y aquello constituía un nuevo triunfo, no ciertamente despreciable.

Él, amable, bondadoso, correspondiendo sin afectación á todos aquellos homenajes, en cierto modo oficiales, dirigía alguna que otra galantería trivial á Mariana, reservándose hablarle más íntimamente al cabo de un rato.

Delante de la mesa del buffet, resplandeciente de luces que brillaban al reflejar en el servicio de riquísimo cristal, con el dorado color rubio del champagne en las copas, el tono obscuro del ponche, las frutas, los colores claros de los helados y sorbetes, Vaudrey se detuvo y soltando el brazo de la joven, pero sin separarse de su lado, le ofreció un sorbete que un lacayo le alargaba por encima de una pila de platos.

La gente seguía haciendo corro alrededor suyo; miradas inquietas observaban de continuo sus miradas; pero el ministro no menudeaba sus atenciones y galanterías más que para Mariana, y se preocupaba con extraordinario interés por satisfacer todos sus deseos, como si se hubiese erigido en el caballero de aquella mujer hermosa.

De pie, raspando el sorbete con la punta de una encharilla de plata, Mariana estaba examinando con la curiosidad de una mujer que siente venir-sele encima una declaración de los labios de aquel hombre de Estado que más que tal parecía un hombre á la moda. Un pesador de oro no aquilata con más cuidado en la balanza una moneda dudosa que pone una mujer para calcular el valor de un desconocido.

Mariana adivinaba fácilmente; había producido

en Vaudrey un efecto de verdadera seducción. Que Vaudrey, con una mujer tan bonita como la que tenía, se permitía no sólo observar que otras también lo eran sino decirselo, porque se lo decía á Mariana. Se lo decía con la sonrisa de sus labios, con el brillo de sus ojos, con la actitud de rendido adorador que adoptaba, acaso sin darse de ello cuenta, ante aquella mujer que lo fascinaba.

En medio del estrépito y confusión que reinaban en el comedor y delante de aquella muchedumbre que instintivamente formaba corro en torno del ministro, no era posible ser muy expansivo; y la conversación, medio ahogada por el colosal murmullo de las otras voces, iba como dando saltos y salpicada de interrupciones; pero por lo mismo obligados á acercarse uno á otro, Mariana y Vaudrey se encontraban algunas veces enteramente juntos, como pegados, y entonces la respiración suave de aquella mujer, el perfume que de ella se escapaba corrían por la cara de Sulpicio, si así puede decirse.

Él la miraba con visible admiración, encerrada en el cuerpo de su elegante vestido de seda azul claro, de donde salían sus brazos sonrosados y sus hombros blanquísimos. Una animación singular medio febril animaba sus ojos pequeños, vivos, ex-

presivos y sus orejas pequeñas y carnosas estaban rojas como las cerezas.

Luego la luz de las bujías daba á los cabellos de aquella mujer tonos rojizos dignos de un cuadro de Ticiano. Sonreía con extraña expresión provocadora, visiblemente segura de su poder y de su irresistible aliciente.

Vaudrey se sentía muy turbado, atraído, como provocado por aquella mujer bonita, cuyas facciones se agitaban y que poco á poco iba fundiendo entre sus ardientes labios el hielo del sorbete. Encontrábalas á un tiempo exquisita y soberbia con el doble encanto de la gracia parisiense y el atractivo de la mujer en traje de baile, luciendo la nacarada carne de los hombros, del seno y de los brazos.

En el cuerpo del vestido, al lado del corazón, Mariana llevaba un elegante imperdible que figuraba una mariposa negra con las alas abiertas y brillantes, y Vaudrey, sonriendo, preguntó sin saber á ciencia cierta lo que decía si era aquello su alma.

Ella sonrió.

—Precisamente — dijo luego. — Lo que tengo ahí en el vestido lo llevo también en el espíritu. Mariposas negras,.... ó sueños de color azul, como se quiera.

—No sois una excepción—dijo Sulpicio.—A todas las mujeres les pasa otro tanto.

—Todas las mujeres, entonces, á vuestro juicio, están un poco..... ¿cómo diremos? un poco desequilibradas, ó para hablar con más propiedad, un poco *chifladas*, ¿no es verdad, señor ministro?

El ministro á su vez sonreía y miraba á Mariana, cuyos ojos, medio cerrados á veces por el movimiento continuo de los párpados, brillaban á través de sus largas pestañas, como los ojos de un gato.

—No, pero les echo en cara el ser aficionadas á lo azul en las ilusiones de que hablabais hace un momento, los *blue devils*, como dicen los ingleses, que acarician en su mente. Han nacido, sin embargo, para lo azul, para el azul del cielo, como diría un poeta de provincias, y huyen de él como si fuese cosa detestable. ¡Lo azul! ¡Bah, eso es bueno para los hombres, esos cándidos, únicos partidarios que hay en estos tiempos de lo azul en el amor y en general en todas las cosas de la vida!

A su pesar había vuelto á acercarse á aquella criatura que lo estudiaba como un general que se preparase á dar una batalla, mientras lo acariciaba con la vista y él se perdía en aquel azul de que hablaba con cierta elegancia que fingía ser burlo-

na y que en realidad era sincera. Ella le dijo con el mismo tono de burla y señalando al color de su vestido:

—Ya véis, señor ministro, que no todas las mujeres detestan lo azul.

—¡Oh! ¡si está de moda y si sienta tan bien á su belleza como ese traje á la vuestra no es extraño que lo adoren!

—También les gusta de otro modo..... En el amor y en la existencia. Eso depende de quien sea la mujer..... y el hombre también—añadió mostrando sus dientes blancos y sonriendo con gracia.

Y Mariana, dejando la cucharilla en el plato, alargó el servicio al criado.

Su brazo, contorneado primorosamente, en un movimiento involuntario ó quizá muy bien calculado, casi rozó la mejilla de Sulpicio, que experimentó una conmoción extraña y cierto deseo vehementísimo, propio de un colegial, de dar un beso en aquella carne saurozada.

Cerró los ojos, y cuando los abrió un momento después, pasada ya la conmoción violenta que había sacudido todo su ser, Mariana estaba delante de él con el abanico en la mano, y él le decía como si la imagen de que hablaba fuese lo único que se le viniese á la memoria en aquel instante:

—Me parece, señorita, que en ese mismo traje y tan guapa como estáis ahora he visto vuestro retrato en la Exposición.

—Si—contestó ella.—Es el mejor cuadro que ha hecho mi tío.

—Me parecía muy bueno antes de haberos conocido; pero ahora.....

Mariana no se dió por satisfecha con la sonrisa que acompañó á esta galantería, si no que quiso que se la dijera entera.

—¿Y ahora?—preguntó con la más atractiva de sus sonrisas.

—Ahora me parece mucho peor que el original.

—Eso se dice siempre, señor ministro, ménos al artista tal vez; pero me temo que me miréis á través de un cristal..... de ese famoso color azul.... ese azul cielo que tanto os gusta.

—Y que me gusta mil veces más desde esta noche—contestó él con la voz cambiada y verdaderamente conmovida.

Mariana no respondió, pero lo miró cara á cara, como para darle á entender que lo comprendía perfectamente. El estaba pálido.

—¿Consentiréis en ser honra de mis salones como lo sois de los de la señora de Marsy? ¿No es verdad?—dijo Sulpicio en voz muy baja.

—Con el mayor placer seré yo la honrada en ellos, señor ministro.

Nadie oía las palabras del ministro; pero Mariana, que veía que todos la miraban atentamente, estaba radiante de satisfacción y levantaba la frente con orgullo, desafiando la envidia de muchas mujeres.

Respirando aquella atmósfera de homenajes y como cargada de un pesado olor á incienso, tenía presunción y la conciencia de su poder, la embriaguez de ese poder que Vaudrey personificaba y que en cierto modo iba á reflejarse en ella, siquiera fuese por su conversación en voz baja con el ministro, delante de aquella muchedumbre.

Estaba orgullosa y entusiasmada. Hasta se hablaba á punto de olvidar que sólo por Rosas había ido á la reunión.

Vaudrey iba á seguir dirigiéndole flores apasionadas, cuando la señora de Marsy, que pasaba casualmente por allí, y que toda la noche iba de una parte á otra, multiplicándose y colmando de atenciones á sus invitados, vió á Mariana, acercóse á ella y cogiéndola de la mano dijo:

—Perdonadme, señor ministro, pero os la quito porque me la reclaman.

—¿Quién?—preguntó Vaudrey.

—El duque de Rosas.

Vaudrey miró á Mariana. Vió perfectamente que aquél pálido rostro se iluminaba por repentino acceso de alegría, experimentó cierto extraño descontento parecido á un dolor físico, y en vano trató de explicarse la causa.

Mariana lo saludó afectuosamente con una sonrisa; él se inclinó, viéndola desaparecer, cogida del brazo de Sabina, por entre los grupos de fracs negros y de vestidos de baile claros, con cierta especie de rabia, como si aún no estuviera satisfecho de lo que había hablado con aquella mujer, cas desconocida, á quien deseaba decir muchas cosas más.

Y casi en seguida vióse rodeado, acometido, asaltado por multitud de compañeros suyos de diputación y de pretendientes que sólo esperaban para precipitarse hácia él el final de aquella conversación con la señorita de Kayser, final que de seguro hubiesen provocado ellos mismos á no temer ser indiscretos. En medio de todos aquellos rostros desconocidos que se le aproximaban, Vaudrey buscaba una cara amiga, como para defenderse del nublado que se le venía encima.

La presencia de un amigo, de mucha más edad que él, delgado, con la barba completamente blan-

ca pero muy cuidada, le produjo verdadero placer, y alegre y satisfecho exclamó:

—¡Hola, Ramel! ¡gracias á Dios que se os ve!

Y con ademán presuroso lleno de afecto, alargaba las dos manos á un hombre como de sesenta años, que llevaba una enorme corbata blanca liada al cuello como si fuese una bufanda, á la antigua usanza, y cuyo chaleco negro, de corte antiguo también, contrastaba notablemente con los chalecos escotados que todos llevaban debajo del frac.

—¡Buenas noches, Ramel! ¡Cuánto, cuánto me alegro de veros!....

—Y yo también—dijo la voz simpática y acariciadora de Ramel, cuyo semblante, que parecía severo pero que en realidad no era más que bondadoso y varonil, iluminóse de pronto.—¡Precisamente por vos he venido aquí!

—¡De veras!

—De veras. Quería estrechar vuestra mano. ¡Hace tanto tiempo que no os veo! ¡Cuántas cosas han acaecido desde entonces!

—El diablo no me hubiera dicho, amigo Ramel, que iba á ser ministro—contestó Vaudrey—cuando os iba á llevar mis primeros artículos para que los publicaseis en *La Nación Francesa*.

—¡Bah! ¿Quién no es ministro?—Contestó Ra-

mel. Pero ya que lo sois, acordaos de lo que dijo Napoleón á Bourrienne al entrar en las Tullerías: «Ya estamos aquí, Bourrienne. ¡Ahora es menester que no nos vayamos.»

—Precisamente eso es lo que me dijo Granet al anunciarme la nueva combinación ministerial.

—Sí; pero Granet llevaba otra intención bien diferente de la que anima á vuestro amigo Ramel.

—¡Mi mejor amigo!—dijo Sulpicio con emoción y cogiendo cariñosamente las dos manos de aquel viejo.

—Decirme eso es doblemente meritorio en vos, porque lo que es ahora no os faltarán amistades.

—¿Seguís siendo periodista, Ramel?

—¿Yo?..... Optimista rabioso, puesto que creo en todas las cosas de este mundo; pero por lo mismo creo en las debilidades de mis semejantes, y lo que es en eso no me equivoco.

—¿Cómo habéis venido á casa de la de Marsy, vos que sois un hurón?

—¡Domesticado!..... Ya os lo he dicho, porque sabía que veníais vos, y también porque me interesaba mucho la conferencia del señor de Rosas. Si yo hubiese sido rico ó hubiera tenido siquiera con qué vivir, me habría pasado la vida viajando; pero

amigo, no he tenido más remedio que pasármela entre Montmartre y Batignoles, es decir, convertido en tortuga y soñando con ser golondrina.

—¿Queréis, mi estimado Ramel—dijo el ministro—que os dé una comisión, para que vayáis donde se os antoje á estudiar lo que queráis?

—¿Con mi reuma? Muchas gracias, excelentísimo señor—contestó Ramel sonriendo.—Ahora es tarde; soy muy viejo y estoy hecho una carraca. Y además, no habiendo pedido nunca nada á nadie, no era cosa de empezar á pedir á mi edad.

—Es que no pedís; os lo ofrecen.

—No, no tengo ganas. Me encuentro en el momento del *far niente* y preparándome para el sueño eterno. Ese es un estado agradable. ¡Ha visto uno tantas cosas y tantos hombres, que ya no desea uno nada!

—La verdad es que si toda la gente á quien habéis favorecido en esta vida hubiese solicitado una invitación de la señora de Marsy, no cabríamos esta noche en esta casa.

—¡Bah! Ellos lo han olvidado, como yo lo olvidé—contestó Ramel moviendo la cabeza y sonriendo con dulzura.

En medio de aquella muchedumbre de indiferentes ó de admiradores, Vandrey experimentaba

profunda alegría al encontrarse con aquel hombre que lo conoció á su llegada á París y al cual escribía siempre desde Grenoble como si fuese un pariente cuyas cartas leyese siempre con afecto. Y era en realidad un parentesco del espíritu, un parentesco del corazón lo que unía al veterano del periodismo y al joven estadista. Parentesco en el ideal que persiguen; pero diferencia grandísima de temperamentos. Si Ramel las había tenido alguna vez, habíalas curado hacía tiempo aquellas fiebres de lucha y de poder que aún agitaban la sangre de Vandrey.

—Hace mucho tiempo que tengo el pulso regular—decía el anciano periodista.—La experiencia me ha servido de quinina para esas calenturas.

Dionisio Ramel era un sabio. Tomaba la vida tal cual es, sin entusiasmos, pero sin amarguras tampoco. No era rico. A los sesenta años bien cumplidos, hallábase, después de una existencia de trabajo rudo y continuo, con tan poco dinero como cuando empezó á trabajar con la cabeza llena de ilusiones y de proyectos y de esperanzas. Había vivido honradamente, periodista—periodista de la buena época, de la escuela de las ideas y no de la del afán noticieril—había ejercido con verdadera honradez y elevación de miras, una profesión que

le agradaba; leyó mucho, escribió mucho, trabajó mucho, muchísimo; puso sin mancharse los dedos, la mano en todas las llagas sociales, y después de haber dado valerosamente vueltas y más vueltas á la noria de la labor constante, diaria, por espacio de cuarenta años largos, llegaba al final de la jornada al borde de la tumba, con muy poco dinero, habiendo codeado muchas veces la fortuna y habiendo tenido muchas veces al alcance de la mano los medios de ser lo que hubiese querido. Encorbado, harto, fatigoso, casi olvidado, desconocido por las generaciones nuevas que llamaban *antiguo* y *pasado* á aquel entusiasta de cabellos blancos más lleno de fe juvenil que muchos muchachos, contemplaba la llegada de la gente joven con la misma tranquilidad que hubiese presenciado un desfile de carruajes.

—Me distraigo—exclamaba á veces.

Ramel, durante su vida de publicista, de pensador de fama y renombre, había asistido, sin llevar parte provechosa, á la fundación de sindicatos, al reparto de acciones, á los negocios financieros; y empujando con fuerza la rueda de las empresas que le parecían buenas, procurando encarrilar las que se le figuraban dudosas, había hecho á muchos millonarios sin pedirles nunca un

céntimo, del mismo modo que había hecho muchos ministros sin solicitar de ellos nunca ni siquiera una triste condecoración.

¡Agradábale el embriagador oficio de hacer hombres! Todos los principales actores de la gran comedia humana los había visto debitar solicitando su ayuda. De tal hombre de Estado, que ahora hacía alarde en la tribuna de su importancia y de sus honores, había corregido los primeros discursos. Había animado y hecho propaganda en favor de cuál individuo que pasaba por el camino, representante del arte nacional, allá cuando en sus comienzos trabajaba porque le diesen una plaza pensionada en Roma; había visto á cuál músico, que ahora era millonario, yendo á visitarle para darle, como quien pide una limosna, algún billete para los conciertos del salón Herz. Él había sido el primero en llamar su atención sobre los primeros versitos de algún poeta que ahora pasaba por una de las eminencias literarias de su patria; él había sido el primero en decir de tal actor ó de tal cantante ahora en boga: «¡Ese es de los elegidos!»

Y viejo, fatigado, burlón, pero indulgente y talentado en sus bromas, sin hacerse ilusiones, pero sin tronar tampoco contra las injusticias del

destino, Dionisio Ramel, á su edad y con su extraordinario talento, no era ni diputado, ni millonario, ni académico, ni nada más que un infeliz que sonriendo decía con el tono del hombre de experiencia que conoce el mundo:

—¡Bah! ¡Qué más da! ¡Después de todo, nada de eso es muy envidiable! Ministros, académicos, millonarios, gobernadores, poderosos. ¡Como si no supiese yo lo que todo eso vale! ¡La mayor parte de los que figuran, ¡qué demonio! los he hecho yo!

Y como buen filósofo, dejando pasar la cohorte de que tal vez hubiese podido ser jefe, pero de la cual prefería ser juez, se encerraba en su casa, con sus libros, sus cuadros, sus grabados, su pequeña colección hecha poco á poco, de año en año, á fumar su pipa, á hojear de cuando en cuando su pasado, como si hojearse un álbum de estampas y á pensar, cuando se encontraba con algún personaje del día que evitaba saludarlo ó que lo saludaba con aire de protección:

—¡Bah! no eras tan orgulloso cuando venías á pedirme que te diese un durillo á cuenta de tus artículos.

Ramel había querido siempre mucho á Sulpicio Vaudrey. Le parecía más noble y menos olvidadizo que la generalidad. Vaudrey no se había dado

tono nunca. Él mismo, siendo ya ministro, recordaba con emoción profunda sus días de lucha. Ramel, el antiguo director de *La Nación francesa*, era uno de sus buenos amigos, más aún, una de las personas que admiraba profundamente. Por su gusto hubiese sacado á su amigo de las sombras en que vivía para hacerlo personaje de pronto, ya que el pobre sexagenario á su vez había hecho de la nada tantos personajes.

Y en medio de la multitud que les rodeaba procuraba sacarlo de su retraimiento diciéndole:

—Vamos á ver, mi querido Ramel, ¿seríais capaz de aceptar la subsecretaría de mi Ministerio?

—No, señor Ministro—contestaba Ramel con su afectuosa sonrisa.

—¿Pero, por qué? Dadme gusto, aunque sólo sea por hacerme un favor, por ayudarme.

—No, no, y creed que esto es puro egoismo, querido Vaudrey. Me crearía crueles enemigos. Nombrad á Navarrot—añadió señalando á un hombre elegante, vestido correctamente, que acababa de acercarse á saludar á Vaudrey, repitiendo diez veces en un minuto esta frase: «Mi querido ministro.... señor ministro.... mi señor ministro.»

—¿Navarrot?

—Parece que es muy partidario vuestro.

—Que malo sois Ramel. Es partidario del Ministro y no del hombre. No es amigo mío, sino de todos los Ministros de la Gobernación. Es un *alabardero* del ministerio que aplaude á todo lo que dice el que ocupa aquella casa.

—¡Oh! Ya conozco, ya conozco á esos *alabarderos*—dijo el antiguo periodista.—Cuando un Ministro está en el poder se le aplaude, y cuando cae se le silba.

Vaudrey lo miró, y echándose á reir:

—¡Buena pieza estáis!—le dijo.—Pero al menos iréis á verme,—añadió alargándole la mano.

—Ya lo creo.

—¿Dónde vivís?

—En la calle de Boursault, boulevard Batignoles.

—Hasta la vista, mi querido Ramel. Supongo que si los necesito, no me negaréis vuestros consejos.

—Ni mi amistad más leal. Pero sin destino ¿eh? sin credencial—respondió Ramel sin dejar de sonreir.

Vaudrey tenía verdadero placer en hablar con su antiguo amigo; pero hacía un instante que sentía vehementísimo deseo de encontrar de nuevo entre aquel enjambre de personas que llenaba to-

dos los salones, á la hermosísima mujer que se le había aparecido como la estatua del deseo, del deseo agudo, enfermizo, inquieto é irresistible.

No había ido á casa de la viuda de Marsy más que por casualidad, como para pasear en público la satisfacción de su triunfo, del mismo modo que uno que acaba de recibir una condecoración, desea las ocasiones de lucirla, y se sentía satisfecho de haber ido. Prometiase dar una vuelta por los salones, y una vez hecha la presentación, volverse con Adriana á su casa, para no privarse de un rato de conversación á solas con su mujer, cosa que le era tan agradable y de la que tenía que privarse con frecuencia desde su instalación en el palacio de la plaza Beauvau.

Ordinariamente le desagradaban las reuniones como la de aquella noche, reuniones por lo regular fatigantes como tumultos, en las cuales empaquetan seiscientas personas en habitaciones donde no caben más que cincuenta, reuniones triviales en que el dueño de la casa se da por satisfecho si se le llenan los salones, como el empresario de un teatro cuando pone en escena una obra nueva, en los cuales la gente se apiña, se ahoga, se estruja, en los cuales la entrada es un verdadero pugilato, la toma de un vaso de horchata

una verdadera conquista, el encuentro de su abrigo á la salida una verdadera casualidad. Le daban horror esos salones donde no se habla, donde no se conoce á nadie, donde ya sea en medio del estruendo de voces y conversaciones, ya en medio del silencio inaguantable de un mal concierto musical, no se puede cambiar ni una idea, ni una palabra, ni un saludo afectuoso. Por verdadero milagro había podido hablar un poco, momentos antes, con la señorita de Kayser y con Ramel. Pero pronto la trivialidad lo había sumergido en seguida con más razón aquella noche, porque era el punto de mira de todas aquellas cabezas congestionadas.

Experimentaba náuseas ante aquel personal de jóvenes insustanciales, pretendientes, haciendo cortesías para pescar una credencial; hombres de veinte años que parecían haber nacido con la corbata blanca puesta, astutos é interesados, hijos de sus habilidades y no de sus buenas obras, asistentes asiduos á las antesalas de los Ministerios y á los salones, pescadores de ideas ajenas, demócratas de mentirigilla que no hubiesen dado la mano por nada del mundo á un obrero; estado mayor ambicioso de honores, que veía dando vueltas en torno suyo con sonrisas en los labios y memoriales

y peticiones en el bolsillo, preparados para soltárselas á la primera ocasión.

¡Cuánto más agradable no era para él el tranquilo placer de un rato de lectura al amor de la lumbre, de una conversación con un amigo, de una sonata de Beethoven ó de Mendelssohn, tocada al piano por Adriana, que hacía volar las horas!

Para eso había nacido. Por lo menos, así lo creía. Es decir lo había creído hasta entonces. Y hete aquí que aquellos salones que le eran antipáticos, parecíanle ahora agradables. Una criatura divina encontrada allí por casualidad le hacía deliciosa aquella velada. Sentía deseo ardentísimo de ver otra vez á Mariana, de hablarle. Le interesaba como un enigma.

Honrada ó no, ¿qué era en realidad aquella mujer? ¡Ah, por lo menos era mujer hasta la médula de los huesos! Mujer desde los pies á la cabeza, mujer parisiense, perversa aunque fuese virgen, y acaso virginal á pesar de estar pervertida. Un problema de carne.

Vaudrey á quien todos cedieron paso salió rápidamente del comedor, y cruzó los salones buscando con la vista á Mariana. Vió, al pasar, á Guy de Lissac que, sentado en una silla al lado de Adria-

na, charlaba con ella. Al ver á Sulpicio dirigió desde lejos á su marido esa sonrisa que sólo tiene la mujer que ama, y envolvió á Vaudrey en su mirada de esposa honrada y amante, preguntándole sin hablar, porque sabía que siempre deseaba marcharse temprano.

—¿Quieres que nos vayamos?—decía aquella mirada.

Él pasó de largo por delante de su mujer dirigiéndole una sonrisa, y haciendo como que no comprendía desapareció por la puerta del salón, en tanto que Lissac decía á Adriana:

—¿De modo, señora, que el Ministerio.....?

—¡Oh! no me habléis de él.... ¡me da miedo! En aquellas habitaciones me parece que no estoy en mi casa. ¿Sabéis cuál es mi impresión? Me parece que estoy de viaje y que vivo en una fonda. Verdaderamente los ministros debían ser solteros. Los hombres se llevan los honores, pero á sus mujeres sólo les quedan las pesadumbres.

—Y sin embargo, en el fondo de esas pesadumbres debe haber algún goce, cuando tanto se siente abandonar el poder.

—¡Ay, Dios mío!—contestó Adriana.—Yo creo que no lo sentiría. No, no; os aseguro que no lo sentiría.

Y hubiera querido, como de ordinario le sucedía á Vaudrey, abandonar aquellos salones con su marido; pero pensó que Sulpicio tendría que hacer cuando no quería marcharse.

El salón donde había entrado comunicaba con otro saloncillo en forma de rotonda, tapizado de seda japonesa, en el cual había una lámpara de Venecia que iluminaba suavemente los divanes donde se hablaba. Sulpicio adivinó por instinto que Mariana estaba allí. Dirigióse, pues, hacia aquel sitio, y en el momento de entrar vió entre dos cortinones de seda azul-pálido á la joven, y sentado junto á ella al Duque de Rosas, cuya conferencia Mariana escuchaba poco rato antes con una atención tan grande, que casi era apasionada.

En aquel instante vino á la imaginación de Sulpicio esa circunstancia.

La luz daba de lleno sobre los descotados hombros de la señorita de Kayser, y reflejaba sobre sus rubios y abundantes cabellos. El Duque estaba mirándola.

Vaudrey no dió un paso más.

Experimentaba cierta sensación extraña é inexplicable. Aquella conversación íntima le desagradaba.

La joven vió al Ministro, y volviéndose un poco, tal vez por casualidad, saludólo con graciosa sonrisa, se levantó y le hizo seña para que se aproximara.

Los tapices de seda azul parecían el fondo natural á la belleza de la hermosa rubia.

—Señor Ministro — dijo — permitidme que os presente á mi amigo el Duque de Rosas, que, como buen artista, admira á los oradores elocuentes, y que, en tal concepto, es admirador vuestro.

Rosas, que se había levantado á su vez, se inclinó delante del Ministro, pero de un modo particular, no como un pretendiente delante del que reparte mercedes, sino como un gran señor que saluda á un hombre de talento.

Vaudrey buscaba una palabra agradable para aquel personaje, y no se le ocurría ninguna. Sin embargo, hacía poco que había aplaudido con sinceridad la deliciosa conferencia dada por el Duque. Pero le parecía que en aquel sitio Rosas no era el mismo, y por el contrario, le hacía el efecto de un importuno, que le privaba con su presencia de aprovechar una buena ocasión. Disimuló, sin embargo, su mal humor, bien difícil de analizar, y del cual ni él mismo se daba cuenta exacta, y al fin encontró para el Duque una frase vulgar de

esas que elogian, pero que á nada comprometen, porque nada dicen.

Cuando saludó para alejarse, Mariana lo detuvo con el ademán.

—Ya veis, señor Ministro — dijo con aquella sonrisa seductora que le era peculiar — ya veis — señalaba á los tapices azules del saloncito — que hay mujeres á quienes gusta lo azul.

—Sí; ¡la señora de Marsy!.... — respondió Vaudrey con una ironía perfectamente fuera de tono, pero que se le vino á los labios naturalmente y á guisa de reproche.

—Y á mí también — contestó Mariana. — No hemos hablado más que unos cuantos minutos, pero he tenido ocasión para conocer que vos y yo tenemos muchos gustos parecidos, y me alegro de veras.

—Y yo mucho más — respondió Vaudrey turbado ante la atrevida mirada de la joven, que le pareció una saeta lanzada contra su corazón.

Ella había vuelto á sentarse, pero Vaudrey ya le había perdonado (como si tuviese algo que perdonarle) aquella conversación íntima con Rosas. Su mirada de fuego lo había borrado todo; y se llevó la impresión que le produjo, satisfecho y conmovido.

Tenía prisa por salir de allí. Sintióse de repente nervioso, satisfecho y aburrido á la par. Ante la multitud de convidados, que se apresuraba á abrirle paso, volvió á tomar los aires de Ministro, levantando la cabeza y contrayendo sus labios con la sonrisa oficial, pero en el fondo del corazón llevando otra preocupación bien distinta; la cabeza llena de ilusiones, y en los oídos la voz de Mariana, aquella voz insinuante que le decía: «Tenemos muchos gustos iguales», frase llena de esperanza, que le hacía palpar el corazón mucho más violentamente que de ordinario.

Vió á Adriana sentada en el mismo sitio, sonriéndole cariñosamente como siempre, pero que sin embargo le pareció más fría que de ordinario. Acercóse á ella, y ofreciéndole el brazo y estrechando la mano de Lissac mientras le decía: «Que nos veamos bien pronto, querido Guy», desapareció por la antesala, en tanto que los criados se precipitaban hacia la señora de Vaudrey para ponerle el abrigo, y que una voz gritaba mientras él metía los brazos en las mangas del suyo.

— ¡El carruaje del señor Ministro!

—Estoy cansada — dijo Adriana cuando se vió en su coche. — ¿Y tú?

—¿Yo? No, por cierto; no me he aburrido. La

conferencia era muy interesante, y además, ahora es necesario que nos exhibamos de cuando en cuando.

—Ya lo sé— contestó su esposa.

Y como un niño que se duerme, dejó caer la cabeza, metida en la elegante capucha del abrigo, sobre el hombro de su marido. Sus manitas buscaron la mano de Sulpicio para estrecharla, y en tanto que ella tranquila descansaba así, Sulpicio Vaudrey veía, con los ojos de la imaginación, á aquella rubia deliciosa que se pasaba la lengua sobre los ardorosos labios y sonreía tomándose un sorbete....

VI.

En el saloncillo japonés, tapizado de azul, Mariana, sentada en un diván, medio vuelta hacia el Duque, mirándolo fijamente como queriendo leer en sus ojos su pensamiento, aparecía al español, como á Vaudrey, verdaderamente deliciosa sobre aquel fondo azul que tanto hacía resaltar su belleza de rubia.

Verdad es que con Rosas tenía un abandono muy distinto al que tenía con Sulpicio, y que en-

volvía al Duque en una mirada ardorosa y llena de pasión.

José estaba pálido delante de aquella criatura exquisita, de la cual, allá en el fondo del alma, había llevado la imagen por todas partes á donde le condujo su capricho de intrépido viajero. La contemplaba como se contempla á la mujer largo tiempo deseada, que una necesidad cualquiera hacía imposible, y que la casualidad acerca de repente poniéndola al alcance de la mano.

Estaba más bella que nunca, elegante, fascinadora, *más hecha*, como una fruta bien madurada, á la cual el color hace más apetitosa. Poco antes Sabina había puesto en contacto aquellos dos seres, y por instinto, como si tuviesen muchas confianzas que hacerse, habían buscado la soledad en medio de aquella animación, y habían hallado asiento en aquel saloncito retirado á donde Vaudrey, también por instinto, había ido en busca de Mariana.

Sí, verdaderamente, ella tenía muchas confianzas que hacer al hombre que apareció un día en su camino y desapareció en seguida permaneciendo como muerto para ella durante varios años. Parecíale á Mariana que rejuvenecía, que no había transcurrido el tiempo, al verse cara á cara

conferencia era muy interesante, y además, ahora es necesario que nos exhibamos de cuando en cuando.

—Ya lo sé—contestó su esposa.

Y como un niño que se duerme, dejó caer la cabeza, metida en la elegante capucha del abrigo, sobre el hombro de su marido. Sus manitas buscaron la mano de Sulpicio para estrecharla, y en tanto que ella tranquila descansaba así, Sulpicio Vaudrey veía, con los ojos de la imaginación, á aquella rubia deliciosa que se pasaba la lengua sobre los ardorosos labios y sonreía tomándose un sorbete....

VI.

En el saloncillo japonés, tapizado de azul, Mariana, sentada en un diván, medio vuelta hacia el Duque, mirándolo fijamente como queriendo leer en sus ojos su pensamiento, aparecía al español, como á Vaudrey, verdaderamente deliciosa sobre aquel fondo azul que tanto hacía resaltar su belleza de rubia.

Verdad es que con Rosas tenía un abandono muy distinto al que tenía con Sulpicio, y que en-

volvía al Duque en una mirada ardorosa y llena de pasión.

José estaba pálido delante de aquella criatura exquisita, de la cual, allá en el fondo del alma, había llevado la imagen por todas partes á donde le condujo su capricho de intrépido viajero. La contemplaba como se contempla á la mujer largo tiempo deseada, que una necesidad cualquiera hacía imposible, y que la casualidad acerca de repente poniéndola al alcance de la mano.

Estaba más bella que nunca, elegante, fascinadora, *más hecha*, como una fruta bien madurada, á la cual el color hace más apetitosa. Poco antes Sabina había puesto en contacto aquellos dos seres, y por instinto, como si tuviesen muchas confianzas que hacerse, habían buscado la soledad en medio de aquella animación, y habían hallado asiento en aquel saloncito retirado á donde Vaudrey, también por instinto, había ido en busca de Mariana.

Sí, verdaderamente, ella tenía muchas confianzas que hacer al hombre que apareció un día en su camino y desapareció en seguida permaneciendo como muerto para ella durante varios años. Parecíale á Mariana que rejuvenecía, que no había transcurrido el tiempo, al verse cara á cara

con Rosas, el cual, á despecho de su frialdad, había dejado adivinar su pasión alguna vez, acaso porque las mujeres amadas adivinan el secreto de quien las ama antes de que el hombre se dé cuenta exacta del estado de su ánimo.

Sentía la joven una alegría intensa, sincera. Recordaba sus conversaciones íntimas con José, á presencia de Guy en aquel rincón de Oriente, escondido en una casa de la calle de Laval. Los tapices japoneses del saloncito en que se hallaban contribuían no poco á la ilusión.

—¿Queréis creer que me parece que he estado soñando estos años y que no he envejecido?

—Y en efecto no habéis cambiado. Me equivocó, antes bien.....

—Sí, ya sé lo que vais á decir: he embellecido. Es esa una galantería que conozco..... Ya me la dirigió Lissac la otra mañana.

Mariana se mordió imperceptiblemente los labios, pronta á lamentar aquella imprudencia, pero aun cuando á propósito hubiese traído á colación el nombre de Guy no hubiera podido quedar más satisfecha del resultado.

El señor de Rosas, muy pálido de ordinario, se puso lívido, y un gesto violento, aunque prontamente reprimido, erizó su bigote por un momento.

—¡Ah!—dijo, disimulando su enojo—¿Seguís viendo á Guy?

—¿Yo? Hacía cinco años que no le dirigía la palabra cuando fui á rogarle que me proporcionara una invitación para esta noche porque sabía que os encontraría aquí.

—¡Ah!—dijo José otra vez, sin añadir una palabra á esta exclamación.

Mariana estaba satisfecha. Ya sabía que el Duque la amaba aún, puesto que el nombre de Lissac le había hecho estremecerse. ¡Vamos, no había equivocado el cálculo!

—¿Qué ha sido de vos, mi querido Duque, durante todos estos siglos que han pasado sin veros?

—preguntó.

Y lo miraba como acababa de mirar á Vaudrey con su habitual sonrisa dulce y burlona, profundamente agitadora y con una mirada que escudriñaba hasta el fondo del alma de su interlocutor.

—Ya sabéis lo que se suele decir: he vivido. Esto es tal vez una solemne tontería, pero es también una gran verdad.

—Y apuesto—contestó atrevidamente Mariana, —á que no habéis pensado ni una sola vez en mí.

—¿En vos?

—En mí. En esta insensata de Mariana que es

la cabeza más dada á pájaros que habéis encontrado jamás en vuestros viajes desde el polo Norte al Cambodge, pero que no tiene mal corazón, aunque sí es muy desgraciado y no ha dejado de latir violentamente al calor de ciertos recuerdos que vos no conserváis sin duda.

—Me acuerdo de todo—respondió el Duque con la mayor seriedad.

Mariana le miró y se echó á reír.

—¡Oh! ¡Cómo decís eso, Dios mío! ¿Os acordáis? Yo os solía llamar D. Carlos y ahora me habéis hecho pensar en Felipe II. «Me acuerdo de todo.» ¡Brr!.... ¡Qué tono más fúnebre! Y sin embargo, nuestros recuerdos no tienen nada de tristes ni de dramáticos.

—¡Eso depende del bien ó el mal que hayan causado!—contestó Rosas cada vez más serio.

—¡Castigueme Dios si jamás he querido hacer el menor mal, mi querido Rosas! ¡Dadme la mano! ¡Siempre os he estimado muchísimo, querido amigo!

Y lo atrajo hacia sí suavemente inclinando la frente hacia los ojos del joven.

—Miradme bien y decidme si miento.

El Duque trató de leer, en efecto, en las pupilas de los garzos ojos de Mariana; pero escapábase de

éstos una llama tan extraña, que retrocedió, arrancando su mano á la presión de sus delicados dedos.

—Vamos, vamos—dijo ella—veo que mis ojos de gata os siguen dando miedo. ¿Tan terribles son?

Y los ponía dulces, acariciadores, tímidos, humildes.

—Después de todo no deja de ser una gloria, mi querido Duque, cansar miedo á quien mata tigres y leones como un cazador de por acá mata un conejo.

—Bien sabéis por qué soy bastante niño para temblar delante de vos, Mariana. ¡A mi edad es ridículo! Pero soy supersticioso como los jugadores.... ó como los marinos, esos otros jugadores que se juegan á cada paso la vida, y jamás os he visto sin experimentar la sensación de que detrás venía un sufrimiento para mí.

—¿Qué sufrimiento?

—Sufrimiento por vos—dijo el Duque.—Tened entendido que si no os hubiera visto es probable que no hubiese visitado jamás los países de que hablaba hace un momento, y que llevaría ya mucho tiempo casado y viviendo tranquilamente en Madrid ó en Toledo.

—¿Y yo es lo he impedido?....

Rosas interrumpió á Mariana con viveza, y dijo con tono breve y con una sonrisa casi dolorosa:

—¡Ay, querida amiga, si supieseis!.... ¡Habéis impedido tantas cosas!

—Si he impedido que seais desgraciado, me alegro muchísimo. Después de todo nunca tuvisteis vocación decidida de casado cuando preferisteis corretear por esos mundos de Dios.

—Como D. Quijote, ¿no es verdad? Pues sabed también, ya que hablamos de estas cosas, que impedisteis que muriese en un rincón olvidado como un perro.

—¿Yo?—dijo Mariana.

—Vos ó vuestras canciones, como queráis. Si en Egipto. Tuve una fiebre perniciosa, algo así como el tifus. Me dejaron por muerto, como después de una batalla, en el pueblecillo más pobre y más miserable de los fellahs, sin médicos y sin nadie que pudiese curarme, sin cama y sin un mal colchón siquiera. Mis criados, creyéndome perdido, me abandonaron dejándome tendido en un montón de paja húmeda y podrida.

—¿Vos, el Duque de Rosas?

—Representé á conciencia el personaje de pa-cientísimo Job.... flaco.... con la barba de tres

meses.... y arrastrándome.... al aire libre.... Pero tranquilizaos porque las noches allí son calurosas.... Por las tardes las mujeres fellahs, se reunían en torno mío, y en tanto que yo miraba al sol que doraba sus bronceadas mejillas—había algunas muy guapas de las cuales conservo una acuarela en la memoria—ellas me lanzaban injurias y maldiciones guturales.... que por desgracia comprendía, porque hablo su idioma.

El Duque sonrió, añadiendo:

—Y á la par que sus injurias, que eran de lo más grosero que puede imaginarse, me tiraban puñados de fango. ¡Oh! las mujeres cuando se empeñan son el diablo! ¡Aquéllas odiaban al *roumi*, al perro cristiano! Es verdad que ni aquéllas, ni en general ninguna mujer, gusta de los hombres caídos. Las mujeres no son partidarias de los débiles....

—¿Y las enfermeras, las hermanas de la Caridad?

—¿Estais bien segura de que las hermanas de la Caridad son mujeres, mi querida Mariana? En resumen, os juro bajo palabra de honor que en aquel estercolero maldito no deseaba más que una cosa, y era acabar cuanto antes conmigo mismo. De pronto, no sé por qué, ó más bien, lo sé dema-

siado, en mi delirio empecé á escuchar una voz que venía de muy lejos y que cantaba—¿á que no adivináis el qué?—unas coplas horrorosamente absurdas que habíamos oído juntos vos y yo una noche en Variedades, en una revista muy mala que se representó muchas veces seguidas.

Aquella canción de boulevard, acudiendo á mi memoria en el fondo de aquel desierto, transportóme á París y os ví, y veía esos rizos rubios que hay ahí proyectando sobre vuestra frente esa sombra que contemplo ahora. Os oí reír. Hasta me pareció estar al lado vuestro en el teatro, en una platea, oyendo al artista que tanto nos había hecho reír á vos, á Guy y á mí....

Parecióle á Mariana que el Duque había titubeado al pronunciar el nombre de Guy. Vacilación imperceptible, más bien adivinada que vista.

Rosas la dominó bien pronto.

—Y veréis que pronto este fúnebre español se convirtió en el alegre parisiense que hay dentro de él. La tal canción se me metió en la cabeza con tal furia, que constituía una especie de obsesión tal, que me agarraba á ella como á un ascua ardiendo cuando me acometía la fiebre.... La tarareaba una y cien veces, y os aseguro que me curaba la calentura tal vez por homeopatía, pues en

otra cualquiera circunstancia me la hubiese producido.

—¿Por qué?.... ¿Porque la cantaba yo en otro tiempo?

—Sí—dijo Rosas bajando la voz.—Pues sí, por eso precisamente.

Y se acercaba á ella, en tanto que Mariana le respondía sonriendo:

—Afortunadamente está cantando Faure en aquel salón y la gente por escucharlo nos deja aquí solos. Lo cual nos viene muy bien. ¿Queréis ir á aplaudir á Faure? Hace muchos años que no le oigo.

—¡Qué mala sois, Mariana!—dijo el Duque—Dejadme que disfrute de estos momentos de dicha. ¡Soy tan feliz!

—¿Feliz vos?

—Extraordinariamente feliz, y sólo porque me veo junto á vos, porque me habláis y porque puedo miraros.

—¡Pobre Job!—contestó ella, sin dejar de reír—¿Queréis que os cante las coplas de aquella revista que vimos en Variedades?

Rosas sin contestar la contemplaba.

Sentíase como rodeado de un perfume de juventud. Había al lado de Mariana, sobre una consola,

en un jarrón de China, unas ramas de lila que cuando ella se inclinaba proyectaban por encima de su rubia cabellera como una aureola de primavera. Mezcladas con los rizos del cabello veíase la blancura lechosa de las florecillas y el verde de las hojas, y aquellas flores, sacudidas por casualidad, á impulsos de algún movimiento de Mariana, dejaban caer sobre su cabellera alguna hojilla blanca que parecía una gota de leche en un montón de polvos de oro.

Toda la poesía, todo el pasado, todo el oculto amor de Rosas le hinchaban el corazón y se le subían á los labios.

En aquellos salones llenos de claridad, en medio de aquellas luces, al lado de aquellas flores, entre aquel damasco y aquellos dorados, lo olvidaba todo, todo para no pensar más que en aquella mujer bella, capaz de enloquecerlo, y que con su mirada iba infiltrando en sus venas el veneno de cien pensamientos agitados.

Una música lejana, dulce, penetrante, lánguida, alguna caricia de Gounod, llegaba como una brisa al saloncillo.

José creía soñar.

—¡Ah! ¡Si supieseis, Mariana—decía cada vez más apasionado y febril, como si estuviese bebiendo

do algún licor embriagador—¡Si supieseis cómo habéis viajado conmigo por todas partes, cómo os llevaba en el pensamiento y aquí..... como un escapulario!.....

—¿Mi retrato?—dijo Mariana— Me acuerdo de él. Estaba muy delgada entonces y más bonita, hecha una chiquilla.

—No, no, si no era con vuestro retrato. Lo rompí un día que estaba furioso.

—¿Lo rompisteis?

—Sí, pensando que aquellos ojos, que aquellos labios habían sido de otro.

Mariana se puso lívida.

—Pero llevaba conmigo una cosa mejor que ese retrato: vuestro recuerdo indeleble, vuestra imagen hermosa, hermosísima..... tan hermosa como estáis ahora. Miraos al espejo, Mariana; no se puede ser más bella.

—¿Y por qué—dijo ella lentamente, dando á su voz el tono de una caricia—no me hablasteis así en otro tiempo?

—¡Ah! ¡En otro tiempo!—exclamó el Duque con rabia.

Ella dejó caer la cabeza en el espaldar del diván, mirando á aquel hombre como sabía mirar, y acercándose á él insensiblemente hasta estar muy

cerca, muy cerca, dejó escapar al oído de Rosas estas palabras que le quemaron la piel.

—En otro tiempo había cerca de mí alguien que era amigo vuestro, ¿no es verdad?

—¡No me habléis de él!—exclamó José bruscamente.

—Al contrario, porque tengo empeño en deciros que aun cuando lo hubiese amado, no habría vacilado un punto en dejarlo por seguiros, pero que no lo amaba!

—¡Mariana!

—No me creeréis; pero jamás lo amé ni nunca fui su querida.

—No os pido vuestro secreto, ni os hablo de él—le dijo el Duque poniéndose horriblemente pálido.

—Y yo quiero hablaros. Jamás, ¿lo oís bien? jamás Guy de Lissac fué mi amante. No; á pesar de las apariencias, nunca me ha dado un beso en los labios. Yo creía amarlo, pero antes de entregarme á él tuve tiempo de advertir que me equivocaba, y esperé ¡os lo juro! á que me dijeseis que me amabais.

—¿Ye?

—Tú—dijo Mariana con voz de moribunda.—

¿No lo habías adivinado?

Y como si no se diera cuenta de lo que hacía, se escurrió hasta junto á Rosas, quien, atraído como por un imán irresistible, abandonó la cabeza á aquella cara de mujer con ojos extraviados, con labios entreabiertos y dejando escapar por entre los dientes un aliento que iba á morir en el cabello del Duque.

Él nada dijo: cogió á la mujer por la mano; atrajo hasta su boca aquella cabecita que parecía loca de amor, y perdido, ebrio, puso sus labios febriles sobre aquella boca fresca, que le produjo al tocarla una sensación inexplicable.

—¡Te amo y te amaba!.....—le dijo Mariana después de aquel beso que le había hecho palidecer.

Rosas se levantó, porque en aquel momento oyóse en el salón donde cantaban una tempestad de aplausos, y la gente iba llegando al saloncito japonés. Mariana vió al tío Kayser que discutía con Ramel, el cual parecía aburrido. Ella se levantó también, cogió la mano del Duque, la estrechó nerviosamente, y dijo mirándolo otra vez:

—Aquí está mi tío. Nos veremos, ¿no es verdad?

Y magnetizaba á Rosas con una mirada cargada de electricidad.

Delante del Duque dirigióse á Kayser y se apoyó

en su brazo, como para demostrar que no estaba sola en este mundo, que tenía un protector natural, que no era como Rosas hubiera podido sospechar, una infeliz abandonada.

Kayser parecía casi sorprendido de la amabilidad de su sobrina.

—Vámonos—le dijo ésta.

—¿Cómo que nos vamos? ¡Hay cena!

—Cenaremos en casa—respondió Mariana un tanto nerviosa.—Y discutiremos sobre la moralidad en el arte.

Había conseguido su objeto, y comprendía que cuanto hiciese sólo serviría para enfriar la impresión producida en el Duque. Por eso quería dejarlo bajo la embriagadora influencia de aquel beso.

—Vámonos, puesto que así lo quieres—dijo Kayser mal humorado y preparándose á partir.— ¡Vaya una ocurrencia! Ramel—añadió digiéndose al anciano periodista y dándole la mano—tengo algunos cuadros que enseñaros.

—¡Salgo tan poco de casa!—contestó Ramel.

—¡Hurón!—le dijo el pintor.

—¡Puritano!—añadió Mariana dando á su vez la mano á Dionisio Ramel.

Rosas la seguía con la vista y la vió desaparecer en el salón contiguo entre los numerosos grupos

de convidados que se agitaban en todas direcciones; y cuando Mariana estuvo lejos, parecióle que el saloncillo japonés se hallaba desierto y á obscuras. Un aburrimiento repentino y profundo se apoderó de él, y en tanto que Mariana sonriente, repasaba con la memoria, camino del estudio de su tío, los incidentes de aquella velada, viendo la turbada sonrisa de Vaudrey y pareciéndole escuchar aún las apasionadas confidencias de Rosas, se decía: «¡Casi me ha hablado del pasado como lo hizo Lissac! ¡Si será trivial el fondo de la naturaleza humana cuando dos hombres de carácter tan distinto hacen las mismas confesiones!»

En tanto que ella pensaba en esas cosas, el Duque se sentía descontento al ver interrumpida aquella conversación íntima, y se reprochaba no haber seguido á Mariana y haberla dejado escapar sin decirla.....

Pero ¿qué había de decirla?

Lo había dicho todo. Se había confesado, dejando ver toda su alma transparente como el cristal, y eso que en otros tiempos había formado el propósito firmísimo de ocultárselo todo ahogando su amor en su altivez de noble español, para luego de pronto, sin saber por qué, como un chiquillo, al primer encuentro con aquella mujer, dejarse arras-

trar por la pasión á multitud de confianzas peligrosas....

¡Ay! ¡Era que amaba, que había amado siempre á esa mujer! ¡Es que no había para él en el mundo más que una mujer, y era ella! No mentía. La sonrisa de Mariana lo siguió por todas partes; en su mirada había bebido un veneno que le quemaba las entrañas. Le pertenecía. Sin la imagen de Lissac, seguramente habría venido á París mucho tiempo antes, en busca de la señorita de Keyser. Pero el recuerdo de Lissac se lo impedía. Recordaba cuánto la había amado Guy. Había estado muchas veces con ellos; á menudo acompañaba á Lissac hasta la puerta de casa de Mariana. ¿Cómo se había atrevido ésta á jurar un momento antes que no fué jamás su querida?

¿Podía creerla? Después de todo, ¿por qué había de mentir? ¿qué interés?....

Rosas se sentía descontento de sí mismo á medida que reflexionaba, y en medio de aquella muchedumbre sentíase acometido de repentino acceso de rabia, de esos que á menudo lo impulsaban á buscar la soledad y el aislamiento absoluto. Experimentaba deseo vehementísimo de huir.

Para no encontrarse con la señora de Marsy, que tal vez estaría buscándolo, escurrióse por entre los

grupos de gente y se dirigió hacia la puerta de la casa sin que nadie lo viese y sin despedirse de nadie, á la francesa.

Estaba ya en la antesala poniéndose el abrigo, ayudado por un criado, cuando la voz de Guy le dijo:

—¿Os vais, mi querido Duque? ¿Queréis que salgamos juntos?

La idea no desagradó á Rosas. Acaso sin quererlo, se decía que un rato de conversación con Lissac era como seguir charlando con Mariana. Aquellos dos seres entraban por partes iguales en su preocupación y su recuerdo. Además estimaba mucho á Guy. Aquel parisiense completaba á aquel español. ¡Tenían tantos recuerdos comunes: fiestas, cenas, tristezas, melancolias parisienses, de esas que hacen sollozar á los acordes de un vals corrido! Y llevaban mucho tiempo de no verse.

Rosas experimentaba cierto placer viéndose al lado de Guy, por la calle. La cosa lo rejuvenecía. Recuerdos de juventud subían hacia el cielo mezclados con las nubes azuladas del humo de su cigarro. ¡Cuántas veces habían paseado juntos, cogidos del brazo, tomando el aire y haciendo proyectos para el porvenir!

En muy pocos momentos, con unas cuantas pa-

labras, cerraron rápidamente el largo paréntesis de los años de separación y de viaje. ¡Se dicen tantas cosas en pocas palabras! Y como Rosas, insensiblemente atraído por el nombre de Mariana, lo pronunciara sin saber cómo ni á cuenta de qué, Guy de Lissac guardó reserva y se quedó esperando á que el Duque le interrogase.

—¡Qué París éste!—dijo Rosas.—Tiene una rara propiedad. De pronto se apodera de uno, como si nunca hubiese uno salido de él. Apenas he deshecho mi equipaje, y ya me he convertido en el parisiense que era antes de emprender mis últimos viajes.

—París es como el ajenjo—contestó Guy.—En cuanto uno abre una botella, empieza á beber.

—¿El ajenjo? Vosotros los franceses siempre estáis calumniando á vuestro país. ¿Á quién se le ocurre comparar á París con el ajenjo?

—Pues ya veis que vos mismo estáis diciéndolo! Apenas hace dos días que habéis llegado, y ya estáis borracho de *parisina*. ¡El haschich del boulevard!

—Tal vez no sea la parisina sola lo que se me ha subido un poco á la cabeza—dijo Rosas.

—Claro está que también habrá sido la parisiense, porque la señora de Marsy es encantadora.

—Es verdad—contestó Rosas friamente.

—¡No tanto como la señorita Kayser!

Guy envió al aire fresco de la noche una bocanada de humo del cigarro, esperando á que el Duque contestase; pero José caminaba al lado de su amigo sin responder palabra, como absorto en profunda y repentina meditación, y Lissac, viendo esto, procuró reanudar la conversación.

—¿Y habéis venido—dijo, sin nombrar á la señorita de Kayser—por mucho tiempo?

—No lo sé.

—Supongo que no os iréis á marchar en seguida á las Indias.

—¡Oh! ya sabéis que soy muy original, y no tendría nada de extraño que lo hiciese.

Lissac se echó á reír.

—No me extrañaría; pero os ruego que no nos abandonéis así y todos ganaremos. Como os he dicho cien veces, no sois español sino parisiense, y yo en vuestro pellejo me instalaría aquí definitivamente. ¿No decís que esto es lo mejor del mundo? ¿Pues á qué buscar otra cosa?

—Mi querido Guy—dijo bruscamente el Duque, que no lo escuchaba—¿queréis prometerme que contestaréis con entera franqueza á una pregunta delicada, inconveniente si queréis, una de esas

preguntas que no se deben hacer, y que yo sin embargo os dirigiré brutalmente, á quemaropa?

— Á esa y á todas las que queráis hacer, querido Duque, contestaré como debe hacerlo un hombre honrado y un amigo.

— ¿Habéis amado mucho á la señorita de Kayser?

— Mucho.

— ¿Y ella os ha amado..... un poco?

— No por cierto.

— Pues no es eso lo que me ha dicho hace poco.

— ¡Ah! — dijo Lissac tirando el cigarro. — ¿Habéis hablado de mí?

— Me ha dicho que había creído amaros sinceramente.

— Pues eso era lo que yo decía.

— ¿Y..... Mariana?.....

— ¿Mariana? — repitió Lissac que adivinaba perfectamente la pregunta, al ver las vacilaciones de Rosas.

— Mi querido amigo, cuando un hombre se siente bastante turbado ó bastante débil, ó bastante interesado, como queráis, para jugarse la vida á una carta, le debe ser permitido hacer una de esas preguntas inconvenientes á que aludía yo hace un

momento. Pues bien, vos podéis decirme una cosa que nadie más que vos podría asegurarme: ¿Habéis sido el amante de Mariana?

Antes de contestar Guy cogió amistosamente el brazo del Duque, y al apoyarse en él notó que su amigo se estremecía, y al tocarle la mano echó de ver que estaba calenturiento.

— Querido, lo que me proponéis es la eterna cuestión de la honradez para con un caballero, y del deber con respecto á una mujer. Aunque hubiera sido el amante de Mariana me vería en la obligación de deciros que jamás fué mi querida. Esos embustes son de rigor. No, no he sido el amante de Mariana, pero os aconsejo que si no queréis haceros muy desgraciado procuréis no serlo vos tampoco! Sois de esos hombres que abren su corazón de par en par, como si tuviese puertas cocheras. Ella es una de esas mujeres que calculan, y que persiguen, sin fijarse en las consecuencias, un objetivo cualquiera..... Tal vez se considere halagada teniéndos como pretendiente, que es lo que yo fui, ó como amante, que es lo que han sido otros según dice la gente — fijáos bien, la gente, porque yo no digo nada — pero en ninguno de esos casos se sentiría conmovida por vuestro cariño. Es una parisiense pura, tan incapaz de amaros como vos

merecéis, como incapaz sois vos de engañarla cual dicen que han hecho otros.

—¿Engañada?— preguntó Rosas con un acento de compasión que admiró á Lissac.

—¡Sí, engañada! El engaño es la escuela mística del amor!

—De modo..... ¿que si yo amase á Mariana.....— preguntó Rosas.

—Os aconsejaría que se lo dijeseis primero, que se lo probarais después, y que por fin encerraseis ese amor en un álbum, en ese álbum de amores pasados que se guarda para no abrirlo más que cuando uno se casa.

—Habláis de la señorita de Kayser como hablaríais de una mujerzuela—contestó el Duque con voz ahogada.

—Os doy mi palabra de honor que hablaría muy diferentemente de cualquiera otra muchacha; os diría: Son muy lindas y no constituyen un peligro.

—Y por el contrario, Mariana es un peligro.

—Sí por cierto. Para vos lo es.

—¿Y por qué no lo fué para vos?

—Simplemente, mi querido Duque, porque me contenté con amarla como vos la habéis amado hasta ahora, y porque según os he dicho, tuve la suerte de no ser su amante.

—¿La habéis traído esta noche á casa de la señora de Marsy?

—Sí.

—¿Y dais el brazo á una mujer que según acabáis de asegurar es peligrosa?

—Sí, pero no para Sabina. Además, eso es una gota del ajeno, un poco del haschich de que os hablaba hace poco. En París se vive solamente de concesiones, y hasta cuando uno muere, necesita una concesión, aunque ésta es á perpetuidad. No se siente uno tal cual es (y el tono burlón de Lissac convirtiéndose de repente en serio y grave) más que cuando un hombre como vos, un cumplido caballero, le dirige á uno preguntas que se parecen mucho á demandas de consejo. Entonces se le contesta lo que yo acabo de responderos, y se le dice después: «¡Cuidado!»

—Gracias—dijo Rosas deteniéndose bruscamente.— Me tratáis como á un verdadero amigo.

—Y si os parezco demasiado severo—añadió Lissac sonriendo—echad la culpa á mi despecho. El hombre que ha amado á una mujer nunca es enteramente justo cuando habla de ella, porque si ya no la ama la desconoce, y si aún está enamorado de ella, la calumnia. Tal vez he calumniado á Mariana, pero de seguro no os he engañado.

Ahora sacad el partido que podáis de esta charla mía. ¿Hasta cuándo?

—No lo sé—respondió José.—Ya os escribiré, porque tal vez me vaya de París.

—¿Iros?

—Sí.

—¡Diablo!—dijo Lissac—¿sabéis que si fuese una huida del peligro aludido, me pondriais en cuidado? La cosa sería grave.

—No sería una huida, sino un capricho cuando más—respondió el Duque.

Y se separaron menos satisfechos uno de otro que al principio de su entrevista. Lissac llevaba la impresión de que de cualquier manera, siquiera fuese en broma, había ofendido á Rosas; y el español, con su carácter un poco hurano, casi sombrío, se enfadaba con Guy al ver que se refa al tratar de una cuestión tan grave.

Descontento de sí mismo entró en la fonda, donde le esperaba su ayuda de cámara, que le entregó un sobre de papel azul puesto en una bandeja de plata.

—¡Un telegrama para el señor Duque!

Rosas lo abrió maquinalmente. Un amigo suyo de Londres, lord Lindsay, al saber que se hallaba en Europa le invitaba á pasar unos días en su

casa, añadiendo que si no iba á París á darle un abrazo, era porque los asuntos políticos se lo impedían, haciendo necesaria su presencia en Londres.

El Duque, que era algo supersticioso, contemplaba el telegrama en tanto que distraídamente se quitaba los guantes. Tal vez aquel parte telegráfico llegaba á tiempo para evitar que hiciese una locura.

¿Qué locura?

Aún sentía sobre sus labios aquel beso ardiente de Mariana. Al otro día, dentro de algunas horas, su primer pensamiento, su único pensamiento sería el de buscar á aquella mujer y renovar aquella impresión deleitosa que le llenaba el alma. ¡Un peligro! había dicho Lissac. Los ojos garzos de Mariana tenían destellos peligrosos; pero precisamente era su encanto y su fuerza y su adorable seducción, aquella llama que se infiltraba por entre sus largas pestañas rubias.

Cerraba los ojos para volver á ver á la señorita de Kayser y aspiraba fuertemente el aire para encontrar algo del perfume que exhalaba.

¡Un peligro!

Tal vez Guy tuviese razón. Los mejores amores son los no satisfechos, que permanecen siempre

inagotables. El telegrama de lord Lindsay llegaba muy á tiempo. Una casualidad ó una advertencia.

Después de todo ¿qué arriesgaba Rosas pasando en Londres algunos días y llevándose consigo la quemadura del beso? Tal vez el aire del mar borrará su huella.

—Tengo calentura—decía el Duque.—¿Tenía necesidad de hablar de ella con Lissac! ¿Tenía necesidad de hablar con ella también!—añadía, descontento de sí mismo, turbado y casi furioso.

¡Un peligro!

Tal vez Lissac había cometido una imprudencia pronunciando aquella palabra que para Rosas tenía cierto atractivo siempre. Lo que más irritaba al Duque era la respuesta de Guy afirmando que no había sido el amante de Mariana, pero que ésta había tenido otros. ¿Otros? ¿Qué sabía Lissac? Y dentro de Rosas se mezclaba cierta envidia furiosa á esa fiebre de deseo que el beso de Mariana le inyectaba en las venas. Hubiese querido saber la verdad, volver á ver á Mariana, estrechar más á Guy con sus preguntas. ¡Ojalá no hubiese vuelto, ni la hubiese visto, ni hubiese entrado en casa de Sabina!

—Bueno, sea, Lindsay tiene razón. Me irá.

Al día siguiente por la mañana Guy de Lissac,

recibió una esquila membretada con el escudo de armas del Duque y con esta divisa, que era la suya: *Hasta la muerte.*

José le decía que se iba de París.

«Tal vez teneis razón. Estoy un poco borracho de *parisina*. Me voy á Londres á casa de mi amigo, y si vuelvo á relatar mis viajes y aventuras, os aseguro que será sólo delante de los individuos más graves de la Sociedad de Geografía. Al menos ellos no serán un *peligro*. Gracias y hasta la vista.

Vuestro amigo,

J. DE R.»

—¡Diablo!—exclamó Lissac, que leyó tres veces consecutivamente la carta.—Estaba cogido de veras nuestro querido Duque. Esta vez Mariana Kayser ha tenido los dientes duros. ¡En fin, allá veremos!....—siguió diciendo en tanto que abría otra carta en la cual un amigo suyo, más rico que él, le pedía dinero prestado.

VII.

Aquella velada en casa de Sabina Marsy había dejado en Vaudrey algo así como la pesadez de

inagotables. El telegrama de lord Lindsay llegaba muy á tiempo. Una casualidad ó una advertencia.

Después de todo ¿qué arriesgaba Rosas pasando en Londres algunos días y llevándose consigo la quemadura del beso? Tal vez el aire del mar borraré su huella.

—Tengo calentura—decía el Duque.—¿Tenía necesidad de hablar de ella con Lissac! ¿Tenía necesidad de hablar con ella también!—añadía, descontento de sí mismo, turbado y casi furioso.

¡Un peligro!

Tal vez Lissac había cometido una imprudencia pronunciando aquella palabra que para Rosas tenía cierto atractivo siempre. Lo que más irritaba al Duque era la respuesta de Guy afirmando que no había sido el amante de Mariana, pero que ésta había tenido otros. ¿Otros? ¿Qué sabía Lissac? Y dentro de Rosas se mezclaba cierta envidia furiosa á esa fiebre de deseo que el beso de Mariana le inyectaba en las venas. Hubiese querido saber la verdad, volver á ver á Mariana, estrechar más á Guy con sus preguntas. ¡Ojalá no hubiese vuelto, ni la hubiese visto, ni hubiese entrado en casa de Sabina!

—Bueno, sea, Lindsay tiene razón. Me irá.

Al día siguiente por la mañana Guy de Lissac,

recibió una esquila membretada con el escudo de armas del Duque y con esta divisa, que era la suya: *Hasta la muerte.*

José le decía que se iba de París.

«Tal vez teneis razón. Estoy un poco borracho de *parisina*. Me voy á Londres á casa de mi amigo, y si vuelvo á relatar mis viajes y aventuras, os aseguro que será sólo delante de los individuos más graves de la Sociedad de Geografía. Al menos ellos no serán un *peligro*. Gracias y hasta la vista.

Vuestro amigo,

J. DE R.»

—¡Diablo!—exclamó Lissac, que leyó tres veces consecutivamente la carta.—Estaba cogido de veras nuestro querido Duque. Esta vez Mariana Kayser ha tenido los dientes duros. ¡En fin, allá veremos!....—siguió diciendo en tanto que abría otra carta en la cual un amigo suyo, más rico que él, le pedía dinero prestado.

VII.

Aquella velada en casa de Sabina Marsy había dejado en Vaudrey algo así como la pesadez de

una borrachera. Levantóse al día siguiente con la cabeza cargada después de una noche durante la cual había visto en la obsesión de un sueño febril entrecortado varias veces por brusco despertar, á aquella bellísima mujer rubia, de pie delante de él y tomándose un sorbete, riéndose sin cesar.

Todas las mañanas, desde que era Ministro, Sulpicio experimentaba feliz sensación al levantarse con la alegría de vivir. Paseaba con cierta especie de voluptuosidad física por sus habitaciones, abría el balcón, miraba al descuido el jardín por donde habían pasado tantos Ministros y que él llamaba, como lo habían llamado los demás, *mi jardín*, y su pensamiento lo llevaba entonces hacia el jardín del Convento de Grenoble. ¡Cuánto camino recorrido desde entonces! ¡Qué hermosa era vivir!

Aquella mañana, por el contrario, encontró un aspecto triste á los desnudos árboles del jardín del Ministerio. Sentíase de mal humor. Lo habían despertado temprano para llevarle telegramas de provincias: noticias insignificantes. Y además su pensamiento no estaba en aquellas cosas. Veíase en casa de Sabina, cerca de Mariana, tan bonita, con su vestido de seda azul pálido y los elegantes rizos de su cabellera rubia.

Si hubiese sido libre, desde aquel momento se hubiera dedicado á buscarla, á volverla á ver. Experimentaba cierto goce juvenil al sentirse interesado de aquel modo. Parecíale que aquella emoción lo rejuvenecía. En otro tiempo había experimentado los mismos efectos.

¡En otro tiempo! Pero *en otro tiempo* no era el hombre importante, el personaje que era ahora. Un ministro tiene muchas cosas que hacer para entregarse á las caricias de una visión. Sulpicio se vistió muy de prisa, y bajó á su despacho, donde en una elegante chimenea de forma antigua ardía una buena lumbre de encina. Sentóse delante de la inmensa mesa de despacho, llena de papeles, y encima de la cual se veía una gran cartera negra con un letrero dorado, que decía: *El señor ministro de la Gobernación*. Habían colocado en medio de su mesa una carpeta de cuero llena de hojas de papel, y en la cual se leía: *Documentos á la firma del señor ministro*. Al lado veíanse multitud de pliegos de papel que llevaban estos mambretes: *Prefectura de policía* y *Dirección de la prensa*.

Vaudrey se sentó en su sillón con la satisfacción profunda de una toma de posesión, de la cual no se está causado. Aquel magnífico salón, adornado

con cuadros ennegrecidos por el tiempo, de mármoles finos, de grandes armarios para libros, le agradaba. Despacho suntuoso, de altos balcones que caían á un patio lleno ya de importunos, de pretendientes que iba recibiendo en un salón contiguo al despacho del ministro, el subsecretario de Gobernación. El ministro respiró satisfecho la atmósfera de su despacho antes de ponerse á trabajar. Todas las mañanas leía los partes del director de la Prensa y del prefecto de Policía, ante todas cosas. Cogió el parte del prefecto. Nada grave. Un pequeño accidente en la vía férrea de Vincennes, cerca de las fortificaciones de París. Un descarrilamiento. Algunos heridos. En el Pasaj de la Opera se había comentado satisfactoriamente la noche antes el próximo discurso del ministro de la Gobernación sobre política interior, y el del ministro de Hacienda, que debía desmentir los rumores infundados, ó por lo menos prematuros que habían circulado sobre la conversión de la renta del 5 por 100. Todo iba bien; todo tranquilo. El nuevo ministerio era saludado por la confianza pública. Perfectamente.

Sulpicio sonrió y pasó al parte del director de la Prensa. A excepción de muy pocos periódicos muy mal humorados, opositores irrecuella-

bles, todos los periódicos franceses y extranjeros elogiaban calurosamente al ministerio que acababa de nacer. El *Times* aseguraba que la combinación ministerial respondía exactamente á las exigencias y necesidades de la situación. Los periódicos de Berlín no lo censuraban, aunque el señor Vaudrey hubiese afirmado más de una vez en la tribuna del Parlamento su patriotismo militante.

«En resumen—decía el parte para concluir—es un concierto general de alabanzas, y la opinión pública se manifiesta altamente satisfecha de haber recibido al fin legítima satisfacción con el advenimiento al poder de un ministerio homogéneo y largo tiempo deseado.»

—¡Qué literatura más extraña!—murmuró Sulpicio casi en voz alta, tirando el parte entre los otros papeles.

Recordaba, que fríamente, mecánicamente, según su sistemática costumbre, el redactor de aquel extracto diario de la prensa periódica había puesto sobre la mesa del ministro al día siguiente de la caída de Picherau, el día que por primera vez se sentó Vaudrey en aquella poltrona, un extracto que decía á la letra:

«La opinión pública, por el órgano de los pe-

riódicos que valen la pena de ser tenidos en cuenta, ha manifestado hace tiempo la confianza que le inspira el Gabinete Picherau, para que el ministerio deba preocuparse de la próxima é inútil interpelación anunciada por el diputado señor Vaudrey.»

¡Y á Vaudrey precisamente, á Vaudrey elegido para reemplazar á Picherau, fué á quien entregaron aquel extracto, como era de cajón!

—¡Qué optimistas son los redactores de estas notas!—pensó Sulpicio.—Después de todo, puede que la cosa lo traiga consigo, y que ningún ministro quiera que le digan la verdad. ¡Pues yo he de hacer que á mí se me diga siempre!

El día se presentaba muy atareado. Multitud de gobernadores iban llegando por el gran portal de la izquierda, y los amigos, los pretendientes más asiduos y más íntimos esperaban en las de la derecha, acariciando las mangas de los porteros para conseguir que entraran las tarjetas al subsecretario ó al señor ministro. Había algunos de ella que con tono familiar decían: *¿El Sr. Vaudrey para que los creyesen amigos de su Excelencia.*

Sulpicio se veía sitiado por los dos lados á la vez, bloqueado en su despacho, y despedía á los

visitantes y pretendientes apresuradamente con una sonrisa ó con un apretón de manos, prometiendo de buen grado, satisfecho de prometer y desolado cuando advertía algún gesto de disgusto en un rostro humano. De cuando en cuando, á través de sus preocupaciones y de sus conferencias administrativas, se le aparecía la sonrisa de Mariana, como un relámpago en una tempestad; y meneando la cabeza para hacer como que escuchaba y que entendía lo que le estaban diciendo, el ministro se hallaba lejos de allí, junto á la mesa resplandeciente de un *buffet* y mirando una cucharilla de plata, jugueteando entre dos labios rojos.

Entre aquella nube, que ahora iba á ser diaria, de solicitantes, de diputados que reclamaban desfinos para sus electores, que pedían la destitución de tal ó cual ayuntamiento, cruces y recompensas para sus agentes electorales, acosando al ministro con recomendaciones y ruegos hechos en un tono de humildad donde casi siempre había su poquito de amenaza, Vaudrey tenía que habérselas rara vez con un amigo. Aquello era una serie abrumadora de indiferentes ó de enemigos disimulados que se resignaban á adular al vencedor. Aquel hombre, que era ministro desde hacía tan poco tiempo, ex-

perimentaba la sensación vaga, inquietante, de que el ministro pertenece á una porción de clientes, siempre los mismos, frequentadores asiduos de aquellos pasillos, bucéfalos de aquellas antesalas, conocidos de los porteros, y que quien quiera que fuese el ministro tenían en el ministerio la misma influencia y el mismo derecho á entrar y á pedir.

Había algunos pretendientes á quienes los porteros saludaban con cierto aire de intimidad como si fuesen antiguos amigos: pretendientes inamovibles que sobrevivían valerosamente á todas las combinaciones ministeriales. Estos entraban en el despacho de Vandrey con ademán deliberado, como quien conoce el camino y se siente allí perfectamente á sus anchas y como en su casa. Una vez Sulpicio había oído á uno de ellos saludando á un portero por su nombre de pila: «Buenos días, Gustavo», y cuando el ministro preguntó quién era aquel caballero, el portero contestó con cierto tono hasta de respeto: «Es una de nuestras visitas diarias, señor ministro, el Sr. Eugenio Renaudin. Le llamamos señor Eugenio, nada más. ¡Hace tanto tiempo que lo conocemos!»

Aquel señor Eugenio había pedido ya un gobierno ó un subgobierno, ó el destino que el señor ministro tuviese á bien concederle.

¿Sus méritos? ¿Sus títulos? Ninguno: pretendiente.

El ministro sentíase abrumado ante aquella serie interminable de solicitudes y pretensiones, cuando el portero le entregó una tarjeta en la cual se leía este nombre: LUCIANO GRANET.

Granet pasaba en el Parlamento por hombre poco adicto á Sulpicio, y Vandrey sin saber por qué comprendía que aquel hombre estaba llamado á ser sucesor suyo. Razón de más para mostrarse amable.

—¿Qué me querrá?—se dijo para sus adentros.

Granet era un tipo. Junto al ministro actual era el ministro del mañana, el hombre inevitable, el reformista seguro, aquel cuyo advenimiento al poder marcaría, según decían muchos, el final de todos los abusos grandes y pequeños.

—¡Ah, cuando Granet sea ministro! Cuando Granet fuese ministro levantarían monumentos.

La actriz que lanzaba miradas de ambición hacia la Comedia Francesa y soñaba con entrar en aquel templo de Molière no tenía más esperanza que Granet.

Granet prometía á todas las actrices una contrata en el coliseo de la calle de Richelieu.

Espero á que Granet sea ministro, se decían dando suspiros, y entretanto solían hacer antesala en casa de Granet aquellas deliciosas pretendientes, una sonrisa de las cuales valía para el futuro excelentísimo señor, todas las dulzuras del poder.

Granet tenía también en todas partes una inñidad de clientes que suspiraban por su advenimiento al poder, que hacían insensible propaganda en favor suyo y que intrigaban incesantemente por él, colaborando por adelantado á su apoteosis.

—¡Ah! ¡Si Granet estuviese en el poder!

—¡No se cometerían tales abusos si hubiese un ministerio Granet!

—¡Todo cambiará cuando Granet sea ministro!

—¡Granet! ¡Querido Granet! ¡Viva Granet!

Vaudrey no ignoraba que desde hacía tiempo Luciano Granet había lanzado de aquel modo su candidatura para una cartera cualquiera, cuanto más importante mejor. Poco había faltado para que Granet formara parte de la última combinación, y en ese caso hubiese sido colega de Vaudrey en vez de ser su rival.

A Sulpicio lo mismo le daba tenerlo por adversario en la tribuna, que por vecino de mesa en los Consejos de ministros. Era un enemigo del cual

había que defenderse. Granet después de todo era una verdadera potencia.

—¿Qué hay?—le dijo el ministro al verlo entrar en su despacho, sonriente, correcto, saludando con cortés amabilidad.—¿Venís á visitar vuestra casa del porvenir, vuestro futuro ministerio? ¡Ya!....

—¿Yo?—contestó Granet.—Dios me libre de pensar en este ministerio. ¡Está harto bien ocupado!

—Que amable seís, mi querido Granet.

—Bien lejos de mi ánimo disputaros esta cartera. Al contrario, vengo á daros un consejo para consolidar vuestra situación, que por otra parte es muy sólida y envidiable.

—Un consejo vuestro debe ser muy bueno, compañero. Veamos.

—Se trata, mi querido ministro, del nombramiento de subsecretario de Gobernación, y vengo á suplicaros que os intereseis por la candidatura de nuestro compañero de diputación Warcolier, que es muy amigo mío.

Mientras hablaba, Granet, que sentado al otro lado de la mesa, con el sombrero puesto sobre una puerua, miraba al ministro con fijeza á través de sus lentes, vió que contraía un poco los labios y le oyó contestar casi con brusquedad:

—Yo había pensado en Jacquier, diputado por el Oise.

Granet sonrió.

Evidentemente Jacquier era una elección acertada. Un hombre frío, notabilísimo, de talento; pero poco influyente en el Parlamento. Poco amable, de mal carácter y retraído. ¡En cambio Warcolier! Amable como él solo, comunicativo, hombre de mundo, gran orador y muy querido en el grupo Granet.

—Y amigo personal mío, querido ministro. Os juro que me causaréis verdadero disgusto si no apoyáis á Warcolier en el próximo Consejo de ministros, donde hoy mismo, por la mañana, van á quedar acordados los nombramientos de subsecretarios. ¿Se celebra hoy el Consejo? ¿no es verdad?

—Dentro de una hora.

Granet se despidió del ministro repitiéndole con cierta insistencia, que casi molestó á Vaudrey, que el nombramiento de Warcolier sería muy bien recibido por la mayoría de los diputados. Cien veces mejor que el de Jacquier.

—Jacquier es un hurón, y aquí no gustan los hurones—repetía Granet saludando á su amigo.

Dejó á Vaudrey muy descontento y muy aban-

rido al ver que el dichoso Warcolier había preparado ya el terreno.

A decir verdad, el tal Warcolier le desagradaba tanto como Granet. El candidato para la subsecretaría gozaba, tomando los tiempos como vienen y la vida tal cual es. Había nacido satisfecho y no le gustaban más que los hombres satisfechos. Después de haber sido imperialista en tiempo del Imperio, era ahora republicano en tiempo de la República. Epicúreo, amable, ingenioso, burlón, pensaba de continuo que todo iba á pedir de boca, cuando iba á su gusto. Buscaba siempre el punto propicio para navegar en popa. No gustaba de la gente retraída, cejijunta, descontenta y sombría. Como digería bien, no se le alcanzaba que hubiera quien padeciese del estómago y como buen vividor, no admitía que los hambrientos procuraran alimentarse mejor. Para él todo estaba bien, todo marchaba perfectamente, todo caminaba á las mil maravillas. Admirablemente equilibrado jamás se enfurecía ni tenía envidia. Creíase superior á los demás. Warcolier no se comparaba con nadie, ni siquiera se prefería á los otros, sino que se adoraba sencillamente. El mundo era suyo. Andaba golpeando atrevidamente el suelo, con los brazos siempre abiertos, el vientre hacia adelante y la ca-

beza alta. Por todas partes parecía ir aspirando perfumes de triunfo y de victoria. No era hombre capaz de comprometerse nunca por la causa de los vencidos.

Se conocía de Warcolier una *Historia del trabajo y de los trabajadores* que en su tiempo dedicó á S. M. Napoleón III con esta dedicatoria adulatoria: «A vos, señor, que habéis sustituido con la aristocracia del trabajo la aristocracia del nacimiento, y con la de la sangre vertida por la patria, la de la sangre transmitida por los antepasados.» Luego, allá por el año 1875, Warcolier había hecho una nueva edición de su *Historia del trabajo*, y la gente tuvo curiosidad por conocer la dedicatoria. A él no le costó gran trabajo obviar la dificultad. Había dedicado su libro á otro soberano: «A tí, pueblo, que has sustituido con la aristocracia del trabajo la del nacimiento, y con la de la sangre vertida por la patria, la de la sangre transmitida por los antepasados.»

Y el apellido de Warcolier, que se leía en otro tiempo al pie de profesiones de fe que se encabezaban con estas palabras: *Llamamiento á las gentes honradas. La revolución nos invade*, se leía ahora al pie de proclamas en las cuales exclamaba Warcolier, que era el mismo diablo: *Llamamiento*

á los buenos ciudadanos. La reacción nos amenaza.

¡Tal era el hombre que Granet y sus amigos se empeñaban en llevar á la subsecretaria de Gobernación! Vaudrey se proponía decir claramente su opinión, dentro de un rato, en Consejo de Ministros.

La hora del Consejo se acercaba. Sulpicio veía, á través de los visillos de un balcón de su despacho, su berlina enganchada que esperaba en el patio para conducirlo al Consejo aunque la plaza Beauvau no está lejos del Palacio del Eliseo. Metió en la cartera los partes del prefecto de policía y del director de la prensa, y ya se preparaba á salir cuando su portero le entregó otra tarjeta.

—Es inútil, no recibo ya más gente.

—Es que este caballero ha dicho que si el señor Ministro veía su nombre, el señor Ministro lo recibiría de seguro.

Vaudrey cogió la tarjeta.

—¡Jeliotte! Tiene razón. ¡Que entre!

Quitóse el sombrero que se había puesto para salir y se dirigió con los brazos abiertos á la puerta por donde entró un hombre de rostro pálido, flaco, con largas patillas negras que parecían de crin.

Jeliotte, antiguo compañero de carrera del Ministro, era ahora abogado del Tribunal Supremo

y entró saludando ceremoniosamente á Sulpicio que lleno de afectuosa expansión se dirigió apresuradamente, hacia aquel compañero de su juventud.

Jeliotte se inclinó con cierta afectación de respeto y sonrió.

—¡Ah! ¡cuánto me alegro de verte!—dijo Vaudrey.

—¿Me tuteas todavía?—dijo Jeliotte mostrando al sonreír unos dientes claruchos y amarillentos.

—¡Vaya una ocurrencia! ¿Acaso he desmerecido tanto para tí que no deba tutearte?

—Vamos, los honores no te han vuelto el juicio, más vale así—añadió Jeliotte.—¿Me preguntas que cómo estoy? ¡Siempre lo mismo!.... Trabajando mucho.... ¡Te sigo con interés en tu carrera.... y aplaudo tus triunfos!

Al hablar de los *triumfos* de Vaudrey, Jeliotte, sentado en el filo de un sillón, con la vista fija en su sombrero, movía la mandíbula como si estuviese partiendo una avellana con los dientes.

—¡Me he alegrado mucho, muchísimo, de tu entrada en el Ministerio!.... ¡Me he alegrado por tí!

—Y también debieras haberte alegrado por tí, mi querido Jeliotte, pues ya sabes que ahora todo cuanto yo pueda hacer....

Jeliotte interrumpió secamente al Ministro diciendo:

—¡Oh, mi querido Sulpicio, cree que no te he de pedir nada nunca!

—¿Por qué?

—Porque, porque.... No, nada. ¡Te digo que nada!

—Pues harás muy mal, si te puedo servir de algo.

—He dicho y repito que nada, nada absolutamente. Bastantes pretendientes tropezarás en tu camino.

—Bien, ¿y qué?

—Aduladores.

—¡Bueno!

—Y yo no soy, ni pretendiente ni adulador. Soy tu amigo.

—Y debes serlo, porque yo te estimo mucho.

—Digo que soy tu amigo, tu amigo desinteresado y que por lo mismo me parecería una infamia pedirte cualquier cosa. ¡Sí, una infamia; estás en candelero, eres Ministro: pues mejor! ¡Sí, mejor! Pero al menos que tus verdaderos amigos te dejen en paz y no te fastidien como esos miserables que se encorban para saludarte ahora, porque estás en el poder. Yo no he de hacerte la corte, te lo pre-

vengo; seré lo mismo que siempre he sido, y así me tomarás ó me dejarás según el cambio de carácter que los hombres produzcan en tí....

—¡Jeliotte! Vamos, hombre!

—No hay más; ó tomarme ó dejarme. Y como no quiero que se me confunda con los lacayos de honor que pululan por tus antecámaras....

—¡Qué has de ser lacayo, hombre, ni qué has de hacer antecámara!..... ¿Acaso la has hecho ahora?

—No, todavía no.... Y no venía más que á ver si me recibías..... Sí, un simple ensayo.... Ya está hecho. Y confieso, para honor tuyo, que me ha salido bien. Pero no volveré á intentarlo. Ahora desaparezo. Sí, precisamente venía á decirte, porque me importa decirte, que no me volverás á ver mientras seas Ministro.

—¡Bah! ¡Qué Jeliotte éste!

—Jamás.... Cuando caigas.... porque se cae siempre....

—Afortunadamente—dijo Sulpicio riendo.

—Afortunada ó desgraciadamente, según y conforme. Pues bien, decía que cuando caigas, ¡oh! entonces no temas que sea yo de los que te vuelvan la espalda.

—Muchas gracias.

—Hayas hecho ó hayas dicho lo que hayas di-

cho y hecho mientras estés en el poder—y el poder emborracha á los hombres—te tenderé siempre mi mano, que será la de un amigo leal. Está seguro que entonces habrá muchos que no te hagan caso, pero yo ó seré el amigo de los días de desgracia.

—¡Convenido!

—Te dejo, Vaudrey, y perdona que no te llame señor Ministro, porque me sería imposible. No tengo costumbre, y en vano trataría de dominarme, porque no soy el cortesano del triunfo, sino el de la desgracia.

—¿Cuándo volverás?

—Cuando hayas caído....

—¡Muchas gracias!

—Qué quieres; yo soy así. Estimo á los amigos.

—Cuando están caídos.

—Eso es—exclamó Jeliotte.

—¿Y eso es todo lo que tenías que decirme?—preguntó Sulpicio.

—¿No es bastante?

—¡Sí, sí! ¡ya lo creo!.... Hasta la vista, Jeliotte.

—Hasta cuando te he dicho.

—Sí. Cuando me sienta amenazado te llamaré.

No temas, Jeliotte. Ya llegará el día.

—¡Imbécil!—dijo Sulpicio con rabia cuando el abogado hubo salido del despacho.

Y furioso cogió el sombrero y salió rápidamente para tomar el coche, mientras los porteros de la antesala se levantaban para saludarle respetuosamente.

Ni siquiera tuvo necesidad de decir al cochero: «¡Al Eliseo!» El programa del día estaba convenido por adelantado, y además, las gentes del Ministerio sabían, tan bien como el Ministro, cuándo había consejo en la Presidencia.

Sulpicio estaba un poco nervioso. La visita de Jeliotte, despues de la de Granet, le mostraban el lado desagradable de la especie humana. Jamás había tenido envidia á nadie, y creía tener derecho á que el mundo entero se alegrase de su triunfo.

— Porque, después de todo, es evidente que triunfo..... Ese animal de Jeliotte no es tan tonto como parece..... Hay muchos que en mi lugar harían lo que él dice.

Expedíase á sí mismo con la mayor naturalidad el título de modesto.

El carruaje se detuvo al pie de la escalera del palacio del Eliseo. Sulpicio experimentaba siempre una sensación de deleite al bajar del coche, con la cartera debajo del brazo y al pisar la alfombra de moqueta que cubría la escalera que conduce á los salones del Consejo de Ministros. Pasaba por

alli, como por todas partes, por entre una doble fila de saludos y reverencias. Las cabezas se inclinaban, varias manos serviles se extendían para cogerle el abrigo. Decididamente no iba á poder conocer á las gentes más que por sus cráneos, cabelludos ó calvos, uniformemente inclinados ante él.

Sus colegas esperaban reunidos y charlando en un salón tapizado de blanco y dorado, el eterno salón de todos los departamentos oficiales, con sus inevitables jarrones de Sèvres, puestos sobre consolas con tapa de mármol y pies dorados. Las carteras aparecían repletas ó desocupadas, flojas ó estallando de expedientes, en manos de sus excelencias. De pronto abrió una puerta, los porteros se apartaron para dejar paso, y el Presidente de la República se adelantó, con aspecto grave, á tomar asiento en su sitio de costumbre, enfrente del Presidente del Consejo, mientras que los Ministros se sentaban en sus sitios fijos, con una regularidad ordenancista, el de la Gobernación á la izquierda del Presidente de la República, y el de Estado á su derecha.

Luego á su vez cada consejero responsable iba tomando la palabra por turno, para hablar de los asuntos concernientes á su departamento, muchos

de los cuales habían sido tratados en consejos presididos por el jefe del Gabinete. Cada uno de ellos, al terminar de dar cuenta del estado de las cuestiones pendientes, saludaba al compañero que tenía á su derecha y decía:

He dicho! Tenéis la palabra.

El Presidente escuchaba. Sulpicio, delante del tapete verde de aquella mesa, entregábase á sus ilusiones, olvidando los asuntos que eran debatidos. Unas veces era para recordar el tapete verde de la Diputación provincial de Grenoble y hacer constar para sus adentros que aquella reunión ministerial traía á su memoria el mezquino recuerdo de las sesiones de la Diputación provincial; otras, si su imaginación se hallaba influida por algún viento de poesía, para pensar que, después de todo, en aquel salón del palacio presidencial, aquellos hombres, sentados allí delante de sus papelotes, representaban á Francia, á la patria querida, y que tenían en el bolsillo los secretos, los destinos y la suerte misma del país.

Y Sulpicio, feliz de verse en el poder; Sulpicio, que se sentaba siempre con cierta especie de satisfacción física en aquel sillón que le parecía suyo, aspirando el deleite del poder como el humo del incienso, se olvidaba, sin embargo, de sí mismo y

sentíase traído á la realidad cuando aquel hombre flaco, de poblado bigote cano, que era su compañero, el Ministro de la Guerra, dejaba caer alguna palabra en la cual se adivinaba, á pesar de su laconismo militar, un temor ó una esperanza. Sulpicio entonces se ponía á escuchar, más emocionado de lo que quería aparentar, procurando á su vez ocultar todas sus agitaciones de artista y de patriota, bajo la máscara impenetrable que tenía, por ejemplo, su compañero el Ministro de Estado.

El consejo de aquella mañana era poco importante. El Presidente del Gobierno, el señor Collard, hombre gordo y apoplético, de ojos saltones y un poco vidriosos, sometía á la aprobación del Presidente de la República, el cual lo escuchaba sin decir palabra, cierto proyecto de reforma que le era completamente indiferente á Vaudrey. Ni siquiera oía la palabra un poco monótona de su jefe, que se perdía en consideraciones inútiles, mientras el Ministro de la Guerra, que lo miraba con ojos furiosos, parecía gritarle militarmente: «Acabad ya, con mil diablos.»

Vaudrey, con la vista fija en el cielo de invierno que se veía á través de los cristales del balcón, contemplaba á los pajarillos que se perseguían por entre las ramas de los árboles. Su pensamiento

estaba lejos, muy lejos de aquella mesa, en rededor de la cual, y en medio de un silencio profundo, iban saliendo palabras y palabras de los labios del Ministro de Justicia, como del grifo abierto de una fuente, cae, monótona y acompasadamente, el agua.

Sulpicio tenía la visión de que en el fondo de aquel jardín aparecía una forma femenina, vestida, á pesar del frío, con el traje de seda azul aquel que Mariana llevaba la noche antes, en la reunión de Sabina. Parecíale estar viendo aquella fugitiva sonrisa, cuya expresión deseaba descifrar, aquella mirada extraña y burlona, aquella exquisita silueta de parisiense en toda la extensión de la palabra. ¡Qué encantadora era! ¡Y qué simpático aquel nombre de Mariana!

Vamos á ver, ¿quién podría ser en realidad aquella mujer tal vez peligrosa y ciertamente irresistible?

Hacia muchos años que Vaudrey no experimentaba una emoción semejante, ni se dejaba influir de aquel modo por un recuerdo. Despierto, lo mismo que dormido, encontraba la imagen de Mariana en el fondo de su pensamiento ó en sus pesadillas.

¡Encantadora!

— El señor Ministro de la Gobernación tiene la palabra.

Vaudrey no había advertido que el señor Collard había terminado su discurso, y que, después del Ministro de Justicia, había hablado también el de Estado. Necesitó un segundo de reflexión, una brusca reacción sobre sí mismo para darse cuenta de su propia personalidad: *¡Ministro de la Gobernación!* Este título no evocaba su *yo*, sino por la reflexión, una reflexión rápida, una especie de asombro disimulado, con una actitud pensativa, que duró un instante. Los compañeros de Vaudrey no habían advertido que aquel hombre sentado á su lado estaba soñando despierto.

Sulpicio, por otra parte, tenía bien poco que decir y nada grave. Habló del optimismo que se notaba en los partes que le dirigían. Añadió que antes de ocho días tendría terminada la combinación de gobernadores que estudiaba, y acabó pidiendo al Consejo que se ocupase inmediatamente en el nombramiento de subsecretarios.

Entonces echó de ver Vaudrey la singular influencia que debía tener Luciano Granet. Desde el principio de la discusión, el Ministro comprendió que su candidato Jacquier estaba derrotado por Warcolier. Granet debía haber trabajado con cada

uno de los ministros separadamente. El Presidente era partidario decidido de Warcolier. La moralidad de este, su trato exquisito, la desenvoltura extraordinaria con que prescindía de sus antiguas opiniones, eran méritos. Se necesitaba atender á los nuevamente convertidos y mostrar que el Gobierno abría los brazos á cuantos ingresaban en las filas de su partido.

—La teoría es muy cristiana—dijo Vaudrey—y en verdad no soy partidario del jacobinismo, ni del sistema de sospechas; más hay en ese cariño que se profesa á los tráfugas algo de irónico.

—Pero altamente político—dijo el señor Collard.

—Es una prima que se da á los neófitos.

—Pues bien, la cosa es prudente.

Vaudrey comprendió que era, de todo en todo, inútil la insistencia. Tenía que sufrir á Warcolier. De su cuenta corría que aquel hombre no adquiriese en el Ministerio una influencia desmesurada.

Warcolier quedó nombrado. El presidente de la República firmaría el decreto á la mayor brevedad posible.

—¡Nombramiento convenido de antemano!—pensó Vaudrey, á quien le parecía estar viendo la sonrisa cortés, pero amenazadora, de Granet.

Sentíase un poco nervioso y fastidiado por aquel resultado. Pero ¿qué hacer? Se puso á escuchar, por ocupar el ánimo, los discursos de sus compañeros. El Ministro de la Guerra tomó la palabra, y Vaudrey, con asombro y mal humor, en vez de oírle hablar como esperaba de altos intereses patrióticos, le oyó formular extensas consideraciones sobre los shakós, las mochilas, la furnitura, el paño y los capotes. Nada más. Era el dictamen de un sastre ó de un zapatero, más bien que el discurso de un ministro.

Sulpicio estaba deseando que terminara el Consejo.

El Presidente antes de levantar la sesión repetía con la gravedad de un magistrado ante un tribunal:

—Sobre todo, señores, nada de innovaciones, dejemos que las cosas marchen, y no nos metamos en honduras para mejorarlas. No nos creemos dificultades. Contentémonos con vivir. Se levanta la sesión.

—¡Nada!—pensaba Vaudrey.

El entendía el poder de una manera muy distinta. Lleno de buenas intenciones, no quería dejarse llevar por las prácticas rutinarias como un pedazo de corcho es llevado por la corriente de un

rio. Le importaba aplicar sus ideas, vivir y hacer que viviera el Ministerio de que formaba parte; progresar y no permanecer estacionario ó retroceder. No había para qué ser Ministro si hacía unas cosas como su antecesor. Para eso cualquier jefe de negociado sería tan buen Ministro como él.

En el momento de salir de la sala del Consejo, el Ministro de la Guerra le dijo con tono brusco:

— Parece, compañero, que no es hace muy feliz el nombramiento de Warcolier para subsecretario. Si ha cambiado la casaca, eso prueba que es partidario de aquel principio, de que en la variación está el gusto.

Y el soldado se echó á reír.

Vaudrey tomó su carruaje y fué al Ministerio para almorzar.

Para Sulpicio, en otro tiempo la hora del almuerzo era ordinariamente un momento de alegre libertad. Sentado frente á su Adriana descansaba en aquellos instantes de las luchas diarias de la política.

En su casita de la calzada de Antín tenía la costumbre de ser expansivo, de charlar, de permitir, con su conversación alegre y cariñosa, que su mujer encontrara en el hombre de cuarenta años, lleno de serias preocupaciones, al novio, al

recien casado en sus mejores días de luna de miel. Pero ahora, delante de aquellos criados, correctos y estirados, familiares del Ministerio, situados alrededor de la mesa como vigilantes de vista más que como servidores, no se atrevía. Apenas hablaba; sentíase espionado por todos y temeroso de cometer una indiscreción. El lacayo que le presentaba las fuentes para que se sirviera observaba atentamente *al señor Ministro*. Adivinaba en las mudas reflexiones de aquella gente que estaban haciendo comparaciones entre el Ministro actual y sus antecesores. Una vez, á una observación de Adriana, uno de los criados había respondido: «El señor Picherau, que precedió al señor Ministro, y el Conde de Harville, que precedió al señor Picherau, encontraban esto bien hecho, señora.

Adriana aceptaba lo mejor que podía las necesidades de su nueva situación. ¡Puesto que aquello era estar en el poder, qué se le había de hacer; paciencia! Estaba resignada á esas soledades de apariencia lujosa, puesto que la fortuna política de su marido la tenía como prisionera en aquel inmenso palacio del Ministerio donde no le quedaba nada de las alegrías del hogar, de aquella casita parisiense que ella había puesto con gusto exqui-

sito y con el mayor cuidado, y se sentía fuera de su centro en aquellos vastos salones, fríos, á pesar de los caloríferos, donde todo trascendía á provisional, á cuarto de fonda, á morada de paso, con sus medias cañas desconchadas, y de cuando en cuando alguna mancha señalada por una gotera en el techo de aquel antiquísimo palacio de la plaza Beauvau. Cuando alguna amiga iba á visitarla y le decía que estaba muy bien alojada en aquel magnífico palacio, la pobre Adriana respondía sonriendo tristemente:

—¡Sí! pero quisiera, de mejor gana, vivir entre mis muebles de costumbre y en mi verdadera casa.

Sulpicio, desembarazado al cabo del Consejo de Ministros y de las visitas de por la mañana, al entrar en el Ministerio avisó á la *señora* de que ya estaba de vuelta.

Adriana, muy bonita, con una bata de terciopelo negro ajustada á su esbelto talle, fué á buscarlo y se sintió repentinamente triste al notar lo preocupado y abstraído que se hallaba. No se atrevía á preguntarle; pero sin poderlo remediar, inquieta, casi asustada, no pudo menos de preguntar la causa de aquel entrecejo.

—Tienes mala cara, mi querido Sulpicio—dijo sonriendo.

Entonces él explicó rápidamente lo que había sucedido á propósito del nombramiento de Warcolier.

—¿Y no es más que eso? ¡Bah! ¡muchas otras cosas por el estilo has de ver!

Y sonrió graciosamente.

—Esa es la política.... y puesto que te gusta.... ¡Al menos que no te guste nada más que ella, Sulpicio!—dijo acercándose á Vaudrey.

Iba á aproximar la frente para que le diese un beso como en otro tiempo, pero retrocedió bruscamente; un criado de aspecto grave se presentó en aquel momento, para anunciar ceremoniosamente que el almuerzo estaba en la mesa.

Vaudrey comió sin apetito. Adriana lo miraba con ternura. ¡Cuán nervioso y fácil de disgustar era! El nombramiento de Warcolier no valía la pena de que se preocupase tanto.

Iba á hablarle del asunto; pero Sulpicio le hizo seña para que callara. Los criados, inmóviles, escuchaban.

Adriana experimentaba, como su marido, el suplicio de aquella especie de eterna vigilancia ejercida sobre ellos. Al sentarse á la mesa tenía apetito y luego se le quitaban las ganas de comer. Los platos llegaban fríos, servidos en fuentes de diversos dibujos, marcados con la cifra de Luis Fe-

lípe, LF. entrelazadas, ó del monograma del imperio, N., todo usado, viejo, deslucido; vajillas de Sèvres que habían servido en multitud de sitios, en las moradas regias, en los palacios nacionales, y que al fin habían sido repartidas entre los distintos ministerios, como restos de las mesas de soberanos destronados.

Adriana, en vez de comer, contemplaba aquellas cifras, y meditaba.

Parecíale hallarse en el comedor de una fonda, donde los platos mal hechos y mal presentados le quitaban la gana de comer.

Sulpicio estaba triste, silencioso y en sus mudas preocupaciones mezclaba en extraña confusión al astuto Granet con el inteligente Warcolier y con aquella Mariana Kayser, cuya imagen no lo abandonaba ya ni un momento. Estaba descontento de sí mismo, abrumado por la persistencia de aquel recuerdo.

Adriana, también triste sin saber por qué, trataba en vano de sonreír y de distraerlo para arrancarlo á sus preocupaciones; si salía, como quien sale de un momento de estupor, de sus reflexiones, era para contestar con un monosílabo ó una frase seca á alguna pregunta de su mujer, y volvía á caer en su nervioso mutismo.

A menudo lo había visto así en los momentos

críticos de las luchas encarnizadas de la política, y por lo tanto no se asustaba. Si se hubiese encontrado en su casa en vez de hallarse en medio de aquel palacio sombrío y desagradable, hubiese corrido á él y sentándose en sus rodillas le hubiera dicho, cogiendo entre sus manos aquella cabeza calenturienta: «Veamos ¿qué tienes? ¿qué hay? Dímelo, para que yo, aunque no soy más que una chiquilla, pueda consolarte.»

Pero allí, delante de aquellos criados siempre en escena, no se atrevía. Estudiaba con inquietud la explosión triste del avinagrado semblante de su Sulpicio quien, desde la entrada en el Ministerio era la primera vez que se le aparecía así.

—Tú tienes algo, Sulpicio mío.

—No..... nada.... y además.....

La mirada del Ministro acababa la frase..... Y además, suponiendo que tuviese algún disgusto que confiarle, ¿podía hacerlo sin que lo oyesen aquellos criados importunos, delante de aquellos ojos fríos, de aquellos servidores implacables, obsequiosos en apariencia, pero quién sabe si hostiles en realidad? Ya habían pasado los tiempos aquellos de intimidad y de las confidencias entrecortadas de besos y de risas, como las que tenían cuando estaban recién casados.

Es verdad, Adriana se olvidaba de que Sulpicio no podía hablar.

—Servid pronto el café—dijo.

Estaba deseosa de verse en su cuarto sola con su marido. Pero él, como si huyese una entrevista, hambriento de soledad, dijo que tenía un fuerte dolor de cabeza que sería nervioso ó neurálgico. De trabajar ó del disgusto.

—¿Tal vez en el Consejo de esta mañana?.....—preguntó Adriana.

—Sí, en el Consejo..... Necesito tomar un poco el aire..... Iré á dar una vuelta por el bosque de Bolonia..... El tiempo está seco y el paseo me sentará bien.....

—¿Me llevas?—dijo ella muy alegre.

—Si quieres.....—contestó Vaudrey.

Y añadió apresuradamente:

—Tal vez sea mejor que vaya solo..... Tengo que pensar en una porción de cosas..... trabajar..... Hoy no hay sesión en la Cámara y tendré todo el día por mío.

—Como quieras—contestó Adriana envolviendo á Sulpicio en una dulce mirada de sus hermosos ojos. ¡Hubiese sido, sin embargo, tan agradable ir á tomar juntos el sol! Pero tienes razón, y tus ocupaciones son antes que todo; toma el aire, pasea y

respira y descansa.... ¡Estaré satisfecha si vuelves á casa con la cara y la sonrisa de siempre!

Sulpicio miraba á la joven con cierta especie de apasionada ternura, que lo turbaba casi como si fuera un remordimiento. ¡Había tal expresión de amor en las miradas que le dirigía! ¡Adriana, con su profunda ternura, su calma aparente, semejante al agua mansa, lo amaba tanto y tenía tan buen talento! ¡Y era tan confiada!

Sentía deseos de suplicarla que se pusiese un abrigo y que se fuese con él para dar un paseo en carruaje, como dos enamorados. Pero al mismo tiempo experimentaba deseo vehementísimo de verse solo y entregarse por completo al nuevo recuerdo, á la imagen que lo perseguía por doquier. Parecíale que se separaba de Adriana para ir á ver á Mariana.

Así es que no insistió y dijo que era mejor que se marchara solo. Mañana, puesto que durante unos días no había de haber sesión en la Cámara, saldría con Adriana. El coche los llevaría á donde ella quisiese, á Saint Cloud ó á Ville d'Awray y allí almorzarían los dos solitos sin que nadie los conociese.

—¿De veras?—dijo Adriana.

—¡De veras! Tengo ganas de escaparme á todos estos honores y saludos.

Y Sulpicio lo decía riendo.

—Me ahogo—añadió besando á Adriana que estaba loca de contento pensando en la expedición prometida.

—¡Qué colorada estás!—le dijo cándidamente Sulpicio.—¿Qué tienes?

—¿Yo? Nada.

Ella lo miró con aire inquieto.

—¿Me encuentras demasiado colorada! No tengo el color de las parisienses. Pues como seas mucho tiempo ministro, te aseguro, hijo, que se me pasará. Y esto no es quejarme.

○ Luego le dió otro beso.

El se marchó, contentísimo de verse libre.

¡Por fin! Por fin durante un día entero, se escapaba al engranaje de su monótona existencia ordinaria, al estruendo de la Cámara, á la confusión del salón de conferencias, á las conversaciones de los pasillos, á las preguntas, á las entrevistas interrumpidas continuamente, á la excitación que tanto le agradaba, pero que á veces lo dejaba fatigado, con el pulso un poco febril, al cabo del día. Ahora iba á ser dueño de su pensamiento y de su reflexión. Se pertenecía. Era casi imposible salvarse un rato de la tempestad á que se había lanzado, satisfecho y contento, pero que algunas veces le cansaba.

En el tumulto continuo de la política sentía de vez en cuando la nostalgia del reposo y de la tranquilidad, deseos de emanciparse, de ir, como si fuese en un entreacto, á hacer vida vegetativa en un rincón ignorado y volver á la realidad de la existencia que no era, no podía ser aquella vida agitada, exacerbada, casi irritada que estaba haciendo en París. Y también de vez en cuando deseaba reemplazar la actividad con la actividad, viajando, dando á sus ojos el placer de ver cosas nuevas, el verde de los prados ó el conjunto de ciudades desconocidas.

Pero los años habían transcurido en medio de aquella tensión nerviosa á que lo condenaba la política. Vivía con Adriana en un medio de sobreexcitación continua. Era feliz, sin embargo, porque su esposa lo amaba, porque sus ambiciones se veían satisfechas, porque ejercía sobre toda una Cámara de hombres importantes una influencia omnímoda; bendecía su vida, excitaba la envidia de muchos, hubiese parecido ridículo si se hubiera quejado de su suerte, y sin embargo, en el fondo de su alma, descontento sin saber por qué, mordido por vagos instintos febriles, por apetitos extraños que no podía definir, por curiosidades hijas acaso de haber soñado en su juventud cosas

bien inferiores á lo que la realidad le daba. Y sin embargo, cuando analizaba esas realidades, se decía que las promesas de sus ensueños eran mucho más embriagadoras que las más cumplidas satisfacciones de su amor propio y de su ambición.

¡Vaudrey era ambicioso, pero un ambicioso indefinible! En otro tiempo, le parecía que la vida estaba compuesta de triunfos, de entradas en las ciudades al son de la música y precedido por el entusiasmo público. ¡Imaginaba conquistas, victorias, apoteosis! ¡Glorias teatrales! Ahora, más irónico, se hubiese contentado con triunfos á medias, como si su naturaleza inquieta estuviera satisfecha de lo que había obtenido ya.

Adriana lo amaba. El á su vez amaba profundamente á su mujer.

¿Por qué entonces el encuentro con Mariana lo enloquecía? Evidentemente la señorita de Kayser personificaba ensueños pasados, apetitos de cierto amor que la pasión de Adriana, con ser absoluta, no había podido sin embargo satisfacer del todo. Había en aquel hombre honrados ardimientos singulares, curiosidades más bien que ardimientos, avideces de conocer, necesidad de acercarse á los abismos y dirigir una mirada al fondo de ellos.

A veces le parecía á Vaudrey que no había vi-

vido y era al mismo tiempo su miedo y su deseo vivir, vivir esa vida de París que cosquilleaba todos sus instintos y hacía revivir todos sus ensueños. Al encontrar á Mariana la noche antes, habíale parecido, al verla dirigir hacia él aquellos ojos medio velados por sus largas pestañas rubias, que éstas eran el telón de un teatro que al correrse dejábale ver una decoración deliciosa y poética que lo deslumbraba. Y el efecto duraba todavía de tal suerte, que lo llevaba consigo á medida que el carruaje atravesaba el barrio Saint-Honoré, dirigiéndose hacia el Arco de Triunfo. El ministro, dos horas antes ocupado en los altos negocios del Estado, acurrucábase en un rincón del coche, y bien envueltas las piernas en una elegante manta y con los pies colocados sobre el calentador lleno de agua hirviendo, miraba sin verlos á los transeúntes, á las casas, á las aceras, y pensaba sin cesar en aquellos ojos, en aquel imperdible en forma de mariposa que le parecía estar revoloteando sobre unos cabellos rubios, como si fuese una golondrina revoloteando sobre un campo de espigada miés.

Le complacía pensar en Mariana. Era una pre-ocupación enteramente nueva; una manera como otra cualquiera de descansar; una sensación curiosa,

extraña y agradable. Encontraba en ella emociones de las que había sentido á los veinte años. Amor en el corazón es un antídoto contra las cañas de la cabeza. Además, ¿quién sabe si no había de volver nunca á ver á la señorita de Kayser! Haría, sin embargo, todo cuanto pudiera por verla de nuevo, y en cuanto tuviese recepción en el ministerio la convidaría..... De pronto su pensamiento voló hacia Ramel, á quien también quería invitar á sus recepciones. ¡Lo quería tanto! Él fué quien allá en sus tiempos de luchas periodísticas, perteneciendo á la redacción de *La Nación Francesa*, había bautizado á Dionisio con la frase de *una conciencia vestida de frac*.

Y precisamente, puesto que tenía una tarde disponible, iría á visitar á Ramel. Tenía empeño en demostrarle que para él siempre sería el amigo leal y no el ministro.

—A la calle Boursault, en Batignoles—dijo al cochero bajando el cristal de una ventanilla;— luego iremos al Bosque.

El cochero guió el carruaje hacia la izquierda y se encaminó á los boulevares exteriores cruzando el parque de Monceau.

Vaudrey estaba muy contento. Iba á charlar á sus anchas con un verdadero amigo. ¡Pícaro Ra-

mel, con su afán de permanecer siempre en la sombra, de no ser nada, de querer estar siempre caído, como diría Jeliotte! Pues á pesar de todo, Vaudrey lo tomaría por consejero suyo. Aquel diablo de Ramel, aquel hurón, aquel salvaje, sería, á pesar suyo, el verdadero ministro de la Gobernación.

El ministro no conocía la casa que Ramel habitaba desde hacía poco tiempo. Esperaba encontrarse con una pobreza orgullosa, con una casa fría, y se encontró, cuando Dionisio le abrió la puerta, en la casa de un obrero, transformada por el gusto de un artista, en el pequeño museo de un coleccionador inteligente.

En el piso tercero de una casita de la calle de Boursault, después de haber pasado un corredor estrecho y de haber subido una escalera ni muy cómoda ni muy ancha, Vaudrey tiró de una campanilla y penetró en un cuarto bien amueblado, muy alegre, con muy buen sol y con muy buenas vistas.

Había allí grabados y pinturas colgados de las paredes, cuadros antiguos de los buenos tiempos que ya pasaron; una librería de caoba muy sencilla, contenía libros escogidos, no muchos, pero hojeados muy á menudo y enriquecidos con notas y reflexiones valiosas.

Todo aquello era pequeño, humilde: una alcoba estrecha con una buena cama de hierro, un cuarto de vestirse, un comedorcito con sillas muy baratas, y un despacho, más bien un cuarto de trabajo, con muy buenas luces y retratos, libros y pinturas, todo escogido.

Pero en medio de aquella sencillez y limpieza que traía á las mientes el recuerdo de un viejecito recién afeitado, todo estaba en orden, arreglado, cuidado con afán meticoloso.

Aquella modesta instalación, aquellos pocos libros, aquella paz octaviana, el olvido hallado en una casa de Batignoles, habitada por empleados de poco sueldo, horteras y trabajadores, era suficiente para Ramel. Éste salía poco, solamente para tomar el aire, y volvía pronto, porque se cansaba con facilidad.

Y es que había trabajado mucho, muchísimo, diariamente en sus tareas periodísticas, gastando sus nervios, su energía, su carne, improvisando, lanzando al viento de la publicidad sus gritos, sus protestas, su corazón y su vida! ¡Cuántas páginas amontonadas, desaparecidas, huidas entre el polvo de olvidadas colecciones de periódicos!... ¡Cuánta tinta gastada! ¡Y cuánta sangre de sus venas en aquella tinta!

En su cuarto de trabajo, Dionisio Ramel pasaba á veces las horas muertas asomado á su ventana, mirando las hojas verdes de los árboles ó las altas tapias de un edificio donde se hallaba instalada una escuela de dibujo y la bandera tricolor que tremolaba en una escuela normal establecida en frente; luego, allá á la derecha, á lo lejos, podía percibir el movimiento y actividad de la estación de San Lázaro, de donde, alternando con los agudos silbidos de la locomotora, subían blanquecinas columnas de humo que se disipaban en el aire como si fuesen los suspiros de un gigante.

—Humo contra humo, pensaba Ramel con su pipa en la boca. Y tanto montaría querer luchar— tiempo perdido—contra la estupidez que pretende que produzca uno solo, fumando, tanto humo como echan todas esas locomotoras juntas.

Ramel se puso muy contento al ver á Vaudrey, que la criada anunciaba estropeando su apellido de este modo: *El señor Vaugrey*. Le acercó una silla sonriendo, y le preguntó qué iba á hacer en casa de un *gaceticero de antes del diluvio*.

—¡Un mastodonte de la prensa!—añadió.

—¿Qué iba á hacer Vaudrey?

La visita del ministro no tenía más objeto que el de encontrarse con un antiguo y leal amigo y

los consejos de otros tiempos, y á la par ver si había manera de llevar á Ramel al ministerio. ¿No le apetecería la dirección del negociado de la prensa?

—¿Como si se pudiera dirigir á la prensa—contestó Ramel.—Más valiera no tenerla, que tener que dirigirla. ¡Los periódicos ministeriales no aconsejan más que tonterías!

—¿Pero sabéis, mi querido Vaudrey—dijo de pronto el veterano periodista—que sois el primer ministro amigo mío, y ya veis que he tenido muchos, que se han acordado de mí?

—El mayor gusto que podéis darme, querido Ramel, es dirigirme ese cumplimento. No hay para mí nada tan despreciable como los ingratos, y entiendo que esto que tanto os llama la atención es sencillamente cumplir un deber enteramente elemental.

—Pues ¡vive Dios! que hay muchas gentes que no lo entienden así, ni saben una palabra de vuestras teorías.

—Razón de más, mi querido Ramel, para agradecer vuestros recuerdos y vuestras pruebas de amistad.

Sulpicio estaba acostumbrado al ingenio singularísimo de Ramel, un tanto burlón, pero lleno de

sabiduría, como el agua pura donde se echa un poco de ginebra, que está más bien perfumada, que amarga. No conocía hombre más indulgente ni más penetrador al mismo tiempo que el antiguo periodista.

—¿Por qué queréis que odie yo á la gente?—decía el anciano.—¿Por su tontería? La compadezco y no tengo tiempo de detestarla. No se puede hacer todo á la vez.

El ministro estaba contentísimo viéndose á solas con aquel hombre de otra época, parecido á esas monedas antiguas, monedas que ya no pasan, pero que tienen mucho más valor porque se han convertido en medallas. Con él podía hablar francamente, decir las cosas tal cual le sabían, porque no era posible la traición por su parte. Por eso hubiera deseado tenerlo á su lado, como poderoso auxiliar; por eso insistió de nuevo, á pesar de las negativas de Ramel.

—Ya os lo he dicho. ¡Es que tengo necesidad de vos!

—¿De mí? Soy demasiado viejo.

De vuestros consejos.

—Bueno; no necesito deciros dónde vivo, puesto que os veo aquí, ni deciros que podéis en absoluto contar conmigo, puesto que me conocéis hace mucho tiempo.

Vaudrey comprendía que era inútil insistir, porque no tenía que habérselas con un misántropo ó un desdeñoso, sino con un sabio. Cuando llegase la ocasión, encontraría la lealtad y el desinterés de aquel viejo de bigote blanco, que con el gorro de casa en la cabeza fumaba tranquilamente su pipa, al lado de la ventana cuando entró el ministro.

—¿De modo—dijo Sulpicio un sí es no es asombrado—que sois feliz, Ramel?

—Enteramente feliz.

—¿No ambicionáis nada en este mundo?

—Nada absolutamente. Espero con filosofía la hora del monumento.

Y sonrió al ver que Vaudrey no comprendía el significado de aquella palabra, que le era familiar.

—Sí, del monumento que hay ahí cerca: el camposanto de Montmartre. No es que tenga prisa por concluir con la vida, que á veces es muy agradable; pero después de todo, hay que pensar que la comedia acaba por acabar. El día menos pensado me encontrarán muerto aquí, en cualquier parte, en la butaca ó en la cama, de repente ó después de una larga enfermedad, lo cual me fastidiaría, porque la lentitud en esas cosas es verdaderamente repugnante, y leeréis en uno ó dos periódicos un sueltecillo anunciando que el entierro de Dionisio

Ramel, antiguo redactor de una porción de periódicos democráticos, célebre allá en sus tiempos y bastante olvidado después, se verificará tal día á tal hora y en tal parte. Vendrá poca gente, pero os ruego que asistáis..... á menos que haya aquel día sesión importante en la Cámara.

Y el anciano, acariciándose las guías de su bigote blanco, había puesto cierto tinte irónico en sus últimas palabras. Borrólo sin embargo alargando afectuosamente la mano á Sulpicio Vaudrey.

—¡Vaya unas cosas alegres que os estoy diciendol Perdonadme, tanto más cuanto que tratándose de vos no dudo ni por un momento.... Vos habéis sido siempre crédulo, lo cual constituye vuestro principal defecto, que no es menudo. En una sociedad de gente de negocios, de políticos, la mayor parte egoístas, de medianías, vos conserváis ilusiones y apetitos de artista. Os parecéis á esos pobres soldados de nuestro ejército, especie de poetas de la guerra, que si es menester van á romperse la cabeza, uno solo contra una batería. Ciertamente me consideraré siempre feliz de aconsejaros, mi querido ministro, á quien en otro tiempo llamaba yo hijo mío, y si la opinión de un pobre viejo puede servirvos alguna vez de algo, aquí me tenéis y aquí me encontraréis siempre dispuesto á seros útil.

Disponed de mí y me consideraré bastante pagado, como pueda seros de alguna utilidad.

—¡Ay!—exclamó Sulpicio.—¡Si supieseis cuánto bien hace oír la palabra leal de un hombre en quien uno tiene confianza!.... ¡Parece que suena de distinto modo que la de los otros!

Y entonces, por una suave pendiente, dejóse ir á confidencias de los desengaños ó de los disgustos primeros.

El nombramiento acordado aquella mañana misma, de Warcolier que iba á ser subsecretario de un ministerio republicano después de haber representado charadas en Compiègne, lo ponía furioso.

Ramel en cambio se echaba á reír.

—¡Ah! ¡bah! Ya veréis otras cosas mucho más gordas.... Los Gobiernos siempre han hecho mucho caso á sus enemigos, tan luego como esos adversarios han simulado deponer las armas!.... ¡Los amigos! ¡Bah! ¡Quién se cuida de ellos puesto que se les tiene seguros!

—¡Y eso no os irrita á vos, republicano de buena fe!

—¡Á mí, con lo viejo que soy! ¡Ca!—dijo Ramel riendo por bajo de su bigote blanco;—eso me deja perfectamente tranquilo. Me digo que mis ilusiones, mi *ideal*, y usaré una palabra á la moda, no

se lastima por esas cosas, y estoy persuadido que el progreso marcha y que la causa de la libertad gana terreno, á pesar de tantas injusticias y tantas torpezas. Os confieso, sin embargo, que alguna vez experimento el sentimiento extraño de un hombre que al cabo de muchos años se encontrara del brazo de un individuo que no estima mucho, á la mujer hermosa por quien estaba loco de amores cuando tenía veinte años!....

Ramel había encendido su pipa, y medio envuelto en el azulado humo que se desprendía de ella, charlaba, satisfecho también él, de hablar con franqueza y de dejar escapar sin la menor amargura el secreto de su corazón, dando, como lo hubiese hecho un hermano mayor, consejos á aquel hombre, joven todavía, al cual él había comparado cierto día con esas porcelanas demasiado delicadas que se desconchan al menor choque con cualquier cosa.

—¡Ah!—dijo de pronto.—Sobre todo, mi querido Vandrey, no vaciléis en aparecer en la tribuna más brutal y más afirmativo de lo que sois en realidad. En un tiempo en que la palabra *simpático* se ha convertido en una injuria, conviene echar fama de ogro. La táctica esa es buena.

—No lo conseguiré nunca—dijo Sulpicio sonriendo como siempre.

—¡Tanto peor! Lo que me ha faltado á mí ha sido que me hayan podido llamar *nuestro anti-pático colega*. Los hombres delicados y modestos son los burlados. A fuerza de hinchar el pescuezo, los pavos acaban por parecer pavos reales. Creedme, amigo mío, es peligroso, aun en el Ministerio, aun en la posición á que habéis llegado, es peligroso tener demasiado buen gusto.....

—Habláis en paradoja..... —empezó á decir Sulpicio.

—¿Y creéis que las invento yo? No, por cierto, lo que hago es comunicaros mi experiencia, que es mucha, y que me ha costado cara. Haced de ella el uso que queráis, y sobre todo cuidado con *le donne*.

—¿Las mujeres? —preguntó el Ministro involuntariamente turbado?

—Sí, las mujeres. Hay en torno de los Ministros un escuadrón de mujeres galantes que tal vez está más vestido, pero que no es ciertamente menos peligroso que el famoso escuadrón volante de la de Médicis. Las mujeres que se quejan de no tener derechos políticos, los tienen todos en realidad, puesto que tienen poder para dirigir la política de los Ministerios y hacer saltar á los Ministros como la Du Barry hacía saltar sus naran-

jas..... Advertid que nunca que hablo de las mujeres se me ocurre aludir á vuestra admirable esposa, á la señora de Vaudrey —dijo Ramel con un tono de respeto que llamaba la atención en aquel anciano.

—Y puesto que estamos charlando —replicó— voy á deciros francamente lo que más me choca en la situación actual, y tomad de mis opiniones lo que os plazca. Lo que más llama la atención en los tiempos de ahora, mi querido Vaudrey, es la facilidad con que se gastan los hombres. Especialmente la política hace un consumo extraordinario. Me parece que el individuo actual no está hecho para resistir largo tiempo. Tal vez esto consiste en que los negocios públicos se hallan siempre, y cualquiera que sea el partido que manda, en manos de hombres poco preparados para ello. Y no digo esto por vos, que, desde el punto de vista intelectual, sois una verdadera excepción. Se verifica además, de algunos años á esta parte, el fenómeno extraño de que, mientras las ciudades de provincias se hallan en poder de industriales parisienses que las reconstruyen y demolen su vetustad para modernizarlas, dotándolas de magníficos paseos y suntuosos hoteles, París, por el contrario, se halla dirigido y gobernado por

provincianos que lo provincializan del mismo modo que las compañías parisienses convierten en grandes capitales los pueblos de sus provincias.

Nuestros provincianos, admirados de verse á la cabeza del movimiento parisiense, pierden un poco el juicio, y se precipitan con apetito perfectamente immoderado sobre su presa. Tienen todas las glotonerías de los niños á quienes se les prohíbe comer todo lo que quieren. Y son glotones especialmente en el punto más peligroso. Hablo de la mujer. Hijosdalgos de pueblo, que han envejecido en su provincia sin más amores que los de alguna criada campesina, ó burgueses que han ejercido la medicina ó la abogacía haciendo versos á la mujer del recaudador de contribuciones, todos, todos sienten curiosidad cuando vienen á París por conocer esa cosa desconocida: la mujer. Y bien pronto la mujer se chupa á sus excelencias hasta la médula de los huesos. A los partidarios de la resistencia, les arrebata la energía; á los amantes de la libertad, les arranca la virilidad de su fe, ministros de fuerza ó ministros de ideas, la mujer no necesita mucho tiempo para dejarlos sin ideas ó sin fuerza. ¡Y diablo! hay que confesar que no se gobierna á París como se defiende un

pleito ante la sala de una Audiencia de provincias....

El Ministro escuchaba con cierta gravedad no exenta de turbación, estas verdades crueles como puñaladas, que el antiguo periodista formulaba sin apasionamiento, sin exasperación y sin furia. Le agradecía á Ramel que hablase con tanta franqueza.

Sí, ciertamente lo que estaba diciendo el *veterano*, como Dionisio se llamaba á sí propio algunas veces, era exactamente lo mismo que pensaba Vaudrey. Esas observaciones un tanto desconsoladoras, las había hecho él en más de una ocasión. Pero precisamente para concluir con esos abusos, con esas tonterías, con ese provincialismo, iba al Poder y multiplicaría sus esfuerzos para conseguir su honrado propósito.

Dió gracias á Ramel con sincera efusión. Aquella no sería ciertamente su última visita, sino que, al contrario, iría con frecuencia á la calle Boursault, donde sabía que siempre le esperaba un verdadero amigo.

—Y tenéis razón—dijo Dionisio.—En ninguna parte se os querrá ni se os dirán más claramente las verdades. Las paredes de los Ministerios, amigo Vaudrey, son demasiado espesas. En aquellas habitaciones no se oye nada, ni el ruido de

los carruajes ni los gritos que dan en la calle. No he pasado más que unos pocos días en un Palacio—el año 48 en las Tullerías—y eso en calidad de guardia nacional, y os aseguro que á las dos horas de estar allí no oía nada. Las alfombras, los cortinajes, las paredes lo ahogan, y aunque hubiesen tirado un cañonazo, creo, palabra de honor, que no lo hubiera oído. ¡Mucho menos podrá oírse una verdad! ¡Porque las gentes no gustan de decir las verdades en voz muy alta ni con mucha claridad, porque les da miedo!

—Os juro—dijo Sulpicio—que yo lo oí todo y procuraré verlo todo. Y puesto que el Poder está en mis manos.....

Dionisio Ramel movió tristemente la cabeza.

—¡El Poder!—exclamó—¡Ah! ¡ya veréis como no se absorbe más que en dosis homeopáticas! Tendréis enfrente de vuestros buenos deseos las oficinas, esas oficinas sacrosantas que gobiernan este país desde que existe la burocracia, y os advierto que ya os echarán la zancadilla en favor de un Warcolier.

—¡Oh! ¡Eso será si yo lo consiento!—objetó Vaudrey con altivez.

—¡Ay! ¡pobre amigo!—interrumpió el veterano—ya lo habéis consentido.

Se levantaron, Vaudrey cogió el sombrero y Ramel dijo al Ministro cogiéndole del brazo con amistosa familiaridad para acompañarle hasta la puerta:

—El Poder es como las cometas. Sube mucho, pero la cuerda está siempre en manos de algún chiquillo.

—Vamos, vamos—contestó Sulpicio, sois pesimista.

—Confieso que Schopenhauer no me desagrada.... algunas veces.

Separáronse después de un cordialísimo saludo, y Dionisio Ramel se volvió con su pipa á su sitio al lado del balcón, en tanto que el Ministro se llevaba de aquella entrevista una impresión, agradable pero turbadora, como si ya en tan poco tiempo hubiese perdido la costumbre de oír hablar con franqueza.

Experimentaba cierta necesidad de *digerir moralmente* su conversación con Dionisio. No tenía ganas de volverse á las habitaciones del Ministerio sin aprovechar el delicioso tiempo de aquella espléndida tarde de Febrero, así es que al subir al carruaje dijo al cochero:

—¡Al Bosque! ¡alrededor del lago!

El día estaba embalsamado como en una tarde

del mes de Mayo. Vaudrey bajó el cristal de la ventanilla del carruaje para respirar á sus auehas.

El boulevard exterior por donde iba el coche estaba lleno de alegres paseantes. Parecía aquella la tarde de un domingo. Algunos viejos tomaban el sol sentados en los bancos del paseo.

Sulpicio miraba todo aquello con la cabeza llena de las advertencias y consejos de Ramel. Un momento antes le había llamado pesimista, pero tenía que confesar que el *veterano*, convertido en filósofo, decía verdades como templos. ¡La mujer! ¿Por qué había hablado Ramel de la mujer?

Y el pensamiento, cuasi inquieto, de Sulpicio se distraía en seguida al ver el aspecto alegre de los sitios y de las personas que se presentaban á sus ojos.

A medida que se aproximaba al Bosque, experimentaba una sensación deliciosa de soledad y de olvido. Podía quedarse á solas un rato consigo mismo y respirar más libremente. No tenía que prestar oídos á ninguna pretensión, ni que devolver ningún saludo.

¡Qué fácil le sería ser dichoso en vez de gastar su vida y de disfrutar de ese pícaro París que lo fascinaba! Un momento antes, al pasar por delante del Arco de Triunfo había visto allí algunos hom-

bres vestidos de blusa durmiendo tranquilamente al sol, como si fuesen mendigos andaluces descansando plácidamente á la puerta de la Alhambra. ¡Qué poco pensaban esos en la fiebre del porvenir! ¡Y tal vez eran unos sabios!

El Bosque estaba solitario y cuasi desierto. Vaudrey no veía á través de los troncos de los árboles, por las avenidas y paseos, más que algunos transeuntes aislados, alguna institutriz inglesa cuidando unos niños, ó el verdoso uniforme de un guardia ó la blusa de algún jardinero.

El coche caminaba lentamente, y Sulpicio, un poco embriagado por aquel sol, subía la persiana de la portezuela y respiraba el aire embalsamado, diciéndose que en París los goces tranquilos están al alcance de cualquiera.

—¿Por qué se hallará desierto el Bosque? ¡Hace tan buen tiempo!

Casi, casi, se reprochaba no haber llevado á Adriana, la cual hubiera gozado mucho con aquel día verdaderamente primaveral. ¡Necesitaba la pobre tan poca cosa para disfrutar y sonreír! Adriana valía mucho más que él.

Verdad es que buscaba excusa á su negligencia diciéndose que entonces no habría podido visitar á su antiguo amigo Ramel, ni charlar con él.

Y además, yendo en compañía de Adriana, habría tenido que hablar y el sabor de aquellos deliciosos momentos consistía precisamente en la plenitud de aquella absoluta y silenciosa soledad, baño de aire tibio, en el olvido completo de la vida usual.

La vista de la tranquila superficie del Lago, que se extendía ante sus ojos azulada, rodeada de pinos como si fuera un lago suizo en miniatura, le hizo asomar la cabeza á la ventanilla del carruaje.

El cochero daba vuelta á la izquierda, lentamente para rodear el Lago.

Vaudrey contemplaba aquella agua llena de luz donde se veían dos ó tres botecillos que andaban sin hacer ruido alguno con sus remos.

A la entrada de la avenida había un coche parado, un carrujillo de alquiler, el cochero del cual, con la cabeza reclinada sobre el hombro derecho, dormía tranquilamente al sol, resguardándose los ojos con el ala de su sombrero de hule.

Era aquel el único carruaje que se veía por allí, y á pocos pasos de distancia, á la orilla del Lago, destacando su silneta en el fondo verdoso de las aguas, una joven estaba de pie, rodeada de una porción de patos de todos colores, que corrían dando graznidos hacia las migajas de bizcocho que aquella mujer les tiraba.

Dos cisnes blancos, que permanecían en el agua, la contemplaban, sin acercarse, con aire de dignidad.

En el momento de ver á aquella mujer Sulpicio sintió una emoción extraña que le comprimía el pecho y le paralizaba las piernas.

No podía equivocarse; la conoció perfectamente. O se trataba de un parecido extraordinario ó aquella era la señorita de Kayser.

¿Mariana? ¿Mariana á orillas del Lago y á una hora en que no había nadie en el Bosque?

Vandrey no era supersticioso ni creía en la predestinación; pero, sin embargo, antojósele extraordinario el encuentro, porque hay en la vida algo real en lo fantástico, que pone bruscamente en nuestro camino el ser en el cual acabamos de pensar.

Había podido hacer esa observación muchas veces.

Apeóse del carruaje para acercarse á ella y echó á andar por un sendero que lo conducía hacia donde estaba la joven. Ya era imposible la equivocación ni la duda; era ella. Evidentemente algún día había de haber vuelto á encontrar á la señorita de Kayser; pero cómo había querido la casualidad que precisamente aquella tarde se le ocurriera dar

un paseo por el sitio donde fatalmente había de tropezar con la joven?

Pensaba que Mariana se quedaría también muy sorprendida, y á medida que se le iba aproximando la contemplaba con más atención.

Estaba de pie junto al pequeño embarcadero, hecho de tablas, que penetra hasta el Lago. Sobre su vestido negro llevaba una manteleta adornada con azabache que brillaba al sol. Una pluma negra, impulsada por la brisa, flotaba alrededor de su elegante sombrero de paseo, que sujetaba las ricas trenzas de sus rubios cabellos. Vaudrey examinaba atentamente aquella viviente estatua de mujer parisiense: entre el velo del sombrero sujeto detrás de la cabeza y el adorno de azabache del abrigo, algunos rizos dorados adornaban el cuello, y en aquel cuadro de luz vivísima, aquella mujer elegante, aquella seductora silueta se destacaban sobre el inmenso fondo del cielo azul, sobre el horizonte de las aguas del Lago y aparecía á los ojos de Sulpicio mucho más deliciosa, más *mujer* que con el escotado traje de baile, con que la había conocido.

Cuando los pasos de Sulpicio hicieron ruido en la arena, ella se volvió bruscamente y él comenzó á caminar con cierta timidez que lo acometió de repente.

Bajo el velillo negro echado á la cara y cuyas motas de terciopelo manchaban aquel rostro como si fueran moscas paradas en él, Vaudrey echó de ver en seguida la palidez casi enfermiza de Mariana y luego la expresión repentinamente gozosa de su mirada. Un rubor furtivo subió también á las mejillas de la joven.

—¿Vos aquí?—dijo.—¿Vos, señor Ministro?

Y dió un tono enteramente distinto á esta segunda pregunta. En la primera, que pareció un grito de alegría, había habido mucho más abandono. En la segunda, se notaba cierta afectada cortesía.

Vaudrey contestó con una vulgaridad cualquiera.

Hacía buen tiempo, estaba cansado de trabajar y había querido tomar un rato el sol. Pero ¿y ella?

—¡Oh! ¡Yo! Verdaderamente no sé ni cómo estoy aquí. Preguntádselo.... al cochero. Me ha traído á donde ha querido.

Y hablaba con voz breve, irritada, en la cual se echaba de ver cierta decepción ó cierto dolor.

Maquinalmente seguía tirando al suelo migajas de bizcocho que se disputaban con avaricia los patos multicolores, blancos ó grises, negros, mosqueados, con cuellos erizados de plumas verdes ó

azules, cuyos tonos distintos recordaban el cristal de Venecia, y que corrían, levantaban el cuello, abrían el pico y graznaban, precipitándose ó los pies de Mariana, peleándose, ahogándose casi, para tragarse los pedacillos de bizcocho que vendía á pocos pasos de allí una mujer del pueblo.

—¡Ah! ¡Si hubiese podido suponer que tendría el honor de encontraros aquí!—dijo Mariana.

—¡El honor!—interrumpió Vaudrey.—Yo diría el placer.

Ella lo miró frente á frente.

—Hoy no sé—añadió ella—lo que es placer; ni alegría. Vengo del Hotel Continental donde esperaba ver.....

—¿A quién?

—A nadie.....

—Si eso fuese verdad no frunciríais así las cejas.

—Pues bien..... á un amigo..... A un amigo que había encontrado..... y que ha desaparecido..... bruscamente..... En fin, tal vez no importa..... tal vez es mejor. Lo que sucede es porque debía suceder..... Y héme aquí—nos dejaremos de jeroglíficos—dando de comer á los patos. ¡Sabe Dios cómo ni por qué! ¡Detesto á los animales! Y el Estado alimenta muy mal á éstos; os lo advierto, señor

ministro; tienen mucha hambre. ¿Qué hay, qué hay?—dijo á un pato de la India, que más atrevido que los demás le picoteaba el filo del vestido para llamar su atención y reclamarle otros pedazos de bizcocho.

Mariana se echó á reír nerviosamente.

—Lo que es éste no es corto de genio—dijo.

Y le tiró un pedazo grande que el animalito tragó precipitadamente, casi ahogándose.

—¿Sabéis que la historia de estos patos es la de toda la especie humana, señor Ministro? Hay algunos que no han cogido nada desde que estoy aquí dándoles de comer, y otros que en cambio han comido mucho más de lo que debieran. ¿Cómo llamaríais á eso? ¿Malas prácticas de economía política?

—¡Hola! ¡hola!—dijo Vaudrey.—¡Hacéis altas reflexiones de filosofía!.....

—A propósito de esto, sí—dijo Mariana señalando al grupo de animalitos que por todas partes acudían dando graznidos, al salir del agua.—Ya sabéis que cuando uno está triste, filosofa á propósito de cualquier cosa.

—¿Y estáis triste?—preguntó Sulpicio con una voz que temblaba un poco.

Mariana tiró al suelo el pedazo de bizcocho que

aun le quedaba en la mano, se limpió los guantes y volviéndose al Ministro:

—Muy triste—dijo con una sonrisa que estremecía.—¡Oh! ¿Qué queréis? Los diablos azules ¿os acordáis?

Sulpicio la veía tal y cómo la había visto la noche antes delante de él, con los brazos y los hombros desnudos, bella y seductora; y ahora al contemplarla con los hombros cubiertos por el abrigo, con el rostro medio oculto por el velillo del sombrero, pálida, triste, la encontraba un encanto más peligroso aun. Por otra parte, lo raro de la situación, lo casual de aquel encuentro, daba á su conversación cierto tinte misterioso y cierto encanto de cita amorosa.

¡Ay! ¡cuánto celebraba su ocurrencia de ir á tomar el sol al bosque de Bolonia! Ahora le parecía que había ido solamente por ella. Parecía también que cierto magnetismo del pensamiento había reunido en aquel rincón solitario, aquellos dos seres que el día antes no se conocían y no cruzaban más que palabras indiferentes, y que en aquella soledad llena de sol, bajo los árboles, al aire libre, se encontraban impulsados uno hacia el otro y como atraídos por la misma simpatía.

—¿Sabéis en lo que estoy pensando?—dijo ella

riendo graciosamente.—¿En lo que pensaba tirando migas de bizcocho á los patos? Un idilio, ¿no es verdad? Pues bien; me decía que si una se atreviese..... un salto rápido, un zambullón en agua tranquila como ésta..... pura..... tentadora..... y acababa una de una vez con la vida.

Vaudrey no contestó palabra y la miró estupefacto y lleno de inquietud.

—¡Oh! ¡no temáis! no me atrevo..... ¡Y además nada mejor que esos cisnes! ¡No hay peligro!

Instintivamente él la había cogido por las manos, experimentando un gozo singular en sentir bajo sus dedos el cutis finísimo de las muñecas de Mariana.

—¡Tenéis fiebre!—dijo.

—Por menos la tendría cualquiera.

Su voz seguía siendo dura y desgarradora.

—La partida de..... de ese amigo..... ¿os ha hecho sufrir mucho?

—¿Sufrir? no. Desilusionado, sí..... ¡Seguramente habréis hecho en vuestra vida castillos en el aire! ¡Toma!..... ¡Si seré yo tonta! ¡Y los haréis todavía! Pues bien; eso es lo que á mí me ha pasado.

Y separando suavemente sus manos de las de Sulpicio, y caminando con lentitud, se alejaba de la orilla del lago, dirigiéndose hácia el sitio donde

la esperaba su cochero, con los ojos cerrados y la boca abierta.

—¿A dónde vais al marcharos del Bosque?— preguntó Vaudrey.

—¿Yo? ¡ni lo sé!

Él hizo un movimiento de impaciencia.

—¡Oh! ¡no hay que asustarse!—dijo Mariana.— ¡Quiero vivir! ¡No temáis nada! ¡Me iré á mi casa, qué diablos!

—¿A vuestra casa?

—O á casa de mi tío. Pero en verdad—añadió la joven—en verdad, señor Ministro, os estáis ocupando de cosas que son de la incumbencia del señor Jouvenet, vuestro prefecto de policía. Lo conozco mucho, y es mucho menos preguntón que Vucencia.

Eso consiste tal vez—dijo Vaudrey con su sonrisa habitual—en que se interesa por vos menos que yo.

—¡Ah! ¡bah!—contestó Mariana.

Hablando de esta suerte habían llegado á donde estaba el carruaje de alquiler que llevaba la joven, la cual se quedó mirando al cochero un momento.

—¿No os parece que da lástima despertarlo?—dijo Mariana.—¿Queréis acompañarme un poco, señor Ministro?

—Vaudrey palideció ligeramente, adivinando en aquella pregunta algo así como una acariciadora promesa.

Los ojos garzos de Mariana no lo perdían de vista.

Caminaban lentamente, seguidos de cerca por el carruaje de Sulpicio, la gigantesca sombra del cual, los precedía en el suelo de la avenida, alrededor del Lago, donde los cisnes corrían con las alas abiertas, muy blancos y golpeando el agua con las patas, produciendo espuma que les salpicaba: nieve cayendo sobre copos de nieve. En el agua se reflejaba el azul del cielo. La hierba, de un color verde tostado, casi ceniciento, parecía una alfombra de terciopelo, demasiado usada por algunos sitios.

Mariana miraba el paisaje y lo enseñaba silenciosamente á Vaudrey, á quien toda aquella deliciosa tranquilidad parecíale que tenía algo de abandonado, de misterioso y de furtivo.

—¡Cualquiera diría que estábamos en el fin del mundo!—murmuró Sulpicio impresionado y bajando la voz sin saber por qué.

Una sonrisita burlona de Mariana le contestó, al mismo tiempo que la joven le señalaba un poste donde, escrito en un cartelón blanco, se leía: *Camiño de la Croix Catalán.*

—Es bien parisiense—dijo ella—este fin del mundo.

—Y sin embargo, ved que solos nos encontramos hoy aquí.

Parecía que ella adivinaba su pensamiento porque tomó un sendero que desembocaba en la avenida, y allí, en aquel estrecho espacio de tierra blanca, húmeda, donde los delgados tacones de sus botitas se apoyaban como si dieran besos en una mejilla, echó á andar ella delante y Vaudrey detrás, contemplándola sin cesar, profundamente conmovido.

Y Sulpicio experimentaba á cada paso una emoción más grande. Había encima de aquel bosque, salpicado aquí y allá de troncos más claros, un cielo muy elevado, inmenso, azul pálido, cruzado por algunas nubecillas cenicientas; y de todo aquello se desprendía cierto effluvio cibelino, un olor sano y fresco que ensanchaba los pulmones y daba ganas de vivir.

—¡Vivir! ¡y esta muchacha bellísima, esbelta.—decía Sulpicio—estaba pensando hace un momento en matarse.

Aproximóse á ella suavemente, caminando á su lado, sin hablar palabra al principio; luego, poco á poco, acariciando aquella idea, empezó á hablarle

casi en voz baja, acercándole sus labios á la oreja, aquella oreja sonrosada que se destacaba de la palidez mate de su mejilla.

—¿Es posible—le decía—pensar en nada más que en esta deliciosa primavera que nace, en este bosque donde todo despierta á la vida? ¿Es cierto Mariana que habéis querido mataros?

Ni siquiera extrañó haberse atrevido á llamarla por su nombre de pila, porque le parecía conocerla y tratarla hacia mucho tiempo. Lo olvidaba todo, como si el mundo entero fuese un sueño y este sueño hubiese tomado la forma de aquella mujer.

—Sí, respondió ella. Os aseguro que estaba cansada de la vida. Pero veo que á menudo, en el momento en que más se desespera uno...

Se detuvo de pronto.

—¿Qué?—preguntó él, esperando lo que la joven iba á decir.

—Nada, nada.

Y se echó á reír, señalando, á la conclusión del sendero que seguían, otro anchuroso paseo que conducía otra vez á la orilla del lago, del cual veían á lo lejos la línea verdosa formada por el agua.

—¡Azul sobre azul!—dijo ella, señalando primero al cielo y luego al lago. Me censurabais por

no tener cariño á lo azul, señor Ministro, y mirad, estoy tomando un baño de ese color... Es soberbio este horizonte, ¿no es verdad?

Vaudrey se preguntaba si se estaría burlando. ¿Por qué le daba aquel tratamiento, que en aquel instante y en aquel sitio sonaba mal?

Ella lo miraba, en efecto, de reojo, con cierto airecillo burlón y con su preciosa boca contraída por una sonrisita que invitaba al beso.

—Pronto llegamos á mi carruaje. ¡Qué pronto!

—Ese *pronto* me causa placer—dijo Sulpicio.

—Y, ciertamente es pronto. Este paseito no es nada, y sin embargo hace olvidar muchísimas cosas.

—¿No es verdad?—exclamó Vaudrey.

La sombra del carruaje del Ministro continuaba andando delante de ellos y bordeando el camino.

—¿Venís á menudo al Bosque?—preguntó el Ministro.

—No. ¿Por qué?

—Porque en ese caso, yo vendría con frecuencia—contestó él con voz emocionada.

—¿De veras?..... ¡Pero entonces, entonces me estáis haciendo la corte!—contestó Mariana, que lo acibillaba con sus miradas llenas de caricias y de promesas.

Él hubiera querido coger la mano de aquella mujer y poner en ella sus labios ó besar aquella nuca deliciosa donde flotaban algunos ricillos color de oro, acariciados por los rayos del sol.

—En estos hermosos días primaverales—dijo Mariana con tono extraño y dejando caer las palabras una á una lentamente—es posible que venga con frecuencia por el gusto de volver á ver este sendero.

—Pero, ¿qué es esto?—preguntó luego volviéndose bruscamente.

Llevaba arrastrando enredada en la falda del vestido, una rama seca, y se detuvo para desprenderla.

—¡Esperad!—dijo Sulpicio.

Y quiso poner el pie sobre la rama.

—Me vais á romper el vestido—objetó Mariana.—Porque está muy enganchada.

Entonces él se agachó, desprendió con cuidado las espinas clavadas en la tela de la falda, y Mariana, inclinada hácia él, miraba á aquel hombre, un ministro, casi arrodillado delante de ella en aquel bosque solitario.

Vaudrey tiró el matojo.

—¡Ya está!—dijo.

—Gracias.

Y al levantarse, Sulpicio sintió en la frente el fresco aliento de Mariana que le perfumó el rostro.

Púsose muy pálido, y la miró con tales ojos que ella se puso un poco colorada—tal vez de placer—y ya no hablaron ni una sola palabra más hasta llegar á donde estaba el coche, en el pescante del cual seguía durmiendo el cochero. Tal vez uno y otro temían decirse demasiado.

En el momento de subir ella al carrujillo, Sulpicio, bruscamente y haciendo un esfuerzo de audacia, le dijo acercándose á la ventanilla:

—Es necesario que yo vuelva á veros, Mariana.

—¿Para qué?—contestó ella sin apartar los ojos de los de Vaudrey.

—¿Dónde volveré á veros?—preguntó él sin contestar á la otra interrogación.

—No lo sé. En mi casa.

—¿En vuestra casa?

—Esperad—dijo ella entonces bruscamente.—Yo os escribiré.

—¿Me lo prometéis?

—Palabra de honor. Al Ministerio, *Particular*,

¿no es eso?

—¡Sí!.... ¡Oh, cuán buena sois!—exclamó sin saber lo que decía, mientras el cochero de Maria-

na fustigaba el caballo, y el carrujillo echaba á andar con dirección á París.

A Vaudrey, que se quedó inmóvil, le pareció que por el cristalillo de atrás se veían unos dedos enguantados y una cara de mujer medio escondida por un velo de motas de terciopelo.

El cochecillo desapareció á lo lejos.

—¡Al Ministerio!—dijo el Ministro montando en su carruaje.

Allí se extendió á sus anchas. Estaba embriagado verdaderamente. Miraba á todos los carruajes que iba encontrando al paso. La *high life* se dirigía ya hacia el Bosque de Bolonia, porque era la hora del paseo.

Pero Vaudrey no veía á nadie, porque no pensaba más que en Mariana, en ella sola, en tanto que su carruaje bajaba la avenida de los Campos Elíseos, llena de ruido, de movimiento y de luz. El cochero tomó una calle transversal, y el carruaje penetró por entre una inmensa reja de hierro que se alza entre dos elevadas columnas rematadas por dos farolas, en un paseo que conducía á un vasto palacio, de fachada blanca y de techo de pizarra que brillaba bajo los rayos de un sol primaveral.

Un soldado de infantería, con pantalón colorado y shakó, estaba de centinela, inmóvil, al lado

de una garita de madera pintada de color plomizo. Por encima de la verja ondeaba al sol una bandera nacional nuevecita, como si se estrenara en honor del nuevo Ministerio.

Había en la fachada del palacio dos armaduras de gas formando dos letras mayúsculas enormes: R. F., dispuestas á ser encendidas las noches de recepción.

Dos lacayos abrieron apresuradamente las puertas y se precipitaron hacia el carruaje que se detenía, para abrir la portezuela al señor Ministro.

—¡Adios, Mariana!— pensó Vaudrey al poner el pie en la antesala de aquel palacio, frío y triste como un sepulcro.

VIII.

Mariana Kayser era supersticiosa. Creía que en los momentos críticos, en las partidas comprometidas, la salvación llegaba jugando el todo por el todo. Por lo que á ella toca, solía decir que había rebotado siempre contra el suelo como una pelota de goma, cuando ya estaba medio vencida. El Destino daba pretexto á sus supersticiones. Creíase perdida, cansada de brujular, harta de vivir,

cuando de pronto el señor de Rosas llegó á París sin que nadie lo esperase y de regreso de su viaje al fin del mundo. Aquello era la salvación.

El Duque no era difícil de seducir. Habíase entregado como un chiquillo en casa de Sabina Marsy. Mariana salió completamente satisfecha de aquella velada. Había reanudado en ella todas sus esperanzas y encontrado su buena suerte habitual. Al otro día vería á Rosas. Pasó la noche sin dormir haciendo castillos en el aire. Por la mañana se levantó radiante.

Su tío al verla, la encontró rejuvenecida y desconocida.

—Estás bella como un cuadro del Corregio, pintor voluptuoso, pero de mucho talento. Debías servirme de *modelo* para una Santa Cecilia. Con una aureola estarías admirable!....

—¡Oh! ¡otro día!— dijo Mariana. — Ahora no tengo tiempo.

Simón Kayser no se metió en preguntar á la joven por qué no tenía tiempo. Mariana era perfectamente libre. Que cada cual arregle sus asuntos como pueda. Ese era otro de los axiomas favoritos del pintor, hombre de principios y de ideas fijas.

Mariana almorzó temprano y muy de prisa; luego se vistió, mirándose cuidadosamente al espejo y estu-

de una garita de madera pintada de color plomizo. Por encima de la verja ondeaba al sol una bandera nacional nuevecita, como si se estrenara en honor del nuevo Ministerio.

Había en la fachada del palacio dos armaduras de gas formando dos letras mayúsculas enormes: R. F., dispuestas á ser encendidas las noches de recepción.

Dos lacayos abrieron apresuradamente las puertas y se precipitaron hacia el carruaje que se detenía, para abrir la portezuela al señor Ministro.

—¡Adios, Mariana!— pensó Vaudrey al poner el pie en la antesala de aquel palacio, frío y triste como un sepulcro.

VIII.

Mariana Kayser era supersticiosa. Creía que en los momentos críticos, en las partidas comprometidas, la salvación llegaba jugando el todo por el todo. Por lo que á ella toca, solía decir que había rebotado siempre contra el suelo como una pelota de goma, cuando ya estaba medio vencida. El Destino daba pretexto á sus supersticiones. Creíase perdida, cansada de brujular, harta de vivir,

cuando de pronto el señor de Rosas llegó á París sin que nadie lo esperase y de regreso de su viaje al fin del mundo. Aquello era la salvación.

El Duque no era difícil de seducir. Habíase entregado como un chiquillo en casa de Sabina Marsy. Mariana salió completamente satisfecha de aquella velada. Había reanudado en ella todas sus esperanzas y encontrado su buena suerte habitual. Al otro día vería á Rosas. Pasó la noche sin dormir haciendo castillos en el aire. Por la mañana se levantó radiante.

Su tío al verla, la encontró rejuvenecida y desconocida.

—Estás bella como un cuadro del Corregio, pintor voluptuoso, pero de mucho talento. Debías servirme de *modelo* para una Santa Cecilia. Con una aureola estarías admirable!....

—¡Oh! ¡otro día!— dijo Mariana. — Ahora no tengo tiempo.

Simón Kayser no se metió en preguntar á la joven por qué no tenía tiempo. Mariana era perfectamente libre. Que cada cual arregle sus asuntos como pueda. Ese era otro de los axiomas favoritos del pintor, hombre de principios y de ideas fijas. Mariana almorzó temprano y muy de prisa; luego se vistió, mirándose cuidadosamente al espejo y estu-

diando delante de él multitud de coqueterías; tomó un carruaje y se hizo conducir al Hotel Continental. Preguntó allí por el Duque de Rosas, con la cabeza alta, orgullosa, como si el Duque fuese suyo. Casi, casi sentía el deseo de gritar á todo el mundo «¡Soy su querida!»

Luego, bruscamente, se puso pálida hasta la lividez cuando le dijeron que el señor de Rosas se había marchado.

¿Cómo qué se había marchado?

¿Marcharse así, de repente, brutalmente, sin un aviso, sin decir una palabra? Imposible.

Fué preciso que le repitiesen varias veces en el despacho del Hotel lo que había sucedido. El señor Duque pidió por la mañana al levantarse un carruaje para ir á la estación y tomar el tren de Calais. Cierta que había dejado sus equipajes en la fonda, pero advirtiendo que tal vez tendrían que enviárselos á Inglaterra cuando él avisara.

Mariana, estupefacta, escuchaba todo aquel relato. Estaba densamente pálida.

— El señor de Rosas ¿ha recibido algún telegrama?

— Sí, señora.

— ¡Ah! — dijo entonces.

Tal vez ocurriese algo extraordinariamente grave

en la vida del Duque. Pero de todos modos, viaje repentino, sin avisar, después de la velada febril del día antes, asombraba á aquella mujer que se creía segura de José.

— ¡Vamos — se dijo — tendrá miedo!.... Sí, eso es.... ¡Ciertamente me tiene miedo! Me ama mucho, demasiado, ¡y desconfía de sí mismo! ¡Por eso se va!

Y se echó á reir nerviosamente al salir del Hotel, para tomar de nuevo el cochecillo que la esperaba.

— Parece que á mi siempre me han de ocurrir esas cosas. ¡El imbécil de Guy se marchó á Italia! ¡Rosas se va á Inglaterra! ¡El vapor ha sido inventado para huir de las mujeres peligrosas! No seguí á Lissac, ¿seguiré al Duque?

Encogióse de hombros y mordió su pañuelo de batista, reclinando la cabeza en el rehenchido del coche, en tanto que el cochero esperaba de pie en la acera sin subir al pescante, porque no sabía dónde querría ir la joven.

Mariana sentíase vencida. Parecía un jugador que pierde su mejor postura á una carta. Evidentemente, Rosas, con aquello solo, demostraba que estaba enamorado como un loco; ella medía su amor por el miedo que mostraba; pero ¿qué im-

portaba que estuviese muy enamorado, si se iba, por cobardía? ¿dónde volver á encontrarlo? ¿cómo seguirlo? ¿á dónde escribirle? ¡Cualquiera encuentra á un hombre que viaja como un loco! Tal vez se hubiese embarcado para el Japón ó para la Australia, al llegar á Dover.

—¡Ah! esto es muy inesperado—pensaba Mariana, sin acabar de convencerse de su derrota.

—¿Dónde vamos, señorita?—preguntó el cochero flemáticamente, cuando se cansó de esperar.

—¿Dónde queráis!.... ¡Al bosque de Bolonia!

—Está bien.

Miró su enorme reloj de aluminium y dijo fríamente:

—Eran las doce menos cuarto cuando me tomó la señorita....

—Bueno, bueno.... ¡Al Bosque!

El movimiento del coche, la vista de la gente, el sol sobre las fuentes y las baldosas de la plaza de la Concordia, ocupaban el ánimo de Mariana, pero sin distraerla; toda la alegría de aquel despertar de la primavera, que en París es exquisito, le parecía irónica. Encontraba de nuevo con amargura exacerbada, la disposición de ánimo en que se hallaba cuando, unos cuantos días antes, entró

en casa de Guy para contarle cuánto se aburría y cuán harta estaba de la vida. ¡De qué servía ya en el mundo! ¡Acababa de fundar tantas ilusiones en una esperanza! ¡Y ahora todo se venía abajo!

—¡Vuelta á empezar! Hacer la vida bestial de la mujer llena de necesidades, perdida, arruinada; no, eso es demasiado tonto, demasiado triste. Y entonces, ¿qué?.... se decía con la vista fija en un punto, buscando solución en el infinito, pero sin encontrarla.

Estaba irritada, furiosa contra Rosas, á quien hubiera querido poder desgarrar como aquel pañuelo que estrujaba entre sus manos. ¡Ah! ¡como volviera á ella alguna vez, después de aquella fuga!

Pero tal vez no fuese una fuga.... ¿quién sabe? Acaso el Duque le escribiría y reaparecería en París.

«No—decía á Mariana un secreto instinto. ¡La verdad es que te teme! ¡que huye de tí!»

La cosa era para perder la paciencia, para renunciar á todo. La noche antes de despedirse de Rosas creíase libre para siempre de aquella bohemia miserable en que vivía padeciendo. Ahora se sentía más hundida aún en aquel cieno. ¡No había quien pudiese sufrir tanto! ¡Si al cabo tuviese valor!

Y mirando el gran lago azul, los cisnes blan-

cos, las barquillas del estanque, se le ocurrió pensar en matarse, como le había dicho á Vaudrey. ¡Qué locura! Es decir, no, una cosa peor: ¡qué estupidez! A su edad no se mata nadie; no se desperdicia el valor de la belleza cotizabile. Por hacer algo había comprado unos bizcochos para dar de comer á los patos, lo cual hacía maquinalmente y por distraerse.

En aquel instante la vió Sulpicio.

—Decididamente—se decía al separarse del Ministro—los que desesperan son unos tontos.

Y parecía, en efecto, que la casualidad, así como ella había lanzado pedacillos de bizcocho á los ávidos picos de los patos, le lanzaba á ella á Vaudrey en lugar de Rosas.

¡Un Ministro! Porque era un Ministro, aquel hombre joven y guapo que poco antes le sonreía y la miraba apasionado en las avenidas del bosque, y se acercaba á ella estremeciéndose al sentir su aliento cerca de sí; un Ministro tan popular como Vaudrey era una potencia, y puesto que Mariana, cansada de buscar amor, perseguía ahora una realidad tan difícil de encontrar como aquél—la riqueza—Sulpicio no era para despreciado.

—¡Otros, muchísimos otros no valen tanto!—pensaba Mariana al volver á su casa.

No había titubeado mucho tiempo, porque no se hallaba en la edad de las grandes vacilaciones, sino por el contrario, en la edad en que es preciso decidirse pronto, tomar un partido cada vez que la vida duramente agujoneada plantea un problema ó presenta una ocasión. En el trayecto del Bosque á la calle de Navarino, Mariana adoptó una firme resolución. Puesto que debía una respuesta á Vaudrey, se la daría. Experimentaba cierto deleite vengándose de Rosas, como si éste hubiese sabido ya que Sulpicio la amaba.

Era capaz, si hubiese encontrado al Duque en su casa cuando ella entró, era capaz, en su exaltación nerviosa, de escupirle á la cara y decirle aquello que todavía no era verdad:

—¡Ah! ¡estáis aquí! ¡Llegáis tarde! ¡Amo al señor de Vaudrey!

Pero no hubo necesidad de esto, porque al entrar en su casa no halló más que la sensación de su lúgubre pobreza. Habíasele ocurrido invitar á Vaudrey á que fuese á verla inmediatamente. Pero allí encerrada en el cuadro vulgar de aquel pobrisimo estudio de pintura, casi desocupado, que ocultaba la miseria bajo tapices viejos; recibir á Vaudrey allí hubiese sido confesar su pobreza, las necesidades, las arideces, todo lo que enfria el

amor. Al examinar el estudio del tío Kayser, lanzó una mirada de odio á todos aquellos objetos.

Todos ellos olían á la sucia miseria. Jamás se atrevería á que Vaudrey se sentase en aquel divan con los muelles rotos, el forro desgarrado y lleno de quemaduras de tabaco.

—¿Qué miras?—preguntó Kayser fijándose en el examen de su sobrina. Parece que estás pasando revista de inspección.

—Justamente, y estoy pensando que no sacaríamos gran cosa vendiendo todo esto á pública subasta.

—Las composiciones elevadas y morales no se venden en estos tiempos—contestó con gravedad el pintor.—¡Yo! ¡un artista de esos que hacen porquerías y copian fotografías obscenas!

Mariana se encogió de hombros y salió de allí tosiendo involuntariamente. En aquel cuarto no se podía sufrir el olor á nicotina.

—Estoy perdida—se dijo—si Vaudrey viene aquí.

Ella sabía perfectamente que el capricho, ese amor de los que no aman, vive del lujo, de los perfumes que embriagan, de la seda que cruje, de la envoltura misteriosa de tapices que ocultan la aventura. Vaudrey retrocedería al ver aquel estu-

dio de bohemio, repugnante y sucio. La famosa *aureola* de que tanto hablaba Kayser estaba formada con el humo de las pipas. ¿Qué hacer? ¿Recibir al Ministro en aquella casita ignorada donde ella pasaba las horas muertas á solas, soñando, soñando despierta y gozando extraños deleites de soledad? Ello era tanto como confesar á Vaudrey que no buscaba en sus amores más que el medio de salir de la necesidad. Mariana adivinaba que aquel hombre ilusionado que creía tal vez habérselas con una mujer honrada ó desgraciada, que podía entregarse, pero no venderse, retrocedería ante aquella realidad, al encontrarse cara á cara con una aventurera.

—¡La ilusión es el todo! ¡Es preciso ilusión! ¡Son tan tontos!—pensaba Mariana Kayser.

Y ¿cómo engañar á aquel hombre sobre su verdadera situación, ocultar su miseria, hacer que la tomase por lo que no era?

Con Rosas hubiese sido fácil. Pobre, se presentaba á él en medio de su pobreza, porque el Duque la amaba así de cualquier modo y podía mentirle cuanto quisiera. Con Vaudrey, por el contrario, necesitaba deslumbrarlo.

—Son dos cándidos—se decía Mariana, pero el uno tiene sed de virtud y el otro necesidad de vicio.

¿Debería confesárselo todo á Sulpicio como se lo hubiese confesado á Rosas? Acaso sí, si al cabo no hallaba otro medio; pero era necesario buscar mejor solución, inventar, buscar algo. ¿Buscar qué? ¿Pedir prestado? ¿Y á quién? ¿A Guy? No se atrevería á tanto, aun suponiendo que Lissac fuese bastante rico para hallarse en situación de sacarla del apuro, porque aun á los ojos de Guy quería conservar las apariencias. Y además, no le perdonaba aquella huida á Italia, y no la olvidaría jamás. No, no, á Guy no le pediría nada.

Entonces, ¿á quién? Volvería á encontrarse en la situación difícilísima de los que en aquel dichoso París, en el engranaje formidable de esa máquina gigantesca siempre en vertiginoso movimiento, buscan dinero, un préstamo, una ayuda, una mano tendida, y que no ven, no encuentran nada en esa Babilonia moderna. Sentía rabia y odio. ¡Nada! ¡No tenía nada! Se hubiese vendido á cualquiera por obtener rápidamente un poco de lujo que le hacía falta. Sí, se hubiese vendido en el acto, para venderse á mejor precio mañana.

¡Venderse! De pronto, del fondo de su pensamiento surgió una imagen, confusa al principio, luego más clara: la imagen de una vieja con quien se había tropezado algunas veces en esa vida de

azares que llevaba Mariana y que, hermosa en un tiempo, todavía con ingenio, rica, según decían todos, había pretendido algunas veces ser la amiga y protectora de Mariana. Mucho tiempo hacía que la joven no pensaba ni siquiera por casualidad en Clara Dujarrier. Algunas veces se la encontraba con el pelo empolvado de rubio para disimular las canas. La vieja le decía siempre:

—Cuando necesitéis un buen consejo ó un apoyo, no olvidéis las señas de mi casa: calle de La Fontaine, en Anteuil.

Mariana le daba las gracias y olvidaba en seguida el ofrecimiento, y solamente ahora, en la angustia de sus inútiles pesquisas mentales, el nombre y la imagen de Clara Dujarrier salían como del fondo del pasado. Clara Dujarrier, una antigua bailarina, cuyos ojos negros, cuyos diamantes, y lujo, y amores, fueron célebres en un tiempo, habitaba hacía tres ó cuatro años retirada en el fondo de un hotelito, temblando siempre de que fuesen á asesinarla, con sus diamantes encerrados en fuertes cajas de hierro, y un querido joven, cierto comisionista de comercio, más robusto que un tío del mercado, que de cuando en cuando se enfadaba, levantaba el gallo y la hacía temblar también.

—¡Clara Dujarrier! ¿Y por qué no, después de todo?—pensaba Mariana.

Decíase que Guy de Lissac, quien en otro tiempo la había presentado á la antigua bailarina, había estado enamorado de Clara algunos años antes, y que estaban reñidos desde un día que llegó á oídos de la bailarina cierta frase de Guy muy comentada en el círculo.

—Cuando la veo—dicen que decía Lissac—me siento siempre conmovido, porque me recuerda mi juventud.... pero no la suya.

Clara era rica y quizás avara. Pero el instinto decía á Mariana que tal vez en ella encontrase el auxilio que le era menester:

¡Dinero!

—¡Se lo devolveré todo! ¡con usura! Ella hará así su negocio también.

Y atrevidamente, con la cabeza erguida, la sobrina de Kayser se golpeaba el pecho y contemplaba en el espejo su soberbio busto y su bellissimo y pálido semblante.

Al día siguiente, por la mañana temprano, se encaminó á casa de la antigua bailarina.

Clara Dujarrier vivía en esa extensa calle de La Fontaine, que tanto tiene de la calle Real de un pueblo ó de una pequeña capital de provincia,

como del suntuoso barrio de una gran ciudad, con sus casitas de recreo, sus *chalets* encerrados en jardinillos á la inglesa, sus parterres rodeados de una verja de hierro, sus colegios; y mezcladas con todas esas cosas tiendecillas de carne, boticas, tabernas, panaderías. Es una especie de pueblo veraniego, de aspecto abandonado en invierno. Mariana miraba á todas partes buscando con la vista el hotelito de Clara. Otra vez había estado en él.

Un guardia de orden público paseaba tristemente—como para recordar la ciudad—y por el lado suyo pasaba un jardinero arrastrando sus zuecos, como para recordar el pueblo.

Allí vivía, envuelta en la soledad y el silencio, la mujer que en un tiempo levantaba tempestades de bravos y de aplausos en el teatro de la Opera bailando con la Ceristo. Su casa estaba siempre cerrada, y para distraerse, la antigua bailarina se entretenía en contemplar desde sus ventanas la alta chimenea de alguna fábrica vecina, por donde salían espesas columnas de humo.

Mariana tiró varias veces de la campanilla que había en la verja del jardinillo del hotelito. La campanilla parecía enmohecida. Una criada vieja fué al cabo á abrir, gruñendo y malhumorada.

Ella condujo á la joven á la sala donde estaba

Clara Dujarrier comiendo pastelillos y repartíendolos con un perrito inglés que tenía en la falda.

El perro estuvo á punto de saltar al cuello de Mariana, en tanto que Clara, al verla, se levantó y la abrazó cariñosamente.

—¡Ah! ¡pues si es mi amiga!..... ¡Cuánto me alegro! Y ¿qué casualidad?.....

Mariana miraba á la Dujarrier. Aun estaba bastante guapa, aunque algo pintada, con los ojos hinchados y las mejillas arrugadas y pálidas; pero conocía tan á fondo todos los secretos del embellecimiento, que se había convertido en una estatua, un poco gorda, es verdad, pero aceptable todavía.

Escuchó á Mariana, sonrió, frunció las cejas y corredora de amor y consultora de cortesanas, acabó por decir á la *pequeña* que tenía muchísima suerte y que había llegado con tal oportunidad, que bien se le podía decir aquello de que vale más llegar á tiempo que rondar un año.

—Sí, sí, de veras; parece que lo han hecho á propósito. Vanda, ya sabéis, Vanda.

—No sé quién es—dijo Mariana.

—Sí, mujer; aquella muchacha alta y bulliciosa á quien Guy llamaba siempre el *Torbellino*.

—No me acuerdo.....

—Bueno, eso no importa. El caso es que Vanda

se ha ido á Rusia hace un mes. Allí permanecerá todo este año y parte del que viene. Su *general* se lo ha exigido, porque él ha tenido que irse para vigilar á los nihilistas. Y quiere alquilar su hotel de la calle de Prony. Naturalmente. Es un hotel encantador, muy *chic* y admirablemente puesto. Tenéis suerte, porque no es muy caro.

—Por poco que lo sea, lo es mucho para mí que no tengo un céntimo.

—¡Tonta! ¡Vaya si tenéis!—exclamó Clara Dujarrier;—y además, aquí estoy yo que os he querido siempre mucho. Os prestaré el dinero necesario para la instalación, me firmaréis unos pagarés que vuestro Ministro, que su Excelencia pagará. Vanda no es exigente, y con tal de que el hotel se lo alquile uno que lo cuide, se dará por satisfecha con poca cosa. Y en fin, si quisiera dinero adelantado ó en fianza, puede que yo lo encontrase. Pero sobre todo, hija mía—y la vieja bajaba la voz—no digas nada á Adolfo.

—¿Adolfo?

—Sí, mi *esposo*..... ¿No lo conoces?

Y cogió de encima de la mesa una fotografia puesta en un cuadro de terciopelo azul, donde Mariana vió la imagen de un jastial de cara estúpida, manos grandes, bigotes como un cepillo, y que se

apoyaba en un bastón, sacando el pecho en ademán presuntuoso.

— Es guapo, ¿no es verdad?..... ¡Muy joven!..... y me quiere..... ¡Y yo lo adoro!

Los ojos hundidos de Clara Dujarrier parecían dos ascuas ardiendo. Pasó por el retrato sus labios pintados y lo volvió á poner sobre la mesa.

Mariana tenía compasión de aquel amor casi senil, el repugnante último amor de una prostituta.

Pero no estaba para pensar mucho en aquellas cosas. Se hallaba loca de alegría. Parecía que delante de ella habíase abierto una brecha por la que penetraba un rayo de sol esplendoroso.

¡Qué buena inspiración había tenido al pensar en Clara Dujarrier!

Firmaría todo lo que quisieran y reconocería todas las deudas y todos los réditos que le exigiesen. Nada le importaba, porque ahora estaba ya segura de *llegar*.

— Tenéis razón, mucha razón — le dijo la bailarina. — El nido está perfectamente para los pájaros. Vuestro Ministro — no os pregunto el nombre, aunque lo he de saber por la firma de los pagarés — os trataría como á una modistilla si os viera en casa de vuestro tío. Mientras que en el hotel de Vanda! ¡Ah! ¡el hotel de Vanda! ¡Ya me diréis

lo que es bueno! Conque está convenido. Escribiré á Vanda diciéndole que su casa está alquilada y muy bien alquilada. ¡Dadme un abrazo y marchaos! Oigo á Adolfo que viene, y no le gusta ver caras nuevas. La vuestra es demasiado bonita, añadió con un tono singular.

Hizo que la criada acompañase á Mariana hasta la puerta, con una rapidez que demostraba gran temor de que su *esposo* viese á la joven. Clara Dujarrier era celosa.

— ¡No seré yo ciertamente quien le quite á ese mozo de cordel! — pensaba Mariana alejándose de la calle de La Fontaine.

Empezaba á obscurecer; una neblina azulada subía, como si fuese el aliento del río, por encima de los muelles. A lo lejos, Mariana veía á París, y la visita que acababa de hacer se la autojaba un sueño; cerraba los ojos, y en tanto que una voz misteriosa pronunciaba en su interior estos nombres: Rosas, Vaudrey, Vanda, la calle de Prony, ella se veía ya tendida en un sofá magnífico en el suntuoso hotel de una entretenida, y contemplaba á sus pies á aquel hombre — un Ministro — que con aire suplicante, imploraba su amor, mientras que otro hombre que parecía Rosas, allá á lo lejos, viajaba, se alejaba y desaparecía.

—Vamos — pensaba la supersticiosa — había de ser uno de los dos! ¡El Duque ó el Ministro!
¡No he sido yo quien ha escogido!

Y mirándose en el cristal de la ventanilla del coche, donde aparecía confusamente su rostro pálido, se envió un beso á sí misma, y alegre como una chiquilla, dijo en voz alta riendo como una loca:

¡Buenos días, Vanda!.... ¡Señorita Vanda, yo os saludo!

IX.

El barrio de Monceau es una especie de ciudad completa, surgida bruscamente como por encanto, y como quien dice, de la noche á la mañana; una improvisación á fuerza de millones. En lugar del tugurio del zapatero de viejo, de la taberna con cortinillas encarnadas en la vidriera y de la pobreza del boulevard exterior, aquel rincón de tierra ha visto florecer de pronto, sin saber cómo, todos los estilos de la arquitectura, los disparates de la fantasía: el magnífico castillo antiguo, el *collage* inglés, la morada á lo Luis XIII codeándose con la casa flamenca, la salamandra de Francisco I

esculpida en la fachada de una vivienda de burgués, y el portalón de estilo gótico abriéndose de par en par, para dejar paso al magnífico carruaje de la entretenida. Una ciudad dentro de otra. Algo de nuevo, de blanco, de insensato, de convencional: lo colosal al lado de lo coquetón, la enormidad de un gran hotel á la americana, proyectando su sombra sobre una casita á la italiana. Algo de parisiense y algo de yankee. El castillo de Blois protegiendo á una chocolatera, y el taller de un artista convertido en salón de un tendero enriquecido.

El hotelito de Vanda — *una de nuestras bellas fugitivas*, como decían las crónicas de los periódicos que se acordaban de ella — hotelito elegante, de aspecto severo por fuera, lleno de juguetes primorosos y de carísimos caprichos de la moda, muy moderno por dentro, pasaba por ser uno de los más coquetones de la calle de Prony. Tenía un cartelón muy triste que decía: *Se alquila*, desde que se marchó la mujer que lo habitaba. Sus balcones cerrados le daban un aspecto sombrío. ¡Tanto silencio después de tanto ruido! Vanda era una muchacha ruidosa, animada, gastadora, loca. Por aquellos balcones se escapaban en otro tiempo trozos de canciones en boga,

—Vamos — pensaba la supersticiosa — había de ser uno de los dos! ¡El Duque ó el Ministro!
¡No he sido yo quien ha escogido!

Y mirándose en el cristal de la ventanilla del coche, donde aparecía confusamente su rostro pálido, se envió un beso á sí misma, y alegre como una chiquilla, dijo en voz alta riendo como una loca:

—¡Buenos días, Vanda!.... ¡Señorita Vanda, yo os saludo!

IX.

El barrio de Monceau es una especie de ciudad completa, surgida bruscamente como por encanto, y como quien dice, de la noche á la mañana; una improvisación á fuerza de millones. En lugar del tugurio del zapatero de viejo, de la taberna con cortinillas encarnadas en la vidriera y de la pobreza del boulevard exterior, aquel rincón de tierra ha visto florecer de pronto, sin saber cómo, todos los estilos de la arquitectura, los disparates de la fantasía: el magnífico castillo antiguo, el *collage* inglés, la morada á lo Luis XIII codeándose con la casa flamenca, la salamandra de Francisco I

esculpida en la fachada de una vivienda de burgués, y el portalón de estilo gótico abriéndose de par en par, para dejar paso al magnífico carruaje de la entretenida. Una ciudad dentro de otra. Algo de nuevo, de blanco, de insensato, de convencional: lo colosal al lado de lo coquetón, la enormidad de un gran hotel á la americana, proyectando su sombra sobre una casita á la italiana. Algo de parisiense y algo de yankee. El castillo de Blois protegiendo á una chocolatera, y el taller de un artista convertido en salón de un tendero enriquecido.

El hotelito de Vanda — *una de nuestras bellas fugitivas*, como decían las crónicas de los periódicos que se acordaban de ella — hotelito elegante, de aspecto severo por fuera, lleno de juguetes primorosos y de carísimos caprichos de la moda, muy moderno por dentro, pasaba por ser uno de los más coquetones de la calle de Prony. Tenía un cartelón muy triste que decía: *Se alquila*, desde que se marchó la mujer que lo habitaba. Sus balcones cerrados le daban un aspecto sombrío. ¡Tanto silencio después de tanto ruido! Vanda era una muchacha ruidosa, animada, gastadora, loca. Por aquellos balcones se escapaban en otro tiempo trozos de canciones en boga,

acordes de vals, ecos de rigodones. Los caballos de Vanda piafaban alegremente al salir, á la hora de ir al bosque de Bolonia, por el gran portalón que daba entrada á las caballerizas. Y desde hacía algunos meses aquel rinconcito de la calle de Prony estaba silencioso, como abrumado por la tristeza que tienen siempre las cosas abandonadas.

Allí era donde Mariana, jugándose el todo por el todo, había entrado con la cabeza erguida, resuelta á sacudir para siempre la miseria ó á perecer de una vez si fracasaba en su demanda.

La Dujarrier le había ayudado en su instalación, colocando esperanzas en la belleza de la señorita de Kayser, como quien lleva ahorros á una casa de banca. Y al contemplarla despacio, la vieja meneaba la cabeza. Mariana tenía que darse prisa. Estaba pálida, ya cansada; y su hermosura, tanto más notable con aquella languidez interesante, iba llegando á su apogeo, como decía la vieja Celestina.

—Después de todo—se decía para sus adentros la Dujarrier—ése es el momento más á propósito para triunfar. No asciende una á *generala* hasta que es vieja.

Mariana por su parte experimentaba las mismas sensaciones que la Dujarrier. Sentía que lle-

gaba al momento crítico de su vida; aquello era una partida de *baccarat* que iba á jugar con su suerte. Podía salir de ella rica, segura de no ir á morir en un hospital después de haber paseado por esas calles sus barapos, ó podía salir llena de deudas, perdida para siempre, ahogada. Este término del negocio, cuando pensaba en él, la hacía sonreír irónicamente.

Tenía en contra suya su pasado, su vida de aventuras, casi casi la vida de una mujerzuela; no le faltaba ahora más que las deudas, para ser una de las criaturas más infelices de París.

Había firmado á la Dujarrier pagarés por valor de todo el dinero que le adelantaba la vieja, la cual, para disculparse de aquellas precauciones, le decía:

—De esta manera se tiene cogida á la gente.

Mariana había firmado además todo cuanto la otra le exigía para tener algunos fondos con que empezar á vivir. ¿Qué le importaba zambullirse un poco más hondo, como decía ella, en aquel lenguaje peculiar suyo que tanto tenía del *argot* del arroyo como de la conversación de los salones.

—¡Bah! ¡Yo nado bien!

Y se erguía bruscamente, tranquila por una parte y aguijoneada por otra por la misma Dujarrier, que se encogía de hombros diciendo:

—Cuando una mujer como vos tiene entre sus uñas á un hombre como Vaudrey, á un ministro, tiene asegurado su negocio.

Sulpicio no era hombre capaz de resistir largo tiempo á una parisien tan refinada como Mariana. Habia en él ilusiones y ardimientos, poesías propias de los veinte años, convertidas en apetitos propios de los cuarenta. Muy joven de sentidos y de alma, aquel provincial hambriento de París habia sentido al encontrarse frente á frente con Mariana, locos deseos de una vida nueva. El deslumbramiento de su entrada en el ministerio se completaba con la quemadura que le produjeran las miradas de Mariana.

Apenas instalada en la calle de Prony, ella le recordó su promesa de ir á verla. Vaudrey acudió con presurosa curiosidad, y salió de allí mucho más emocionado, más turbado, como si acabase de echar una mirada á un mundo desconocido. El refinado lujo del hotel de Vanda lo habia embriagado súbitamente.

Mariana muy tranquila y muy á sangre fría, observaba con cuidado los estragos cotidianos que la pasión iba haciendo en Sulpicio. Observaba sus rápidos progresos con la frialdad de un médico. Dosificaba como si fuera un tósigo el veneno infil-

trado en sus miradas, inyectadas, por decirlo así, con exquisita sabiduría en las venas de aquel hombre. Resuelta á ser su querida, quería hacer como que sucumbía como una loca, en vez de caer como una prostituta.

Con otro cualquiera que no fuese Vaudrey, tal vez se hubiese entregado antes; pero trataba al ministro como tratara en otro tiempo á Rosas. Puesto que esos idealistas aman tanto sus ilusiones, era cosa de recrearse en el platonismo, porque también prefería ser libre un poco de tiempo para no llevar el fardo de placeres de que estaba harta, y que siempre le habían producido más disgusto que embriaguez.

Decíase también que con Sulpicio era necesario jugar claro y amar de verdad. Lo mismo que con Rosas. Però esta vez no dejaría que se escapase Vaudrey como se había escapado el Duque. Se entregaría en el momento oportuno, segura de que al día siguiente no había de marcharse Sulpicio.

—Rosas estaría aquí—se decía Mariana segura de sí misma—si hubiese sido mi amante.

Después de un momento de tristeza, se encogía de hombros y añadía:

—¡Bah! Lo escrito, escrito está, como él decía. Si no tengo á uno, tengo al otro.

El otro evidentemente estaba cada día más enamorado. Acudía presuroso á visitar á Mariana; el coche de alquiler, donde á veces yacía esperándolo su cartera de ministro, se detenía todos los días delante de la casa de Mariana. Se sentía más dichoso cuando creía haber adelantado algo en el afecto de la señorita Kayser, que cuando había conquistado algunos nuevos amigos para su mayoría parlamentaria. Las ambiciones cedían el paso á los deseos ardientísimos de poseer á aquella mujer.

En el ministerio, ya á solas con Adriana á las horas de comer, ya entre los quehaceres de las recepciones íntimas y de las audiencias de por la mañana, se quedaba á veces silencioso, distraído, y en realidad con el pensamiento en la calle de Prony.

Dulcemente, con una encantadora sonrisa que daba remordimientos á Sulpicio, Adriana le conjuraba á que trabajase menos, á que se distrajera, á que no se preocupase tanto con la política.

—Te aseguro que estás muy pálido, que tienes el aspecto fatigado. ¡No trabajes tanto!

—Son estas pícaras necesidades administrativas. ¡Tantos expedientes que examinar!

—Ya lo sé. ¿Pero no tienes al señor Warcolier? ¿No te ayuda? ¿De qué te sirve?

—De nada—contestaba con mal humor el ministro, que por cierto en eso decía la verdad.

Los negocios políticos lo absorbían, en efecto, de tal suerte, que érale necesario robarles un tiempo precioso para ir á hurtadillas á la calle de Prony.

Cierto que se aproximaban las vacaciones parlamentarias y que antes de un mes Vandrey estaría con ello más libre; pero durante las tres semanas que aun faltaban, el ministro tenía que modificarlo todo, que transformarlo todo, que sanearlo todo, según decía Warcolier en su despacho de la plaza de Beauvau.

¡Qué importa! Siempre encontraba ocasión de escaparse de incógnito en un coche de alquiler á la casa de Vanda. Mariana lo recibía siempre. El criado ó la doncella le abrían la puerta con la deferencia que se muestra á las *gentes* que, en un concepto ó en otro, subvencionan una casa. Para Vandrey era una especie de misterio la existencia de la señorita de Kayser.

Ramel, que conocía á su tío el pintor, le había dicho lo pobres que eran. ¿Cómo estando el tío en la miseria, se hallaba la sobrina tan lujosamente instalada?

Kayser, á quien había encontrado una vez en

casa de Mariana, le contestó que su sobrina era una muchacha que sabía vivir y conocía el mundo. Pero nada más.

—He tardado mucho en comprender—añadió— todos los recursos que hay en esa cabecita. Me parecía una loca, y el loco era yo creyendo semejante cosa. Es una mujer fuerte, de temple, una verdadera mujer. Sólo le reprocho una cosa.

—¿Cuál?—preguntó Vaudrey.

—¿Podéis preguntármelo, señor ministro? El género que predomina en su casa. Todos estos juguetitos y bobadas son poco artísticos. ¡Les falta severidad! ¡Les falta moralidad! Quisiera ver aquí cuadros y esculturas que tuviesen estilo. No digo que yo pusiera santitos en todas partes; pero por lo menos alegorías morales, arte austero. En cuestiones de arte no comprendo más que la austeridad. Soy un puritano de la pintura. Por eso no seré nunca nada, porque ahora estamos en los tiempos de los pintores de género y de los acuarelistas.

Y Kayser se marchaba á pintar alegorías, en tanto que digería el almuerzo de hígado de pato rociado con Kummel que acababa de comer en casa de su sobrina.

Vaudrey contemplaba aquellos objetos del Ja-

pón, aquellos estrados, aquellos tapices, aquellos pedestales que soportaban grupos de barro cocido cuyas desnudeces le parecían carnes sonrosadas de mujer, aquella profusión de juguetes, de muebles, de *poufs*, aquel capitoneado de las paredes que parecía puesto expresamente para atenuar las caídas y que daba tentaciones por todas partes de entregarse á los amores de encuentro, á los caprichos con alevosía; y al salir del hotel donde no había dicho á Mariana más que insípidas galanterías, cien veces repetidas, donde ella no le había dicho más que esas palabras acariciadoras de la mujer que quiere entregarse, pero que no quiere ofrecerse, se llevaba en el olfato cierto perfume penetrante á mujer, que le seguía por todas partes y que le obligaba á volver á aquella casa, donde le parecía que iba á encontrar un mundo nuevo para él.

No insistiría mucho tiempo en lo de saber cómo Mariana Kayser había podido procurarse aquellos *bibelots* que tanto ofuscaban el puritanismo del bueno de su tío. Hallábase impulsado á una aventura cuyo aspecto misterioso le agradaba. El hecho mismo de no poderse explicar el misterio de la existencia de aquella mujer lo seducía más aún. Le parecía no sólo que tropezaba con una situa-

ción romántica, sino que él mismo era un héroe de novela. Jamás, allá en los tiempos en que rodaba por el mundo, infeliz estudiante anónimo, envuelto entre la muchedumbre parisiense, al elevar sus sueños hasta alguna pálida aristócrata, hasta alguna muchacha elegante entrevista en el fondo de un carruaje ó en el antepecho de una platea, jamás en esos casos, se le había ocurrido encarnar su idealizado deseo, en una criatura tan seductora. Sueños de poder, sueños de amor de los veinte años, que acudían ahora á su memoria, porque creía que á los cuarenta se habían hecho tangibles y que sólo necesitaba alargar la mano para tocarlos.

—¿Tendrá razón Ramel—se decía—y seré yo no más que un provinciano sediento de *parisina*? ¿Y qué importa? Que la señorita de Kayser sea lo que quiera, y yo, lo que pueda; me parece que no he amado jamás á nadie como amo á esa mujer.

«Ni siquiera á Adriana...» añadía muy quedito una vocecilla turbadora que resonaba allá en el fondo de su alma. Pero Sulpicio para ahorrarse la contraba siempre una razón: Adriana no era comparable á ninguna criatura del mundo. Adriana era el encanto, el consuelo constante del hogar. Era la esposa y no la *mujer*. Era la amistad y no el amor.

Vaudrey hubiese dado un brazo por ahorrarle el más pequeño disgusto; pero, sin embargo, no pensaba en ella al tratarse de Mariana. No sabía nada, ni llegaría á saberlo nunca. Por otra parte, ¿qué crimen cometía hasta entonces? Y había una porción de restricciones y reservas mentales en ese *hasta entonces*, que Sulpicio de buena gana hubiese borrado, dispuesto á exclamar con la misma buena fe del marido que engaña á su mujer:

—¿De qué falta soy culpable?

Una tarde—no había sesión en la Cámara aquel día—Mariana se hallaba sentada en su saloncito. Calentando á la clara lumbre de la chimenea la punta furtiva de sus elegantes zapatillas, que se mostraban, como un pájaro que sale del nido, su piquito bajo el bordado de la bata, y con la pierna derecha puesta sobre la otra, parecía meditabunda y preocupada.

Estaba aburrida.

Justa, una doncella que le había recomendado la Dujarrier, acababa de decirle con la sonrisita un poquillo burlona de los criados cuando adivinan ciertos apuros, que el tapicero había estado allí dos veces.

—¡El tapicero!

Y Mariana frunció las cejas imperceptiblemente.

—¿Qué ha dicho?—preguntó.

—Nada; que vendría mañana.

—¿Y á eso le llamas nada?—dijo Mariana riendo con afectación.

Cuando Justa hubo salido de la sala, dirigióse á un mueblecito italiano de ébano con incrustaciones de marfil, que tenía un cajoncillo con cerradura y llave.

Al tirar de él, el ruido á dinero que sonó en el fondo del cajón la hizo sonreír; luego, con la punta de sus blancos dedos extendió en el fondo del cajón las monedas de oro que allí había, y haciendo una mueca cerró el mueble bruscamente, y cruzando los brazos volvió á su sitio de junto á la chimenea y empezó á golpear nerviosamente la alfombra con uno de sus menudos pies.

—El dinero de la Dujarrier no durará mucho—pensaba;—ó por mejor decir, se ha concluido ya.

Proyectaba dar el golpe de gracia. Hasta entonces su aventura con Sulpicio había flotado en el sentimentalismo de la novela ó del romance. El Ministro se creía amado por su propio valer. No veía en Mariana más que una muchacha excéntrica, despreocupada que olvidaba las preocupaciones y los deberes sociales, que disponía de su vida á su antojo, por no tener que dar cuenta de sus actos

ni á un marido, ni á un amante. Era libre y hacía de su libertad un placer. Sus terribles cuestiones prácticas, las necesidades cotidianas, escapaban á la consideración de aquel hombre, preocupado con las arduas cuestiones de la gobernación del Estado. Ni siquiera se preguntaba que de dónde salía el lujo de Mariana. Iba enloqueciendo poco á poco, sin pensar en analizar ni en saber nada, y con la mayor candidez. La primera palabra de la señorita de Kayser debía despertarlo únicamente.

Sabia que Vaudrèy debía ir aquella tarde, y abandonando el amor de la lumbre como á impulsos de una idea súbita, fué á vestirse, poniéndose una bata de raso negro con adornos de terciopelo granate, descolada y que dejaba ver el nacimiento del seno y las blancuras del cuello. Sus cabellos rubios caían sobre el cuello de terciopelo, y aquel rostro pálido, encima de aquel traje extraño, adquiría en medio del saloncito, á media luz, todo el encanto de una aparición.

Sulpicio, al verla, no pudo menos de detenerse un momento para admirarla allí, en el sofá, donde ella le esperaba arreglando un par de peles.

Mariana le alargó la mano, una mano pálida, lánguida como la de una muerta, y con acento lánguido también, le preguntó que por qué se quedaba allí parado sin acercarse á ella.

—Estoy contemplándoos—dijo el Ministro.

—¡Siempre tan galante!—contestó Mariana.—

¿No estáis ya cansado de contemplarme? Ordinariamente los caprichos duran poco tiempo.

—El afecto que os profeso no es un capricho.

—¿Qué es entonces? Tendría curiosidad.....

—Es una verdadera pasión, Mariana; una pasión absoluta, profunda, loca.....

—¡Oh! dejaos, dejaos de eso—contestó Mariana.— Sé que habláis muy bien, porque he oído vuestros discursos en el Parlamento. Una declaración de amor os cuesta lo mismo que una declaración política. Pero hoy, mi querido Ministro, no estoy dispuesta á oírlas, ni siquiera viniendo de vos.

Había en estas últimas palabras cierta ternura que atenuaba un poco el tono de aburrimiento y hastío con que hablaba Mariana. Sulpicio vió en él la aceptación muda de su amor.

—Sí—dijo bruscamente Mariana;— estoy triste, horriblemente triste.

—¿Sin motivo?—preguntó Vaudrey.

Ella se encogió de hombros.

—¡Oh! No soy de las mujeres á quienes dominan los nervios. Cuando estoy triste, es porque hay motivo. Sabedlo de una vez para siempre.

—¿Y qué motivo es ése? Me alegraría conocerlo, Mariana, porque os juro que vuestros pesares y vuestras tristezas me interesan tanto, que quisiera siempre compartíroslos con vos.

—¡Gracias!..... pero hay disgustos vulgares en la vida, que no pueden ser confiados más que á los más íntimos amigos.

—No tenéis otro amigo más sincero y más leal que yo—dijo Vaudrey con el tono de un profundo convencimiento.

Ella lo sabía, porque leía en aquel alma como si fuese en un libro.

—Precisamente cuando se encuentran amigos como vos es cuando más se desea no entristecerlos, para no perderlos, porque sería una estupidez.

—Pero vamos á ver—preguntó Vaudrey acercándose á Mariana.—¿Qué tenéis? yo os suplico que me lo digáis.

Y la miraba con fijeza, buscando en el fondo de sus azules pupilas un secreto ó una confesión que no se le alcanzaba; instintivamente sus dos manos habían cogido las de Mariana, que estaban frías como el hielo, y que ésta le abandonaba. Al inclinarse hacia ella para suplicarla que hablase, sintió la dulzura de aquel aliento, el perfume de aquel cutis finísimo y el del raso de la bata que

dibujaba bajo sus negros pliegues un cuerpo de exquisitas curvas y contornos. La rodilla de Mariana apretaba suavemente su rodilla, en tanto que los párpados, medio cerrados, casi ocultaban los ojos de la joven, en los cuales le pareció á Vaudrey ver algunas lágrimas.

—Mariana, por Dios, yo os pido que si tenéis un disgusto cualquiera que yo pueda remediar, me lo digáis en seguida con entera franqueza.

—Bahl ¡Si fuese un disgusto!.....—dijo ella retirando bruscamente la mano izquierda de las manos de Vaudrey que la estrechaban dulcemente.—Pero es algo peor: es un apuro de dinero, sí, de dinero, añadió de pronto al ver la expresión de extrañeza que se dibujaba en el semblante de Vaudrey.

Cogió un puñado de los papeles que parecía hallarse arreglando cuando Vaudrey entró en la sala, y añadió con acento de cólera y de desagrado:

—Esto, ¿veis esto? pues son las cuentas de esta casa: cuentas de acreedores que alborotan, tapiceros, cerrajeros, albañiles, y qué sé yo cuántos otros más.

—¿Cómo! ¿Vuestro hotel?.....

—¿Creiais que lo había pagado? Pues mi hotel lo tengo en alquiler, y nada de cuanto hay en él

se halla saldado del todo. Debo todo esto á un enjambre de acreedores.

Y se echó á reir.

—¿Creéis que la sobrina del pobre Kayser podía hacer la vida de lujo que habéis visto? No tengo un cuarto: ¿cómo ha de ser mio todo esto que hay aquí?..... No..... He cometido la locura de encargar todas estas cosas, y ahora debo y es menester pagar, y si no, me llevarán á los tribunales. ¡Ahí tenéis lo que me pasa, ya que tanto insistís en que os lo diga!..... Pero estos apuros míos no deben preocuparos, mi querido Vaudrey; así es que..... hablemos de otra cosa. ¿Qué hay de la interpelación Fraynais? ¿en qué ha quedado?.... ¿qué ha sucedido en la sesión?

—No hablemos más que de vos, Mariana—dijo el Ministro, mirando á la joven con cierta expresión de lástima y de candidez, como un médico mira á un enfermo.

Ella agitaba los dedos nerviosamente y golpeaba la alfombra con los dos pies.

Él se acercó más todavía, procurando calmarla, obtener explicaciones, noticias; y Mariana, como si al revelar su secreto hubiese cedido á un movimiento irreflexivo, se negaba ahora á completar su confidencia. Repetía que no debían decirse nunca

á los amigos cosas que los entristecieran y que además no era prudente revelar de buenas á primeras el secreto de su vida. Puesto que estaba decidida á callar, Sulpicio con su insistencia la hacia sufrir horriblemente.

—Más me hacéis sufrir á mí—dijo Sulpicio—no contestándome, Mariana; á mí, á quien interesa el más pequeño pormenor de vuestra existencia; á mí, que sé que estáis preocupada, angustiada, y que quisiera, os lo aseguro, ahorraros esas preocupaciones y esas angustias.

Ella se volvió hacia él con movimiento brusco, lanzando chispas de sus bellísimos ojos garzos, y como si adoptase una resolución súbita, violenta, involuntaria, dijo á Sulpicio:

—¿De modo que queréis conocer todas las miserias de mi vida? Pues sea. Pero os prevengo que el relato no es nada agradable. Más despues de todo—añadió, lanzando á Sulpicio una mirada que le hizo estremecerse—mejor es jugar con las cartas descubiertas, y si me amáis como decís, bueno es que me conozcáis tal cual soy; luego veréis lo que habéis de hacer. Ya estoy acostumbrada á los desengaños.

¡Ah! Vandrey comprendía que lo que quiera que fuese lo que aquella mujer iba á decirle, no haría

más que aumentar su amor. Ella se puso de pie y con los brazos cruzados sobre el raso negro de su bata, los adornos granate de la cual parecían sangre de heridas recientemente abiertas, y con los ojos chispeantes y enrojecidos que contrastaban con la palidez mate de su rostro, con los labios movidos por una expresión extraña de voluptuosidad que solicitaban al beso, empezó á relatar á Vandrey, que estaba sentado delante de ella y la contemplaba absorto, una tristísima historia de su infancia, de su adolescencia ignorante y descuidada, de su juventud malgastada; tristezas, faltas, arrebatos de fe, caídas, sobresaltos de amor, de orgullo, de virtud, de regeneración por medio del arrepentimiento, de esperanzas desvanecidas, de confianzas muertas, toda una desgarradora existencia de mujer que habia dejado menos parte de su cuerpo que de su corazón enganchada á los clavos del Calvario, algo, vulgar y pasado con frecuencia, pero cruelmente verdadero, que iba derecho al corazón de Sulpicio, á aquel corazón henchido de piedad, propio de un hombre crédulo como él, atraído por todo lo que le parecía doloroso y exquisito en aquella mujer.

—Tal vez os estoy fastidiando—dijo ella de pronto.

—¡Vos!—contestó él apasionadamente, mientras se pasaba la mano por los ojos para enjugar una lágrima.

En los de Mariana brilló una rápida llamarada de triunfo.

—¡Pues bien—dijo luego—ésa es mi vida! He amado, me han engañado, creí en alguien, y una mañana me desperté con la siguiente perspectiva: meterme del todo en el cieno ó hacer lo que hacen muchas: tomar un amante y salvarme por medio del lujo, ya que no podía regenerarme por medio del amor. ¡Bah! ¡el mundo es más tolerante con el éxito que con el arrepentimiento! No se trataba, pues, más que de triunfar, y á fe que.... ¿Conocéis bien al Duque de Rosas?

—No—balbuceó Vaudrey, que vió surgir ante sus ojos la elegante figura del aristócrata español.

—¿No lo oísteis la otra noche?

—Quiero decir que no le he hablado nunca. ¿A qué viene hablar del señor de Rosas?

—El señor de Rosas me ama. ¡Oh!—exclamó Mariana conteniendo un gesto de Vaudrey—¡Esperad! Decía que me amaba. Es muy rico. ¿Por qué no había de ser la querida de Rosas? ¡Venta por venta, ésa al menos era buena! ¡Y me decidí

por Rosas! Para recibirlo dignamente he hecho la locura ésta sin saber lo que hacía. ¿Qué son estos gastos para un Rosas?—dijo luego estrujando entre sus delicados dedos las facturas que tenía en las manos.

—¿Y.... el señor de Rosas?—preguntó Vaudrey, que estaba muy pálido.

—¿Él?

Mariana se echó á reír.

—¡Se ha ido!.... Ya os lo he contado.... Tal vez ha hecho bien, después de todo.... Por un momento lo he sentido.... Pero ¡bah! ¡de todos modos lo hubiese yo despedido!.... Sí, señor, sin más ni más. ¡Sin permitirle siquiera que me tocase con la punta de los dedos!

—¿A Rosas?—repitió el Ministro, fijando la mirada en los ojos de Mariana.

—A Rosas—afirmó ella bajando la voz.—¿Y sabéis por qué lo hubiera hecho?

—¡No!....—contestó Sulpicio temblando.

—¡Pues, sencillamente, porque ya no le amaba! ¡Y porque amaba á otro!

La joven había pronunciado lentamente, con acento apasionado, estas últimas palabras, que causaron á Sulpicio la sensación de un estremecimiento delicioso.

¡Ah!—dijo acercándose más á ella;—¿era por eso? ¿de veras era por eso, Mariana?

Ella no había dicho á quién amaba; no había hecho más que dejar hablar á sus ojos. Pero Sulpicio se sentía rendido, vencido por el amor, loco por aquella confesión, entusiasmado; y sus manos buscaban las de Mariana otra vez, y sus brazos la atraieron hacia su pecho; sintióse ebrio por el contacto de aquel cuerpo delicioso pegado al suyo, y murmuró mientras sus dedos acariciaban el raso de la bata, el cutis del cuello y los rizos de sus cabellos:

—¿Cómo no queréis que os adore, Mariana mía? ¡Es cierto, cierto! ¡No es verdad! ¿Me amáis? ¡Ah! ¿creéis que lo que no ha hecho ese gran señor no puedo yo hacerlo?.... Estáis aquí en vuestra casa, en vuestra casa, ¿entendéis Mariana?....

Y añadió pegando sus labios á la incitante oreja de la joven:

—Es nuestra casa.... ¿Queréis que diga en nuestra casa?

Sentía entre sus brazos los estremecimientos que conmovían aquel cuerpo que se apoyaba en el suyo; sus labios erraron de la oreja á la mejilla y de la mejilla á la boca, y allí en un beso largo, frenético, que le producía la lánguida sensación

de un desvanecimiento, permaneció un rato, teniéndola estrechada contra el pecho hasta que ella se separó sonriente, encendida, con los ojos húmedos y brillantes y diciendo con extraña expresión:

—¡Ahora ya está firmado el pacto!

Sulpicio no había experimentado jamás, ni aun en las horas de su primera juventud, una sensación tan embriagadora como la que experimentaba en aquel instante. Era el completo abandono de sí mismo, el olvido absoluto de todo. Todo lo que era realidad, dispuesto á apoderarse de él en cuanto saliese de aquella casa, desaparecía ante la delicia de este sueño delicioso: poseer aquella mujer. Olvidaba la Cámara, el salón de conferencias, aquellas muchedumbres que dominaba desde lo alto de la tribuna, y hasta la misma Adriana, sentada allá junto á un balcón de su palacio, esperándolo impaciente. Lo olvidaba todo, todo. Con esa singular facultad que tienen las personas de impresiones fáciles y fugitivas, le parecía que su horizonte estaba limitado á aquellas paredes tapizadas de seda, á aquel saloncito de mujer hermosa, contiguo á su tocador y á su alcoba, de donde se desprendía el perfume de los ramos de flores colocados en artísticos jarrones.

Luego el corazón se le henchía de cierta fiereza

especial. Experimentaba un gozo inexplicable al pensar que él, el pobre abogadillo de Grenoble, arrebatada su conquista á un Duque y pagaba las deudas contraídas por Mariana. Cierta movimiento instintivo de vanidad le hacía erguir la cabeza con orgullo. El, el hijo de unos pobres diablos provincianos, aplastaba á todo un Rosas bajo su generosidad.

—¿Qué queréis que haga para que esos acreedores callen?—dijo á Mariana, cuyas manos estrechaba entre las suyas, y cuyo rostro tocando al suyo, le tenía vuelto el juicio.

—Nada—respondió ella.—Me basta que os ofrezcáis á salvarme para sentirme salvada. En nuestra casa, lo habéis dicho, aquí estamos en nuestra casa. Y si los acreedores no me creen cuando les diga que tengan paciencia....

—Os creerán—exclamó Vaudrey.—Vamos á ver, busquemos un medio.... ¡Con mi firma, cualquiera prestará dinero!

Parecía que Mariana estaba esperando la palabra *dinero*, brutal y elocuente, para decir á Vaudrey que Clara Dujarrier, una antigua amiga suya, conocía íntimamente á un tal Adolfo Gochard, el cual, con la firma de un hombre de crédito, prestaría fácilmente un centenar de miles de francos

que tenía disponible. Bastaba hacer á Gochard un pagaré de cien mil francos á tres meses fecha, con un interés de cinco por ciento. El tal Gochard era un capitalista muy hourado, que no se dedicaba á la usura. Era un favor. La señora Dujarrier se lo había presentado algunos días antes, y ya Mariana hubiese aceptado su bondadoso ofrecimiento si hubiera creído que iba á poder pagarle á fecha fija.

—¿Dónde vive ese señor Gochard?—preguntó bruscamente Vaudrey.

—¡Oh! no tendréis ni necesidad de verlo si quiera—respondió Mariana.—Con una esquila que le escriba yo á la señora Dujarrier, ella se encargará de todo.

—¡Cien mil francos!—pensaba Vaudrey.—Y añadía: En una plaza como París se puede encontrar un filón de oro en tres meses.

Además tenía su fortuna personal y algunas posesiones en el Delfinado. En caso necesario, hasta sin necesidad de que Adriana lo supiera, podía hipotecar la granja de San Lorenzo del Puente.

—El señor de Rosas no hubiese titubeado. Pero en él eso no hubiera tenido mérito—dijo la señora de Kayser.

El nombre y el recuerdo de aquel hombre, lan-

zado en el momento oportuno para aguijonearlo, decidieron á Sulpicio. Evidentemente el noble millonario no habría vacilado en sacar á su querida de entre las garras de los acreedores. Pnes bien, Vaudrey daría aquel dinero como lo habría dado el español, y lo encontraría. Antes de tres meses lo habría arreglado todo, fuese como fuese.

—¿Tenéis una pluma, Mariana?

El Ministro no había echado de ver el plieguecillo de papel blanco que yacía sobre el secante de una cartera de piel de Rusia colocada en un veladorcito junto á una papelería llena de sobres perforados.

—¿Qué queréis hacer, amigo mío?

Parecía estar alejando el elegante mango de pluma que había al lado del tintero, y en realidad lo aproximaba imperceptiblemente á Sulpicio, que con un brusco movimiento acababa de sentarse delante del velador.

—¡Supongo que la firma de un Ministro bastará!— dijo sonriendo.

Y se puso á escribir.

—¿Cómo has dicho?..... ¿Gochard?

Ella, pálida como una muerta, miraba por encima del hombro de Sulpicio las líneas que rápidamente escribía éste en el papel, y luego deletreando:

—Adolfo Gochard..... Go..... go..... chard.

—Toma—dijo Vaudrey alargándole el papel.

—Quiero saber lo que hay escrito, y no consentiré.....

Cogió el papel é hizo el ademán de romperlo. Sulpicio la detuvo.

—No—dijo;—quiero, exijo que lo guardes. Es la mejor respuesta que puedes dar á todas esas gentes. ¡Cuenta conmigo!

—¿Lo quieres?—contestó Mariana con voz dulcísima y moviendo la cabeza.

—Absolutamente. Es egoísmo, porque quiero sentirme ya como si estuviese en mi casa.

La cogió las manos, aquellas manos finísimas y delicadas, que besó muchas veces estrechándolas entre las suyas, llevándolas á sus labios, y buscó de nuevo aquel cuello, aquella mejilla, aquella boca, que cubrió también de besos apasionados. Y Mariana, sujetando el papel que el Ministro acababa de firmar, decía riendo y defendiéndose débilmente:

—Vamos..... vamos..... acaba..... ¡oh! ¡Qué chiquillo!..... No vas á dejar nada para otra vez!

Salió loco del hotel. Había dado orden al cochero para que lo dejase á mitad del camino del Ministerio, en la plaza de la Magdalena, y dentro

del carruaje cerraba los ojos para seguir viendo á Mariana.

Ella entretanto, sola, con los labios contraídos por una vanidosa sonrisa de triunfo, empezó á leer lo escrito en el papel:

«Pagaré al señor Adolfo Gochard, á tres meses fecha, si accede á prestar esa suma á la señorita Dujarrier, que, á su vez, la entregará á la señorita de Kayser.»

—¡Vamos, la Dujarrier tenía razón!—dijo—las habilidades de la mujer hacen más efecto que los sinapismos.

Después de hacer un ligero movimiento de cabeza y sin dejar de sonreír, fué á abrir uno de los cajones del mueblecito italiano y metió dentro, cuidadosamente doblado en cuatro partes, el papel satinado donde el Ministro acababa de estampar su firma. Pensaba que aquel autógrafa era dinero, mucho dinero, mil veces el montoncillo de monedas de oro que aún quedaban en aquel cajón como últimos restos de su improvisado lujo.

En seguida volvió lentamente á la butaca, dejóse caer en ella y cruzando las dos manos por detrás de la cabeza y levantando la mirada al techo se

puso á reflexionar, y aquellos labios que con tanta pasión acababa de besar Vandrey continuaban contraídos por la expresión satisfecha de quien acaba de ganar una batalla en la cual no entra para nada el corazón.

Era tan dueña de sí misma en aquel momento, como loco y desatentado estaba Vandrey.

A éste le parecía que dentro de él reían y cantaban voces misteriosas y que iba á estallar de alegría. Veía abrírsele inmensos horizontes, perspectivas no soñadas. Ser poderoso era magnífico; pero sentirse amado era cien veces mejor. Todo le daba vueltas dentro del cerebro: parecía estar oyendo aún la voz de Dionisio Ramel, y de pronto, cortando la palabra al antiguo periodista el chasquido de un beso de amor, y se le aparecía la deliciosa figura de Mariana.

Complacióse mucho de ir á pie un momento, cuando el carruaje lo hubo dejado sobre el asfalto que rodea á la iglesia de la Magdalena. El andar le hacía bien. Levantaba la frente instintivamente, y abría los pulmones al aire, y ensanchaba el pecho. Le parecía que todos le miraban. Algunos transeúntes, en efecto, se volvían para verlo. Hubiese estado más orgulloso de que dijeran de él: «Ahí va el amante de la señorita de Kay-

ser» que «Ahí va el Ministro de la Gobernación.»

Experimentaba cierto aburrimiento por volver á la plaza Beauvau. Estaba todavía con Mariana. Recordaba sus actitudes, sus movimientos, su sonrisa, el tono de su voz. Ahora, otra vez los negocios públicos, las firmas, los expedientes, los partes oficiales, el oficio, en una palabra, el vulgar oficio iba á apoderarse nuevamente de él. No entró en seguida en su despacho. Warcolier, el subsecretario de Gobernación, recibiría á la gente y se encargaría del despacho ordinario.

Experimentaba algo así como sed insaciable de volver al lado de Adriana muy pronto, después de separarse de Mariana, acaso para darse cuenta de la sensación que iba á sentir y si *se la conocía*, como se suele decir. Había también algo de remordimientos en aquella prisa. Quería probarse á sí mismo que Adriana no sufría, y sonreírle con el mismo cariño que siempre, para borrar de ese modo la falta que acababa de cometer.

Adriana estaba en su gabinete. Sulpicio oyó voces que hablaban allí.

—¿Tiene la señora visita?—preguntó á un criado.

—Sí, señor Ministro: el señor de Lissac.

—¡Ola, Guy! ¡qué casualidad!—se dijo Sulpicio.

Y abriendo la puerta entró, saludando cordialísimamente, á su buen amigo.

—¡Gracias á Dios que te se ve por aquí!

Guy se había levantado con el sombrero en la mano, en tanto que Vaudrey se acercaba á su esposa que permanecía sentada, y le dió un beso en la frente delante de su amigo.

—¡Oh!—dijo Lissac—no es á tu excelencia á quien venía á ver, sino á tu encantadora señora.

—Te lo agradezco—contestó Sulpicio.—Mi pobre Adriana tiene muchas visitas, pero pocas veces vienen amigos como tú.

—Y es claro, se aburre. Por eso me he prometido venir de vez en cuando á hacerle compañía. La verdad es, señora, que este pícaro Ministro merecería que se os hiciesen declaraciones de amor desde por la mañana hasta por la noche, mientras él se pasa los días contemplando su cartera. ¡En mi vida he visto un marido semejante!....

Adriana, un poco ruborizada, miraba amorosamente á Vaudrey. Sulpicio procuraba sonreír al escuchar las bromas de Lissac.

—¡No, mira, ten cuidado!—añadió Guy.—Puesto que tu señora está sola con tanta frecuencia, me permitirá venir algunas veces á hacerle compañía, y no respondo de no enamorarme de ella.

Y volviéndose respetuosamente á la señora de Vaudrey, añadió con el tono del más cumplido caballero:

—Todo esto, amiga mía, es para hacerle comprender que nada, absolutamente nada, ni una cartera de Ministro, vale tanto como la dicha de tener una esposa como lo sois vos. ¡Y el muy tunante parece que no lo sabe! Ya ves, hijo, que hablo de tí como lo harían los periódicos de oposición.

Sulpicio trataba de sonreír, pero adivinaba que las bromas de su amigo ocultaban cierto fondo serio de verdad. Acaso poco antes Adriana se habría quejado de la tristeza y soledad de su vida. Esta duda le molestaba. ¡Después de todo, hacía cuanto le era posible por complacer á su esposa! Pero un hombre como él no había nacido para estar siempre pegado á las faldas de su mujer. La esposa del Ministro debía ayudarle á llevar la carga, puesto que el poder es una carga pesada, según dicen.

Y como si Adriana adivinase hasta el pensamiento de Sulpicio, se apresuró á interrumpir á aquel burlón sempiterno, que desconcertaba un poco al Ministro.

—No hagas caso del señor de Lissac—dijo.— Soy muy feliz, muy feliz.

Vaudrey le cogió la mano y se la estrechó un poco nerviosamente. La sonrisa confiada, la sonrisa honrada de Adriana, le recordaba á pesar suyo la nerviosa sonrisa de la señorita de Kayser.

—¡Vida mía!

Buscaba una palabra, una exclamación, un consuelo, una caricia que partiendo del corazón hablase al corazón; pero no la encontraba.

—Vamos—dijo Guy—os dejo.—Y si me lo permitís, señora, vendré algunas veces á contaros lo que se diga por ahí.

—Seréis siempre muy bien recibido, mi querido señor de Lissac—contestó Adriana alargándole la mano.

Guy se inclinó delante de la señora de Vaudrey con el más profundo respeto.

Sulpicio lo acompañó á través de los salones del Ministerio, hasta llegar á la antesala.

—¿Quieres que te diga una cosa?—exclamó Lissac.—Tu mujer se aburre; ten cuidado. Este pícaro palacio no tiene nada de alegre. Debe uno resfriarse con facilidad. Y una mujer sola, aquí dentro, está como si estuviera presa. Piensa en mantener la disciplina de la mayoría, en buen hora; pero no dejes de pensar en tu mujer, mi querido Ministro. ¡Mira, no quiero hacerte trai-

ción! Te prevengo que si me la encuentro muchas veces tan melancólica como está hoy, le digo que la adoro. ¡Sí, sí! ¡Porque es escantadora tu mujer! ¡Daría yo todo lo dable por un rizo de sus cabellos! Adios, señor Ministro.

— ¡Anda con Dios, loco! — le dijo Vaudrey dándole una palmada amistosa en el cuello.

— Loco ó no, como no la quieras mucho, voy á enamorarme de ella. Después de todo, mejor sería yo que otro. ¡Hasta la vista!

— ¡Hasta la vista! — repitió Sulpicio.

Y seguía tratando de sonreír, pero sin conseguirlo. Desde allí se dirigió á su despacho, donde lo esperaban, amontonados, una porción de papeles y de expedientes que empezó á hojear, poniéndose á leer con un humor de todos los diablos.

X.

En medio del fastidio que le causaban las visitas que la señora de Vaudrey recibía en el Ministerio los miércoles, días señalados por ella *para quedarse en casa*, Adriana no experimentaba verdadera satisfacción más que cuando, por casualidad, Dionisio Ramel consentía en abandonar el

barrio de Batignolles para ir á verla, ó cuando Guy le llevaba noticias que la distraían.

Adriana sentíase horrorosamente aislada; no conocía á casi nadie en París. Desde que se instaló con su marido en la casa de la calzada de Antín no había tenido tiempo de hacer amistad con las señoras de los diputados, muchas de las cuales vivían en provincia ó en Versalles mismo, para mayor comodidad ó economía.

La entrada de su marido en el Ministerio le había proporcionado relaciones de esas que pudiéramos llamar oficiales, pero poco agradables, por lo mismo: señoras que la visitaban y que más que otra cosa parecían pretendientes ó clientes. Las recepciones oficiales la entristecían. Siempre era la misma conversación, llena de adulaciones ó de palabras intencionadas. Se hablaba de la próxima interpelación parlamentaria, de la mayoría ministerial, de los proyectos de ley anunciados, y siempre las mismas palabras lúgubres como torrentes, caían en sus oídos con la fastidiosa regularidad de gotas de lluvia. Hasta las jóvenes, educadas en aquel medio ambiente de la política palpitante, hablaban de la indisciplina de la mayoría, de los dictámenes ó de los escrutinios, como los tenderos hablaban de negocios y de cosas de su oficio.

ción! Te prevengo que si me la encuentro muchas veces tan melancólica como está hoy, le digo que la adoro. ¡Sí, sí! ¡Porque es escantadora tu mujer! ¡Daría yo todo lo dable por un rizo de sus cabellos! Adios, señor Ministro.

— ¡Anda con Dios, loco! — le dijo Vaudrey dándole una palmada amistosa en el cuello.

— Loco ó no, como no la quieras mucho, voy á enamorarme de ella. Después de todo, mejor sería yo que otro. ¡Hasta la vista!

— ¡Hasta la vista! — repitió Sulpicio.

Y seguía tratando de sonreír, pero sin conseguirlo. Desde allí se dirigió á su despacho, donde lo esperaban, amontonados, una porción de papeles y de expedientes que empezó á hojear, poniéndose á leer con un humor de todos los diablos.

X.

En medio del fastidio que le causaban las visitas que la señora de Vaudrey recibía en el Ministerio los miércoles, días señalados por ella *para quedarse en casa*, Adriana no experimentaba verdadera satisfacción más que cuando, por casualidad, Dionisio Ramel consentía en abandonar el

barrio de Batignolles para ir á verla, ó cuando Guy le llevaba noticias que la distraían.

Adriana sentíase horrorosamente aislada; no conocía á casi nadie en París. Desde que se instaló con su marido en la casa de la calzada de Antín no había tenido tiempo de hacer amistad con las señoras de los diputados, muchas de las cuales vivían en provincia ó en Versalles mismo, para mayor comodidad ó economía.

La entrada de su marido en el Ministerio le había proporcionado relaciones de esas que pudiéramos llamar oficiales, pero poco agradables, por lo mismo: señoras que la visitaban y que más que otra cosa parecían pretendientes ó clientes. Las recepciones oficiales la entristecían. Siempre era la misma conversación, llena de adulaciones ó de palabras intencionadas. Se hablaba de la próxima interpelación parlamentaria, de la mayoría ministerial, de los proyectos de ley anunciados, y siempre las mismas palabras lúgubres como torrentes, caían en sus oídos con la fastidiosa regularidad de gotas de lluvia. Hasta las jóvenes, educadas en aquel medio ambiente de la política palpitante, hablaban de la indisciplina de la mayoría, de los dictámenes ó de los escrutinios, como los tenderos hablan de negocios y de cosas de su oficio.

La pobre Adriana hacía esfuerzos sobrehumanos por interesarse en estos asuntos. Puesto que aquella era la vida de su marido, también debía ser la suya. Y sin embargo, había soñado con pasar de otro modo su juventud, y cuando amanecía un día claro y lleno de sol, sin poderlo remediar, recordaba tristemente las orillas del Isère y su casita de Grenoble.

Ocultaba cuidadosamente su melancolía, porque no ignoraba que le criticaban sus tristezas y retraimiento, y porque la mujer de un Ministro debe estar siempre sonriente y animada. Esto era lo que le repetía sin cesar la señora de Marsy cada vez que iba al palacio de la plaza Beauvau. Aquella mujer que apenas se ocupaba de su hijo, dejándolo crecer á la buena de Dios, delegando su maternidad en la abuela del chico, estaba alegre, constantemente alegre, después de una vida agitada de azares y de una viudez bastante dramática, á creer en lo que decía la gente. Procuraba ser para Adriana una consejera, una amiga íntima, un Mentor, y decía con frecuencia á su inseparable la de Gerson, que la señora de Vaudrey sería agradabilísima, encantadora, si tuviera un poco de *chic*.

—Desgraciadamente es una provinciana, no

está en el movimiento de París, y además no sabe una palabra de política.

—Ni siquiera se ocupa en eso—contestaba riendo á carcajadas, la bella señora de Gerson.

Ni siquiera se preocupaba, al decir de esas damas, en hacer su papel de esposa de un Ministro, sin desafinar. ¡Ah, si Sabina ó Blanca Gerson se hubieran encontrado en la posición de aquella lugareña! ¡Ya hubiese visto París lo que era bueno, lo que era una República á lo ateniense!

Sabina Marsy era lo que se llama un sabio, y daba, como quien no hace la cosa, á su amiga Adriana, multitud de consejos que parecían reproches disimulados por el tono cariñoso con que los formulaba. Blanca Gerson decía que bien hubiera podido la señora de Vaudrey, al mudarse al palacio de la plaza de Beauvau, estudiar siquiera el *Código del Ceremonial*.

Blanca había entrado poco á poco, por lo mismo que Sabina, en la intimidad de Adriana; por figurar, por darse aires de estar enteradas de lo que sucedía en el Ministerio, por ser las primeras en la lista de convidados el día que el Ministro diese un baile.

Sabina Marsy, después de haber tenido la manía de ser una artista protectora de pintores y

poetas, se empeñaba ahora en hacer en París el papel de un personaje político. La señora de Gerson, Blanca, como la llamaba Sabina, tenía la misma ambición, por el afán de figurar. Quería parecer algo, y todo la tentaba y todo la atraía. Perteneía, en cuerpo y alma, á esa máquina de complicado engranaje, brillante, ruidosa, rápida como una locomotora, que se llama el *chic*. El *chic*, palabra indefinida, indefinible, variable y sutil como un higrómetro capilar; tiranía parisiense que destruye más vidas de gentes á la moda, que víctimas inmola el Rey de Dahomey en los días de fiesta. Para Blanca todo en la vida agitada, sobreexcitada, nerviosa, enloquecida que llevaba, estaba reducido á estos dos términos inevitables: lo que era *chic* y lo que no era *chic*. Y no solamente la moda, el vestido, el sombrero, los guantes, el traje, la tela, la joya que se debía llevar, sino también el libro que se debía leer, la obra teatral á que se debía asistir, la partitura de ópera que se debía tocar al piano, los caramelos que se debían comer, la opinión que se debía tener, el cuadro de que se debía hablar, todo, absolutamente todo, era cuestión de *chic*.

La señora de Gerson hubiese preferido ver su honor comprometido, á ser ridícula en sus opinio-

nes y á decir una cosa que no fuese *chic*. Resultaba de aquí que todas las conversaciones de aquella mujer, que iba con frecuencia á visitar á la señora de Vandrey, eran conocidas de antemano; que Adriana sabía con anticipación el pensamiento de Blanca, sobre tal ó cual hecho, y que para la señora de Gerson, las ideas no pasaban si no estaban selladas por el *chic*, como las monedas no pueden pasar si no están acuñadas en la Casa de la Moneda.

Blanca hubiese muerto de desesperación, si no se la hubiera visto en los salones del Presidente de la República un día de gran recepción, en el Palacio del Elíseo; en el Ministerio una noche de comedia; en la primera fila de la tribuna una tarde de interpelación parlamentaria; si no la saludaba un Ministro en las carreras el día del Gran Premio, ó si no asistía al barnizado de la Exposición de pinturas, ó al ensayo general de una obra á la moda; en una palabra, si no era de las primeras en todas partes. Esbelta, delgada, resistente como buena parisiense, arrastraba con mano de acero al pobre de su marido, siempre cansado y harto, á través de las recepciones, de los bailes, de las veladas, de los salones, hablando en voz alta, juzgándolo todo, charlando sin cesar, satis-

fecha de subir con la cabeza alta la gran escalera de un Ministerio, sintiendo una extraña voluptuosidad al hundir en las alfombras oficiales sus piecitos, como si sus talones estuviesen hechos para hollar las alfombras del Estado; orgullosa cuando un lacayo en voz muy alta, en medio del estruendo de una recepción lanzaba este apellido que quería decir un matrimonio á la moda, un matrimonio que no falta á ninguna fiesta:

— El señor y la señora de Gerson.

En tanto que su marido, harto, hastiado, rendido, con la cabeza pesada al salir de la oficina, después de comer de prisa, de ponerse de prisa el frac y la corbata blanca, de subir de prisa en su carruaje, de acompañar de prisa á su mujer, la dejaba para dormitar un poco en un rincón de cualquier salón de baile, despertaba de prisa, volvía de prisa á su casa, se acostaba de prisa, dormía de prisa y se levantaba lo mismo, arrastrando como un presidiario su cadena á aquella criatura infatigable, que sonreía con los demás, coqueteaba con los demás, valsaba con los demás, hablaba con los demás, y no guardaba para él, para su marido, más que los cansancios, los bostezos, las palideces y los dolores de cabeza.

Y para aquellos dos presidiarios de lo *chic*, el

invierno transcurría así, laborioso como los años de cadena perpetua, y era tiempo cuando llegaba el verano de que él y ella se fuesen á respirar el aire del mar ó á tomar el sol en el campo, á fin de confortar un poco sus cuerpos cansados y enfermizos, como decía Sabina Marsy.

— ¡ Ah! ¡ cuánto más me gusta á mí mi casita y la tranquilidad del hogar! — pensaba la señora de Vaudrey.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



UA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

TE